

A romantic-style illustration of a woman with long, wavy blonde hair, wearing a purple corset with lace and a full purple skirt. She is holding a large pink rose in her right hand. The background features a dark, ornate wrought-iron gate and a castle tower in the distance. Pink rose petals are scattered in the air and on the ground. The overall color palette is soft, with purples, pinks, and muted blues.

*Ese  
Maldito  
Encanto tuyo*

VIRGINIA  
CAMACHO

Ese maldito encanto tuyo

Virginia Camacho

Copyright © 2024 Virginia Camacho

Twitter e Instagram: @virginia\_sinfin

Sitio Web: [www.virginiacamacho.com](http://www.virginiacamacho.com)

Primera Edición

Diseño portada: Laura Machado García-Gemellisedición

ISBN: 9798332287954

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

*Mi primera novela ambientada en la época de la regencia.  
Espero que disfrutes su lectura así como yo disfruté su escritura.*

## Tabla de contenido

|           |
|-----------|
| <u>1</u>  |
| <u>2</u>  |
| <u>3</u>  |
| <u>4</u>  |
| <u>5</u>  |
| <u>6</u>  |
| <u>7</u>  |
| <u>8</u>  |
| <u>9</u>  |
| <u>10</u> |
| <u>11</u> |
| <u>12</u> |
| <u>13</u> |
| <u>14</u> |
| <u>15</u> |
| <u>16</u> |
| <u>17</u> |
| <u>18</u> |
| <u>19</u> |
| <u>20</u> |
| <u>21</u> |
| <u>22</u> |
| <u>23</u> |
| <u>24</u> |
| <u>25</u> |

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

\*\*\*

\*\*\*

*Bath, Inglaterra. 1781.*

El salón de los ases, la casa de juego más visitada en la ciudad, era un espectáculo para la vista, con sus paredes adornadas con exquisitos tapices y cortinas de terciopelo carmesí que caían en pesados y elegantes pliegues. Lámparas de cristal arrojaban destellos de luz sobre las mesas de juego, resaltando el brillo dorado de las cartas y las fichas. En el centro de la sala, una enorme chimenea de mármol se imponía ardiendo con un perezoso fuego, iluminando el rostro de los jugadores con su luz dorada.

Pero había mucho silencio en ese salón, todos parecían estar conteniendo la respiración. Ni siquiera se escuchaba el frufú de los vestidos de seda de las mujeres presentes; los puros encendidos, que llenaban el ambiente con su humo y aroma, estaban detenidos sin ser calados en largo rato, mientras sus dueños observaban el juego de una mesa en particular, en la cual dos hombres se jugaban una fortuna.

Uno de ellos, un hombre de algunos treinta años, sudaba en su asiento mirando las cartas en su mano sintiendo la pesadez en el aire circundante.

El caballero que tenía delante, al contrario, parecía muy relajado, como si no se estuvieran jugando sus herencias, la renta de diez años de una propiedad próspera, o sus vidas.

Douglas Henderson respiró hondo sintiendo la transpiración correrle por la espalda, dentro de su muy apretado atuendo. Secó con la manga de su traje la frente sudorosa, haciendo que sus cabellos rubios y rizados se pegaran a su piel, y al fin se decidió, poniendo sobre la mesa sus cartas.

La sonrisa de triunfo de Nathaniel Radcliffe, su contrincante, precedió al movimiento de su mano dejando sus propias cartas sobre la mesa, y la gente alrededor, que hasta el momento había contenido la respiración, estalló en vítores y aplausos, celebrando al ganador.

Había sido un juego de horas, donde las apuestas subían cada vez más hasta llegar a cotas peligrosas. El valor total de esta había subido al escandaloso número de las treinta mil libras.

Ya Radcliffe era un hombre rico, pero esto era desorbitante. Por el contrario, todos dudaban de la capacidad de Henderson para pagar ese monto.

Douglas Henderson apretó la mandíbula mirando con falsa serenidad las cartas sobre la mesa. Sí. Había sido derrotado en este juego. El margen era muy ajustado. Nadie podría decir jamás que no se había esforzado, que no había jugado a conciencia.

Eso lo tranquilizaba.

Ahora quedaba ver si Radcliffe, ese estirado, era capaz de recibir su pago.

—Los asuntos mundanos referentes al dinero se tratan en mi oficina —informó Sebastien Chevalier, el hombre que regentaba aquella casa de juego en particular, y esperó que terminasen los elogios y saludos para guiar a sus invitados a una amplia estancia que seguía la decoración de la casa de juego, con sus tapices y cortinajes pesados.

Douglas miró a Austin Miller, su amigo, enviándole un mensaje silencioso.

Austin era conocido por ser cercano a Douglas, y a nadie le extrañó que lo acompañara al interior de la oficina.

Sebastien les invitó un trago comentando lo fascinante que había sido el juego, elogiando a ambos jugadores, y luego de servirles un whiskey a cada uno, los invitó a sentarse.

Nathaniel lo hizo cruzando elegantemente sus piernas y le dio un sorbo bastante mezquino a su whiskey. Por el contrario, Douglas lo vació de un trago, dejó el vaso sobre la mesa que tenía delante, y con voz escueta espetó:

—No tengo treinta mil libras.

Nathaniel lo miró sin demostrar emociones. No miró al anfitrión, ni al joven delgado y alto que había acompañado a Douglas; no hizo ningún gesto. Sus cejas seguían rectas sin el menor asomo de indignación o molestia.

—No puedo pagar —siguió Douglas.

—Acepto propiedades.

—Mi propiedad no llega a valer tanto.

—Acepto joyas.

—No hay joyas especialmente valiosas en mi casa.

—Acepto animales.

—Joder. ¡No! —exclamó Douglas. Al parecer, Radcliffe tenía una idea bastante clara acerca de su patrimonio. Era verdad, Douglas no tenía oro, propiedades o joyas que pudieran valer treinta mil libras. Tenía un par de caballos de raza resaltable, pero no llegaban a valer tanto, y era todo lo que tenía.

Por fin, en el rostro de Nathaniel apareció una emoción. Disgusto, desconfianza, desprecio.

—Un hombre que apuesta lo que no tiene —dijo con voz grave y pausada. A pesar de la tensión en su voz y mirada, las manos seguían sosteniendo el vaso de whiskey con delicadeza. —¿Qué voy a hacer contigo, Henderson?

La expresión de Douglas cambió entonces, completamente, y una sonrisa ladina rajó su cara.

—Tengo algo mejor que el dinero —Radcliffe elevó una ceja mirándolo fijamente.

—¿Una mina, acaso?

—No.

—¿Está por heredar algo? —Esta vez, Henderson tardó un par de segundos más en responder.

—No. Pero tengo una mujer que es un tesoro —Aunque intentaba sonar serio, no cabía duda del tono de burla en su voz. —Es supremamente hermosa, y si la acepta, complacerá sus caprichos las veces que quiera, por el tiempo que quiera.

Aquello fue tan absurdo, tan fuera de lógica, y rompía de tal manera el hilo de la conversación, que Radcliffe pestañeó repetidamente. Miró a Sebastien, de pie en medio de los dos, y ratificó que también él había escuchado aquello, no lo había alucinado.

—¿Qué?

—Mi esposa, Radcliffe. Le cedo el derecho a acostarte con ella a cambio de las treinta mil libras.

No lo pudo evitar. Nathaniel Radcliffe se echó a reír. Primero, incrédulo, y luego, a mandíbula batiente, por largo rato.

Se puso en pie dejando el vaso de whiskey y se pasó los dedos por los labios, conteniendo las palabras malsonantes que quería gritar.

—Tú estás... evadiendo el pago, ofreciendo a cambio a tu esposa.

—¿No dicen que una mujer buena vale su peso en oro? Ella es buena.

—¿Y qué te hace pensar que estoy interesado en recibir esa clase de pago?

—Es un hombre.

—¿Y?

—Todo hombre necesita de compañía... femenina. —Totalmente incrédulo, Nathaniel miró a Douglas guardando silencio por unos instantes, tras los cuales apretó los dientes.

—Si acaso llegara a necesitar ese tipo de compañía, Henderson, ¿no has pensado que puedo procurármela por mí mismo? Además, ninguna prostituta en todo Bath... No. Ninguna prostituta en toda Inglaterra vale treinta mil libras.

—Ni siquiera en París —apuntó Sebastien haciendo rodar sus ojos.

—¿Qué le hace pensar que cambiaré una fortuna por los servicios de una mujer?

—Y una mujer casada, además —añadió Sebastien con asco.

—La esposa de mi amigo no es una prostituta —intervino Austin Miller rompiendo su silencio. Sebastien lo miró de arriba abajo.

—¿Cuántos años tienes, crío, y quién te dio permiso para hablar? —Austin miró a Sebastien con ceño, pero no dijo nada más.

—Es todo lo que tengo. Lo toma o lo deja.

—Pues no acepto esa forma de pago. Quiero mis treinta mil libras contantes y sonantes en una semana. —Henderson lo miró fijamente, y al cabo de unos segundos en silencio, dejó salir el aire.

—De acuerdo. En una semana.

—Acaba de decir que no tiene treinta mil libras —dijo Sebastien rebuscando un papel sobre su enorme escritorio. Tomó una pluma y escribió unas palabras. Era un pagaré. Al verlo, Henderson entrecerró los ojos. —Creemos en la palabra de honor de un caballero, pero, por si las dudas —dijo con humor. —No podrá salir de aquí sin antes firmar —advirtió Sebastien. —Son políticas del lugar.

—Quiero añadir una cláusula.

—No.

—Pagaré como pueda. Repito: no tengo treinta mil libras.

—Entonces no debió subir la apuesta —masculló Nathaniel tomando el pagaré de manos de Sebastien y sacudiéndolo ante el rostro de Douglas. —Es eso o un duelo por su honor.

—¿Un duelo? ¿Está loco? ¿Quiere matarme?

—Yo querría —murmuró Sebastien sin mirar a nadie en particular.

—Fírmelo —ordenó Nathaniel poniendo el documento sobre la mesa. Siempre diligente, Sebastien facilitó tinta y pluma.

Douglas tomó al fin el documento y lo leyó despacio. Era un documento pre hecho donde sólo había que añadir cosas específicas como nombres de los contratistas, fechas y cuotas.

Miró de reojo al par de caballeros que tenía delante, luego, a su amigo Austin, y sin vacilación, firmó.

Había perdido hoy, era verdad. Había perdido esa apuesta.

Tuvo mucho cuidado para que no se notara que fue a propósito. Había elegido muy bien a su contrincante.

Nathaniel Radcliffe era un hombre con fama honorable, de prestigio, y una moral impoluta. También, era un hombre considerado atractivo, alto y de espaldas anchas, de cabellos castaños, ojos claros y un rostro por el que cualquier señorita suspiraría.

Era rico, sí, y ese había sido el factor determinante para elegirlo; un hombre rico podía permitirse gastar en banalidades, darse ciertos gustos y lujos, como desdeñar treinta mil libras por el placer de estar con una mujer bonita. No era habitual encontrarlo en las casas de juego, pero una vez se enteró de que últimamente frecuentaba El salón de los ases, todo fue cuestión de tiempo para coincidir con él. No le interesaba saber qué llevaba a un hombre recto como él empezar a frecuentar una casa de juegos, sólo sabía que convenía a sus propósitos.

Él había rechazado la oferta, pero era lo que había esperado. Sin embargo, cuando conociera a Georgiana, cambiaría de opinión, estaba absolutamente seguro.

—Parece más bravo de lo que decían —dijo Austin cuando salieron al fin de la casa de juego y estuvieron a salvo en el interior de su carruaje.

—Es un caballero en toda regla —admitió Douglas suspirando y recostándose al confortable asiento del carruaje. Afuera el viento sopló y desprendió más hojas amarillas de los árboles, señal de que el otoño avanzaba inexorable. —Estamos introduciéndonos en un juego mucho más alto y peligroso que una simple partida de whist —siguió Douglas mirando por la ventana. —Y las ganancias serán más altas que treinta mil libras. No podemos perder.

Austin sonrió, y Douglas, al sentir su mirada, giró la cabeza.

—Pones demasiadas esperanzas en la belleza de tu esposa.

—No sólo es hermosa. Le he enseñado bien lo que se necesita para complacer a un hombre. Cuando Radcliffe la vea, caerá presa de sus encantos, y luego, se hará adicto a ellos. Es una lástima que a mí no logre satisfacerme.

—Calla —pidió Austin con voz severa. —No lo menciones. —Douglas se echó a reír suavemente, extendió una mano y tomó la de Austin que, sentado al frente, no esquivó su toque.

—La necesitamos, mi querido Austin —dijo acariciando el dorso de su mano. —Ella será nuestra vía a la riqueza que tanto anhelamos.

—¿Pero qué está mal con ese sujeto? —preguntó Nathaniel señalando la puerta por la que se había ido Douglas Henderson con un gesto de incredulidad y desprecio.

—Está loco —resumió Sebastien Chevalier recostándose en su silla detrás de su escritorio y revisando documentos. Había olvidado su trabajo por un momento por quedarse mirando el juego en el que Radcliffe había ganado. —¿Qué vas a hacer si no paga en una semana? —Radcliffe se encogió de hombros.

—Ir por la vía legal, supongo.

—Eso va a ser engorroso.

—¿Sabes algo de él además de su manera de jugar?

—No es un cliente habitual —señaló Sebastien con el mismo tono de voz con que hablaría del clima. —Puedo averiguar más si lo pides.

—Eso me ayudaría.

—¿Y quieres que investigue a su... esposa? —Nathaniel frunció el ceño.

—¿Por qué me interesaría?

—Debe ser especial de una manera muy particular si su marido la anda ofreciendo como pago de sus deudas de juego —Sebastien hizo una pausa acariciando con los dedos sus labios. —¿No es un poco extraño?

—Qué cosa. —Se enderezó en su asiento como si de repente una idea interesante se cruzara por su mente.

—Henderson no es asiduo al juego, al menos, no en mis casas, ni en ninguna otra que conozca. De repente, decide participar y apuesta una fortuna contra un hombre rico, como tú. Y pierde magistralmente.

—No jugó tan mal. Tuvo sus buenos momentos.

—No, no, no. Llevo en esto toda mi vida, Radcliffe. Sé cuándo alguien pierde a propósito.

—¿Treinta mil libras?

—No jugó treinta mil libras. Jugó a su esposa. Tan pronto como le pediste el pago, no lloró ni suplicó diciendo que no tiene con qué, simplemente, la ofreció a ella.

—¿Crees que lo tenga por costumbre? Es una estupidez, ¿no? ¿Qué gana con eso?

—Sí, eso me pregunto. —Nathaniel sacudió su cabeza, tomó el documento que Douglas Henderson acababa de firmar y lo dobló guardándolo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Espero no haberme metido en problemas con gente indeseable sólo por un tonto juego de

cartas. —Sebastien no dijo nada, sólo sonrió de medio lado. Conocía gente a la que le había cambiado la vida para siempre por un tonto juego de cartas.

—Pensé que esta noche vendrías con Smith —dijo. Smith era un comerciante amigo de Nathaniel. Sólo había ido a El salón de los ases una vez. Menospreciaba el juego como nadie, pero entendía las razones por las que Radcliffe frecuentaba esta últimamente.

—No está en Bath estos días. Ah, la noche terminó muy pronto, y no saqué ninguna ganancia —Sebastien miró a Radcliffe con incredulidad. Acababa de ganar treinta mil libras. ¿Ninguna ganancia?

Sonrió en silencio cuando recordó que, si Radcliffe venía a su casa de juego, no era sólo a apostar y ganar dinero.

Nathaniel, disgustado por los acontecimientos de la noche, se puso el abrigo y los guantes y salió al fin al frío de la noche.

Los ojos del color de las avellanas miraron a un lado y al otro asegurándose de que no había ladronzuelos a la vista. Aunque era una zona bastante segura, debido a la cantidad de hombres adinerados que salían de aquí ebrios, ya sea por el licor o por el poder de haber ganado una partida, siempre había ladronzuelos que buscaban conseguir una moneda, por las buenas o por las malas.

Seguía sin gustarle mucho venir a estos lugares, pero era algo que tenía que hacer; la información cambiaba de manos de manera veloz, y a veces, descuidada, mientras los demás estaban distraídos con fichas, cartas y licor. Había ganado y perdido cantidades inocuas mientras intercambiaba notas encriptadas, recibía y daba avisos. Lo de hoy había sido un caso excepcional; se había dejado llevar, y ahora se estaba arrepintiendo de no haber medido su impulso.

El coche llegó al fin, y Pierre saltó del pescante para abrirle la puerta con su característico buen humor.

—¿Todo bien, señor? —le preguntó, y Nathaniel meneó la cabeza.

—Vamos a casa, necesito un poco de normalidad luego de la locura que acabo de presenciar. —El cochero no dijo nada, sólo sonrió y cerró la puerta.

Era absurdo. Aunque intentaba distraer la mente con cosas más importantes, la oferta de acostarse con la esposa de otro como pago de una deuda de treinta mil libras todavía no hallaba cabida en su mente.

Para él, la familia era lo más valioso que un hombre podía tener.

Para él, una esposa era algo precioso que debía cuidarse y amarse como a nada en el mundo, pues sería la persona con la que pasarías el resto de tu vida, con la que formarías un hogar.

Al menos, eso había aprendido él. No entendía el proceder de Douglas Henderson.

Se alegraba ahora de haberle dado luz verde a Sebastien Chevalier para investigarlo. Seguro se llevaría algunas sorpresas.

Ah, pensó disgustado. Había ido a El salón de los ases por un asunto muy diferente. Nunca imaginó salir con la propuesta más absurda jamás recibida.

Georgiana Henderson miraba el dosel de su cama sin poder dormir cuando escuchó el traqueteo del carruaje de su esposo entrar a los jardines de la casa. Había llegado temprano esta noche, pensó. O tal vez sólo había decidido seguir la fiesta en casa.

Sin embargo, sólo se escuchaba el ruido de un carruaje. Cuando Douglas Henderson hacía fiestas con sus amigos, por lo general venían hasta diez carruajes, todos llenos de hombres amantes del vino y otros vicios, y hacían ruido hasta el amanecer. Hoy no parecía venir

acompañado de esa manera.

Estaba debajo de las sábanas desde hacía ya un buen rato y no podía conciliar el sueño. Era algo que se estaba repitiendo demasiado a menudo en las últimas noches, y luego, al día siguiente, estaba cansada y sin energía.

Cerró los ojos llamando al sueño, pero por más que se concentrara, relajara su cuerpo, soltara las manos, pensara en cosas agradables, este no venía a él.

Y de repente, la puerta de su alcoba se abrió sin previo aviso, y Georgiana saltó en su cama.

—Qué bien, estás despierta —dijo la voz de su esposo, y Georgiana se cubrió el pecho con la sábana.

Aunque era innecesario. Douglas nunca la miraba de ese modo.

—Has... llegado temprano —dijo Georgiana con voz suave. Douglas se acercó a su cama y se sentó en el borde del colchón dejando salir un suspiro y mirándola con evidente disgusto.

—Tenemos que hablar. —Georgiana tragó saliva. Salió de la cama y buscó su bata. Miró a su marido en silencio esperando. —He encontrado una solución a nuestro problema.

—¿Nuestro... problema? —preguntó ella con incredulidad. ¿La estaba culpando a ella? sin embargo, respiró hondo y se concentró en relajar su semblante. —Entiendo.

—He conseguido a alguien que pueda hacernos un hijo.

—¿Qué?

—En unos días, te irás a la casa de Nathaniel Radcliffe. Le seducirás y te embarazarás de él. Será nuestro hijo.

—¿Qué? —volvió a preguntar Georgiana, palideciendo. Era bueno que la oscuridad de la habitación ocultara su sobresalto y palidez.

—¿Estoy hablando muy bajo? —se exasperó Douglas. —¿O te has vuelto tonta e incapaz de comprender unas simples palabras? Pero está bien, estoy de buen humor. Te lo repetiré: Irás a la casa de Nathaniel Radcliffe, te meterás en su cama, y parirás al hijo que le engendres.

Georgiana no respondió en largo rato tratando de asimilar todo. El nombre, el acto, el propósito.

Su corazón empezó a latir desesperado, el miedo le crispó la piel y los ojos se le humedecieron de puro terror.

—Por... ¿Por qué?

—Porque perdí una apuesta ante él y tú eres el pago. Jugué duro esta noche. Obviamente, no voy a pagar treinta mil libras.

—¿Treinta... mil?

—El hombre se las da de santo y se opone, por lo que tendrás que esforzarte al máximo. Te quedarás al menos una semana, y lo harás todas las veces que sean posibles. ¿Me escuchaste?

—¿En la casa de...?

—Sí. Nathaniel Radcliffe. Le conoces, seguramente. Todo el mundo conoce al maldito.

—No puedo hacer eso. ¡Soy tu esposa! ¡Soy una mujer casada! Eso... ¡eso es adulterio! — Douglas se acercó a Georgiana y en dos pasos estuvo a un palmo de distancia. Georgiana no alcanzó a gritar, pues él de inmediato le cerró la garganta con la mano.

—Eres mi mujer y haces lo que te ordeno. ¡Olvídate de tu estúpido pudor y obedece! No me sirves si no pares un hijo, ¿me entiendes? Si quieres seguir manteniendo una vida agradable tal como la llevas ahora, lo harás.

¿Agradable?, quiso burlarse Georgiana, pero hacía tiempo que había aprendido a guardarse las palabras.

Las lágrimas le rodaron por las mejillas. No le estaba entrando el aire, y mucho menos podía

hablar.

Asintió rápidamente, y Douglas no se limitó a soltarla, sino que la empujó haciéndola golpearse contra la mesita de noche. Mañana tendría un moratón no sólo en su garganta, sino también en sus costillas.

—Estos días los invertirás yendo a comprar esa ropa que las putas se ponen para seducir hombres —dijo, ignorando la tos de Georgiana, que trataba de recobrar el aire en sus pulmones. —Me la mostrarás en cuanto la consigas. Y por Dios, haz algo para ponerle carne a esos huesos. Estás flaca como una perra callejera. Comerás el doble y pondrás algo de color en esas mejillas pálidas.

Y con esas palabras, Douglas se alejó de ella, abrió la puerta y salió de la habitación.

Georgiana se quedó en el suelo, recostada a la mesita, con una mano en su costilla dolorida y tratando de recuperar el aire.

Pero esto no era nada, se dijo. No era gran cosa.

Estaba habituada a los golpes, todo su cuerpo había sido lacerado o lastimado alguna vez desde que se había casado con este hombre.

Pero este dictamen que acababan de traerle sí que le aterraba.

Se había casado a la edad de diecisiete años, hacía ya dos años. Nunca vio a su marido hasta el día de la boda, fue su padre el que, desesperado por tener que casar seis hijas, aceptaba propuestas de matrimonio sin mirar demasiado atentamente. Además, tenía poca dote para ellas, así que, cuando un hombre como Douglas Henderson, apuesto, aparentemente rico, y de buena familia, le propuso casarse con una de sus hijas, el señor Dorian McGrath no lo pensó dos veces y aceptó. Sus tres hermanas mayores ya se habían casado, así que le tocó la suerte a ella.

Escondió el rostro en el ángulo de su codo y respiró hondo una y otra vez.

Luego de la ceremonia, había llegado a esta casa llena de expectativa. Era una casa grande y bonita, no sabía a cuánto ascendía la riqueza de su flamante marido, pero sin duda era mayor que la de su padre. A juzgar por los tapices, los muebles y el tamaño de los jardines, Douglas Henderson no era pobre.

Llevaría una vida mejor de la que su padre le pudo proveer, pensó sintiéndose egoísta. Tal vez hasta podría ayudar a sus hermanas menores a conseguir buenos maridos, ya que seguro se codearía con gente de bien a partir de ahora.

No podía haber estado más equivocada.

Recordaba ahora la primera noche y se le cortaba el aliento. Lo había esperado con una bonita bata que le había dado su madre para esta ocasión, y él entró con una botella de vino casi terminada en la mano. La besó bruscamente sobre los labios, su primer beso, y lamió su piel.

Resiste, se había dicho. Vas a tener un hijo, lo amarás, y cuidarás de él. Tendrás un hogar propio y serás feliz.

Pero no sabía qué había pasado luego. Cuando él estuvo encima de ella, le hizo abrir las piernas, y ella, obediente, esperó sin saber exactamente qué seguía. Pero él simplemente maldijo una y otra vez.

Como no sabía qué ocurría, intentó tocarlo, pero eso fue peor. Él golpeó su mano y le tomó la garganta como había hecho ahora.

—Me das asco —le dijo. —Tú... eres asquerosa. Una mierda. Eres inmunda. Me das asco.

Abrió grandes los ojos al oír semejantes palabras.

¿Qué había hecho tan mal para que la despreciara así?, se preguntó llena de angustia. Dios santo. ¿Oía mal? No podía ser. ¡Se había lavado muy bien! Él apretó su garganta más y más, y poco a poco Georgiana fue perdiendo la consciencia.

Al parecer, moriría aquí.

Pero no murió.

Ahora consideraba que habría sido mejor morir en ese momento, pues el infierno que le siguió a aquella noche no se lo deseaba a ninguna mujer sobre la tierra.

Cuando al fin se pudo poner en pie, con una mano en el costado, su mente volvió a paralizarse.

Nathaniel Radcliffe.

¿Sería el mismo Nathaniel Radcliffe que ella recordaba?

Seguramente. Dudaba que hubiese dos hombres en Bath con ese nombre. Sin duda, se convertiría en el siguiente hombre que la odiara con toda su alma.

Temprano en la mañana, Jena Goldberg entró a la habitación de su señora, a la que servía desde que había llegado a esta casa, y encontró que ya esta se había levantado y, sentada en el alféizar de la ventana, miraba la luz del sol asomarse en el horizonte.

Se acercó despacio, analizando la situación y a su señora. Ella tenía una expresión desolada en el rostro, y unos dedos claramente pintados en el cuello.

Dejó salir el aire al tiempo que su estómago se apretaba un poco. Anoche, al parecer, había sido una de “esas noches”.

—No me diga —dijo en un susurro. —Pasó la noche en vela.

Georgiana apenas si la miró. Sus ojos azules volvieron a la luz que se iba asomando muy lejos en el horizonte.

Era verdad, no había vuelto a la cama luego de la visita de Douglas. Se paseó de un lado a otro pensando y pensando, pero como siempre, no encontró una salida a sus problemas, y perdiendo de nuevo su espíritu de lucha, se sentó en el mismo alféizar de siempre, dejándose llevar por sus melancolías.

Pero ahora era peor.

Todas las vejaciones a las que había sido sometida por su esposo no eran tan malas si se comparaban con el hecho de que ahora tenía que meterse en la cama de otro hombre. Y que Nathaniel Radcliffe fuera ese hombre le hacía querer morir.

Pestañeó cuando sintió el paño frío que Jena le ponía en la garganta, y le ordenaba a una criada que le trajera el desayuno a la señora.

Georgiana tenía dos personas para su cuidado. Jena, y Celestine. Jena era una especie de dama de compañía que le había sido asignada al llegar a esta casa, y Celestine se encargaba de la limpieza de su habitación, ropa, y comida. Entre las dos cuidaban de ella, y habían sido testigo demasiadas veces de los golpes a los que era sometida.

Al principio le tuvieron lástima, luego, tratando con ella cada día, se dieron cuenta de su fortaleza, fortaleza que había ido menguando con el tiempo.

—Necesita un baño, señora —le dijo Jena. Aunque Georgiana le había pedido muchas veces que la llamara por su nombre, nunca lo hizo. —Un baño barrerá por un momento sus preocupaciones.

Georgiana la miró al fin.

—Por un momento —dijo con voz rasposa. Le dolía hablar. Sonrió con ironía por las palabras de Jena. —¿De qué me sirve que se barran por un momento?

—No hable. Se lastimará más la garganta.

—¿Y qué importa? ¡Hice cosas peores con mi garganta!

—Señora...

—¿Qué importa? —exclamó Georgiana, lastimándose aún más. —Ahora sufriré vergüenza no sólo ante ti, Celestine, y los invitados de mi esposo. Ahora mi vergüenza se extenderá más allá de estos muros y gente desconocida sabrá lo patética que soy. Pensé que no podía caer más bajo. Cuando me dejó en paz, pensé que estaría a salvo al fin. Pero ahora ha decidido ofrecermelo a otros hombres por fuera de la casa como si fuera... mercancía. —Las lágrimas le corrieron pesadas y presurosas por las mejillas, llegando hasta su cuello y pecho. Era como si las hubiese estado conteniendo toda la noche, todo el año.

—¿Qué pasó ahora?

—¡Quiere que me acueste con Nathaniel Radcliffe! —contestó Georgiana ahogada en lágrimas.

Jena se espantó y cubrió sus labios con las manos.

—Nathaniel... ¿El señor Radcliffe?

—Perdió... una apuesta. Pero todo fue una estrategia. Necesita un heredero... y quiere que lo engendre con él. —Jena cerró los ojos indignada. —Me enviará a su casa —siguió Georgiana abrazándose a sí misma. —Quiere que lo seduzca. ¿Por qué no puedo simplemente morir, Jena?

—No diga eso, por favor —le pidió Jena acercándose a ella y limpiando sus lágrimas. Jena era un poco más alta que Georgiana, y también diez años mayor.

Todavía la recordaba con la luz en la mirada el día que había llegado. Una niña, prácticamente; esperanzada, sorprendida, con ilusiones.

Y también recordaba cómo de un tajo esa luz se apagó de sus ojos. No fue gradual, no. Un día ella había sido una niña feliz, y al otro, la mujer más miserable sobre la tierra.

Y luego todo fue a peor. La vio llorar amargamente, vomitar, intentar escapar, intentar morir. Pero Georgiana Henderson estaba en una prisión peor que el infierno mismo. Jena pudo haber escapado, porque también era terrible para ella, pero aunque la conocía desde hacía muy poco, ya no era capaz de abandonarla a su suerte.

Sus padres se habían hecho los ciegos y sordos cuando quiso contarles las cosas que estaban pasando. La familia del esposo era escasa, pero estaban todos de parte suya. Las hermanas estaban todas sumergidas en sus propias preocupaciones, y como entre todas la más acomodada era Georgiana, al contrario, esperaban que fuera ella la que les tendiera la mano.

La pobre estaba sola, completamente abandonada en este antro de perdición. Un pajarillo indefenso en medio de una jauría.

¿Qué podía hacer?, ¿qué podía siquiera decir para que no se sintiera tan miserable?

—¿Y... si aprovecha esta oportunidad? —Georgiana la miró como si de repente Jena se hubiese vuelto loca. —¿Y... si le cuenta todo a ese señor Radcliffe?

—¿Qué?

—Si le cree... él podría ayudarla.

—¿Te volviste loca, Jena?

—¿Qué podría perder?

—¿La poca vergüenza que me queda?

—¿Y qué tanto es?

—No soportaría ver el desprecio y la conmiseración en los ojos de... No él. Sería el último hombre sobre la tierra al que yo... —Jena frunció el ceño, y tomándole las manos, guio a Georgiana a una de las sillas de la habitación.

—¿Conoce al señor Radcliffe? —Georgiana esquivó su mirada ladeando la cabeza con los ojos fuertemente cerrados. —¿Es malo, acaso?

—No —contestó ella de inmediato. —Es bueno. Es honorable. Es... —Jena guardó silencio. Georgiana se mordía los labios y las lágrimas seguían fluyendo.

En ese momento, entró Celestine, una joven de menos de veinte años, con el uniforme del personal de la casa, de cabello castaño oscuro recogido en dos trenzas, empujando un carrito con el desayuno de Georgiana, y Jena se le acercó para revisarlo.

—Prepara el baño —le dijo a Celestine en voz baja, y esta miró subrepticamente a su señora, pero Jena meneó suavemente la cabeza en una advertencia.

Hoy sería un mal día, concluyó Celestine.

—Si es un hombre bueno y honorable —siguió Jena sirviendo una taza de té y poniéndola en las temblorosas manos de Georgiana —no hará oídos sordos a la súplica de una mujer. Por favor. Olvide la vergüenza y sálvese.

La taza de té caliente temblaba tanto en las manos de Georgiana que Jena tuvo que quitársela, Georgiana respiraba entrecortadamente, parecía que no le estaba entrando aire en los pulmones.

No era la primera vez que la veía así, sabía qué hacer. Le tomó el rostro y la hizo mirarla.

—Está bien. Está bien —repitió. Georgiana la miró fijamente, con ojos llenos de terror. —No hará nada. No dirá nada. Respire hondo. Por la nariz. Vamos. —Georgiana le hizo caso, y por fin, luego de largos minutos, pudo volver a respirar.

Jena sostuvo sus manos largo rato. En silencio. Esperando el llanto.

Sin embargo, Georgiana no lloró. Sólo se quedó en silencio otra vez, tal como la había encontrado al entrar en la habitación. Parecía una muñeca. Hermosa, y ausente.

Pasó la mano por los rubios cabellos rizados de su señora. Dios la había hecho tan bonita. Los labios rosados y generosos estaban entreabiertos, y las pestañas húmedas por las lágrimas, largas y abundantes, totalmente estáticas.

—No sabía que conocía a alguien como Nathaniel Radcliffe —eso llamó su atención. Los ojos de Georgiana se movieron, y parpadeó un par de veces.

—Tenía doce años —dijo, y sonrió. Una sonrisa auténtica. —Mi padre fue a su casa por un encargo. Me llevó porque insistí mucho, le prometí que me portaría bien, pero hice... pilatunas —rio recordando aquel tiempo, y la luz en su mirada pareció volver por un instante. —Si querer, entré al patio de entrenamiento de la gran mansión, y... allí estaba él, entrenando con una espada de madera. Me acerqué demasiado, y estuve a punto de lastimarme. Una niña como yo, metida en líos en la mansión de un hombre como él. Pude haber sido regañada hasta que me ardieron las orejas, pero él me salvó. Me tomó de la mano y me llevó de vuelta al interior de la mansión. Le pregunté su nombre y él... Creo que ni siquiera me miró, pero me lo dijo. Y allí... me enamoré de él. —Volvió a reír. —Le envié un par de cartas —siguió, mirándose las manos y pestañeando repetidas veces. —Obviamente, no contestó ninguna. Pero yo seguí amándole. Por supuesto, yo no era nadie para aspirar... a alguien con su estatus. Mi padre no... Pero eso no detuvo mis sentimientos, y me hacía ilusión imaginar que me contestaba, imaginar que éramos amigos. Sin embargo, fueron muy escasas las veces en que pude estar en el mismo espacio que él. Él había salido del país, duró mucho tiempo fuera, y luego... No puedo, Jena —volvió a decir con voz quebrada. —No puedo mostrarle lo miserable que soy. Prefiero morirme. No me pidas que le cuente. No soportaría que me mire con lástima.

—No lo hará.

—¿Qué voy a hacer? Él de todos modos va a pensar que soy una adúltera.

—No lo es.

—Una mujer casada que intenta meterse en la cama de alguien más.

—Va a ser un mal trago, pero y si... ¿y si simplemente lo hace, y obtiene un hijo de él?

—¿Qué?

—Piénselo. El señor Henderson buscó esposa porque necesita desesperadamente un heredero. Sus gustos son... muy diferentes. Cuando tenga al fin ese hijo, él ya no la necesitará; probablemente la enviará a una cabaña en las afueras, y se olvidará de usted y de ese niño hasta que tenga una edad apropiada para recibir educación. Y luego, tal vez lo pida para que vuelva con él, y usted, luego de haber cumplido por fin con la obligación de proporcionar un heredero, saldrá de su vista para siempre. No la volverá a determinar para nada. No la necesitará. Todo este sufrimiento será olvidado... y tendrá un hijo del hombre que amó de niña.

Georgiana miraba a Jena con los ojos tan abiertos que parecían querer salirse de sus cuencas. Era evidente que no había pensado las cosas de esta manera.

—Yo sé que su experiencia le dice todo lo contrario —siguió Jena tomando de nuevo las

manos de Georgiana. —Pero estar con el hombre amado... es totalmente diferente. Para llegar a ese punto, sí, tendrá que hacer cosas que detesta, pero el resultado simplemente... la salvará. Tal vez para siempre.

Georgiana seguía mirando a Jena al tiempo que esas ideas parecían por fin filtrarse en su nublada mente.

Una cabaña a las afueras. Estarían ella, Jena, Celestine, y su hijo; recibiría una mensualidad para criar bien al niño. Por fin saldría de aquí. No sería más testigo de las perversidades que se llevaban a cabo bajo el techo en el que dormía. No sería llamada más para participar de juegos deplorables. Tendría paz.

A costa de la opinión del único hombre que había amado en la vida.

Un precio tan alto.

Pero, si era realista, ¿qué importaba ya? Ella estaba casada. Él nunca sería suyo de ese modo romántico que una vez imaginó. Y aunque, por milagro de la providencia, enviudara, tampoco se fijaría en ella. Un hombre que lo tenía todo, posiblemente uno de los mejores partidos en Bath sin ser un noble, el candidato perfecto para marido al que aspiraban todas las señoritas solteras de la comarca... jamás la elegiría a ella.

Después de todo, no tenía nada que perder, pero sí mucho qué ganar.

Tragó saliva. La garganta le dolía mucho, el costado también, pero esos dolores se irían para siempre una vez cumpliera con su propósito aquí.

Un hijo de Nathaniel Radcliffe.

Se puso en pie.

Pensaba y pensaba. Por una vez, Jena la vio erguida en toda su estatura, y una determinación se fue asomando poco a poco en su expresión.

—Haremos eso —dijo, pero su voz salió tan rasposa que apenas si se escuchó. —Pero irás conmigo, Jena —pidió. —Te necesito allí.

—Claro que sí. No irá a ningún lado sin mí. Seguramente el señor me pedirá que la vigile, para que cumpla. Le juraré por mi vida que usted cumplirá. —Georgiana asintió, y se pasó la mano por la garganta, allí donde antes había estado la de su esposo, no para matarla, sino para recordarle lo fácil que le sería si quisiera.

Celestine entró a la habitación avisando que el baño estaba listo, y de repente, Georgiana sintió apetito. Se pasó la mano por el cabello preguntándose cuándo se lo había lavado por última vez, y Jena sonrió.

—Venga, la bañaremos de pies a cabeza.

En los días siguientes, y a pesar de estar todavía lastimada, Georgiana salió a las tiendas a comprar encajes y cintas. No se atrevió a entrar a esas tiendas donde supuestamente se proveían las prostitutas, pero envió a Celestine y esta volvió con algunas prendas tan delicadas y livianas que Georgiana sintió miedo sólo de tocarla.

Al volver a casa, tuvo que mostrarle sus compras a Douglas, que las analizó con cuidado como si más bien fueran monedas de oro, y las aprobó todas.

—Tienes gusto de puta, después de todo —sonrió Douglas con burla, pero Georgiana no hizo ninguna expresión. —Debería hacer que te las pruebes ante mí —dijo pensativo, y Jena de inmediato intervino.

—Señor... me temo que el encaje es tan delicado, que corre el riesgo de que se rompa en el primer uso.

—Mmm, es verdad. Dejémosle el privilegio al señor Radcliffe. —Dejó a un lado la pieza y se

acercó a Georgiana. Esta intentó no encogerse, pero si había algo que detestaba era el aliento de Douglas. —Ya sabes lo que hacer. Por favor, no te eches a llorar cuando te toque, o te haga algo más duro. ¿Vas a poner de tu parte, Georgiana? —Ella tragó saliva, pero asintió.

—Sí, señor.

—Eso está bien. Tráeme un hijo de ese bastardo.

Al día siguiente, temprano en la mañana, Georgiana subió al carruaje junto a Jena. El cielo estaba totalmente cubierto por nubes plomizas, lo que auguraba una larga y fuerte lluvia. Se sentía la presión en el ambiente, y en el interior de Georgiana, la presión por su futuro.

Tal vez tuviera éxito. Lo que ella sabía de los hombres, hasta ahora, era que en cuanto a la intimidad eran casi animales. Se olvidaban de su crianza, estatus, dinero. No había lugar donde se igualaran más dos seres humanos que en una cama.

Cerró los ojos imaginándose a sí misma en esas circunstancias con Nathaniel Radcliffe. El cuerpo le hormigueaba y no de manera agradable.

Podrás hacerlo. Se dijo. Podrás culminar con el propósito.

Al fin, luego de un recodo en el camino, los árboles se despejaron y Georgiana pudo ver de nuevo Avondale Hall, la mansión Radcliffe, una gran construcción de piedra blanca, de tres pisos, que dominaba una colina. Un largo sendero decorado con todo tipo de plantas señalaba la entrada. Era una construcción hermosa, imponente, que, según contaban, había pertenecido a un noble que lo perdió todo, y los Radcliffe de la época la adquirieron por un alto precio. Le habían hecho las mejoras correspondientes, y desde entonces la habitaban.

El traqueteo del carruaje al avanzar era lo único que se escuchaba, y Jena tomó con fuerza la mano de su señora dándole aliento.

Poco después, se detuvieron ante la entrada. El cochero las ayudó bajando el equipaje de ambas, que era poco, después de todo, y antes de que ambas pudieran llegar hasta la puerta para llamar, un hombre de cabellos grises, pose estirada y nariz aguileña salió.

—Señoras —las saludó con voz algo rígida, lo que demostraba que se estaba preguntando que hacían este par de inadvertidas visitantes en la propiedad. —Soy Wilbur Blake, mayordomo de Avondale Hall... —el mayordomo parecía perdido. Evidentemente, no esperaban visitas.

—Soy la señora Georgiana Henderson, y esta es Jena Goldberg —dijo ella, y a continuación, mintió con descaro: —El señor Radcliffe sabe de nuestra llegada.

El mayordomo la miró un poco sorprendido. Era evidente que se extrañaba por no haber sido informado, y lo único que podía hacer ante tales palabras era hacerla pasar. Ordenó a un par de lacayos introducir el equipaje y a ellas las guio hasta una sala.

—Nos quedaremos una semana —informó Georgiana intentando no mirar admirada los detalles decorativos del interior de la mansión, pero lo cierto era que cada detalle del intrincado modelado en pisos, paredes y muebles llamaba su atención.

Esta sala en particular era preciosa, de colores azules y otros tonos claros. Entraba mucha luz del sol a través de las grandes ventanas de marcos de madera blanca.

Cuando estuvo aquí, siendo una niña, apenas alcanzó a ver la entrada para los criados y luego, el patio de entrenamiento.

—El señor Radcliffe no se encuentra —le informó Wilbur. La decepción se pintó de inmediato en el rostro de Georgiana.

—Oh... ¿Tardará mucho?

—Seguramente estará aquí para cenar. Disculparé que la haga esperar, pero aún debemos adecuar una habitación para su estancia.

—Gracias, señor Blake. Esperaré pacientemente. —Wilbur hizo una reverencia y salió de la sala con prisa. Luego, una criada uniformada trajo un carrito con un hermoso juego de té de fina porcelana; lo sirvió en silencio y se retiró. Georgiana se recostó entonces en el espaldar de su asiento perdiendo completamente su buena postura. Se puso una mano en el costado; aún dolía allí y el corsé le constreñía dolorosamente.

—No sé si alegrarme o lamentar que el señor no esté —murmuró Jena pasándole a Georgiana su taza de té. —Ojalá llegue cuando ya estemos instaladas —miró hacia la ventana cuando una fina llovizna empezó a caer. —No echará fuera a un par de mujeres mientras llueve, ¿verdad? —Georgiana sonrió. Su preocupación era razonable, pero ella creía que, al menos por gentileza, no las echaría fuera mientras estuviese lloviendo.

—Es un caballero —dijo más para sí, se puso en pie y caminó hacia la ventana.

Fue cuando lo vio, y su estómago se encogió. Venía a caballo, mojado por la lluvia, totalmente solo.

Tragó saliva y respiró hondamente.

Aquí vamos, se dijo. El resto de tu vida depende de lo que suceda hoy.

Nathaniel se bajó apresuradamente del caballo y le entregó las riendas a un lacayo. Caminó con paso largo hacia la entrada de la mansión, y la puerta se abrió antes de que llegara a ella. Wilbur lo saludó como siempre, y de inmediato le informó de las inesperadas visitantes.

Nathaniel no le había estado prestando demasiada atención. Traía la mente en otras cosas, como la reunión que acababa de tener. Junto a su amigo Jacob Smith había participado en un juego de tiro con arma de fuego en la propiedad de un resonado lugarteniente. Era trabajo más que diversión, y el cielo se había oscurecido de repente, obligándolos a dar por terminada la partida.

Detuvo sus pasos al escuchar un nombre en particular. Henderson.

—¿Vino Henderson a mi mansión? —preguntó extrañado. Había pensado que tendría que presionar mucho para recibir el pago de aquella apuesta.

—Eh... No el señor Henderson, señor. La señora Henderson.

La mirada de Nathaniel cambió al instante. De la sorpresa pasó al disgusto, las cejas casi se unieron en su ceño y las comisuras de sus labios se arquearon un poco hacia abajo.

—¿Dónde está?

—En la sala oeste... —Nathaniel, que hubiese preferido subir a su habitación y cambiar su atuendo, giró en redondo dirigiéndose a la sala indicada. Wilbur comprendió entonces que esta no era una visita grata. —Dijo que usted la esperaba.

Mentira, pensó Nathaniel, pero no dijo nada.

Abrió la puerta sin miramientos y se introdujo en ella seguida por Wilbur, y al ver al par de mujeres ponerse de pie, se detuvo.

Era fácil saber quién era la señora y quién la doncella. Esta debía ser Georgiana Henderson.

Tal como Douglas Henderson había dicho, ella era preciosa. Alta, delgada, de piel tan blanca y suave que la hacía parecer algo etérea. Los cabellos rubios recogidos enmarcaban el hermoso rostro de facciones delicadas, ojos azules y labios carnosos.

No pudo dejar de admirar su belleza. No pudo ignorarla. Era bella, y la expresión en ella demostraba nerviosismo, y un poco de aprensión.

—Señor Radcliffe —saludó haciendo una reverencia. Nathaniel, que hubiese preferido ignorarla, le correspondió con una cabezada. Miró a Wilbur pidiéndole privacidad. Ciertamente, esta conversación no debía escucharla nadie.

—Qué inesperada sorpresa, señora Henderson —dijo. Estaba muy serio, totalmente quieto, y Georgiana tomó aire entrecortadamente.

Hacía mucho que no le veía. La última vez, fue en una fiesta, de lejos, y ya estaba casada.

Como siempre, él estaba rodeado de gente de bien, y ella no se atrevió a presentarse ni buscar ser presentada, sólo lo admiró de lejos.

Y seguía igual de guapo. El cabello castaño claro perfectamente recortado estaba algo despeinado por haber estado montando a caballo, y las gotas de lluvia habían humedecido la tela sobre sus anchos hombros. Alto y atractivo, imponente como el hombre que sabe que tiene poder, que no necesita de nadie.

—Creo que sabe... por qué estoy aquí —contestó ella. Nathaniel enarcó una ceja, y en su rostro se dibujó una sonrisa sardónica.

—Tenía la esperanza de que usted no. —El corazón de Georgiana dolió un poco. —Lamento informar que no aceptaré otra cosa que no sean las treinta mil libras... en efectivo. No acepto otra forma de pago. Ya puede irse —dijo, dando la media vuelta.

—Pero, no tengo carruaje... —él se detuvo y la miró ceñudo.

—Yo le proveeré uno.

—Y está lloviendo —volvió a decir ella. La mirada de fastidio en él se pronunció aún más. —Sólo déjeme quedarme esta noche.

—¿Quiere hacer trampa llamando a mi compasión?

—Apelo a su bondad —dijo ella. —Y a la caballeridad que tanto lo identifica.

—Ah. ¿Ahora me adula?

—Sólo constato un hecho. Sé que no está de acuerdo con... esto. Tampoco yo, señor Radcliffe. Se lo juro. Sólo déjeme... pasar la noche aquí y volver a mi casa cuando sea prudente. —Él ladeó un poco su cabeza mostrándose confundido. —Le juro que... después de esto, no me volverá a ver.

—Hace muchos juramentos, señora Henderson. Pero yo no confío en su palabra, ni en la de ninguno de su casa. —Georgiana tragó saliva. —Pero está bien —siguió Nathaniel. —La casa es grande, y tal como lo planeó, no echaré a un par de mujeres en medio de la lluvia. Sólo asegúrese de no tropezarse conmigo mientras esté aquí.

—Gracias, señor Radcliffe.

Sin decir nada más, y lanzándole una mirada de arriba abajo, Nathaniel se dio la vuelta y salió de la sala. Al estar de nuevo a solas, Georgiana se dejó caer en el asiento. Todo el cuerpo le temblaba.

—Admirable —dijo Jena.

—Me odia —dijo a su vez Georgiana. Jena sonrió.

—Yo no lo creo. Él la encontró hermosa. —Georgiana la miró enarcando una ceja, confundida. —Estuve muy atenta, y vi cómo la miró. Se sorprendió, no esperaba a alguien como usted.

—¿Crees que...?

—Es un hombre. Si toca su más bajo instinto, caerá.

Georgiana guardó silencio. Aquellas palabras le daban esperanza, la guiaban hacia la determinación.

Es un hombre, se repitió. Ahora sólo debía encontrar su punto débil.



Tarde en la noche, Nathaniel disfrutaba de un vino mientras leía las noticias en un periódico. Seguía lloviendo, y la mansión estaba quieta y silenciosa.

Había preferido cenar en sus aposentos ignorando deliberadamente a su no invitada. Tal vez el bajar le diera a ella la idea equivocada, y debía ser claro en sus intenciones.

Y era una lástima. Podía imaginarla perfectamente vestida para la cena, luciendo sus encantos, que no eran pocos, y sonriendo adulatora. Aunque estaba seguro de que cada una de sus sonrisas y miradas estarían estudiados para un único propósito, él era solo un hombre, un hombre soltero por demasiado tiempo, además.

Sin embargo, debía ser cuidadoso. Ni siquiera debía dar a entender que habían pasado una velada juntos. No tenía idea de cuán peligrosa podía ser esta mujer. Mentirosa, conspiradora, tramposa... Si era la mujer de Henderson, y pagaba sus deudas de juego con su cuerpo, no debía ser una mujer digna y respetable.

Un ruido afuera llamó su atención, y levantó la vista del periódico que hacía rato había dejado de leer de verdad y agudizó el oído. Nada. Tal vez algún criado había tropezado.

Pero, ¿a esta hora de la noche todavía había criados rondando? Lo dudaba.

Volvió la calma, pero Nathaniel seguía mirando hacia la puerta. No podía ser. Esa mujer no estaba afuera a punto de llamar, ¿verdad?

Se puso en pie dejando la copa y el periódico a un lado y caminó silenciosamente hasta la puerta. Miró por debajo notando que no había luz al otro lado. Sin embargo, la posibilidad de que estuviera afuera no era nula, aunque todo seguía en silencio.

¿Y si ella era una ladrona y estaba aquí para meter en sus valijas cosas de valor? ¿Y si estaba afuera robando objetos de oro, o peor, metiéndose con alguno de sus lacayos, ya que él la había rechazado?

Abrió la puerta de golpe y salió al pasillo. Todas las velas estaban apagadas ya, estaba absolutamente oscuro, pero él se conocía esta mansión perfectamente, así que caminó varios pasos hacia la escalera que llevaba al primer piso. Nada. Sólo el sonido rítmico y apagado de la lluvia afuera. Un relámpago iluminó brevemente el interior, pero su luz pálida y azulosa no develó ningún secreto.

Meneando la cabeza por sus ridículas paranoias, volvió a su habitación. Su vela se había apagado, así que buscó el encendedor. Cuando tuvo de nuevo luz, la vio.

Ella estaba al pie de su cama, vestida con...

Era una alucinación, se dijo. Ninguna mujer podía ser tan hermosa.

Tenía los cabellos rubios sueltos, y caían en cascada sobre sus delgados y pálidos hombros. Y de ahí hacia abajo, una delicadísima tela de encaje hacía el intento de cubrir su cuerpo. Sólo el intento, porque no lo conseguía.

De dos finas tiras, unos pequeños pedazos de encaje cubrían sus senos, pero se podía ver todo debajo, lo redondo de sus formas, el delicado peso que los hacía caer suavemente, y los rosados pezones. La estrecha cintura se anchaba hacia las caderas, y tampoco tenía nada debajo que cubriera su intimidad, pues podía ver perfectamente la forma de su vulva. Los muslos de curvas muy suaves, las hermosas pantorrillas, los desnudos pies...

Era malditamente encantadora. Nathaniel quedó presa de su encanto por demasiado rato. Sintió la garganta seca, y su instinto despertó como hacía mucho tiempo no lo hacía. La sangre empezó a fluir por su cuerpo y a concentrarse en partes muy específicas.

Era hermosa, tentadora, peligrosa.

Lo peor es que no se cubría, no parecía tímida por estar allí tan expuesta. Mierda. Le fue tan

fácil imaginarla encima de él, tomando el control de todo, balanceándose suavemente mientras gemía.

Su garganta se apretó y tuvo que contenerse fuertemente para no hacer ningún ruido. La mente es fuerte, se repitió, aunque el cuerpo fuera tan débil.

—Perdón por meterme de esta manera en tu recámara —dijo ella, y su lenguaje informal hacía que todo esto pareciera más íntimo de lo que ya era. Ella elevó una mano y se masajeó suavemente el cuello, y los ojos de Nathaniel volvieron a caer hechizados por ese movimiento. Era hermosa, era perfecta, seductora y completamente a su alcance.

Podía tomarla, sí. Después de todo, ella estaba dispuesta, y se ofrecía voluntariamente. No necesitaba esas treinta mil libras, después de todo.

Nathaniel retrocedió un paso al llegar a ese pensamiento. Treinta mil libras. Ella era un producto de intercambio, nada más. Y sí, se prestaba voluntariamente a eso. ¿Cuántas veces lo habría hecho? ¿Era su costumbre?

El fuerte deseo se transformó rápidamente en rechazo.

—Fuera de mi habitación.

—Me iré —dijo ella avanzando hacia él. La luz de la vela iluminó pobremente su cuerpo, pero era suficiente para hacer saber que era perfecto. —En un rato.

Georgiana se acercó más a él, mucho, hasta estar a un palmo de distancia. Elevó una mano y suavemente la apoyó en la mejilla masculina. Bajó por el cuello, el pecho, y más abajo. Cuando intentó tomarlo en su mano, él se la retuvo con fuerza. Dolió un poco, pero Georgiana no se quejó.

—He dicho... fuera.

—Sólo será un momento.

—Ni un momento, ni medio. Fuera.

—Tú me deseas.

—Tanto como deseo contraer la sífilis —eso hizo que ella abriera grandes los ojos y se retirara un poco.

—Yo no...

—¿Quién me lo garantiza? Una fulana como tú, que se mete a la casa y a la habitación de los señores para acostarse con ellos.

—No es así.

—¿Y qué haces aquí, entonces?

—Es la primera vez que yo...

—Y yo soy el santo papa —se burló Nathaniel, soltando su mano con brusquedad y alejándola. —Fuera.

—Por favor. No me echas. Te juro que estoy limpia. Te juro que nunca he...

—Fuera. No quiero gritar y despertar a los criados formando un espectáculo desagradable.

—Te necesito —dijo ella cambiando totalmente su tono de voz y mirada. Ahora era suplicante. —Te suplico que no me echas. Te necesito de una manera que no te imaginas. Salva mi vida y acuéstate conmigo, por favor. Te prometo que quedarás muy satisfecho, y luego...

—Das asco —dijo Nathaniel entre dientes, y esas palabras dejaron a Georgiana en silencio, con lágrimas que habían brotado brillando en sus ojos. —Aborrezco las mujeres como tú, sin moral, sin dignidad, sin pudor. Aunque fueras la última sobre la tierra, jamás te tocaría, porque de verte se me revuelve la bilis. —La lágrima cayó de los ojos de Georgiana, brillante por la luz cálida de la vela. —¿Ahora me entiendes? No te tocaría ni si de eso dependiera mi vida, y mucho menos compartiría mi lecho contigo.

Georgiana dio varios pasos atrás, mirando el suelo. Sus hombros estaban decaídos, y aun así, era hermosa.

Nathaniel la odió por eso.

—Mañana tomarás tus cosas y te irás sin que te lo tenga que repetir. Toma tu inmundicia y desaparece de mi casa, y nunca más vuelvas a ponerte ante mis ojos, porque entonces no sólo destruiré tu reputación, sino la de toda tu familia. ¿Me escuchaste? No me bastará con acabar con Henderson; buscaré a tus padres, hermanos y amigos y los destruiré. Has intentado estafarme, embaucarme, y no soy un hombre que se toma las ofensas a la ligera. Una vez que he decidido quién es mi enemigo, no vacilo ni descanso hasta verlo totalmente derruido. No quieres convertirte en mi enemiga, señora Henderson.

Georgiana volvió a elevar la mirada a él con la mente totalmente en blanco, sin nada que decir, sin nada que pensar.

Las palabras calaban una a una, hiriendo y rompiendo cada hilo de su alma, dejando sólo sangre y dolor a su paso.

Otra lágrima cayó.

Había sido derrotada. En un juego en el que había estado segura de ganar, había perdido. Y todo el castillo de naipes que había construido bajo su supuesta victoria, se empezó a venir abajo.

No se acostaría con él hoy. Ni nunca.

No habría hijo, ni cabaña a las afueras, ni paz.

La esperaba el dolor perpetuo, o la muerte.

Miró de nuevo a Nathaniel con su rostro devastado por las lágrimas, y quiso volver a suplicar.

Por favor. Eres mi salvación. Eres el único que puede ayudarme. Pero tuvo miedo de volver a hablar por si acaso otra frase ponzoñosa salía de esos labios terminando de derribarla.

Y lo peor, es que no podía odiarlo, porque lo entendía perfectamente. Si ella de verdad fuera una fulana que se metía en la cama de cuanto hombre, pagando las deudas de juego de su marido, se merecería su repudio. Pero era inocente.

Respiró hondo sin dejar de mirarlo. El alma le dolía, el corazón y el cuerpo clamaban.

Ahora entendía que sería la última vez que lo viera, la última vez que hablaran, y había sido en la peor de las circunstancias.

Al menos, lo había tocado, se dijo empuñando la mano. Había tocado su mejilla. Había sentido su calidez.

Cuando muriera, se llevaría esa sensación al más allá.

—Nathaniel —dijo, usando deliberadamente su nombre, y sonrió llena de tristeza. Este sería su único adiós. —Fuiste... la ilusión más bonita de mi vida. —las lágrimas caían una tras otra. El rostro de él mostró extrañeza y confusión. Tal vez se estaba preguntando si estaba ebria, si había enloquecido. —Te amé. —dijo Georgiana tratando de controlar sus expresiones. —Créeme; te amé. —Y sin añadir nada más, dio la media vuelta y caminó a paso rápido hacia la puerta, dejando atrás más lágrimas doradas.

Nathaniel tenía una ceja enarcada y se preguntaba qué era todo esto. Pero la mueca de desprecio no se borró de su rostro. Una vez estuvo solo, dejó salir el aire meneando la cabeza y se pasó ambas manos por los ojos intentando relajarse, pues su cuerpo seguía en tensión.

Diablos, ¿qué acababa de pasar? Miró alrededor, como si temiera que ella hubiese vuelto, pero no fue así. Salió de nuevo al pasillo mirando a un lado y al otro. El pasillo estaba completamente desierto.

Se metió de nuevo en la habitación y puso la llave. Había sido su culpa que esa mujer entrara. Al salir, dejó la habitación abierta y así había podido entrar. Se quitó la bata y se metió en la

cama todavía muy tenso. Muchas emociones y sensaciones seguían recorriendo su cuerpo, llenándolo de esa tan conocida energía.

Joder.

Se sentó de nuevo en medio de la cama con los dientes apretados y odiando infinitamente a la tentadora mujer que lo había sacado de su tranquilidad, una tranquilidad que era difícil de sostener en el tiempo.

¿Cuánto hacía que no estaba con una mujer? Años. Muchos años. Su primera vez fue con una criada, y él era sólo un muchacho. Probó por primera vez los placeres que una mujer daba, y su tía, que en ese tiempo estaba en su casa, la echó al descubrirlos, y a él lo castigó por meses repitiéndole hasta el hartazgo los deberes de un señor, de la importancia de la castidad, de los peligros que traía la promiscuidad y el desenfreno sexual. Poco después buscó a la chica, sintiéndose culpable, y la halló trabajando en una taberna luciendo un vestido tan escotado que casi mostraba sus pezones, siendo manoseada por borrachos y rindiéndose ante cualquier moneda.

Él le había hecho eso. Hasta antes de él, ella fue una criada en una casa respetable, bien vestida y con un trabajo honorable. Él le había hecho ese daño.

Y nunca más tocó a otra mujer. Se conocía. Sabía que no pararía una vez volviera a tener una en frente de la misma manera en que aquella chica había estado. Pero ahora se hallaba hambriento, despierto, y con la mente llena de imágenes de un cuerpo obsceno.

Salió de la cama y corrió una de las cortinas para mirar afuera a través de la ventana. Las gotas de lluvia se estrellaban contra el cristal, y la vista más allá se hacía imposible.

Tal vez debía casarse. A un hombre casado no le ocurrirían estas cosas.

Se rio de sí mismo cruzándose de brazos. No se había preocupado por buscar esposa en todo este tiempo, y ahora le urgía. Habría preferido que fuera una unión como la que tuvieron sus padres en su día; los señores Radcliffe eran inseparables, cómplices y aliados en los momentos de adversidad, amantes cariñosos cuando creían que nadie los estaba viendo.

Sabía que para encontrar algo así debía alternar con la sociedad, ir a bailes, enviar y aceptar invitaciones, pero había estado tan sumergido en una búsqueda que eso había consumido todo su tiempo y energía.

Pero debía preocuparse por esta parte de su vida. Su tía seguía escribiéndole cartas recordándole su deber cristiano de contraer matrimonio y traer hijos al mundo. Ah, se alegraría mucho cuando le contara que estaba dispuesto a mirar candidatas. Todo porque una fulana se había colado en su habitación develando lo necesitado que estaba, cuán bajos podían ser sus instintos.

Georgiana entró de vuelta a la habitación que le habían asignado totalmente helada, descalza y semidesnuda. Jena la sintió entrar y saltó del asiento donde había estado dormitando.

—¿Qué? —preguntó espabilando —¿Ya? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Señora? —Georgiana no dijo nada, sólo se cubrió con las sábanas hasta la cabeza, hundiendo la cara en la almohada.

Era incapaz de llorar. Ahora mismo, sólo sentía vergüenza, odio a sí misma, y resignación.

—¿Señora? ¿Tuvimos... éxito?

—No, Jena —contestó Georgiana con voz ahogada por las sábanas. —Fracasé.

—Oh, Dios.

—Sabes lo que me espera, ¿verdad?

—Señora... ¿le contó su situación? ¿Le dijo lo que pasa? ¿Intentó...?

—¡Lo intenté! —dijo ella volviendo a sentarse. —Lo intenté... pero no me escuchó. Ni

siquiera me escuchó. —Jena guardó silencio mordiéndose un labio.

—Yo podría hablar con él y contarle...

—No.

—Pero no perdemos nada...

—Jena, por favor. Ya me he rendido. Él... me aborrece. Siente asco. No empeores las cosas.

—¿Pueden empeorar?

—Sí. Siempre se puede caer más bajo. Acabo de comprobarlo. —Los ojos de Georgiana estaban muy abiertos. Se abrazó a sí misma y tembló al comprender que ahora le esperaba una fuerte paliza de su marido, y quién sabe cuántos días estaría en cama dolorida.

Quizá esta vez sí la mataba.

Cerró los ojos escondiendo el rostro entre sus brazos. No. No la mataría. No sería tanta su dicha. Si muriera, sería menos malo, pero ese maldito la golpeaba para que le doliera, no para matarla.

Ah, esta noche se había quedado sin nada. La dignidad de la que había hablado Nathaniel ya la había dejado atrás cuando decidió presentarse en Avondale Hall. Sólo había traído esperanza, y esta se había ido toda por el caño, completamente despedazada.

Y la voz de Nathaniel diciéndole que sentía asco por ella corroía los últimos pedazos de su amor propio dejando sólo vacío y silencio.

Ni siquiera era capaz de llorar. Podía estar berreando por el dolor tan inmenso que sentía, pero ya no tenía fuerzas. La derrota era tan aplastante que ella sólo quería desaparecer.

Sí. Desaparecer, pensó levantando la mirada con ojos vacíos.

Parecía una buena idea.

Una vez desapareciera, el dolor se iría. El dolor físico, el dolor del alma.

Ya no habría miedo, que era lo único que le quedaba.

—Jena... —susurró. —Necesito pedirte un favor.

—Lo que sea, señora. Pídame lo que sea.

—Consígueme un veneno. —Jena quedó en silencio tratando de decirse a sí misma que no había entendido tal petición.

—¿Qué?

—¿Puedes hacerlo? —Jena no tenía ni la más remota idea de dónde o cómo conseguir un veneno, pero eso no era lo preocupante, sino la sola petición.

—¿Qué está planeando hacer?

—No es un plan —sonrió Georgiana, y una lágrima volvió a rodar. Los ojos enrojecidos, que aparentemente habían agotado su caudal, volvían a inundarse. —Es... la única salida.

—No, señora. Eso no.

—Sabes lo que me espera en casa, ¿verdad?

—Sí, pero...

—¿Quieres verme así por el resto de mi vida?

—No. Pero tampoco quiero que muera. Por favor. ¿Qué va a ser de su alma si hace algo así? Por favor. No vuelva a pedirme algo así. Sé que tiene miedo, sé que está cansada de ser fuerte, pero no se rinda. Se lo pido. Encontraremos la salida. —Georgiana no dijo nada, y desesperada, Jena la abrazó tratando de infundirle un poco de su fuerza, un poco de su esperanza. Pero Georgiana ya se sentía muerta por dentro.

Nathaniel despertó temprano en la mañana después de dormir poco y mal. Su primera pregunta fue acerca de su visitante y el informe que le dieron lo dejó sorprendido. Al amanecer,

aun en medio de la llovizna, la señora Henderson había pedido un carruaje y se había ido.

Nathaniel se bebió su té matutino con una expresión dura en el rostro. Al menos, pensó, esa mujer tenía vergüenza. Si la hubiese encontrado en su sala de desayuno como si no hubiera ocurrido nada, el concepto que tenía de ella habría caído aún más bajo, si se podía.

En el carruaje, Georgiana iba mirando por la ventana. Cada metro que andaban, y que la acercaban más a su casa, la presionaba.

Cada giro de las ruedas del carruaje, la oprimía.

Todavía no se había recuperado del dolor en las costillas, pero al parecer sus huesos y sus carnes experimentarían de nuevo el dolor.

Habían pasado meses desde la última vez, y no quería recordar. Estuvo enferma semanas, sin poder salir de la cama, sin poder moverse por sí misma. Y no había nadie que la ayudara, que la salvara.

Había intentado salvarse a sí misma procurando un hijo de Nathaniel. Pero había fracasado.

Jena también estaba preocupada, y cuando llegaron al fin a la casa Henderson, tomó la mano de la señora sintiéndola helada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Henderson al verla. Era muy temprano, por lo que seguía en bata, al igual que Austin Miller, en cuyo rostro se develaba que había pasado una noche muy ajetreada. —Georgiana, te hice una pregunta.

Georgiana cayó al suelo de rodillas. Tenía la respiración agitada y las manos le temblaban, incapaz de responder, por lo que Henderson miró a Jena.

—El señor Radcliffe... dijo que sólo aceptaría las treinta mil libras.

—¿Qué? ¿La rechazó?

—Así es, señor.

—¿Se puso el negligé?

—Sí, señor.

—¿Y aun así la rechazó? ¿Es un eunuco? —apoyó la rodilla en el suelo y tomó bruscamente el rostro de Georgiana —¿o me estás mintiendo?

—Le juro que no, señor —se apresuró Jena a contestar viendo a su señora incapaz de articular palabra. —Yo misma... la acompañé a la recámara del señor. Pero él... la rechazó categóricamente. No dio lugar a negociaciones... y nos expulsó de su casa. —Henderson soltó una risita.

—Conque fracasaste. Toda esa belleza... para nada. —Georgiana cerró los ojos con fuerza, y su silencio enardeció la ira de Henderson, que la levantó del suelo tomándole del cabello. —No voy a pagar treinta mil libras —dijo, y caminó con ella atravesando la sala.

Georgiana se quejó, intentó soltarse, pero este hombre era demasiado fuerte. Jena corrió detrás, pero Austin le hizo zancadilla haciéndola caer, y un par de lacayos la detuvieron cuando intentó incorporarse.

Georgiana gritaba, y Jena lloraba por no poder ayudarla.

—Entonces —iba diciendo Douglas a medida que avanzaba por los pasillos. Criados y lacayos eran testigos de todo, pero sólo se detenían en silencio o se escondían. Cuando el señor se ponía así, nadie estaba a salvo. Excepto quizá Austin Miller. —Ahora no sólo no tendré un hijo, ¿sino que además debo pagar treinta libras? ¿Te das cuenta de todo lo que me has hecho perder, Georgiana? Tu dote no cubre ni la mugre de mis zapatos, cómo voy a pagar malditas treinta mil libras?

—Por favor —lloraba Georgiana, aunque sabía que era inútil, pero por si acaso quedaba un

poco de piedad en el alma de este maldito. —Por favor...

—No hiciste tu trabajo bien; en lo único que eres buena... y fracasaste. ¿Qué crees que te espera? —Georgiana pudo ver a dónde la conducía, y sus piernas fallaron de puro terror.

El la sostuvo con más fuerza por el cabello y se echó a reír al comprender que era el miedo lo que la hacía desfallecer.

—Entonces ya lo sabes. Y si lo sabías, ¿por qué me desobedeciste, Georgiana? Vamos a disfrutar un poco en el cuarto de los arneses. ¿Te parece?

El cuarto de los arneses, para Henderson, era una sala de placer. Georgiana había visto cosas tan horribles llevarse a cabo en esa sala que sólo de recordarlas sentía ganas de vomitar.

Y también las había experimentado.

Recién casada, él la había castigado por haber subido de peso y la llevó a la sala de los arneses. La desnudó y la ató... y luego le hizo toda clase de cosas inmundas. La dejó allí atada por una semana sin comer, sólo los criados autorizados le llevaban agua de vez en cuando, como para que no muriera. Henderson sabía perfectamente cuánto hacer padecer un cuerpo humano para que no muriera antes de haber completado su diversión.

Desde entonces, Georgiana se midió mejor con las comidas, desechando siempre los postres, usando todo el día su corsé. Lo cual era una tontería, porque ahora la criticaba por estar flaca.

Moriría antes que entrar de nuevo en ese lugar.

No tenía un veneno, lo cual era lamentable.

Pero esa no era la única manera de morir, ¿verdad?

—¡Suéltame! —gritó con toda su garganta, pero Henderson sólo apretó el agarre. — ¡Suéltame! —volvió a gritar, revolviéndose con tal furia que no sintió cómo muchos mechones de su rubio cabello eran arrancados al liberarse al fin de su fuerte agarre.

—¡Ven aquí! —gritó él yendo tras ella, pero fue demasiado tarde.

Tal vez tropezó, tal vez se lanzó a propósito, pero ahora mismo, el cuerpo de Georgiana daba botes cayendo por las escaleras que acababan de subir, y no se detuvo sino hasta llegar abajo, y de la boca de Georgiana salía un hilo de sangre.

Gritó y bajó corriendo hasta ella. Jena llegó corriendo y gritando también. Los criados se miraban unos a otros sin saber qué hacer, buscando algo, huyendo, tal vez. El único que miraba con calma la escena era Austin, que incluso apoyó el hombro en una pared como si se preguntara si era verdad o mentira lo que presenciaban sus ojos.

—¡Está viva! —dijo alguien, y Jena, llorando, la abrazó en el suelo.

No sabía si se alegraba o si lo lamentaba. Era evidente que ella se había lanzado en la búsqueda de su propia muerte, pero había sobrevivido.

No sabía si para bien, o para mal.

Ahora entendía que su petición de buscar un veneno no había sido por nada. Ella en verdad estaba decidida a morir.

—No se ha roto ningún hueso —informó el médico luego de revisar a Georgiana. Era un médico amigo de Henderson. Éste le llenaba las manos de dinero y él guardaba silencio. Jena lo detestaba con toda su alma. —Pero se ha lastimado mucho. Esos moratones no desaparecerán por ahora. Recomiendo una semana en cama.

—¿Una semana? —protestó Douglas. —En una semana es la fiesta en casa de la señora Harrington. Debemos estar ahí ahora más que nunca. Haz que se recupere antes.

—En realidad, yo recomendaría un mes de reposo, pero...

—Estás loco. Vete de mi casa.

—Está delicada, Henderson —dijo el médico en tono serio. —Pudo haberse desnucado y morir. Tienes suerte de que haya sobrevivido, así que cuídala.

—Dale medicinas y lo que sea para que esté en pie lo antes posible.

—Te estoy diciendo que...

—Y yo te estoy diciendo que la mediques para que se ponga bien. ¿En qué idioma te lo digo para que entiendas? —el hombre de cabello canoso y algo alborotado dejó salir el aire y sacó de su maletín un papel en el que hizo una lista y se lo entregó. —¿Con esto se recuperará?

—Algunas son para el dolor, y otras para que recupere las fuerzas.

—¿Es todo?

—Por ahora, sí. Vendré en unos días a revisarla.

—Bien. Tú... ¿de casualidad puedes prestarme treinta mil libras? —el médico lo miró sorprendido, luego se echó a reír.

—Siempre bromista. Si tuviera treinta mil libras, no tendría que trabajar el resto de mi vida.

—Claro. —El médico se despidió luego de recibir su paga y se fue. Douglas Henderson quedó a solas en su despacho un rato, y con las manos empuñadas se preguntaba qué iba a hacer ahora. No había sido su plan que Georgiana se accidentara. Obviamente tenía que castigarla, pero incluso en ese caso pensaba moderarse. Debía encontrar un nuevo padre para su hijo en la fiesta de los Harrington.

—No fue un accidente —dijo la voz de Austin entrando al despacho. —Ella se lanzó para huir de la sala de los arneses.

—¿Me lo vas a reprochar?

—Esa niña ya ha dado por perdida su vida. Ten cuidado. La has empujado demasiado lejos.

—Ah, por favor.

—Te lo estoy diciendo, Doug.

—¿Ahora me pides que tenga compasión por ella? He perdido treinta mil libras y la posibilidad de tener un hijo. No creo que él la haya rechazado. La has visto desnuda. Cualquier hombre que se sienta atraído por las mujeres habría caído.

—¿Y qué tal que sea cierto? —preguntó Austin, sembrando la duda en Douglas.

—Sería el hombre más tonto sobre la tierra. Y yo tendría muy mala suerte, al haber elegido precisamente al hombre capaz de resistírsele.

—Diste por sentado que él la aceptaría en su cama, y mira las consecuencias. Vas a tener que planear mejor tu próximo paso.

—Por eso quiero llevarla a la fiesta de los Harrington. Es la última de la temporada. Luego, todos los malditos ricachones cerrarán sus casas y se irán al campo por el invierno, y en Bath quedarán sólo los inservibles. Me aseguraré primero de que el objetivo desee a Georgiana antes de enviarla a su cama.

—Elige uno con buena apariencia, por favor. No quiero tener que lidiar con un niño feo. —

Douglas se echó a reír. —¿Cómo pagarás las treinta mil libras?

—Ah, no me hables de eso.

—Ese hombre vendrá furioso a cobrarte.

—Veré cómo apaciguarlo. Ah... creo que tendré que darle mis sementales en parte de pago. Maldita estúpida inepta. —Austin sólo hizo una mueca. También a él le dolería tener que deshacerse de tan finos caballos, pero al parecer, no había opción.

Pasaron dos días, al cabo de los cuales, Georgiana volvió a abrir los ojos. Al comprobar que estaba viva, lloró.

El dolor en todo su cuerpo era un claro recordatorio de que seguiría viviendo, que su infierno se extendería un rato más.

¿Hasta cuándo?, se preguntó. ¿Había venido a este mundo sólo a sufrir? ¿Hasta cuándo?

—¿Señora? —la llamó Jena suavemente, y Georgiana movió la cabeza para mirarla. —Por favor, no vuelva a hacer algo así. No se rompió ningún hueso, pero pudo ser fatal.

—Quería que fuera fatal.

—Pero caer por las escaleras...

—Ha matado a muchas esposas indeseadas —dijo. Lo decía como si nada. Como si sólo comentara un chisme de sociedad.

—Hay cosas peores que la muerte —insistió Jena—. Pudo haber quedado lisiada.

—Lisiada estaría bien —siguió Georgiana. —Así no me tocaría... ni me obligaría a tocar a otros. —Ella volvió a cerrar los ojos y Jena tragó saliva. Extendió una mano y apartó el cabello rubio del rostro de Georgiana, y entendió. Georgiana volvería a intentarlo, volvería a buscar su muerte, cometería una locura como la última para huir.

Los ojos se le humedecieron con lágrimas de ira y resignación.

Ella también había concluido que la muerte era mejor que este tipo de vida.

—Buscaré... ese veneno —le dijo, y Georgiana volvió a abrir los ojos y la miró. —Será una muerte más limpia y segura. Sin dolor. El señor Henderson quiere que vaya a la fiesta de los Harrington. Esté recuperada o no la obligará a asistir, y creo tener claro por qué... Él le buscará un nuevo candidato para tener ese hijo. No me cabe duda. —El rostro de Georgiana se compungió y los labios le temblaron de miedo. —Pero no pasará —le prometió Jena. Llegaré a tiempo.

—Jena... por favor.

—No tenga miedo. Resista estos días. Recupérese. —Georgiana asintió, y sin perder tiempo, Jena se levantó y salió de su habitación directo a llenar una valija para irse de viaje. No podía conseguir ese veneno en esta misma ciudad. No podía dejar que supieran quién era ella, o frustrarían sus planes.

Habló con el ama de llaves y le inventó una historia acerca de una madre enferma y de lo urgente que era que ella la cuidara. Salió sin mayor problema y eso la alegró.

Sabía lo que ocurriría luego de que Georgiana consumiera ese veneno, así que debía conseguir suficiente para las dos. Ella también prefería morir antes que someterse a la tortura.

Nathaniel Radcliffe sonrió saludando a los Harrington, la pareja anfitriona de la fiesta. Era una pareja mayor, padres de tres hijas, todas en edad casadera, dos de ellas aún solteras; de buena fortuna y bastante guapas. Todavía se resistía un poco a la idea de asistir a fiestas para conocer posibles candidatas a esposa, y ahora estaba pensando en que sería mejor primero terminar sus asuntos pendientes para luego sí dedicarle toda su atención a este aspecto de su vida.

Pero aquí estaba. Recibiendo presentaciones de una joven tras otra, escuchando lo buenas que eran en el piano, o la pintura, o el bordado. Había visto tantas caras núbiles que ya todas le estaban pareciendo iguales. Todas de blanco, todas peinadas de la misma forma.

Escuchó una risa algo estridente, conocida, y se giró a mirar. Ahí estaba Douglas Henderson con su esposa al lado. Él le sostenía la cintura, y ella permanecía quieta y pálida como una estatua, luciendo un llamativo vestido rojo.

Seguía siendo una mujer brutalmente hermosa, a pesar de eso. Ella tenía la mirada perdida en algún punto de la sala, y Henderson sonreía hablando con Waldo Harris, un hombre rico y gordo, conocido por su afección al vino. La fiesta apenas empezaba y él ya estaba ebrio, y Nathaniel no pudo evitar hacer una mueca. Pero su atención volvió a ellos.

Le había enviado una carta a Douglas recordándole que el tiempo para el pago de su deuda había caducado, y éste le había respondido enviándole un par de hermosos sementales. No cubrían la deuda, pero apaciguaban un poco su ira.

¿Estaría ofreciendo a su esposa a Harris?

Seguramente, pensó con desprecio. La estaba vendiendo ante ese borracho.

Imaginar los seductores encantos de Georgiana Henderson siendo sometidos a la brusquedad de Harris le hizo revolver un poco el estómago, pero se tranquilizó repitiéndose que aquello no era asunto suyo.

Tal vez ella hasta lo disfrutara.

Al volver a mirarla, se dio cuenta de que ella lo miraba a él. Las pálidas mejillas enrojecieron violentamente, y esquivó su mirada. Ahora parecía inquieta, y cuando Douglas le dijo algo, ella susurró una respuesta en su oído. Nathaniel los observaba con furiosa curiosidad, a pesar de sí mismo. Se reprendió por eso y volvió a prestar oído a lo que alguien decía, tratando de concentrarse.

No le fue posible, menos, cuando por el rabillo del ojo, vio ese vestido rojo pasar raudo hacia la salida principal del salón de fiestas.

La perdió de vista por un momento, y fue suficiente para preguntarse qué rayos estaba haciendo. ¿Por qué le importaba hacia dónde iba ella?, ¿qué le importaba si sólo estaba buscando un baño, un amante, o irse a casa?

—Señor, ¿necesita su carruaje? —le preguntó uno de los lacayos encargados en la salida. Nathaniel miró de nuevo hacia el interior, dándose cuenta de que, después de todo, sí quería irse a casa.

—Sí, por favor.

El lacayo se puso en movimiento y él se quedó allí disfrutando del aire frío de la noche y del silencio. Después de todo, no estaba disfrutando mucho de la fiesta. Ninguna joven había llamado especialmente su atención, y aunque el vino era bueno, las conversaciones no lo eran tanto.

Gracias a la luz de una farola, otra vez vio el vestido rojo, ella parecía desesperada buscando un carruaje en especial.

Pero esta vez la vio diferente. No estaba erguida y elegante como antes, caminaba con la mano apoyada en el costado y con la otra se levantaba la falda mientras cojeaba entre los carruajes estacionados uno tras otro a lo largo de la entrada. Se apoyaba en las ruedas sucias y avanzaba lentamente. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba tras ella.

La escuchó boquear por aire, dar un traspié, y avanzar. En un momento, apoyó una mano en una de las ruedas de algún carruaje y se agachó. Parecía que iba a vomitar.

En un par de pasos estuvo con ella. La tomó de un brazo para girarla y mirar su rostro, pero

entonces, ella se desmayó.

Teniéndola completamente lánguida en sus brazos, Nathaniel pensó en mil cosas en un segundo. Era una trampa, una estratagema. En cualquier momento aparecerían testigos convenientes para hacer un escándalo. Pero pasaron los segundos y no sucedió nada, y en el silencio del jardín de la salida, además del sonido del viento entre los árboles y su propia respiración, no se escuchaba nada.

Nada. Ella no estaba respirando.

—¿Señora Henderson? —la llamó sacudiéndola suavemente. —¿Señora Henderson? —Acercó el oído a su nariz, e ignorando el aroma de su perfume, pudo comprobar que ella, efectivamente, había dejado de respirar.

Puso la oreja en su pecho tratando de escuchar su corazón, y encontró su pulso débil. Alarmado, la alzó en sus brazos y buscó su carruaje. Al verlo, Pierre le abrió la puerta, pero no hizo preguntas. Una vez Nathaniel estuvo dentro con Georgiana, la acostó en el suelo y palmeó suavemente sus mejillas intentando despertarla, pero ella, al contrario, perdía más el color; la piel de las manos se le estaba poniendo azul.

Con un poco de brusquedad, la giró. Había oído de mujeres tan vanidosas que se apretaban el corsé de manera imposible sólo para aparentar una figura más delgada. Georgiana ya era delgada, no necesitaba de estos trucos, pero de igual manera aflojó las cintas del vestido, quitó capas de ropa hasta llegar al maldito corsé, y por fin la liberó de esa opresión. Nada, ella no respiraba. Golpeó su espalda suavemente como si así pudiera obligar a su pecho a volver a tomar aire, sintiendo un poco de desesperación. No sabía por qué se había metido en esto; no sabía por qué la estaba ayudando, pero no era el tipo de hombre que al ver a otro ser humano en un apuro le ignoraría.

Aflojar el corsé no fue suficiente, se dio cuenta. Sacó una navaja de su bota y cortó las cintas de tajo, y toda la estructura se abrió. También había cortado la camisola interior, una fina pieza de tela para lo que seguramente era una piel sensible, y la movió.

Y entonces se horrorizó.

Esta no parecía la espalda de una mujer de la alta sociedad. Parecía la espalda de algún desventurado esclavo en alguna mina abandonada de la mano de Dios.

La piel de Georgiana era áspera, con cortes superpuestos y atravesados por toda la extensión de la espalda, y moratones recientes. Miró con ojos grandes de sorpresa que algunos eran amarillentos, otros morados, otros verdes.

Y por fin la escuchó respirar. Era como si hubiese salido del agua y el aire que le entraba no fuera suficiente. Temblaba, y no de frío.

Él la abrazó. Sin pensarlo mucho la atrajo a su pecho y la rodeó con sus brazos. Podía imaginar cuánto dolor había sufrido, la piel se le erizaba al preguntarse cuántas veces pasó por algo así. No tenía manera de saber si se había buscado el castigo de su marido, pero fuera lo que fuera, este había sido desmedido y cruel.

Esas cicatrices eran viejas, pero los golpes eran recientes. Debían tener una semana, a lo sumo... Hacía una semana ella había estado en su casa, suplicando para acostarse con él por orden de su marido.

Georgiana sollozó de dolor. Siguió temblando y él tuvo que susurrarle que estaba bien. Que todo estaba bien, y luego de soltar esa infundada promesa, ella volvió a cerrar los ojos perdiendo de nuevo el conocimiento. Pero ahora respiraba, y su corazón latía acelerado, pero rítmico.

¿Qué significaba esto?, se preguntó Nathaniel. ¿Por qué esta mujer pasaba por tal sufrimiento? Ahora entendía su palidez mientras, de pie junto a su esposo, lo escuchaba hablar y

reír con Harris. Había estado soportando un dolor indescriptible. Cuando le habló al oído debió ser para explicarle lo mal que se sentía. Buscó su carruaje para esconderse por un momento, pero no había alcanzado a llegar.

Douglas le pegaba a su esposa, eso era evidente. Pero más que pegarle, por las marcas en la espalda, cometía crueldades con ella. Esas eran marcas de látigo. ¿Por qué una hermosa mujer como ella era sometida a tal vejamen?

—¿Vamos a casa, señor? —preguntó Pierre sin saber qué hacer, ni qué pensar, al ver al señor en el suelo del carruaje sosteniendo a esta mujer. Nathaniel lo miró como saliendo de un trance.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Llamar a Douglas para que se hiciera cargo de ella? Le parecía inconveniente. Si él era el que le había hecho este daño, ella no estaba a salvo con él. Pero, ¿quién era él para determinar qué se hacía con la esposa de otro? Todo esto podía ser parte de las mentiras y engaños que envolvían a esta mujer. Todo esto podía estar hundiéndolo en situaciones escandalosas y desagradables en el futuro. Pero se resistía con todo su ser a dejarla de vuelta en brazos de ese hombre. Viviría por siempre con la sensación de que había abandonado a alguien que lo estaba pasando mal.

“Te necesito”, había dicho ella. “Te necesito de una manera que no te imaginas”.

Cerró los ojos apretando los labios en una mueca y miró a su cochero.

—Vamos a casa —le dijo. —Pero antes... —Salió del carruaje y llamó a uno de los lacayos de la entrada. —Si acaso el señor Henderson parece ansioso buscando a su esposa, díganle que está conmigo.

—Sí, señor —contestó el muchacho, y Nathaniel volvió al carruaje. El vaporoso vestido de Georgiana parecía llenarlo todo, mientras ella seguía inconsciente en el suelo. Se quitó la chaqueta y la cubrió con ella, pues el aire estaba frío aun aquí dentro. Pronto el carruaje se puso en movimiento.

Wilbur Blake, el mayordomo de Avondale Hall, se sorprendió tremendamente al ver al señor bajar del carruaje sosteniendo a una mujer. Ella parecía desmayada, muerta, y rápidamente dio órdenes para habilitar una habitación.

Nathaniel no permitió que alguien lo relevara, y subió con ella las escaleras hacia el segundo piso, a la misma habitación que ella antes había ocupado escupiendo varias órdenes. Primero, el médico, luego, la doncella de Georgiana Henderson. Ambos debían ser traídos aquí a la máxima brevedad posible. Dos guardias de la mansión salieron con sus tareas encomendadas a toda velocidad.

En la casa Henderson, Jena esperaba en la habitación de la señora por el regreso de esta.

Había regresado esa misma tarde con el pedido que le habían hecho, y ahora mismo, sostenía la pequeña botella oscura en su mano. Georgiana, vestida de rojo y maquillada de tal manera que no se vieran los moretones de su cara y brazos, la había visto llegar mientras subía al carruaje con su marido y le había lanzado una pregunta silenciosa.

La respuesta de Jena fue: Sí, tengo el veneno conmigo.

Ella había sonreído levemente. Su plan, seguramente, había sido beberlo esa misma noche al volver.

Y ahora la esperaba. Serviría una taza de té dulce, le pondría las gotas mortales, y la vería beberlo. Y cuando colapsara, compartiría su destino bebiendo ella también. No tendría caso huir, no tenía familia que la echara de menos, de todos modos. Y tampoco podría vivir con la culpa, así que ese era también su final.

Hubo un revuelo afuera. Al parecer, alguien preguntaba por ella.

Salió a ver qué sucedía, y se sorprendió al ver el uniforme del guardia. Este era un hombre de Avondale Hall.

—El señor Radcliffe quiere que vaya a su casa en este mismo momento.

—Pero... ¿Por qué?

—Por favor, venga conmigo —dijo el hombre mirándola con severidad.

—Nathaniel Radcliffe no es mi señor —respondió Jena cruzándose de brazos. —No tengo por qué obedecerle. —El guardia apretó los dientes disgustado.

—Se trata de su señora —le dijo entre dientes.

—¿Mi señora? ¿Georgiana Henderson? Por qué...

—Allá se enterará. Venga conmigo. —Jena siguió mirando al hombre con disgusto, pero su mente trabajaba a toda velocidad. ¿Estaba Georgiana con el señor Radcliffe? ¿Había pasado algo?

Sí. Tal vez él había accedido al fin estar con ella, pensó.

Bendito fuera Dios. Justo esta noche. Esto era un milagro.

—Ya vuelvo.

—¿A dónde cree que...? —Pero ya Jena no lo escuchaba. Se introdujo rápido de vuelta en la casa, y corrió a la habitación de la señora. Sacó una valija y metió en ella cosas de primera necesidad, y luego fue por las suyas.

Bajó de nuevo con el par de valijas, y el guardia la miró asombrado.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Mi señora las va a necesitar. Ahora sí, lléveme con ella.

—Vine a caballo. ¿En dónde cree que voy a meter ese par de...?

—Resuelva —le habló Jena con petulancia, y el guardia tuvo que bajarse para atar a las ancas del caballo el par de valijas. Luego la subió a ella, y de un solo movimiento, él mismo.

—Nunca antes vi esto... en una señora de la alta sociedad —dijo Sigmund Dover, el médico de confianza de la familia Radcliffe. Era joven, pero competente, y antes que él, su padre sirvió a la familia Radcliffe.

Nathaniel, de pie tras él, miraba el cuerpo de Georgiana, ya desprovisto de su vestido y usando una sencilla bata, ser auscultado por el médico. Ella había despertado brevemente, y vuelto a perder el conocimiento. Ahora estaba sedada por unas gotas que le había dado Dover.

No se estaba enterando de que un par de hombres revisaba todo su cuerpo, y trazaban una línea de tiempo deduciendo de cuándo era cada golpe y cada cicatriz.

—Sin duda esto de aquí son marcas de látigo... Y estos de acá, de fustas de cuero. Está demasiado delgada, también. Y mire sus uñas... tiene el hábito de morderlas. Muestra de una larga ansiedad sostenida en el tiempo. ¿Dónde estuvo esta mujer antes?

—No lo sé, Dover —contestó Nathaniel sin cambiar su postura, cruzado de brazos y los pies ligeramente separados. —No sé nada de ella.

—Pero la has traído aquí.

—No tuve alma para devolverla a su casa, si acaso fue allí donde le propinaron tal dolor. —Dover lo miró de reojo, pero volvió a concentrarse en Georgiana.

—Va a necesitar, mínimo, un mes de absoluto reposo. Comida nutritiva y muchos cuidados. No puedo creer que haya estado en una fiesta usando un apretado corsé y llevando zapatos incómodos —refunfuñó el médico mientras guardaba sus instrumentos y escribía en un papel una lista de medicamentos y los horarios para tomarlos.

Nathaniel todavía tenía muchas preguntas, pero la única persona que podía contestar, estaba

inconsciente.

—Señor, llegó la doncella —dijo alguien entrando a la habitación, y Nathaniel salió. En el vestíbulo, encontró a Jena con el par de valijas en el suelo y mirando alrededor como si esperara que su señora saliera de algún lugar a recibirla.

—Tu nombre —preguntó Nathaniel con brusquedad.

—Jena Goldberg, señor.

—Sígueme —le dijo, y caminó hasta un despacho privado. Cuando Jena hubo entrado, Nathaniel cerró la puerta. Su mirada oscurecida indicaba que estaba furioso por alguna razón, y Jena empezó a sentirse nerviosa —Explícame qué es lo que le ha ocurrido a Georgiana Henderson para que su condición sea tan delicada. —Jena lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—Tu señora —siguió Nathaniel, —asistió hoy a una fiesta, y colapsó mientras intentaba subir a un carruaje. —Jena se cubrió la boca con ambas manos al oír aquello. —La he traído a mi casa y tú estás aquí para decirme qué está pasando, y para aclarar si acaso estoy cometiendo un error al ayudarla.

—¿Ella está bien?

—No, no lo está. Tiene golpes de todo tipo, por todos lados de su cuerpo. Perdió varias veces la consciencia, no puede respirar, y he visto sus cicatrices en espalda, piernas y pantorrillas. Jena Goldberg, te conviene hablar con la verdad y decirme qué diablos ha ocurrido para que ella esté en esas condiciones. —Los ojos de Jena se humedecieron por las lágrimas, y se hizo incapaz de mirar a Nathaniel a los ojos. —Que hables, por Dios.

Como respuesta, Jena se arrodilló ante él y bajó la cabeza.

—Mi señora es una mujer buena e inocente... Ayúdela, por favor.

—¿Qué crees que intento hacer?

—Pero parece que la está acusando de cada golpe que recibió, como si se lo hubiera buscado con su mal comportamiento y yo le juro por mi vida, y meto las manos al fuego, porque ella es inocente. No ha hecho nada malo.

—¿Quién es el malo, Jena Goldberg?

—Ese hombre —contestó Jena de inmediato. —El esposo. Douglas Henderson. Desde el día en que la señora Georgiana entró a su casa, se dedicó a humillarla y someterla de una manera que... estoy segura de que alguien bueno como usted ni siquiera imaginaría.

—¿Por qué no se defendió?

—¿Y cómo una mujer se defiende de su marido, de quien depende totalmente? Intentó buscar ayuda, pero nadie le tendió una mano, ni siquiera sus padres, hermanos, y mucho menos la iglesia. Todo lo que le decían era que debía soportar, ser una buena esposa y complacerlo. Pero nada de lo que ella haga complacerá a ese hijo de satán, y al contrario, buscar ayuda empeoró su situación. —Nathaniel avanzó un par de pasos hacia Jena y se agachó hasta quedar a su altura.

—¿Qué le hizo? —Jena apretó los labios y meneó la cabeza negativamente.

—No me pregunte a mí. Yo no estuve allí, sólo vi... las heridas después. —Jena miró a Nathaniel a los ojos, encontrando que los de él estaban encendidos de furia.

Bien. Eso estaba bien, se dijo.

—Usted era su última esperanza —dijo con encono. —Cuando estuvo aquí... fue para salvarse a sí misma.

—¿Me estás acusando de algo?

—No, señor. Sólo le estoy contando una pequeñísima parte de sus desgracias. —Nathaniel la miró por un momento. Esta Jena Goldberg era demasiado osada para ser una simple doncella.

Se puso en pie de nuevo y la instó a imitarlo.

—Te he traído porque seguramente la conoces mejor que nadie, y eres la más adecuada para cuidar de ella.

—Se lo agradezco, señor.

—Ella estará aquí... el tiempo que sea necesario. Sólo espero no estar cometiendo el peor error de mi vida al permitirles la entrada en mi casa.

—Está salvando su vida. Nunca lo meteríamos en problemas, no a propósito. Pero otra cosa es lo que el señor Henderson pensará. Él... dará por saldada esa deuda. —Nathaniel la miró de nuevo fijamente. Ella estaba al tanto de todo. —¿Tanto necesita esas treinta mil libras, señor? La vida de mi señora... vale mucho más que eso.

—¿Y por qué cree ella que yo puedo salvarla? Está casada. No puede quedarse aquí indefinidamente. —Jena guardó silencio, y aunque Nathaniel la miró insistente, ella no dijo nada. —Así que así van a ser las cosas.

—Pregúntele a ella. Todo lo que quiere saber, todo lo que le inquieta. Pregúntele. Tal vez le cuente.

Nathaniel meneó la cabeza exasperado.

—Primero, tiene que sobrevivir. Ve con ella —le dijo. —Está en la misma habitación de la vez pasada.

—Dios le devolverá el favor abundantemente, señor.

—Tengo mis dudas al respecto —murmuró él, pero Jena no se detuvo más tiempo con él y acudió a su señora.

Nathaniel sentía el estómago revuelto. Tenía el presentimiento de que se estaba metiendo en una trampa descomunal, pero al tiempo, no podía pasar de esta situación y seguir su vida como si nada. No podía ignorar el dolor de esa mujer.

Se pasó la mano por la nuca dándose cuenta de que, de todos modos, ya no había vuelta atrás. Ya se había inmiscuido en esta situación.

Se sentó ante la mesa de su escritorio escribiendo una nota para Douglas Henderson, pidiéndole una entrevista.

Algo que estaba claro, era que acababa de perder treinta mil libras.

—Viniste temprano —le reprochó Sebastien Chevalier a Nathaniel en cuanto lo vio. Nathaniel no se escandalizó cuando este lo recibió usando solamente una bata de seda azul, muy acorde con el mobiliario de El corsé roto, un burdel exclusivo que Sebastien dirigía.

Nathaniel parecía descolorido en medio del salón, usando su ropa de colores sobrios, mientras alrededor, sillas, tapetes y cortinas chillaban en diferentes tonos de azul.

Vio a Sebastien servirse un trago, y declinó cuando le ofreció uno a él.

—Señor Radcliffe —saludó una fulana saliendo de la misma habitación que Sebastien, usando un simple negligé de encaje rojo, y Nathaniel no alcanzó a responder a su saludo, pues ella subió rápidamente las escaleras que llevaban al segundo piso.

—Ha pasado una semana desde que dijiste que investigarías a Douglas Henderson. ¿Tienes algo para mí?

—Una simple nota habría bastado, Radcliffe. Venir a estas horas es inhumano.

—Es casi mediodía —le recordó Nathaniel.

—Pero sólo he dormido tres horas.

—Tal vez porque estuviste ocupado no en el trabajo —sonrió Nathaniel señalando con la cabeza las escaleras por donde se había ido la fulana.

—Como sea —evadió Sebastien. —Sí. Tengo información. A ver... —Nathaniel pensó que Sebastien buscaría papeles donde tendría esa información, pero él simplemente se sentó de cualquier manera en un diván y miró al techo como si tratara de recordar algo específico. No tenía la información escrita en ningún lado, sino en su mente.

Nathaniel se consideraba inteligente, y a veces incluso alardeaba de su buena memoria, pero Sebastien, ese cabrón francés que amasaba una fortuna a base de casas de juego y burdeles, lo superaba en muchos aspectos.

—Treinta y un años —dijo, —Pocas deudas importantes, excepto la tuya, por supuesto, casado desde hace dos años... y muchos rumores alrededor.

—Cuenta.

—Se dice que... prefiere a los muchachos... por encima de las mujeres. —Nathaniel lo miró sorprendido. —Tiene un tío muy rico, Francis Holman. Él odia a ese tío, no lo ha visto en décadas, pero hace un tiempo le llegó una notificación; si quiere heredarle, tenía que casarse, y se casó. Pero el anciano volvió a cambiar las reglas, y ahora no le basta con que esté casado; debe tener un hijo. Si quieres averiguo si ese hijo debe ser obligatoriamente un varón, o si al anciano le da igual que sea una niña...

—Sigue.

—El problema es... según mis fuentes, que Henderson no es capaz de estar con una mujer por más que tenga ayuda.

—¿Ayuda?

—Ya sabes. Hay “ayudas” para que un hombre se excite y cumpla su deber. Pero eso no le es suficiente a Henderson. Así que tener una esposa disponible, joven y bonita, no le ha ayudado a tener ese hijo que necesita tan desesperadamente.

—Y por eso anda ofreciéndola, para que alguien la embarace y luego hacer pasar ese hijo como suyo.

—Es correcto —sonrió Sebastien terminando su vaso de licor. Hizo una mueca y volvió a ponerse en pie. La bata se había caído hacia un lado y se hizo visible el torso lampiño y musculado. Recientemente, también Sebastien se había hecho aficionado al boxeo.

—¿Qué tan rico es el anciano?

—Muy rico —contestó Sebastien encogiéndose de hombros. —Su patrimonio debe estar en unas cincuenta, o sesenta mil libras. Por esa cantidad, debió pensar que valía la pena casarse y pasar por lo que fuera necesario con tal de conseguir el heredero.

—Él no está pasando por nada, ella es la que está padeciendo.

—¿Disculpa? —preguntó Sebastien confundido. Nathaniel hubiese preferido no tener que contarle a nadie fuera de la casa lo que estaba pasando, pero, después de todo, Sebastien era una persona que sabía guardar secretos.

—Georgiana Henderson está en mi casa —dijo. Sebastien sonrió con picardía.

—Entonces, cediste a la tentación. ¿Por treinta mil libras? ¡Vaya! La puta más cara del continente.

—No seas tonto. No se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata? —Nathaniel dejó salir el aire.

—Creo que sólo estoy salvando una vida y metiéndome en un problema enorme por eso. Por lo tanto, he decidido sacar la mayor ventaja posible.

—¿Qué tipo de ventaja? —preguntó Sebastien mirándolo de reojo, pero aún con esa sonrisa pícara brillando.

—Deja de imaginar cosas. Y gracias por la información. En un rato me reuniré con ese hombre a renegociar los términos del pago de la deuda.

—Haz que firme. —Nathaniel sonrió.

—Cumpliré con el acuerdo aunque no haya firmado nada.

—Tú sabrás —dijo Sebastien en tono displicente. —¿Ya te vas? Quiero dormir siquiera otro par de horas. —Nathaniel suspiró.

—Sí. Ya me voy. —Sin pérdida de tiempo, Nathaniel dio la vuelta y salió de El corsé roto subiendo a su caballo. Frank McNeil, uno de sus hombres de confianza, lo había estado esperando afuera.

Sin mediar palabras, emprendieron rumbo al lugar donde se había dado cita con Douglas Henderson. Había elegido para esto un sitio neutral, donde nadie los escuchara; se trataba de un paseo entre dos propiedades que daba vista al río Avon, y que a esta hora estaría solitario. El viento frío movía su ropa, y las nubes en el cielo empujaban a amontonarse.

Tuvo que esperar unos minutos, Henderson estaba retrasado, pero al cabo de un rato, lo vio llegar.

Tampoco venía solo, ese muchacho, flacucho y rubio, venía con él.

Luego de escuchar de boca de Sebastien sus preferencias, comprendió quién era ese niño. Debía andarse con cuidado; intuía que quien verdaderamente dominaba en esta dupla era ese muchacho.

—Vaya, Radcliffe. No te imaginas cómo de sorprendido estuve cuando recibí tu nota. Jamás me esperé tan grata noticia. Anoche estuve sumamente preocupado por mi esposa al no encontrarla por ninguna parte. Gracias a Dios que sólo se trataba de ti tomando su mano.

Nathaniel lo miró en silencio y bajó del caballo. Henderson lo imitó y se acercó con el ánimo de estrechar su mano, pero tuvo que bajarla cuando vio que Radcliffe sólo se quitaba su sombrero y miraba a otro lado.

—Quédate a diez pasos —le dijo a Frank, y éste asintió tomando la rienda del caballo de su señor. Con una mirada, Henderson le pidió a Austin que lo imitara.

—Entonces, ¿qué debemos hablar si ya todo ha quedado más que claro? ¿Acaso quieres tener a mi esposa por un tiempo determinado? Una semana debe ser suficiente, ¿no crees? O, ¿has

pensado tenerla por todo un mes?

—La señora Henderson se quedará en mi casa por tres meses.

—¿Tres meses? Vaya. Pero... está bien. Por treinta mil libras, me parece razonable.

—No estoy perdonando tu deuda, Henderson. Ni tomando a tu esposa como pago de esta. Estoy diciéndote que se quedará tres meses en mi casa mientras recupera su salud. —Douglas detuvo sus pasos y lo miró confundido, y Nathaniel le sostuvo la mirada con estoicismo, sin demostrar en su semblante ninguna emoción. —He descubierto tu intento de estafa, y por eso los términos del acuerdo han cambiado.

—¿Qué?

—Intentaste robarme un hijo, Henderson. Eso no te lo perdonaré —Ahora, Douglas abrió la boca intentando decir algo, pero Nathaniel se le adelantó. —La enviaste para que se embarazara de mí, porque desesperadamente necesitas un heredero. ¿Crees que la semilla Radcliffe se disemina por allí sin cuidado? ¿Sabes lo que vale un heredero de mi casa? No voy a pasar eso por alto. Sigues debiéndome treinta mil libras.

—Entonces, devuélveme a mi esposa.

—La señora Henderson se quedará conmigo.

—Puedo denunciarte por secuestro. Soy su esposo, ella es mía.

—Sí, lamentablemente. Pero ¿qué crees que pensará la gente cuando sepa que tú prefieres a los muchachos en tu cama, y a tu esposa la desdeñas? ¿Qué dirán cuando comprendan por qué ella en dos años no se ha embarazado ni una vez y que es porque eres incapaz de cumplir con tus obligaciones conyugales?

—¿Qué estás diciendo? ¿Cuándo tú...?

—¿Seguirá tu tío queriendo heredar a alguien como tú? Creo que preferirá donar todo a la caridad antes que dejarle sus bienes a un... desviado.

—¡Maldito! —gritó Henderson, e incluso empuñó la mano para golpear a Nathaniel, pero se detuvo a tiempo. —Nadie te creerá.

—¿Tú crees? Nunca has sufrido el escarnio de la sociedad, ¿verdad? Una vez que un rumor de este calibre es soltado entre las hambrientas fauces de las señoras chismosas, este no hace sino agrandarse conforme va recorriendo las diferentes salas de té.

—No serías capaz.

—¿Quieres apostar? —Douglas enseñó los dientes.

—Ahora eres tú el que intenta estafarme. Quieres quedarte con mi esposa y mi dinero. Parece que no has entendido que sin el uno, no puedo tener el otro. Sin esposa no habrá hijo; sin hijo no habrá herencia. ¿No lo entiendes? ¿Cómo diablos quieres que te pague?

—Ese es tu problema.

—¡Y he estado intentando solucionarlo! ¡Por eso la envié contigo! Pero parece que tú, aunque no eres un “desviado” como pretendes hacerme ver, tampoco hallas el placer en una mujer. —Nathaniel elevó una ceja. Era evidente que Douglas intentaba sacarlo de sus casillas provocándolo, y sólo pudo sonreír.

—Parece que no quieres entender que quien más pierde aquí eres tú —le dijo. —He visto lo que le has hecho, he visto cómo la has maltratado; las marcas están en su piel, y es evidente el deterioro de su salud. Anoche pudo haber muerto, y entonces, habrías tenido que volver a empezar. Creyéndote sin testigos, has abusado del poder que tienes sobre ella, pero fuiste demasiado lejos y ahora debes enfrentar las consecuencias. Si la animo a pedir la anulación del matrimonio, con los testimonios suficientes y mi apoyo, te quedarás sin esposa.

—¿Pero qué te importa lo que yo haga con ella? ¿Por qué te interesa tanto?

—Una mujer acudió a mí en busca de ayuda; no puedo desoírla. Y fuiste tú quien me involucró en este asunto cuando deliberadamente me elegiste para perder treinta mil libras. Querías mi linaje en tu herencia; ahora tendrás que soportar que me entrometa en tus asuntos.

—¡No puedo pagarte! —insistió Douglas entre dientes. —¿Cómo diablos te daré treinta mil libras si no me devuelves a mi esposa para que engendre en ella un hijo? —Nathaniel no dijo nada, y su silencio exasperó enormemente a Douglas. Dio varios pasos alrededor tirándose de los rubios cabellos y refunfuñando.

—Está bien —dijo. —Está bien. Te pagaré. Pero embarázala tú. —Nathaniel hizo rodar los ojos. —Haremos así —siguió Henderson. —Tú tomarás a mi esposa por un tiempo, yo tomaré a tu hijo, y cuando el maldito anciano se muera y me dé su herencia... te lo devolveré. Será tuyo. Harás con él lo que quieras. No quiero ser padre, de todos modos; menos de un bastardo. —Nathaniel lo miró entrecerrando los ojos. Seguía sorprendiéndole lo lejos que era capaz de llegar con tal de obtener lo que quería.

—Incluso estás dispuesto a separar a una madre de su hijo.

—Si la quieres a ella, también te la puedes quedar. Sólo necesito al niño por un tiempo. Una esposa es una carga demasiado pesada de llevar.

—Estás haciendo cuentas cuando todavía no he aceptado engendrar un hijo en una mujer casada con otro. Una mujer que apenas conozco.

—Georgiana te gustará.

—No seas tan maldito.

—Es la única salida que tenemos.

—No me incluyas.

—¡De acuerdo! —dijo Douglas pasándose las manos por la cara. —Tú ganas. Me tienes en tus manos. Quédatela. Haz con ella lo que quieras. Pero en tres meses... me la devolverás. Si tanto te interesa su salud y bienestar, está bien. Juro que no le volveré a tocar un pelo. Pero ella sigue siendo mía.

—Y las treinta mil libras...

—Te las pagaré. Ahora mismo no sé cómo, ni cuándo, pero te las pagaré. Tienes todavía un pagaré con mi firma. —Nathaniel lo miró con desconfianza, pero no podía hacer más que aceptar su promesa. Por lo menos, había conseguido que la dejara en paz por tres meses.

Hizo un asentimiento con su cabeza y miró hacia Frank, que podía escuchar la conversación. El chico rubio estaba también a unos pasos, y se veía muy indignado por la resolución a la que habían llegado.

—No intentes sacarla por la fuerza de mi casa; tengo custodios muy bien entrenados. Todo lo que le escribas o envíes pasará primero por mi revisión. Mientras tanto, respetaré los deseos de la señora Henderson. Si ella, al final decide que no quiere volver a ti, sino irse a un convento, o al fin del mundo, la apoyaré. —Henderson apretó fuerte la mandíbula.

—Eso lo veremos. Ella sigue siendo mi esposa. —Nathaniel sólo se encogió de hombros.

—Volveremos a vernos en tres meses, tal vez —dijo, y dando media vuelta, volvió a su caballo. Henderson se quedó allí, solo y de pie por unos instantes, hasta que Austin lo alcanzó.

—¿Pero qué acabas de hacer? —le reprochó. —¡Has cedido en todo!

—¿Tenía opción?

—¡Claro que sí! Tú también puedes buscar hombres fuertes y rescatar a tu esposa de sus garras. ¡La ley estará de tu lado!

—¿No escuchaste que me amenazó con...? ¿No escuchaste? ¿Sabes lo que nos sucedería si terminamos en la cárcel de deudores? Maldición, no estás entendiendo el poder que tiene el

malnacido. ¡No somos nadie frente a él! —Austin sacudió la cabeza exasperado.

—Sigues siendo un cobarde —le dijo. Douglas lo miró sorprendido, y en parte, dolido por sus palabras. Inició una perorata donde le recordaba cuánto necesitaban la herencia, y la manera de conseguirlo, prometiéndole, también, cómo gozarían la vida luego de obtener esa cantidad de dinero.

Nathaniel llegó a casa y lo primero que hizo fue preguntar por la salud de Georgiana. Ella seguía durmiendo. Aprovechaban cuando despertaba para darle a beber más medicinas y agua, pero por lo demás, no había novedades.

Caminó hasta la puerta de su habitación sin animarse a llamar. Dentro, todo estaba silencioso, y supuso que eso era algo bueno.

Ahora entendía algunas cosas acerca de ella, imaginaba lo que había tenido que pasar por estar casada con ese hombre, pero todavía había dudas por resolver.

Jena salió y lo encontró frente a la puerta, y le sonrió.

—Mi señora se recupera. Lentamente, pero bien. —Nathaniel no dijo nada, sólo la miró en silencio. —¿Quiere verla? No es muy convencional que un hombre entre a la recámara de una mujer, pero esta es su casa, después de todo.

—Georgiana quería un hijo de mí, ¿verdad? —preguntó en voz baja, y Jena miró a un lado y al otro un poco preocupada. Volvió a entrar a la habitación dando pasos hacia atrás, y asintió en respuesta. Nathaniel se cruzó de brazos molesto.

—No estuvo bien, señor —admitió Jena. —Pero era nuestra única salida.

—Por qué.

—Bueno... Una vez ella se embarazara con el heredero... estábamos seguras de que el señor Henderson la dejaría en paz. Quizá la enviaría a las afueras hasta que el niño creciera y... se olvidaría de ella para siempre. Después de todo, él se casó para heredar.

Nathaniel miró fijamente a Jena, que seguía al otro lado del umbral, teniendo cuidado de hablar en voz baja para que nadie más la escuchara.

—A eso se refería —murmuró él mirando a otro lado. Las palabras que ella le había dicho esa noche, aún resonaban en sus oídos. —¿Crees que ella aún quiera... ese niño? —Jena lo miró con ojos brillantes, con la esperanza renaciendo en su interior.

Pero entonces recordó el veneno que tenía bien guardado.

—Pregúntele a ella, señor. —Nathaniel soltó una risita sardónica.

—Siempre respondes así.

—Lo siento. No puedo decidir por ella. Soy sólo su doncella, después de todo. —Nathaniel la miró severo, pero no dijo nada más. Dio la media vuelta y se alejó de la puerta, y Jena la cerró lentamente sintiendo cada vez más esperanza.

Obviamente, su señora prefería tener un hijo del señor Radcliffe en vez de morir. O eso pensaba ella.

Un par de días después, llegó Celestine a Avondale Hall con la ropa de Georgiana. También traía las pertenencias de Jena y un mensaje para el señor Radcliffe: ella se quedaría al lado de su señora, y esperaba informes regulares acerca de su salud.

—¿Trabajas para Georgiana o para Henderson? —le preguntó Nathaniel escuetamente. Celestine abrió grandes los ojos.

—Para la señora Georgiana —respondió categóricamente. —Mi lealtad es toda de ella.

—¿No eres una informante de él?

—No. Lo juro.

—Yo pagaré tu salario de aquí en adelante. Te conviene estar de mi lado, señorita Celestine.

—Y lo estoy. Estoy del lado de todo lo que represente el bienestar de mi señora.

Nathaniel la miró en silencio, y decidió aceptar su palabra.

En su cama, Georgiana miraba cómo Jena le pasaba un paño de agua tibia por los brazos, mientras escuchaba horrorizada que el señor Radcliffe había visto las marcas de su cuerpo. Ella había estado inconsciente; Jena, ausente.

Era tremendamente humillante.

—Pero mire el lado bueno —le pedía Jena. —Tal vez por eso se puso la mano en el corazón y decidió ayudarla.

—Por lástima.

—Lástima de la buena. No creo que la menosprecie cuando nada de esto fue su culpa; y si me permite decirlo, no estamos para ser quisquillosas al respecto. La ayuda la necesitamos, tenemos que bajar la cabeza y aceptarla. —Georgiana tragó saliva y miró a otro lado.

Al verla así, Jena dejó salir el aire y se sentó a su lado al filo del colchón.

—Ya antes había decidido acudir a él, ¿no es así? La noche que lo buscó... ¿No estaba dispuesta a todo? —Georgiana cerró los ojos recordando esa noche.

Él sentía asco por ella, la creía una enferma de sífilis, adúltera y promiscua.

Pero Jena tenía razón. Necesitaba ayuda, era esto o morir, porque jamás volvería a lo de antes.

—¿Tienes el veneno contigo? —Jena la miró con ojos grandes.

—No, por favor. No me diga que aún piensa usarlo.

—¿Lo tienes?

—Sí, señora, pero...

—No te preocupes. No lo usaré aquí; eso le haría mucho daño a la casa Radcliffe, no quiero devolver su favor con un problema de ese tamaño. Es sólo... un seguro. —El corazón de Jena se había acelerado, y tardó un poco en tranquilizarse.

Era verdad. Morir envenenada aquí le traería grandes problemas a Nathaniel Radcliffe. Mientras estuviera aquí, al menos, ella no lo usaría.

Pasaron los días, y poco a poco, Georgiana fue recuperando las fuerzas. Pudo estar despierta más horas, llegó a sentarse, y luego, salir de la cama y dar un paseo dentro de la habitación. Jena le contó la conversación que tuvo con el señor, pero ella no dijo nada. No había venido a verla ni una vez, pero eso lo entendía. Tal vez estaba haciendo demasiado con auxiliarla, y ella no podía más que agradecerle.

Por fin, más de una semana después, Georgiana pudo ponerse un vestido y bajar las escaleras. Requirió del apoyo de Jena, pero pudo bajar a cenar. Al verla, Nathaniel se sorprendió.

—Parece que estás mejor. —Ella asintió con una cabezada y sonrió levemente. Pero era una sonrisa postiza, comprendió Nathaniel. Aunque no la conocía de nada, sabía que no estaba siendo genuina.

Retiró la silla para ella y luego se sentó ante la mesa. Los sirvientes sirvieron la cena, y Georgiana miró todo con preocupación; había mucha comida en su plato.

—El médico ha dicho que necesitas mejorar tu peso. Come hasta saciarte. —Ella lo miró fijamente.

—Quiero aprovechar para... darle las gracias. No recuerdo cómo llegué aquí, pero me han dicho que me rescató usted en la fiesta de los Harrington.

—¿No lo recuerdas? —ella meneó la cabeza. —Te desmayaste en mis brazos —siguió él. —

No podías respirar. Tuve que romper tu corsé. —Georgiana se sonrojó al imaginar aquello, y de alguna manera, eso le hizo sonreír. —Tranquila —le dijo—, nadie más lo sabe. Excepto un médico y tu doncella.

—Yo...

—No tienes que explicar nada. Concéntrate en tu recuperación. He acordado con tu marido que estarás aquí tres meses.

—¿Tres meses?

—Así es. Tiempo suficiente para que te recuperes.

—Agradezco su ayuda. Lo agradezco infinitamente, pero me temo... que empezarán habladurías.

—No. Nadie de mi personal hablará cosas indebidas, y serás discreta al entrar y salir. —Ella volvió a mirarlo fijamente, preguntándose por qué él iba tan lejos en ayudarla.

—¿Por qué... hace esto? Una vez le pedí su ayuda... y me desechó. Ahora... está siendo en extremo generoso aceptándome no sólo a mí, sino también a mis dos doncellas. ¿Qué ha cambiado?

—Bueno... Antes no me di cuenta de que en verdad tu vida estaba en peligro. Es verdad que no tengo por qué ayudarte, no gano nada con eso, al contrario; pero digamos que... si alguna vez, un ser querido mío se encuentra en una situación similar, me alegraré mucho de que alguien le ayude como yo te estoy ayudando a ti. —Georgiana siguió mirándolo en silencio, y luego, se dedicó por fin a comer.

Cada bocado entraba en su boca, y aunque su garganta estaba cerrada, se obligó a tragar.

Se sentía como una niña abandonada en la casa de alguien más, pero tal como dijo Jena, no podía ponerse quisquillosa al respecto. Eso era, después de todo; era una niña abandonada por sus padres, por sus hermanas, por Dios mismo. Sólo Nathaniel Radcliffe le había tendido la mano.

Una lágrima cayó a su plato, y tragó entero antes de limpiar sus ojos con la servilleta.

—Muchas gracias —dijo sin mirarlo. —De verdad. Muchas gracias.

Nathaniel la miró sin contestar. Todavía había muchas cuestiones sin resolver, pero verla así movió algo en su alma.

La dejaría en paz por ahora. Al parecer, no era sólo su cuerpo el que debía sanar.

Georgiana se sentó en una silla que habían dispuesto para ella en el jardín. Estaba haciendo un clima agradable esa mañana, incluso un sol otoñal bañaba las plantas y Jena había convencido a su señora para que lo disfrutara un momento. Esta admiró los arbustos alrededor, se abrigó mejor dentro de su capa, y miró a la lejanía dejando que el sol le diera un poco en el rostro. Hacía días que no sentía su calor, y era agradable.

Celestine sirvió una taza de té, y ella agradeció. En este pequeño espacio, en este cálido momento, todo parecía ir mejor. Incluso sonrió.

Hacía una semana que estaba en Avondale Hall; una semana en que nadie le había golpeado de ningún modo, ni dicho palabras insultantes o desagradables.

Todo lo que había hecho estos días era dormir y comer. Celestine había llegado con su ropa, pero sólo había usado esos vestidos que no requerían corsé, y anoche por fin había cenado con el anfitrión.

Luego de llorar y darle las gracias, se había instalado un silencio comprensivo entre los dos. Ella se había tardado, pero terminó su plato de comida. No podía ser desagradecida dejando medio plato, y había quedado muy llena. A este ritmo, engordaría dentro de poco.

Esta paz sólo duraría tres meses, pensó recostando la cabeza en el asiento. Cuánto daría por quedarse eternamente aquí. No quería ya volver a estar asustada, buscando escondites en la casa cuando su marido llegara, estar midiendo sus palabras cada vez que hablaban para que este no se sintiera ofendido y encontrara motivos para golpearla.

Estaba cansada de eso, quería disfrutar esta paz.

—Podríamos decirle al señor que le haga compañía por un momento —dijo Celestine interrumpiendo sus pensamientos. —¿Lo llamamos?

—Escuché que tiene un visitante —contestó Jena.

—¿Un amigo? ¿Se quedará en Avondale Hall?

—No lo sé. Lo vi de lejos... no parece... un aristócrata.

—¿Por qué dices eso? —como respuesta, Jena sólo se encogió de hombros, y Georgiana pensó en aquello. ¿Qué tipo de amigos tenía Nathaniel? No creía que tuviera los mismos vicios que Douglas, sin embargo... ¿No estaba ella aquí porque ambos habían apostado en un juego de cartas?

—¿Están haciendo una fiesta?

—No —contestó Jena. Aquella pregunta no estaba fuera de lugar sólo por ser temprano en la mañana. Ya habían visto que a ciertas personas no les importaba la hora del día para hacer cualquier cosa.

El carruaje de Sigmund Dover se detuvo frente a la mansión, y el mayordomo le avisó a Nathaniel que el médico estaba aquí. Jacob Smith, que había llegado hacía una hora y conversaba con él en su despacho, lo miró un poco ceñudo.

—¿Estás enfermo? —Nathaniel sonrió.

—No. Es para mi invitada.

—Oh.

—Dile a Dover que espero su reporte antes de irse —le pidió Nathaniel al mayordomo, y éste asintió alejándose. Nathaniel caminó a la ventana y vio a través de ella el momento en que le avisaban a Georgiana, mientras tomaba el sol en uno de los jardines, que el médico había venido a auscultarla.

Como no era la primera vez que Nathaniel se asomaba, Jacob por fin tuvo curiosidad.

Allí había una joven mujer, hermosa y rubia, que se ponía en pie mientras era escoltada por dos doncellas. No la conocía, pero tuvo que reconocer que era hermosa.

—No sabía que tenías invitados. Si acaso te estoy quitando tiempo...

—No —lo detuvo Nathaniel volviendo a la mesa sobre la que ambos trabajaban. —Sigamos aquí —dijo, y miró los papeles tratando de concentrarse.

Negocios. De eso estaban hablando.

Miró a su amigo y quiso disculparse por haber estado disperso, pero les rendiría más el tiempo si en vez de disculparse, se concentraba de una vez por todas.

—Esta ruta habrá que investigarla —dijo Nathaniel muy serio, señalando el canal de Bristol en un mapa extendido en un tablero tras él. —Ya son dos barcos los que perdemos en las inmediaciones. Incluso se escuchan rumores de ser un lugar maldito. —Nathaniel se cruzó de brazos. —No creo en las maldiciones, en cambio, sí en el sabotaje y la piratería.

—A pesar de que el cargamento de esos barcos esté asegurado, si perdemos otro, no habrá aseguradora que quiera hacerse cargo. Creo que lo mejor será contratar un contingente de mercenarios y asegurar el lugar de un modo particular. Incluso podríamos hacer de eso un nuevo negocio; es evidente que la fuerza de la marina no está siendo suficiente.

—Mercenarios marinos —meditó Nathaniel. —No, no es lo mío. —Jacob sonrió.

Aunque Nathaniel Radcliffe, para ser hijo de ricos aristócratas con origen privilegiado, era de mente abierta y arriesgado con el dinero, todavía había aristas de este mundo del dinero al que no le gustaba mucho asomarse. Sin embargo, no dijo nada al respecto, del mismo modo que antes no opinó acerca de esa hermosa visitante que tenía en casa.

Cada cual hacía de su vida lo que quería, cada cual invertía su tiempo y dinero en lo que más le parecía conveniente. Nathaniel lo había llamado “amigo” antes, pero todavía suponía que era porque le había hecho ganar mucho dinero; hasta ahora, eran pocas las conversaciones familiares o personales que sostenían.

—¿Conoces a Douglas Henderson? —preguntó Nathaniel luego de un largo rato. El té ya se había acabado y Jacob recogía documentos y los guardaba. Jacob Smith enarcó una ceja repitiendo el nombre en su mente.

—No —contestó.

—He hecho un... muy particular negocio con él. Aspiro obtener al menos treinta mil libras luego de esto, pero... los términos son bastante censurables. —Eso llamó la atención de Jacob, que lo miró atento. Dudaba que Nathaniel se estuviera metiendo en algo ilegal.

—¿Quieres que lo revise por ti? ¿Necesitas una segunda opinión?

—Dios, no. Ya sé que está mal desde todo punto de vista. Pero es algo que no pude evitar hacer... y que me gustaría que alguien hiciera por Adeline. —Jacob elevó la mirada.

Sabía de Adeline, la hermana mayor desaparecida de Nathaniel, y era parte activa de su búsqueda, al igual que Sebastien Chevalier.

Hacía un par de años, Nathaniel Radcliffe había recibido una carta anónima que le decía que su hermana, a la que había dado por fallecida junto a sus padres en un naufragio hacía trece años en ese entonces, en realidad estaba viva, y que debía hacer lo posible por encontrarla.

En un primer momento, Nathaniel pensó que se estaban burlando de él, pero habían descrito a la joven de una manera muy exacta, dando detalles que sólo alguien muy cercano podía conocer. Si la información era falsa, y su hermana no había sobrevivido, entonces alguien intentaba inquietarlo, chantajearlo.

Luego de pensarlo mucho, no pudo seguir ignorando la situación. Si había una mínima posibilidad de que su hermana estuviese viva, él no iba a descansar hasta encontrarla. Y si

alguien intentaba aprovecharse de él usando el dolor por su familia perdida, también lo iba a castigar.

Desde entonces, se había embarcado en esta búsqueda, descubriendo en el camino varias atrocidades cometidas contra su familia. Una de esas, que el naufragio en donde él también casi pierde la vida, había sido provocado.

¿Por qué?, fue la gran pregunta. Era sólo un niño de diez años cuando el barco en el que se dirigían a Plymouth naufragó. Estuvo a punto de perecer en altamar, de no ser porque flotó hasta un barco pesquero y allí lo rescataron. Estuvo aturdido un par de días, y luego de dar su nombre, lo enviaron a casa de su tía Philomena, hermana de su madre, esposa de un vizconde.

La tía Philomena se había alegrado muchísimo al verlo con vida, y abrazados, lloraron. Con ella estuvo una larga temporada, pasó el duelo en su casa, y al cumplir los quince años volvió a la suya para hacerse cargo de sus asuntos. Encontró que la fortuna de los Radcliffe había mermado mucho por falta de atención, y se había dedicado a restaurarla.

Pero los resultados no empezaron a verse sino hacía apenas siete años, cuando conoció a Jacob Smith que buscaba inversores para su negocio. Jacob era un simple huérfano, sin origen; un plebeyo que había empezado a acumular riquezas debido a su excelente comprensión de los mercados y el flujo del dinero.

Hasta aquel momento, los negocios de Jacob eran, aunque exitosos, más bien pocos, pues nadie se arriesgaba a hacer tratos con alguien como él, pero Nathaniel le había creído. Decidió conocerlo un poco más, y confiar. Ahora, juntos dominaban una buena parte del negocio del transporte por agua, y habían empezado a proyectarse al transporte por tierra, uniéndose a los experimentos para el desarrollo de un invento que, según, sería revolucionario: el transporte ferroviario.

Cuando le llegó aquella carta, Nathaniel estuvo conmocionado por días. Su hermana viva. Si había la más mínima posibilidad...

Pero sí la había. Él mismo había sobrevivido de milagro; las corrientes y los vientos habían llevado su tabla flotante hacia las costas correctas. Tal vez su hermana había flotado hacia el otro lado. Tal vez estuvo aturdida más tiempo, o tal vez, simplemente, todo este tiempo había olvidado su nombre y origen.

—Si alguien le tendiera una mano a Adeline del mismo modo en que yo hago con... mi invitada, le estaría muy agradecido.

—Entiendo que tu invitada pasa por un mal momento.

—Ah, ni te imaginas —sonrió Nathaniel.

—Es una mujer hermosa, sin duda —siguió Jacob. —¿Seguro que sólo lo haces por Adeline? —Nathaniel elevó la mirada a Jacob, y éste comprendió pronto lo impertinente que había sido su pregunta. Ya iba a empezar a disculparse y recular cuando Nathaniel volvió a hablar.

—No lo sé —dijo. Tenía el ceño fruncido y volvía a mirar hacia la nada. —Pero está casada. Es la mujer de Douglas Henderson. —Jacob pestañeó un par de veces. Se quedó muy quieto, como si estuviera delante de algún animal herido y al que necesitaba que confiara en él. Nathaniel dejó salir el aire. —Tal vez sólo estoy cometiendo una locura. —Jacob sonrió.

—Sí. Las mujeres nos hacen cometer locuras.

—No a mí, en todo caso. Pero Georgiana Henderson me hace querer... protegerla. Al principio la tuve por adúltera e inmoral, pero... —sonrió cuando vio la cara confundida de Jacob. —Debería contarte desde el principio.

—Sí. Deberías.

—¿Desde hace cuánto no le baja la regla? —preguntó Dover en voz baja, consciente de que las mujeres se escandalizaban terriblemente cuando se hablaba del tema. Georgiana, sentada en un sillón de su habitación y con el brazo extendido hacia el médico, miró a Jena. No recordaba cuál había sido la última vez.

—Ya hace seis meses —contestó Jena en su lugar.

—¿Tanto tiempo?

—Siempre he sido... muy irregular. A veces tarda dos meses, a veces tres...

—No es normal. Tal vez se deba a su bajo peso. Aunque ahora tiene mejor semblante que la última vez que la vi, debe cuidarse mucho.

—¿Qué tiene que ver... mi peso con mi regla? —Dover se encogió de hombros.

—No hay nada documentado al respecto, pero es algo que he visto antes, cuando hacía labores sociales en zonas de bajo estrato en Londres. Las mujeres que no se alimentan bien, que pasan malos momentos y que sufren dolor por alguna razón... la regla se les detiene. Es como si la naturaleza supiera que no serán capaces de llevar a término un embarazo y lo impide suprimiendo el sangrado. —Georgiana miraba al médico con expresión preocupada.

—¿Qué puedo hacer para reparar eso?

—Comer bien, dormir bien, olvidar las preocupaciones.

—¿Sólo eso? No hay medicamentos que me devuelvan...

—Le dejaré un tónico que le ayudará a recobrar las fuerzas, pero no puede olvidar mis otras recomendaciones.

—Gracias, señor Dover. —El médico la miró fijo un instante.

—¿Desea tener un hijo? —Georgiana esquivó su mirada como si hubiese sido hallada en falta.

—Toda mujer lo desea, ¿no?

—Bueno, he visto de todo. Si desea concebir, señora Henderson, tendrá que ser estricta en su cuidado personal. Salga a caminar, tome el sol, realice actividades por fuera de su habitación. Ocupe su mente en cosas agradables... Ustedes las mujeres son muy creativas; haga manualidades, o cualquier otra cosa que la haga feliz. Lo importante es que no deje vagar el pensamiento por demasiado tiempo... tendemos a enfocarnos en las cosas negativas y olvidamos lo bueno que tenemos. —Georgiana no dijo nada, sólo asintió y le agradeció al médico, que recogió sus cosas y salió.

Salir, dar paseos, hacer cosas productivas, y ser feliz en general, era lo que más había deseado en la vida. Cuando se casó, pensó que sólo se ocuparía de la casa, de su marido, y luego, de sus hijos. Pero el infierno por el que le habían hecho pasar una y otra vez terminó encerrándola en una habitación, llorando cada noche, sintiendo asco por sí misma y por todo, deseando morir.

—¿Qué piensa, señora? —Georgiana la miró con tristeza.

—Si las recomendaciones para tener un bebé es ser feliz... me temo que nunca seré madre.

—No piense de esa manera. Estamos aquí, ¿no? En la casa Radcliffe.

—No es mi casa, Jena. Soy sólo una invitada temporal. Tal vez mejore mientras esté en estas cuatro paredes, pero luego... volverá a ser lo mismo.

—Tal vez no, si regresa embarazada. —Georgiana la miró sorprendida. —Yo creo que tres meses son suficientes no sólo para recuperar su regla... sino también para obtener un bebé.

—¿Estás diciéndome que... Al señor Radcliffe...?

—¿Y quién más?

—No me atrevería a pagar su bondad con eso.

—Tal vez no sea un pago. Tal vez se convierta en algo que ambos deseen.

—Jena...

—Le hago la misma pregunta que antes: ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Qué puede perder?

Nada, se contestó Georgiana. Sin embargo, todavía se sentía como una ladrona mentirosa atreviéndose a codiciar algo demasiado caro.

Nathaniel, que acababa de escuchar el parte médico, miraba un libro en su mano sin leerlo realmente. Jacob se había ido cuando entró Dover a la sala, y ahora estaba solo.

Ella se recuperaba lentamente, y según Dover, sus males no eran sólo físicos, sino del alma.

—Me ha preguntado sobre cómo recuperarse para pronto tener un hijo. Parece que tiene mucha presión al respecto; eso, sumado al estilo de vida que seguramente ha llevado hasta el momento, harán imposible que pueda procrear una familia. Su salud en ese sentido es frágil —le había dicho el médico. —En mis viajes como médico vi campesinas parir hasta nueve hijos mientras pasaban hambre y sufrían maltrato por parte de sus maridos, pero eran mujeres de constitución robusta, que, al contrario, pedían no tener más hijos. La señora Henderson es pequeña y frágil; su educación no la preparó para lo que ha tenido que pasar...

—Entiendo —le había contestado Nathaniel. —Gracias por tu ayuda.

—Le he dejado un tónico para acelerar su recuperación, pero estoy seguro de que ella debe poner de su parte. Le he recomendado que salga, dé paseos y distraiga su mente.

—El señor Blake te dará el pago por tus servicios.

—Gracias... —Dover se había retirado, y él había quedado allí, sentado en el mueble, pensando en la petición de Georgiana. Ella todavía quería tener un hijo.

Tal como le había dicho Jena, lo consideraba su salvación. Y tal vez tenía mucha razón en pensarlo; ya Douglas Henderson le había dicho que todo lo que necesitaba era ese niño por un tiempo.

Salió de la sala y caminó a través de los largos pasillos. Escuchó voces en uno de los salones y entró a este encontrando a Georgiana y a Jena mirar con tristeza al exterior, había empezado a llover.

—Qué poco ha durado el sol —se quejó Jena, y al ver a Nathaniel, hizo una reverencia.

—Señor Radcliffe —se sorprendió Georgiana, y lo saludó. Nathaniel correspondió con una cabezada.

—He escuchado de Dover que te recuperas, aunque lentamente.

—También me siento mejor, señor. —Él la miró fijamente, como si quisiera horadarle la cabeza para saber qué pensamientos había en ella. —Nos hubiese gustado... —titubeó Georgiana —salir y disfrutar otro poco el sol... Pero se ha puesto a llover. El médico me recomendó salir.

—Sí, me lo ha dicho.

—¿Se lo ha dicho? ¿Qué más le ha dicho? —ella parecía nerviosa, e incluso sus mejillas se colorearon.

Georgiana Henderson no se había sonrojado ni un poco cuando se plantó ante él prácticamente desnuda, usando prendas tan sugestivas y provocativas que cualquier meretriz de El corsé roto habría matado por conseguir, pero él hacía un comentario acerca de su salud y las mejillas enseguida se le sonrojaban.

—Que te ha dejado un tónico para tu recuperación.

—Ah, yo... Siento si es algo muy caro.

—No te preocupes por eso. Me he hecho cargo de ti, por supuesto que cubriré tus gastos médicos.

—Gracias.

—¿Todavía quieres...? —ella lo miró atenta. “¿Todavía quieres un hijo?”, quiso preguntar, pero aquello estaba demasiado fuera de lugar, sería demasiado directo, y tal vez, insultante.

Y si dijera que sí, ¿qué podía hacer él?

Sabía qué podía hacer, pero... ¿lo haría?

¿Por qué estaba pensando en eso, siquiera? ¿Qué le pasaba?

—¿Salir a pasear? —concluyó.

—Ah... con este clima... no creo —sonrió ella mirando de nuevo por la ventana.

—¿Sabes montar? —Ella asintió sorprendida. —Dispondré un caballo para ti, para cuando quieras dar un paseo.

—¿De verdad? —se alegró ella, iluminándose como una hermosa mañana de verano.

Nathaniel carraspeó.

—Es lo que ha recomendado el médico, ¿no? Puedes usar también la biblioteca de la mansión. Si te gusta bordar, pintar o deseas escribir cartas, díselo al señor Blake y él te suplirá lo que necesites.

—Me gusta ayudar en la administración —dijo Georgiana casi sin pensar. —En casa... ayudaba a mi padre —dijo apretándose una mano con la otra. —Douglas nunca me permitió hacerlo; decía que no era trabajo para mujeres... pero soy buena, lo prometo, y me ayuda a tener la mente ocupada, más que bordar o pintar. Esas actividades, al contrario... hacen que piense demasiado. Le juro que soy honesta, y esmerada. Deme cualquier cosa, así sea sólo la administración de las velas de la casa. Verá mis resultados.

—Está bien.

—¿Está bien? —se sorprendió ella. No había esperado que él accediera tan pronto.

—Le diré al señor Blake que te dé alguna pequeña responsabilidad.

—Se lo agradezco. Le prometo que no lo defraudaré. —Él asintió, como si de repente se sintiera incómodo, y dio la media vuelta alejándose. —Señor Radcliffe —lo llamó ella, y él se giró sin mirarla. —Gracias, otra vez, por todo. Le debo la vida.

Él la miró al fin, y su silueta se marcaba suavemente contra la débil luz que entraba por la ventana.

Y otra vez sintió ese deseo. Otra vez la recordó casi desnuda en su habitación, el toque de su mano en la mejilla, el aroma de su perfume.

Frunció el ceño y se alejó sin añadir nada más, y Georgiana se apretó una mano con la otra preguntándose si acaso lo había molestado con algo de lo que había dicho.

Jena, al contrario, sonreía.

En los días siguientes, el ánimo de Georgiana mejoró notablemente. Todavía no se atrevió a hacer actividades muy exigentes al aire libre, sólo caminaba un poco por el jardín aprovechando el buen clima, que con el pasar de los días se hizo cada vez más raro.

También ayudaba al señor Blake. Había pensado que le dejarían algo tan pequeño como lo que había sugerido, las velas, pero ahora estaba a cargo de la vestimenta de todo el personal de servicio. Se acercaba el invierno y estas cambiaban según la estación, por lo que debían ocuparse del asunto pronto.

Tener la mente ocupada era lo mejor. El día se hacía más corto, y por las noches se dormía más pronto. Su sueño fue mejorando; antes era liviano, despertaba por nada, varias veces, y ahora notaba que despertaba más descansada, sin interrupciones.

No tener a alguien insultándola, y repitiéndole lo inservible que era ayudaba muchísimo, no

ser convocada a las fiestas de su marido, sobre todo...

Todavía, había momentos en que su mente se devolvía a esos eventos, y volvía a llorar. Volvía a sentir asco, y deseaba volver a querer morirse, pero, notaba Jena, ya esos episodios no eran tan recurrentes como antes.

Y cuando el señor Radcliffe tomaba el té con ella, o cenaban juntos, el humor de Georgiana mejoraba considerablemente.

—Es tan culto —sonreía Georgiana. —¿Has notado cómo se mueven sus labios al hablar de algo tan simple como el clima? No lo sé, hay algo en su boca... —Jena sólo sonreía al escucharla hablar de él. —¿Y ese vestido? —le preguntó a la doncella mirando una prenda especialmente hermosa.

—Para que lo use esta noche, en la cena.

—¿Me ha invitado a cenar con él?

—Oh. No, no la ha invitado. Pero tampoco ha dicho que no puede bajar y hacerlo. —Georgiana miró a Jena tratando de comprender el significado oculto de sus palabras. —Debe empezar a acercarse a él, señora —susurró. —No pierda más el tiempo.

—Pero yo...

—Usted ya le ama —insistió Jena. —¿Cómo le amará él si nunca la ve?

—¿El señor Radcliffe... amarme a mí? ¿Por qué lo haría?

—Porque es hermosa, porque es buena, inteligente y excelente compañía.

—¡Estoy casada, Jena!

—Con un monstruo. Y ha sido él quien la ha empujado a esta situación. —Georgiana recibió el vestido que Jena le entregaba, y se dejó llevar hasta el biombo tras el cual solía vestirse. —Viva estos momentos, disfrútelos... El tiempo pasa y se agota. No se arrepienta luego por haberlo dejado pasar.

—Arrepentirme...

—Sí. Cuando haya envejecido, y esté en su lecho de muerte... va a llorar por haber sido cobarde y no tomar lo que la vida ponía a su alcance... ¡el amor de su vida!

Georgiana sonrió con tristeza. Hacía tiempo que no se imaginaba a sí misma llegando a la senectud. Siempre imaginó que moriría joven, a manos de su violento y pervertido marido.

Pero tenía tres meses de tregua.

Sintiendo una repentina determinación, empezó a cambiarse de ropa.

Era verdad. No tenía nada que perder, otra vez.

Viviría lo que la vida estaba poniendo en sus manos.

Nathaniel se sorprendió al ver a Georgiana entrar al salón del comedor. Como siempre ella estaba preciosa, pero había algo más que su apariencia física; estaba sonriendo genuinamente, y tan sólo eso la hacía lucir encantadora.

Ya hacía tres semanas que vivía en Avondale Hall. Ya no cojeaba al caminar, ni necesitaba apoyarse en alguien más, y lo mejor era que parecía como si esa sombra gris y siniestra se hubiese borrado de su semblante.

Se puso en pie al verla y ella le sonrió.

—Espero que no le moleste que cene con usted —le dijo ella con voz suave.

Él no fue capaz de decir nada en un primer momento, pues estaba muy ocupado admirándola. Ella estaba preciosa.

—No —dijo al fin. —No me molestas

Georgiana avanzó hasta la mesa del comedor; él hizo lo propio retirando una silla y dando la orden para que se pusieran los cubiertos para ella.

Ella lo miraba, aunque no demasiado fijamente. Se veía bien, olía bien, el tono de su voz era agradable...

Jena tenía razón. Se había enamorado de niña, y aunque ahora era toda una adulta, seguía emocionándose al verlo, aunque tantas cosas hubiesen ya pasado entre los dos.

—Me dijo el señor Blake que todo va muy bien con la tarea que se le encomendó —dijo él, y Georgiana sonrió ampliamente.

Iniciaron una conversación donde ella detallaba las tareas que había ido desarrollando para lograr el objetivo, y en algún momento Nathaniel dejó de pensar en lo bonita que estaba y al fin empezó a interesarse en el tema, dando incluso algunas recomendaciones para que todo se hiciera de la mejor manera.

Le agradó que ella escuchaba atentamente sus consejos, hacía preguntas que demostraban el conocimiento que tenía, y a su vez ofreciera opciones para tener en cuenta.

La cena terminó pronto, y Nathaniel se puso en pie para ayudarla retirando su silla. Pero Georgiana tal vez había bebido mucho vino, porque se tambaleó un poco y tuvo que apoyarse en él para no caer. Él la rodeó con su brazo sosteniéndola, y por un momento se miraron a los ojos.

Ya antes habían estado así, recordó Nathaniel, pero ella estaba inconsciente, demasiado pálida. Ahora no. Ahora ella lo miraba fijamente y podía sentir el calor que desprendía su cuerpo.

Debía soltarla. Este toque era excesivo, inapropiado, pero no lo hizo, al contrario; la acercó un poco más.

Los ojos de ella bajaron a sus labios, y Nathaniel sintió que estallaba en llamas.

Qué fácil sería, de verdad, inclinarse sólo un poco y adueñarse de esa boca tentadora. Qué fácil alzarla en sus brazos y llevarla en volandas a su recámara.

Una vez allí, la desnudaría, la besaría, hundiría su cara entre sus generosos pechos, y se metería entre sus piernas sin darle tregua...

La soltó suavemente. Temía que esos libidinosos pensamientos se hubiesen reflejado en sus ojos y ella pudiese ver lo que pasaba en su cabeza.

—Lo... siento —susurró ella. El sedoso tono de su voz no ayudó a apaciguar las llamas de deseo que ahora empezaban a quemarlo, y por un arrebatador momento tuvo la tentación de tomar esa cara y besar esa boca hasta el cansancio.

Cálmate, se reprendió.

Pero, ¿qué le estaba pasando?

Que la abstinencia estaba pasando factura; eso estaba pasando.

Si era por la abstinencia, tendría que tomar cartas en el asunto, ¿no?

Sí, con ella, clamó su alma, mientras la miraba en silencio.

Ella no, se dijo alejándose un poco. Cualquier mujer, menos ella.

—No. Yo... tengo que salir —dijo él, y tuvo que aflojarse un poco el cuello de su camisa. De repente hacía mucho calor.

—¿A... esta hora?

—Sí. Que tenga una buena velada —le dijo, y salió de la sala disparado. Georgiana miró su espalda alejarse y se quedó allí, muy quieta, y un poco decepcionada, pues había deseado proponerle algún juego en el que pudieran compartir un poco más.

Así, también, había aspirado a saber un poco más de él, de su vida, de su familia, de su manera de pensar. Cada día que pasaba mirándolo sólo de lejos se llenaba de demasiado anhelo, y este sólo podía calmarse acercándose a él.

¿A dónde iría esta noche?

Un pensamiento desolador vino a ella; él era un hombre, después de todo. ¿A dónde iría un caballero después de la cena?

Lo extraño sería que no tuviera esos apetitos.

Se volvió a sentar en la silla del comedor sintiéndose sin fuerzas.

—¿Teníamos una reunión hoy? —le preguntó Sebastien Chevalier a Nathaniel con cara extrañada. Incluso miró a su asistente, Jacques Leblanc, y este sacudió levemente la cabeza.

—No —contestó Nathaniel lacónicamente. —Estoy aquí como cliente —Sebastien abrió grandes los ojos, y luego de un largo par de segundos, se echó a reír.

—Sí, y yo mañana me haré cura. ¿Necesitas algo en concreto? Hoy no estaré aquí toda la noche, así que podrías acompañarme a El salón de los ases...

—Vine aquí como cliente —repitió Nathaniel, e incluso se sentó en una de las mesas.

Sebastien al fin empezó a preocuparse y movió una silla para ocuparla.

—¿Tienes problemas?

—¿Qué problema podría tener?

—¿En serio viniste aquí por una puta? —Nathaniel arrugó la nariz al oír el término, cosa que le indicó a Sebastien que no estaba errado del todo. Lo había visto muchas veces antes interactuar con las mujeres de este negocio, y nunca se dejó tocar por ellas, ni aceptó sus sonrisas, ni sus coqueteos. Les tenía asco.

Estiró el cuello buscando a Michelle, una preciosa rubia que recientemente se había unido al negocio, y cuando ésta captó su llamado vino hacia él contoneándose y sonriendo. Una mirada de Sebastien le indicó a dónde quería que ella fuera, y pronto, estuvo en el regazo de Nathaniel.

—¿Qué...? —se espantó él al verla.

—Si eres uno de mis clientes, debo tratarte como tal, ¿no? —Nathaniel tenía el ceño fruncido y una mueca de disgusto. Sebastien sonrió internamente. —Nathaniel Radcliffe es un amigo mío muy cercano, Michelle; atiéndelo con mucha consideración.

—Claro que sí —sonrió Michelle con su acento marcado, y Nathaniel la miró. Rubia, guapa, con curvas... Pero olía a demasiado perfume.

—No.

—¿No qué? —Nathaniel miró a Sebastien un poco severo. —Ah, disculpa. ¿Querías elegirla tú mismo? ¿No te gustan rubias? Tengo morenas y pelirrojas. Las tengo altas y las tengo bajas. Rellenitas o flacas... Pero Michelle es preciosa, te encantarán sus piernas largas.

—Te estás burlando de mí, ¿no es así?

—¿Qué parte de lo que he dicho te suena a burla?

—Tu tono, tu cara, todo tú pareces divertirme mucho. —Sebastien no pudo evitarlo y se echó a reír.

—Sí, estoy divertido. Has venido por una puta, pero no las soportas. Eres demasiado quisquilloso con eso. Michelle, vete.

—Pero yo le gusto.

—No, no le gustas. Está sufriendo como un condenado —Michelle apoyó la mano en la mejilla de Nathaniel y lo miró dejando caer un poco los párpados.

—Yo te puedo hacer muy feliz —le susurró, mientras la atrevida mano bajaba por su torso hasta su entrepierna.

Ese mismo gesto lo había hecho Georgiana aquella vez, pero el efecto en él era completamente distinto.

—Mierda, no —susurró. Había cometido un error al venir aquí; pensó que el deseo que se había encendido en su comedor le alcanzaría para desfogarse en cualquier otra mujer.

Durante el camino, no había hecho sino repetirse que aquello no era en absoluto censurable, que, al contrario, romper esa larga abstinencia tal vez le hiciera bien.

No era capaz de corromper a nadie del servicio en su casa, no conocía a ninguna viuda que no sufriera por sus atenciones, ni a ninguna otra mujer a la que sus actos pudieran no perjudicarla en un mediano o largo plazo. La temporada de fiestas había pasado hacía rato ya sin que lograra conocer una joven a la que pudiera cortejar para casarse con ella y así tener por fin su propia mujer...

Y la tentación estaba tan cerca, y era tan fuerte, que se iba a volver loco.

Con una mirada, Sebastien le ordenó a la chica que se fuera, y esta obedeció al fin. Una vez liberado del peso de la mujer, Nathaniel sintió que volvía a respirar. Extendió la mano y bebió del trago de Sebastien, que sonrió al verlo así.

—No eres un cliente mío —le dijo elevando las cejas y sacudiendo su cabeza. —Si todos los hombres fueran como tú... yo estaría quebrado.

—Tonterías. Hablas de mí y me haces quedar como un mojigato.

—No, no creo que seas un mojigato... Pero deja a mis chicas quietas, ellas no te gustan, aunque tú sí les gustas a ellas. Ve y busca a la mujer que te puso en ese estado y hazle pagar.

—No puedo. —Sebastien arrugó su nariz.

—Claro que puedes. ¿Por qué no? Espera... No es una monja, ¿verdad?

—Peor, está casada.

—¡Fácil!

—¡No!

—Las casadas están frustradas. Una entre mil tiene la fortuna de ser bien atendidas por sus maridos en la cama. Sólo atráela y será tuya. —Nathaniel miró a Sebastien y sonrió.

—¿Así tan fácil?

—¡Es el tipo de mujer que más fácil cae! Bueno, algunas se detienen un poco por el qué dirán, pero una vez les juras que no habrá consecuencias, que nadie lo sabrá, ¡caen porque caen!

—¿Has seducido a muchas casadas?

—Ah, por favor, no estamos hablando de mí...

—Me voy —lo interrumpió Nathaniel poniéndose en pie. —No me cobrarás ese trago, ¿verdad? —Sebastien hizo rodar los ojos.

—Te doy gratis mis caros consejos para conseguir lo que quieres y tú te vas. De veras. Eres

frustrante. —Nathaniel sacudió su cabeza, y sin añadir nada más, salió del lugar.

Ah, qué tontería acababa de cometer. Lo único que había conseguido era quedar como un tonto delante de Sebastien. Quién sabe si usaría esto para lanzar pullas más adelante.

—Señor... ¿a dónde vamos? —preguntó Frank mirándolo extrañado por lo pronto que había salido del burdel. Como siempre, pensó que el señor sólo había ido por negocios, para hablar con el dueño, aun así, no había tardado nada.

Nathaniel miró al cielo, oscuro, sin una sola estrella.

—Caminemos un poco —dijo. Tal vez el ejercicio físico le ayudara.

Georgiana llevaba en su mano varios documentos con las cuentas de sus tareas asignadas. Ya estaba casi terminado el asunto de los uniformes, y había notado que el señor Blake hasta le agradecía que se hubiese hecho cargo de ese asunto en vez de él, y había alabado sus habilidades para negociar.

Eso le gustaba. Se sentía útil, lista, viva.

Entró en uno de los salones encontrándolo adecuado para seguir sus tareas. Aunque el señor Blake le había asignado un pequeño despacho, prefería los salones donde diera un poco el sol. Éste seguía tímido asomándose sólo de vez en cuando, pero era mejor que nada, así que se dispuso a ocupar una de las mesitas para dedicarse a lo suyo.

Y entonces vio a Nathaniel recostado en un largo diván, totalmente dormido.

Una de sus piernas estaba apoyada en el suelo, la otra estaba doblada sobre el mueble, y con el antebrazo bloqueaba la luz para que no le diera en los ojos.

Se había quitado la chaqueta, por lo que llevaba sólo el chaleco y la camisa, y se veía tan... atractivo, que Georgiana no pudo evitar dejar los papeles a un lado y acercarse.

Debía estar cansado. En los días siguientes a aquella cena, lo había visto entrenar con los custodios de la mansión. Ella había invertido largos minutos observándolo, pues esa imagen alegraba mucho su vista, pero se había hecho imposible encontrarse con él aunque fuera por accidente; parecía como si no estuviesen en la misma casa, sino en ciudades distintas.

Por eso tenía que aprovechar ahora y regalarse los ojos un rato con esta hermosa imagen.

Qué manos tan bonitas, que pecho tan ancho, qué...

Tragó saliva. Esto era auténtica codicia. Lo quería, lo quería todo para ella.

Luego de lo vivido con su esposo, cualquiera pensaría que le habría tomado repudio al sexo masculino en general, pero eso se anulaba con Nathaniel Radcliffe. Él era la excepción más grande en todos sus miedos.

Incluso había cosas que lograba imaginar con él, cosas tan increíbles como un beso.

De repente, él se movió, le tomó el brazo y la agarró con fuerza. Georgiana gritó y por el impulso de su agarre cayó sobre él.

Nathaniel se dio cuenta a tiempo de que no era un intruso, no uno peligroso, al menos, y la miró desconcertado por un momento.

Ella lo miró un poco asustada al principio, pero luego la luz en sus ojos avellana la dejó prácticamente paralizada encima de él. Qué fácil sería quedarse así, pensó. Tan cerca. Qué fácil y qué agradable.

Él la vio tragar saliva, mirarlo fijamente como si pretendiera quedarse allí por siempre, como si este toque tan excesivo e íntimo no la escandalizara y que más bien fuera lo apropiado... y toda el hambre que había estado conteniendo volvió a él en una sola oleada.

Oh, se había quedado dormido en este diván precisamente porque llevaba días sin dormir adecuadamente, exigiéndose en el entrenamiento con sus hombres y montando a caballo para

poder llegar cansado a la cama por la noche, para poder dormir. Sólo verla hacía que perdiera todo el esfuerzo del día, por lo que se la había pasado escabulléndose de ella, metiéndose a un salón cuando ella iba por el pasillo.

Pero ahora estaba aquí, y todas sus defensas estaban abajo.

Le soltó suavemente el brazo, y bajó las manos hasta la cintura estrecha, la alzó suavemente y la acomodó mejor sobre él. Ella, sin decir nada, lo permitió. Poco a poco, él la fue encerrando en un capullo; elevó una rodilla, la rodeó con los brazos, le tomó la cabeza e hizo presión para que la bajara, y así, por fin, la besó.

Fue un beso suave, cálido, un toque de labios que parecía hacer más preguntas que en verdad dar un beso.

Georgiana sintió algo grande y violento aletear justo en su pecho. Un inexplicable deseo de llorar la invadió, pero al tiempo, parecía que quería sonreír, volar, suspirar y cantar.

—Sí —susurró en respuesta, y Nathaniel, con los ojos encendidos, volvió a besarla.

Qué maravilloso, pensó ella cuando sintió de nuevo los labios masculinos tocar los suyos; y qué suave. Él sólo presionaba suavemente una y otra vez, buscando el mejor ángulo para disfrutar mejor de este beso, y luego la sorprendió atrapando el labio inferior entre los suyos.

Pronto, ya ella no estuvo pasiva, sino que siguió sus trucos, e imitándolo, mordió suavemente los labios masculinos, metió su lengua entre sus labios y la enlazó con la suya. No se había dado cuenta de que se había movido sobre él y ahora lo dominaba completamente, y que las manos de él tampoco habían estado quietas, sino que una se paseaba por su espalda, y la otra levantaba sus faldas para meterse debajo.

Cuando por fin encontró su piel, Georgiana dejó salir un gemido, no supo si de sorpresa o placer, y de repente él se movió en el diván y ahora era ella la que estaba debajo, y como si no quisiera darle tiempo a que lo pensara mejor, Nathaniel le selló la boca y la mente con un largo y profundo beso. Ahora estaba devorando su boca, mordiendo suavemente, invadiendo con su lengua, y con ambas manos sostenía su trasero y lo apretaba con fuerza a la vez que se metía entre sus piernas y se apretaba contra ella. Georgiana soltó un gemido e interrumpió el beso, pero él no se desanimó, sino que bajó la boca por la delicada línea de su mandíbula, y besó su cuello, la línea de sus clavículas, y poco a poco fue bajando hasta su pecho.

Los ojos de Georgiana estaba fijos en las figuras del techo, pero su mente se había ido totalmente, dominando el instinto, el deseo, la sorpresa y la dicha. Sí, porque un hombre hallaba placer sin provocarle a ella dolor; porque su cuerpo estaba siendo casi adorado.

Él bajó el corpiño desnudando uno de sus senos, y soltó un gruñido cuando tuvo a la vista el rosado pezón. Sin pérdida de tiempo, lo metió a su boca y succionó como si de él pudiera obtener el maná de la vida. A la vez, una mano se había metido en su ropa interior. No sabía cómo, pero allí estaba, y la palpaba suavemente, encontrándola húmeda, y Georgiana lanzó un gemido largo echando la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo una extraña felicidad galopaba desde los lugares más lejanos de su cuerpo hacia el centro de su corazón.

Una lágrima rodó por sus sienes, y buscó de nuevo esa boca para volver a besarla.

Cuando la sintió llorar, Nathaniel se detuvo. No estaba llorando de dolor, temor o rechazo; no era porque estuviese odiando lo que sucedía, pero tampoco lograba imaginar el motivo exacto.

—Shhht —susurró suavemente, y volvió a besar su mejilla, barrió con su lengua las lágrimas, pero sin dejar de tocarla, mimarla, desearla. Ella lo estaba rodeando con ambas piernas fuertemente, con todos los faldones levantados, el corpiño del vestido caído, el cabello ligeramente despeinado, y los labios enrojecidos por sus atenciones... y nunca estuvo tan hermosa.

—¿Mi señora? —llamó alguien afuera, y fue como si de repente cayeran del abismo a la realidad.

Estaban en una sala, de día, con sirvientes yendo y viniendo por el pasillo...

La puerta se movió como si alguien tuviese dificultad para entrar, pero fue tiempo suficiente para Nathaniel saltar al otro lado del diván y esconderse, mientras Georgiana luchaba con los faldones de su vestido para ponerse en pie y acomodaba las partes que cubrían su pecho.

—Señora, el señor Blake la está buscando.

—Oh, sí... sí —contestó Georgiana aturdida sin atreverse a mirar a Jena, que la miraba atentamente.

—Ah, su peinado. Se ha deshecho.

—Es que... creo que quedaron flojas las pinzas.

—No, recuerdo que las puse bien.

—Pues, se soltaron —sonrió Georgiana. —Se soltaron. —Jena miró atentamente a su señora asintiendo, y luego sus ojos fueron más allá, a donde descansaba la chaqueta del señor.

—Le diré al señor Blake que está ocupada y que...

—No, no. Iré con él. Vamos.

—Pero...

—Vamos, vamos. Si me llama es por algo. —Jena se mordió los labios y asintió.

Ambas salieron de la sala, y Nathaniel se asomó por detrás del diván asegurándose de que estaba completamente solo. Suspiró y se tendió en la alfombra recuperando el aliento.

Vaya beso. Por poco y terminan desnudos en el salón a plena luz del día.

Aquel pensamiento le dio risa. Su cuerpo estaba vibrando todavía por el deseo acumulado, pero ya no se sentía frustrado del todo. Sus ansias, aunque no satisfechas, habían obtenido una pequeña compensación al dejarse llevar, y si bien su cuerpo seguía hambriento, su mente al menos había satisfecho algunos interrogantes.

Sí, parecía ser que, al menos por ahora, su deseo sólo podía ser satisfecho por Georgiana Henderson.

Esa noche, en su habitación, Nathaniel caminaba de un lado a otro cruzado de brazos. No sabía exactamente qué había esperado luego de ese beso en el salón, pero, ciertamente, se había sentido muy decepcionado cuando ella no bajó a cenar con él.

Tal vez, después de todo, el pudor y la culpa habían venido a ella. Ahora su estancia aquí sería muy incómoda, el uno huyendo del otro.

¿En qué había estado pensando?, se reprendía. Ella estaba casada, ¡casada! No había manera de deshacer eso. No importaba que ella lo hubiese pasado mal viviendo en la casa de ese hombre, no importaba cuán cruel fuera el trato que recibiera, ni el peligro que pasara su vida; ella le pertenecía a Douglas Henderson según todas las convenciones sociales.

Si acaso olvidara ese pequeño detalle del matrimonio y decidiera quedársela, entonces ella tendría que sufrir el estigma social por ser una mujer abiertamente adúltera. Nunca podría hacer una fiesta, una cena, no con personas respetables, y a su vez, nunca sería invitada a ellas... y ese era el menor de los daños que sufriría; su familia nunca la aceptaría, y si acaso naciera un hijo de esta unión, sería para siempre un bastardo que cargaría con más estigmas y rechazo social.

No sabía si Georgiana sería tan fuerte como para resistir ese trato por el resto de su vida, pero no era justo que su egoísmo la orillara a tal situación.

Se pasó la mano por la nuca haciendo un gesto de molestia por todo lo que estaba ocurriendo. Justo su deseo se enfocaba en una mujer tan problemática, no podía haberse fijado en una núbil joven de buena familia, con excelente procedencia, sin pasado, sin peros... No, él fue y se fijó precisamente en la menos indicada desde todo punto de vista.

Un llamado en la puerta detuvo momentáneamente sus pensamientos, y pensando que era el señor Blake dio el aval para entrar.

Se quedó de piedra cuando vio que era Georgiana. Lucía una simple bata blanca que le cubría el cuello y las muñecas, y tan larga que le llegaba a los pies; llevaba unas pantuflas, el cabello trenzado le caía a un lado, y lo miraba como si viniera a suplicarle perdón por un grave pecado cometido.

Ay, Dios. Ay, Dios.

La miró de pies a cabeza por largos instantes, y cuando ella quiso decir algo, él ya estaba a un palmo de distancia.

—Dime a qué viniste —le pidió él. Georgiana dio un paso atrás sintiéndose un poco asustada. Después de todo, él era grande y fuerte, y podía hacerle mucho daño si consideraba que estaba siendo demasiado atrevida.

Si acaso Nathaniel se ponía violento, ella, ya había comprobado, no tenía manera de defenderse.

Pero recordó que este no era Douglas, al que le encantaba mostrar la superioridad que tenía sobre ella, y constantemente hacía gala de su dominio como hombre. No. Nathaniel era diferente.

—Dime, Georgiana, ¿a qué viniste? —Ella siguió caminando hacia atrás hasta que su espalda dio contra la puerta, y entonces él le impidió moverse poniendo las manos a cada lado.

—Ah, yo... —se detuvo cuando lo sintió acercarse aún más. Sí, había sentido algo de miedo en un primer momento, después de todo, era lo que siempre había sucedido cuando estaba delante de su esposo, pero este se esfumó tan pronto como vino.

Lo sintió olfatear su cuello, como si disfrutara de su aroma y el alma se le fue calentando poco a poco, dándole la seguridad para mirarlo a los ojos.

—¿Está tan mal... que te ame? —preguntó con inocencia. Nathaniel frunció levemente el ceño ante tal pregunta.

¿Amarle?, se preguntó. ¿A qué tipo de amor se refería? ¿Al amor romántico? ¿Al amor sensual?

Guardó silencio, porque no tenía la respuesta en ninguno de los dos casos. Sin embargo, otra cuestión vino a su mente.

—¿Me amas? —ella se mordió los labios y miró a otro lado.

—No —contestó, pero estaba mintiendo. Nathaniel lo supo, y sonrió.

—¿Por qué me amas? ¿Porque te salvé y cuidé de ti? ¿Porque procuré un lugar seguro para tu recuperación?

—Ese sería un amor de agradecimiento... y aunque sí te estoy agradecida... te amo por mucho más que eso.

—Te escucho —siguió él sin alejarse de ella un solo centímetro. Al contrario, parecía fascinado por cada una de sus palabras.

Georgiana no se intimidó por esas palabras y el tono que implicaban un reto, como si creyera que ella no sería capaz de convencerlo.

No planeaba hacerlo, de todos modos. Amarlo era más un deleite para sí misma; siempre lo había sido.

—Me gusta verte... así sea de lejos. Mi corazón siente calma cuando sé que estás cerca. Me encanta escucharte, ya sea hablar, reír, o lo que sea... Me da... —ella se golpeó suavemente el pecho sin dejar de mirarlo fijamente —mucha alegría aquí... cuando me miras. Encontrarme de casualidad contigo en los pasillos... siempre ilumina mi día, como los rayos del sol tan escasos en invierno, pero tan esperados y necesitados. Yo... si logro tener una conversación contigo, guardo sonrisas para varios días. Sólo es recordar cualquier cosa que hayas dicho o hecho para volver a sentirme feliz... así que me he vuelto una coleccionista de tus momentos. Me gustas demasiado.

Nathaniel la miró impresionado. No imaginó nunca escuchar palabras así. Y parecían tan sinceras, tan reales...

Le tomó la cintura y la acercó más a él.

No se puso a pensar en por qué todo ese caudal de sentimientos habían despertado en ella y en tan poco tiempo. No pensó en que no había más razones que el agradecimiento para despertar tal emoción, sólo se limitó a sentir, y ahora mismo, era como si un volcán se estuviera abriendo paso a través de su ser y estuviera pronto a explotar.

Bajó la cabeza y la besó. Hondo, con hambre. Pero ella era pequeña, o él muy alto, así que, para hacer esto más cómodo, la alzó en sus brazos obligándola a rodearle la cintura con sus piernas, y le apoyó la espalda en la lámina de madera de la puerta. Allí se estuvo, besándola, tocándola, sintiéndola. Reencontrándose con el sabor de su boca y el aroma de su cuerpo. Esta tarde, en ese salón, se los había grabado a fuego en la memoria, y era condenadamente excitante volver aquí.

Con prisa, él metió las manos debajo de su bata y soltó un gruñido cuando se dio cuenta que, debajo, ella no llevaba medias, ni bragas. Rodeó la piel cálida y suave de sus nalgas y las apretó entre sus dedos, mientras ella cerraba los ojos y buscaba algo con su cadera, se restregaba contra él enloqueciéndolo; lo besaba, mordía, gemía, mientras se sostenía sobre él enroscada como un anillo.

—Mírame —le pidió él, y ella así hizo. Los ojos de ambos se quedaron trabados en un largo duelo de miradas.

Todo está mal. Ambos se dijeron eso. Lo sabían.

No deberíamos. No es legal, ni moral. Y a pesar de esos pensamientos, sus cuerpos seguían

buscándose, tocándose, deleitándose con cada sensación.

Georgina le tomó el rostro. Ella era quien más tenía que perder, pero al tiempo, quien estaba más segura de que no podía dejar pasar este momento sin disfrutarlo a plenitud; lo guardaría en su corazón por siempre, de tal manera que aun cuando fuere anciana sonreiría al recordarlo sin atisbo de culpa o arrepentimiento.

Lo besó suavemente, y él se giró para llevarla hacia la cama. En un momento estuvieron allí, y Nathaniel le sacó la bata por la cabeza, dejándola totalmente desnuda bajo él. Llenó los ojos con esa hermosa visión por largo rato; los pechos llenos, la curva de su cintura, el pequeño ombligo y el vientre plano. Ella, a su vez, le sacó la bata y pasó las manos por el amplio pecho salpicado de vello, y metió las manos en sus calzas para retirarlas.

Nathaniel le tomó ambas manos y las apresó bajo una de las suyas. Si ella seguía toqueteando por allí esto no duraría mucho, pensó, y bajó la cabeza para empezar a saborearla; planeaba probar cada rincón de su cuerpo, y empezó por los senos, tomándolos en su boca y chupando duro.

Georgina sonrió y cerró los ojos. Estaba bastante expuesta debajo de él, pero poco o nada le importaba; por el contrario, quería abrirse totalmente. Separó sus rodillas invitándolo a su centro y pronto él estuvo allí, se afincó en la cama y elevó las caderas restregándose contra esa parte que, sabía, debía estar dura y dispuesta para ella.

Lamentablemente, Georgina no era ya una mujer inocente. Sabía cómo reaccionaba el cuerpo de un hombre ante el estímulo. Era ella la que nunca había experimentado el placer, por eso, cuando él fue bajando la cabeza hacia el ombligo y su entrepierna, se quedó muy quieta, con el ceño fruncido por lo extraño que era aquello, y lanzó un grito cuando sintió la boca de él allí.

Él pasaba la lengua hacia arriba y abajo, hacía círculos alrededor de su centro, y ella sólo podía quedarse quieta y expectante. ¿Por qué? ¿Por qué hacía eso?

De repente, él se concentró en una parte en especial y no lamía, sino que chupaba, y Georgiana perdió toda cordura y su cuerpo onduló sobre la cama incapaz de quedarse quieta, necesitando más, más, sintiendo que lloraba, que moría, y de repente su mundo desapareció; sus gemidos se convirtieron en un intento desesperado de conseguir aire y toda la piel se cubrió de una pátina de sudor.

Era increíble. Este lugar, este momento; nunca imaginó que sería capaz de sentir esto, de vivirlo, y con él. Los miembros le temblaban y era incapaz de mantener las manos quietas, poco a poco, fue volviendo la cordura, pero entonces él se desnudó al completo, se puso entre sus piernas, y entró en ella con fuerza.

Dolió, pero al tiempo, esa sensación poderosa de desconcierto y abandono volvió a llevársela a ese lugar lejano. Él estaba quieto, muy quieto, dentro y sobre ella, y cuando ella intentó moverse, él le tomó el rostro con una mano.

No, no. Dolor no.

Sacudió la cabeza tratando de zafarse de él, pero él la llamó.

—¿Eras virgen? —le preguntó él, y ella, con lágrimas en los ojos y el ceño fruncido, miró a otro lado. —Georgiana, dime... ¿esto... fue tu virginidad rompiéndose? —ella lo miraba con ojos muy grandes como si tampoco pudiese creer lo que estaba pasando, y cerró los ojos con fuerza. —¿Por qué no me contestas? ¿Crees que voy a juzgarte o acusarte de algo?

—Siempre es culpa mía, ¿no?

—¿Por qué sería culpa tuya?

—No lo sé —una lágrima rodó de sus ojos. —Siempre lo es.

—No. Mírame —ella siguió esquivándolo, y cuando él le tomó de nuevo el rostro, ella volvió

a resistirse. Nathaniel le tomó ambas manos y las puso sobre su cabeza, y pegó su frente a la de ella obligándola a estarse quieta y mirarlo.

Él había tenido planeado obligarla a contar todo, pero fue imposible, la sensación de su carne dentro de ella, lo apretada que estaba, lo húmeda, le restaron determinación y fuerza. Para ella este tema parecía difícil, hablar durante el sexo no haría sino interrumpirlo, y él estaba desfalleciendo desde hacía tiempo, así que sólo pudo menearse dentro de ella y provocarse a ambos infinitas sensaciones.

Se acomodó mejor sobre ella, apoyando la frente en la almohada a su lado, le movió las caderas y empezó a empujar. No iba a durar mucho; estaba resistiendo con todo lo que podía, pero diablos, su abstinencia le estaba pasando factura, sentía como si algo dentro de él se fuera a estrangular si no cabalgaba ya a su éxtasis.

Hubiese querido que esto durara hasta el amanecer.

Bueno, siempre podía volver a empezar.

Así que se dejó llevar. Empujó una y otra vez encontrando un ritmo. La besó, le acarició las piernas, volvió a chupar sus senos y siguió. En un momento, volvió a enderezarse y la elevó un poco encontrando una posición más cómoda, y siguió empujando.

Georgiana podía verlo desde abajo, y así podía tocarlo también. Pasaba lentamente las manos por sus piernas, su pecho, y el cosquilleo en su interior fue tomando otro cariz cuando él empezó a empujar más duro y más rápido. El sonido de su cuerpo chocándose suavemente contra el de ella llenó sus oídos, la visión de ese poderoso cuerpo masculino, duro y bronceado, el cabello despeinado, la mueca de él por el placer que estaba sintiendo...

Era hermoso.

Gracias, Dios, fue lo que dijo. Como si no fuera a ser el primero en juzgarla por lo que estaba haciendo justo en ese momento, sino quien le hubiera dado este hermoso regalo.

Él rugió quedamente, apretó los dientes y se quedó muy quieto al tiempo que temblaba, y Georgiana comprendió lo que estaba sucediendo, y sonrió. Cuando él salió de su cuerpo y se derrumbó a su lado, se dio la media vuelta, muy quieta, y esperó. En algún momento él se quedaría dormido y ella podría volver a su habitación, llevándose en su alma y en su cuerpo la semilla de su amor.

Pero Nathaniel no se durmió, sólo se quedó un rato sobre la cama recobrando la respiración, normalizando los latidos de su corazón, muy quieto, pensativo, pero extasiado.

Movió la cabeza para mirarla, pero ella estaba dándole la espalda, muy quieta.

Se sentó en la cama y la giró.

—¿Es verdad, entonces? ¿Eso de que Douglas Henderson prefiere a los muchachos por encima de las mujeres? —Georgiana abrió grandes los ojos al oír aquello, y quiso esconderse de él tratando de salir de la cama, pero él se lo impidió. —¿Por qué sientes vergüenza? No eres tú la que está fallando en ese matrimonio; es él.

—Por favor...

—¿Es un tema demasiado sensible para ti?

—Nathaniel...

—Georgiana, sólo quiero saber qué está pasando. Dime la verdad... guardaré ese secreto también como el de nosotros dos en esta cama, te lo juro. —Ella siguió en silencio otro largo minuto. Tragó saliva y Nathaniel notó que había empezado a temblar. —No es tu culpa —dijo con voz suave, atrayéndola a él para abrazarla. —No voy a acusarte ni a juzgarte por nada. Sólo necesito saber.

—Intenté pedir la anulación —dijo Georgiana. —Mi virginidad era la prueba de que él no

estaba cumpliendo con sus deberes conyugales, y entonces él... —Aquello no era la respuesta a las preguntas que él había hecho, pero abría muchos caminos ante él.

—Cuéntame todo desde el principio —le pidió.

—Es muy vergonzoso...

—Pero no es tu vergüenza; es la de él, en todo caso. Dime. Desde la noche de bodas; dime todo.

Georgiana tomó aire. Las lágrimas habían vuelto a inundar sus ojos mientras la mente viajaba a toda velocidad recordando no sólo todo lo vivido, sino buscando las razones por las que debía seguir manteniendo todo aquello en la más absoluta reserva. ¿Por qué nunca se lo había contado a nadie? ¿Por qué callaba como si fuera ella la que había pecado?

—Él necesita un heredero —empezó al fin, encontrando que no había razones para seguir callando, y se decidió a contar. Nathaniel la miró en silencio.

No pudo resistir estar desnuda y abrazada a él mientras contaba algo tan asqueroso así que se cubrió con la sábana y empezó a buscar su bata. Él le permitió vestirse, y se quedó desnudo y tranquilo en la cama. Aquella visión era demasiado distractora, así que Georgiana miró a otro lado.

—Un tío suyo le dejará mucho dinero si tiene un hijo, pero él... él no es capaz de... Quiero decir... No funciona con las mujeres. Dice que me eligió a mí por ser bonita. Pensó que una mujer guapa curaría, aunque fuera momentáneamente, su mal... pero... la primera noche que vino a mi cama... sólo sintió asco y repudio.

—¿Te lo dijo así?, ¿que le dabas asco? —ella sonrió encogiéndose de hombros, como si aquel fuera el menor de los daños que le había hecho. Además, también él le había dicho palabras así.

—Se fue sin haber... completado las cosas. Y yo me quedé preguntándome qué había pasado. —Tomó aire y se sentó en el filo de la cama, aún sin mirarlo. —A la noche siguiente, volvió. Yo me había lavado mejor, me puse perfume. Pensé que su asco era porque había encontrado algo desagradable en mí. Tenía miedo, pero esperé, y él ya venía... quiero decir... Su cuerpo estaba ya... dispuesto.

—Ya estaba duro.

—Sí. Pero cuando volvió a ponerse sobre mí, simplemente... Fue peor. Dijo que al parecer yo no era tan bonita, y me abofeteó. Cada noche... cada noche que venía y lo intentaba y fracasaba, se enfurecía y la tomaba contra mí. A veces sólo me pegaba, a veces intentaba —se puso ambas manos sobre la garganta, y él entendió. Había intentado estrangularla muchas veces.

Maldito cobarde, pensó entonces con deseo de ir hasta él y estrangularlo de verdad.

—Siempre era lo mismo. Venía excitado, borracho, o luego de haber tomado alguna sustancia, pero ahora entiendo que el problema era yo.

—De ninguna manera. El problema era de él y sus gustos; tú simplemente no encajabas en ellos y él se estaba obligando a sí mismo a funcionar contigo. Al frustrarse porque no podía, te hacía pagar como si la que fallara fueras tú. —Georgiana se giró a mirarlo en silencio, comprendiendo aquello, y asintió levemente. —¿Fue así como... te hizo esas marcas en la espalda y las piernas? ¿Sus golpes fueron aumentando en su gravedad? —Georgiana, contra todo pronóstico, se echó a reír.

—Claro que no —dijo. Se puso en pie y se apoyó en uno de los pilares de la cama, mirando hacia el fuego de la chimenea, que crepitaba perezosamente. —Luego de intentarlo varias veces de la manera... tradicional, debió comprender que no funcionaría. Entonces, ¿para qué tenía una esposa a la que debía alimentar, vestir y cuidar, y en la que invertía tanto dinero si no le iba a aportar nada a sus deleites?

—¿Qué significa eso?

—Empezó a llevarme a sus fiestas. Todas eran con hombres, entre ellos, y me obligó a mirar... —la garganta se le cerró, se cubrió la boca y cerró los ojos. —Me obligó a mirarlos. Como siempre huía y lloraba, me ataban las manos y los pies a uno de los muebles. Como giraba la cabeza, entonces me... me tomaban la cara y me abrían los ojos para que mirara. Y si gritaba...

—¿Qué?

—¡Les divertía mucho! —exclamó ella. —Cada grito mío era un motivo para reír y celebrar. Y yo pasaba frío y hambre allí porque sus fiestas duraban horas...

—¿Estabas desnuda?

—¿Como más iba a estar en una fiesta de esas? —Nathaniel sintió que se descomponía de la ira, pero Georgiana estaba en silencio, respiraba desacompasadamente y tenía la frente sudorosa como si hubiese enfermado de repente. Él rodó en la cama hasta ella y la obligó a sentarse entre sus piernas. Estaba fría, tal vez, recordando cosas peores.

—Está bien. Estás a salvo ahora.

—Sí —dijo ella. —Ahora lo estoy. —le tomó los brazos fuertes y se apoyó en ellos, escondiéndose en su pecho como si fuera el mejor refugio del mundo. —Ahora lo estoy.

Pero luego volvería a ese infierno, pensó él. Estaba a salvo mientras permaneciera en Avondale Hall, pero eso no duraría por siempre.

Y él no podía hacer mucho, porque Georgiana pertenecía a ese hombre.

—Si necesitabas tu virginidad como prueba de que él estaba incumpliendo con sus deberes conyugales para pedir la anulación... ¿por qué viniste a mí? Has perdido tu mejor carta —le dijo Nathaniel a Georgiana sin soltarla. Ella seguía entre sus brazos, ahora un poco más calmada.

Sí, pensó ella. A primera vista, parecía una mala jugada.

Cerró los ojos pensando en que ya nada importaba. Todo lo que había planeado para su vida se fue por el caño hacía tiempo. Le habían robado la dignidad, el orgullo propio, ya no le quedaba nada. ¿Qué más daba contarle también esa parte? Quizá hasta le hiciera bien contarle a alguien por primera vez todo por lo que había tenido que pasar; ya había contado cosas terriblemente vergonzosas, y aun así, aquí estaba, siendo consolada y apoyada por él.

—Porque no creí que siguiera siendo virgen.

—¿Qué? —se sorprendió él mirándola fijamente y con el ceño fruncido. —¿Cómo es posible eso? —ella sonrió elevando una ceja. Sí, cosas así eran posibles.

—Después de que consultara con un clérigo acerca de mi situación y le expusiera todo, él... —siguió ella, —creo que me creyó, y me dijo que necesitaría de una revisión por parte de una comadrona para certificar lo que le estaba diciendo. Estaba dispuesta, después de todo... yo decía la verdad.

—¿Y qué sucedió? —la animó él a seguir cuando ella se quedó callada. Georgiana hizo una mueca encogiéndose un poco.

—De alguna manera... —ella se fue poniendo cada vez más tensa, y Nathaniel paseó suavemente su mano por la delgada espalda. Se había vuelto a poner la bata, y aun así, se sentía la aspereza de la piel. —De alguna manera, Douglas se enteró de mis planes... y me llevó a la sala de los arneses.

—¿Qué es la sala de los arneses?

—Una sala especial... A Douglas... le gusta ser atado y golpeado mientras... Así que se ata de pies y manos mientras su amante lo latiguea y... —Nathaniel elevó ambas cejas comprendiendo. Aquel era un tema que ni entre caballeros se tocaba, por mucho que se consideraran gente moderna y progresista.

Un pensamiento hizo que se le erizara la piel, y la mano que estaba sobre la espalda con marcas se crispó un poco.

—¿Te latigüé a ti? —ella tragó saliva. Luego de un momento, asintió. Nathaniel siseó una maldición.

—No dolió tanto esa vez.

—¿Cómo vas a decir eso?

—Bueno, es que él... me hizo tomar algo primero, dijo que... era para que disfrutara más.

—¿Disfrutar? ¿Unos latigazos?

—Supongo que como él lo disfruta, creyó que también yo lo haría.

—Maldito.

—Lo que me dio me hizo sentir mareada y con náuseas, y durante todo el tiempo estuve... adormecida. Dolió, pero eso hizo que no me diera cuenta, supongo. En algún momento perdí la conciencia. Cuando desperté... sangraba por mis partes. Así que di por hecho que me había hecho algo y había perdido la virginidad.

—Dios... —él sonó francamente asqueado. —Georgiana, lo siento tanto. No me imaginé que pasarías por algo así. Nunca...

—No, nunca nadie lo imagina. Por favor... no te estoy contando esto para que me tengas lástima. Sólo quiero... que lo sepas, sacarlo de mí.

—Está bien. Es horrible sólo de escuchar; haberlo vivido... no puedo imaginarlo. Dios, no puedo. —Ella elevó una mano y acarició su barbilla. Esto lo estaba sobrepasando, pero ya había abierto el caudal y no podía detenerse.

—Cuando llegó la comadrona a revisarme, tuve que negarme. ¿Qué importaba ya? Cuando el clérigo preguntó por qué me había echado atrás en mis planes, Douglas se encargó de decirle que yo sólo tenía problemas mentales, y que estaba desequilibrada por mi afán de tener hijos. Perdí esa batalla.

Él la rodeó ahora con ambos brazos. Seguía horrorizado, sobre todo, porque Georgiana era muy pequeña y delicada. ¿Cómo había conseguido soportar tantos abusos? ¿Cómo podía estar sana en su mente y en su cuerpo cuando fue abusada de todos los modos posibles?

—¿Cuántas veces pasaste por algo así? —preguntó con voz suave. Georgiana guardó silencio. Ella misma había perdido la cuenta.

Respiró hondo acomodándose mejor en su regazo. Su refugio. Al menos, por ahora.

Despacio, él volvió a meter las manos debajo de la bata, y con la yema de los dedos fue recorriendo las cicatrices de la espalda, y esa ternura impresa en su toque le dio la fuerza para seguir contando. Estaba siendo demasiado para él, pero al igual que ella, quería llegar al final de todo, a lo más profundo y podrido.

El hombre que al principio le dijo que sentía asco por ella, que la menospreció y echó, estaba siendo su tabla de salvación.

Tomó una de las manos de Nathaniel y la apretó entre las suyas. Él jamás entendería lo mucho que esto significaba para ella, lo mucho que le agradecía, lo mucho que lo amaba.

Con ojos que picaban por las lágrimas, siguió.

—Austin Miller es el amante principal de Douglas.

—¿Amante principal?

—Sí. Él puede... estar con otros, pero tiene que ser siempre con la aprobación de Austin, y él debe estar presente. Entre los dos... Douglas sería... la hembra de la relación. No sé cómo explicarte.

—El dominante es el chico.

—Sí.

—Es horrible que tengas que saber ese tipo de cosas. Una señorita no debería... ninguna mujer debería tener que pasar por eso. Ni siquiera deberías tener idea de cómo se manejan esos turbios juegos de poder.

—Pero saberlo me ayudó a entender cómo se manejaban las cosas entre los dos, y me ayudó a conseguir favores de vez en cuando. Si bien Douglas es el que manda en la casa y en el dinero, en las decisiones de otro tipo es Austin quien decide. Si yo necesitaba algo material, se lo pedía a Douglas, o le hacía llegar a él mi necesidad a través de Jena o Celestine. Si necesitaba un favor como salir, asistir a una fiesta de té, o recibir amistades en la casa, se lo pedía a Austin.

—Tenías dos maridos, al parecer.

—Nunca mejor dicho —sonrió ella. —Cuando me llevaban a sus fiestas privadas era por sugerencia de Austin. A veces... sólo éramos los tres. Pero entonces era peor, porque no se limitaban a que sólo mirara, desnuda y atada en un rincón. Nathaniel... he hecho cosas horribles.

—No tienes que contarme. Nada de esto fue tu culpa. Es impresionante que no hayas desarrollado asco por los hombres luego de todo lo que has tenido que pasar. Eres fuerte, Georgiana. —Ella lo miró fijamente.

—¿Fuerte? ¿Yo? —se rio. —No soy nada fuerte. Todos estos años no he hecho más que llorar, esconderme y lamer mis heridas.

—¿Y qué más podías hacer? —Ella pestañeó.

Sí. ¿Qué más habría podido hacer? Nada de lo que había intentado había funcionado. No tenía a quién ir, a quién pedirle ayuda. Había agotado todas las posibilidades y aun después de eso siguió atada al monstruo que la estaba matando. Nada serviría para liberarse.

Excepto morir.

Pero eso no lo iba a decir. No a él. Ya había aireado demasiado sus debilidades delante del hombre cuya opinión más le importaba.

Y se alegraba tanto de que él la comprendiera, de que la escuchara, y sobre todo, le creyera.

No podría hacer nada, nada en este mundo desharía ese matrimonio. Era como un grillete oxidado y pesado que llevaría por siempre, pero al menos, esta noche, se estaba sintiendo un poco libre.

Se movió hasta quedar sentada a horcajadas en su regazo, y apoyó ambos brazos sobre los anchos hombros. Él la miró expectante. De repente, ella ya no parecía estar hundida en lo profundo de su miseria, sino que, poco a poco, emergía de ella, como un hada saliendo de un oscuro pantano iluminada por la luz de la luna llena.

—Gracias por escuchar pacientemente toda mi basura.

—No digas eso.

—Es sucio, oscuro, y afecta a los sentidos. Todavía quedan muchas cosas más que... Pero gracias por escucharme, por... creermelo. —Él retiró suavemente un mechón de cabello rubio que se había venido hacia delante y acarició suavemente la tersa mejilla.

—Eres sorprendente —le dijo. —Con todo lo que has tenido que pasar... y sigues siendo una mujer buena e inteligente. Tu mente y tu alma no se han corrompido a pesar de la suciedad por la que has tenido que navegar. —Ella sonrió.

—¿Pero qué dices? Claro que estoy sucia, y algo corrompida. No he sentido nada de culpa por meterme a la cama con un hombre con el que no estoy casada. Y no ha sido un asunto de supervivencia... es algo que he querido hacer sólo por egoísmo, sólo por satisfacción.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Es adulterio —rio ella. —Nadie me apoyará en esto. Pero no me arrepiento. Que Dios me perdone, pero no me arrepiento. —Ella besó su frente, el entrecejo, la punta de la nariz. —Estoy encantada con el estado actual de las cosas. Estoy feliz aquí entre tus brazos. —Ahora besó sus labios. —Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo; me ha hecho volver a creer en el favor de Dios. Me encantaría... compensarte de alguna manera, el bien que me has hecho, Nathaniel.

—No tienes que compensar nada. También he actuado egoístamente al ayudarte. Tampoco estoy... tomando esto como pago. Ni de la apuesta que hice con tu marido, ni por nada.

—Lo sé. Siempre has sido un hombre correcto —susurró ella besando ahora su garganta, y aunque el calor del deseo empezaba de nuevo a subir entre los dos, Nathaniel se preguntó por qué ella decía amarle, si no lo conocía.

Lo había dicho también aquella noche, aunque lo hizo en pasado.

—¿Por qué me amas? —preguntó en un susurro. Al parecer ella no escuchó, sólo siguió besándolo en silencio, y la mano de Nathaniel que antes había estado sobre las cicatrices de su espalda, bajaron hasta sus nalgas al tiempo que buscaba su boca para besarla a su vez.

El fuego de la chimenea iluminaba pobremente el par de cuerpos que se enlazaban en una esquina del colchón. Ella seguía sentada sobre su regazo, con las piernas a cada lado de sus caderas, besándolo, mimándolo, y en un momento ella misma se sacó la bata.

Los ojos de él volvieron a llenarse de su curvilínea figura, y la boca con los generosos pechos. Volvió a chuparlos, a amasarlos, mientras volvía a endurecerse para ella, a prepararse para lo que

venía.

—Qué hermosa eres —susurró él. Metió el rostro entre sus senos e inhaló hondamente. — Eres hermosa, dulce, hueles tan bien... Eres perfecta. Yo... —se detuvo cuando se dio cuenta de que había estado a punto de contarle su incursión en un burdel, con resultados tan fracasados.

Mejor no ir por ahí.

Tampoco tuvo tiempo de hilar otro pensamiento, porque ella metió la mano entre los dos y lo apresó suavemente. Soltó un gemido por su audacia, y por lo bien que se sentía que ella tomara la iniciativa.

Georgiana, por su parte, estaba disfrutando.

Oh, ya había visto antes el miembro masculino. Lo había tenido muy cerca, pero en esas ocasiones sólo sintió asco y miedo. Ahora no, porque era Nathaniel.

Sin soltarlo, Paseó la otra mano por los hombros y disfrutó de la elástica piel, de su calor, de la dureza de los músculos debajo. Él era tan diferente; los hombres que vio antes no eran como él. Nathaniel hacía muchas actividades y por eso su cuerpo era duro, marcado, fuerte. No bebía alcohol, por lo que no se veía hinchado, ni desagradablemente rosáceo. Al contrario, tenía un toque bronceado, y eso era lo más hermoso que había visto jamás.

También, aquella parte íntima de él era diferente.

Paseó la mano arriba y abajo del endurecido miembro, desde el saco que contenía sus testículos hasta la punta húmeda y suave. Tuvo cuidado con sus uñas concentrándose en las texturas, la piel sedosa que cubría la dureza del hierro.

De repente, una imagen de sí misma con el miembro de Douglas en su boca le hizo vacilar. Había sido Austin quien le tomara la cabeza y la obligara a hacer aquello, diciéndole a Douglas que si tan sólo usaba su boca su deseo no se esfumaría. Douglas había accedido a probar.

—Es verdad. Su boca no me afecta. Pero no la puedo preñar así —se rio Douglas, y dejándola a un lado tomó a Austin y lo hizo arrodillarse ante él. —De todos modos, prefiero tu boca.

Había vomitado mucho después de eso. Se lavó la boca por horas, hasta hacer sangrar sus encías y lastimar su lengua. No comió en días, y sólo lloró y lloró.

Espantando esos pensamientos, siguió besando a Nathaniel, y en vez de soltarlo, lo apresó y tiró suavemente sintiendo cómo él soltaba un gemido quedo, lo que le indicó que eso que estaba haciendo le gustaba.

También a ella.

Él fue pasivo esta vez, dejándola hacer lo que quisiera, y lentamente cayó en la cama sin dejar de mirarla, expectante.

Los ojos de Georgiana se concentraron en aquello que tenía en la mano, y sin pensarlo mucho, bajó la cabeza y lo besó. Nathaniel casi saltó, sorprendido, encantado. Le retiró el cabello para ver mejor lo que hacía, y no pudo más que morder con fuerza cuando vio que ella se metía la punta en la boca y chupaba.

¿Y cómo alejarla? Aquello estaba siendo celestial. Nunca le habría pedido algo así. Nunca. Pero ella lo estaba haciendo por su cuenta y era simplemente... fascinante.

Cuando sintió el fondo de su garganta lanzó un gruñido y no supo qué hacer con sus manos. Si ella seguía así, todo iba a acabar en un desastre, pero al tiempo, no se sentía capaz de detenerla, por lo que todo se estaba volviendo una agonía que oscilaba entre la preocupación y el éxtasis.

—Georgiana... Oh, sí... —Era todo lo que era capaz de articular, y ella seguía experimentando con su boca, dejándose guiar por las reacciones de él.

Por fin, ella se detuvo, se movió suavemente encima de él, y aquella fantasía que había

inundado su mente momentáneamente cuando la vio con aquel negligé negro se hizo realidad. Ella lo guio a su centro, y suavemente se fue empalando en él, totalmente, hasta tenerlo todo dentro.

Nathaniel lanzó otro gemido que mordió con fuerza haciéndolo sonar más como un gruñido.

Verlo así fue hermoso para Georgiana. Él estaba perdiendo totalmente el control gracias a lo que le hacía. Ahora, su boca, su sexo, sus senos y su cuerpo entero volvían a sentirse puros. No sabía explicar cómo aquello era posible, pero cada cosa que le hacía por su propia voluntad y deseo borraban la marca que le habían causado el haber sido obligada antes.

Cerró los ojos concentrándose en las sensaciones, estaba totalmente llena de él, sintiéndolo a plenitud en su interior, colmándola hasta el alma. El cabello, antes trenzado, se le vino adelante, pero no le prestó atención, y apoyándose en el pecho masculino se movió suavemente. Ella tenía el dominio ahora, lo sabía. Podía hacer lo que quisiera.

Él se había admirado de que ella no aborreciera a todos los hombres, y tal vez, que aún fuera capaz de estar con uno. Lo que él no sabía es que ella sí le tenía asco a todos los demás, pero él... Él era distinto. No lo había sabido nunca, pero hubo una parte muy secreta de su alma que siempre estuvo reservada, y, se daba cuenta ahora, fue para él.

Cuando se casó, esperanzada en tener una vida tranquila y normal, había renunciado a sus sueños de niña y hecho cargo de su suerte. Pero al vivir aquella pesadilla esos sueños volvieron a ella para salvarla de la locura. Mentiría si dijera que era exactamente Nathaniel Radcliffe el rostro de su ensueño; ya lo había dado por perdido hacía mucho tiempo, pero seguía pareciéndose mucho a él, y la amabilidad y dulzura que estaba mostrando él ahora le ratificaba que sí, definitivamente; de él, de sus sentimientos hacia él, emergió siempre su consuelo.

Gimió sintiéndolo en todos los rincones de su interior. Se movió hacia delante y atrás suavemente, estableciendo poco a poco un ritmo. Él extendió la mano y apartó el cabello para mirarle el rostro, y luego tomó uno de sus senos amasándolo suavemente.

Georgiana aceleró el ritmo. Otra vez esas cálidas sensaciones iban escalando poco a poco desde lo más profundo hasta aflorar en su piel. Gimió suavemente mordiéndose los labios.

Abrió los ojos y lo vio, allí, bajo ella, disfrutando casi tanto como ella. Era tan hermoso, Dios querido, tan bello y tan... al menos, por este momento, tan suyo.

Bajó hasta el para besarlo, moviéndose, meneándose, enloqueciendo. Él la retuvo en sus brazos tomando por fin el control de la situación; le tomó las nalgas y empezó a moverse también, saliendo y entrando de su cuerpo de manera rítmica y constante, hasta que Georgiana se abandonó por completo a la furia de su deseo. Lo apretó durísimo en su interior, tembló aferrándose a él, y sus gemidos se transformaron más bien en bramidos; el cuerpo le tembló espasmódicamente haciéndole perder la fuerza, pro sosteniéndose de alguna manera.

Dentro de ella, por un instante, todo volvió a ser paz y luz. Perdón. No sabía a quién estaba perdonando, pero así era.

Hasta que todo pasó barriéndola como una ola, dejándola sola y desnuda, tan limpia, feliz.

No se detuvo a pensar por qué esas imágenes venían a ella, por qué se comparaba a sí misma con una playa después de una tormenta, devastada, con los escombros amontonados a lo largo de toda la costa como vestigios de una batalla hacía tiempo perdida.

Los toques de él, que pacientemente esperaban que volviera de su cielo, hicieron las veces de calmadas olas que poco a poco fueron retirando de la orilla la devastación que la furiosa tormenta había dejado a su paso.

Cuánta calma. Cuánta paz.

Pero duró poco. De repente, él estaba sobre ella, y la estaba moviendo para ponerla boca

abajo.

Abrió grandes los ojos. ¿Acaso él pensaba...?

Un poco asustada, se giró a mirarlo haciendo una pregunta con sus ojos. Sintió que él separaba sus nalgas y buscaba con su miembro, y cuando lo sintió dentro, no pudo evitar gruñir de nuevo. Ah, es que de esta manera también podían hacerlo. Qué tonta había sido.

Pero qué bien se sentía. En cada centímetro de su interior, rozando cada lado, y cuando él beso la piel de su espalda, definitivamente, Georgiana quiso llorar. Su espalda era tan horrible. Nunca más se puso vestidos que mostraran un poco de piel porque estaba tan marcada, y la manera en que él la besaba le daba a entender que no importaba, que seguía siendo bonita, que aun así, él la encontraba deseable.

Lloró, y volvió a subir a ese éxtasis sin precedentes, se movió al ritmo de él encontrando que en esta posición le era más fácil. Ahogó sus gemidos en el colchón y disfrutó como una condenada un vaso de agua fresca, dejándose ir nuevamente.

Cuando volvió a sus sentidos, él seguía empujando, enloquecido, violento, pero era una violencia que no la intimidaba, no la asustaba para nada.

Qué hermoso, de verdad. Qué hermoso era Nathaniel Radcliffe.

Rato después, él salió de su cuerpo, se dejó caer a un lado sin fuerzas, y atrayéndola con un brazo, como si temiera que fuese a escapar, se quedó dormido. Apoyó el antebrazo sobre los ojos, como al parecer era su forma de dormir, y se quedó muy quieto, con la respiración acompasada, totalmente lánguido.

Ella aprovechó su indefensión para mirarlo. Admiró desde lo alto que era el puente de su nariz, los carnosos labios y la barbilla partida, hasta los dedos de sus pies, tan bonitos y elegantes. Se estaba grabando en la retina cada ángulo de su cuerpo, la forma de sus piernas, los vellitos del pecho.

Tenía que irse de su habitación, pensó con pesar. No podía pasar la noche aquí. Sería muy incómodo si los sirvientes se enteraban de lo que habían hecho; la juzgarían, y ellos habían sido muy amables hasta hoy, no quería que eso era cambiara.

Si fuera la esposa de Nathaniel Radcliffe, pensó, tendría el pleno derecho de compartir su cama a diario. No la juzgarían; al contrario, la honrarían. Y si de sus encuentros nocturnos ella se quedaba embarazada...

El estómago se le encogió al pensar en aquello. ¿Y si se había quedado embarazada?

No podía empezar a enumerar lo problemático que sería eso. Sufriría ella, sufriría Nathaniel... y sobre todo, sufriría ese niño, porque tendría que ser criado por alguien como Douglas, y llevar el apellido Henderson.

Ah, había sido tan egoísta. ¿Cómo no pensó en esto? ¿Cómo fue que, al contrario, lo procuró?

Porque estaba desesperada y no había sentido una pizca de consideración por parte de nadie. Porque en ese momento, sólo había pensado en salvarse a sí misma. Pero ahora era diferente, porque Nathaniel no había estado con ella sólo por el pago de una deuda. Lo vivido entre los dos era sublime, puro, hermoso. Un embarazo fruto de esto cambiaría el cariz de las cosas...

Y sin embargo, no detestaba la idea de llevar en su vientre al hijo de Nathaniel.

Despacio, sin moverse demasiado, salió de la cama, buscó de nuevo la bata y se la puso. Intentó trenzar su cabello encontrando que estaba hecho un desastre, enredado e inmanejable; desistió y se puso las pantuflas. Echándole una última mirada al hombre desnudo en su cama, añorándolo desde ya, y salió de la habitación.

Caminó por los pasillos solitarios hasta llegar a su habitación y abrió la puerta en silencio y,

una vez dentro, se recostó en la puerta.

Acababa de vivir una noche de ensueño, había hecho realidad su más egoísta fantasía. Si había consecuencias, ella las afrontaría. Ya no le temía a nada, se sentía diferente, más fuerte. Ya no tenía nada que perder.

Fue a la palangana de agua y se lavó la cara. Tenía el sabor de los besos de Nathaniel en su paladar, lo que le hizo sonreír, y sintiéndose por una vez satisfecha y tranquila, se acostó a dormir.

Y por una vez, fue un sueño profundo y apacible.

Temprano en la mañana, Nathaniel despertó y perezosamente dio la vuelta en la cama buscando algo en el espacio de al lado. No encontró nada, estaba solo.

Con el ceño fruncido y el cabello completamente despeinado, se sentó mirando alrededor, buscándola, pero la habitación estaba vacía.

Pero ¿qué había esperado?, se preguntó masajeándose la nuca. Respiró hondo e intentó no sentirse demasiado decepcionado. No podía reclamarle el haberlo dejado solo en la mañana, ¿verdad?

Pero, ah... habría sido tan agradable.

Se dejó caer de nuevo en la almohada rememorando lo vivido anoche, cosa peligrosa a esa hora de la mañana, y tuvo que espabilarse y salir de la cama para no tener problemas. Podía haber pensado que luego de anoche hoy amanecería tranquilo, saciado, pero al parecer no iba a ser así, y otra vez quería estar con ella.

Minutos después entró el señor Blake con un par de lacayos dispuestos a preparar a su señor para el día. Tuvo en la punta de la lengua una pregunta acerca de Georgiana, pero sabía que aquello estaría totalmente fuera de lugar.

Y en todo el día no la vio.

Fue extraño. No es que anteriormente se encontraran en cada rincón de la casa; esta era tan grande que podían perfectamente pasar días sin verse ni siquiera por error, pero hasta ahora estaba pensando en eso.

En la noche no bajó a cenar con él, así que comió solo y sintiéndose un poco rechazado, como esas jóvenes que, luego de ceder ante la seducción de un libertino, son abandonadas.

Y aquello se repitió por tres días.

—¿Cómo está la señora Henderson? —le preguntó un día al señor Blake, dándose cuenta de que si no preguntaba, no sabría nada de ella. Al parecer, ella sabía muy bien cómo esquivarlo.

—La salud de la señora Henderson está mucho mejor, señor. Sale a dar paseos más seguido, y se la ve más tranquila. También ha completado con éxito las tareas de las que se ha hecho cargo. Tanto es así, que por mi cuenta le he asignado asuntos de mayor responsabilidad. La señora ha demostrado habilidades en la administración del dinero; es frugal y sensata en el manejo de cada chelín.

—¿Es así?

—También se lleva muy bien con el personal. En principio... había rumores; algunos se preguntaban la relación entre la señora y usted... pero creo que esas habladurías se han aplacado al ver el buen carácter de la señora y el trato cordial entre los dos.

Nathaniel miró al señor Blake como si quisiera encontrar en sus palabras otro significado además del obvio. ¿Habladurías? ¿Se había enterado Georgiana de eso? ¿Era esa la razón por la que lo estaba esquivando?

Sólo vivir en la casa de un hombre estando casada con otro era motivo para despertar suspicacias, pensó. Ella tenía razón en ser cuidadosa.

El sentimiento de abandono empezó a desvanecerse y fue increíble lo mucho que eso mejoró su humor. No había pensado en ella, sus necesidades. Se estaba convirtiendo en alguien muy egoísta.

—Señor Blake, asegúrese de que el personal no hable demasiado. Que la traten con respeto, y si alguno se extralimita, muéstrole lo que sucede cuando alguien es desleal.

—Así se hará, señor. Pero permítame decirle que la curiosidad fue momentánea. A estas alturas, la han aceptado sin problemas. —Nathaniel no dijo nada, sólo se quedó mirando los

documentos sobre su escritorio, y todo el trabajo apilado.

Miró por la ventana dándose cuenta de que era un día bonito, sin lluvia ni nubarrones.

—Daré un paseo —dijo de repente, dejando al señor Blake pestañeando por la abrupta decisión, y Nathaniel salió del despacho dejando sólo el viento tras él.

Georgiana estaba en medio del jardín lateral de Avondale Hall. Eran varios acres de plantas que florecían según la estación, aunque ahora que el invierno se avecinaba, estaba más bien yermo. Sin embargo, hacía un sol agradable. Podía ser el último antes de las nevadas, así que quiso disfrutarlo, y salió de la mansión sin sombrilla ni chal. Preocupada, Jena había entrado para buscarle abrigo, y mientras, ella estaba de cara al sol bebiéndose su luz como si de un tónico revitalizante se tratara.

—¿Me estás evitando, Georgiana? —preguntó una voz tras ella.

Rápidamente se giró y allí encontró a Nathaniel, de pie y mirándola serio.

Llevaba puesto unos pantalones de ante, una camisa blanca de cuello alto y almidonado, un chaleco con detalles bordados en dorado, y la chaqueta de un verde oscuro que resaltaba el color de sus ojos.

Luego de pasear toda su estatura con la mirada, los ojos de Georgiana se quedaron en el cabello castaño claro. El cabello que hacía unas noches ella había despeinado con sus inquietas manos.

—Señor —saludó ella haciendo una tiesa venia.

—¿Contestarás a mi pregunta? —ella lo miró inocente. —¿Me estás evitando? —repitió él, y Georgiana esquivó su mirada sonrojándose.

—¿Por qué haría tal cosa? —contestó ella girándose de nuevo. Nathaniel sonrió. Estaba dándose cuenta de que Georgiana era muy mala mentirosa, y muy torpe para esconder sus verdaderas emociones. Era un milagro que hubiese sobrevivido tanto tiempo en la casa de un par de hampones como lo eran Henderson y su amante.

O tal vez eso explicaba el maltrato que había sufrido. Ella no lograba disimular el asco o la atracción; la alegría o el desprecio. Era demasiado transparente para su propio bien.

—He escuchado elogios acerca de ti —dijo acercándose un par de pasos. Georgiana se tensó al sentir que se acercaba. —El señor Blake parece admirarte mucho.

—Y yo le admiro a él. Ha sido un excelente maestro. Me encantaría seguir aprendiendo de él.

—Me alegra que se lleven tan bien —dijo él, y su voz grave y pausada pareció recorrer toda la piel de Georgiana, calentándola a pesar del frío.

Se paseó la mano por los brazos, calmando sus sentidos, pero él interpretó eso como que se estaba enfriando, y quitándose la chaqueta, la puso sobre sus hombros.

Ah, su aroma, pensó ella cerrando los ojos, deleitándose en el calor que aún guardaba la prenda.

—Entonces —insistió él, —¿por qué me has estado evitando? —Georgiana elevó la mirada a él. Estaba demasiado cerca, debía tener cuidado o caería bajo su encanto y cometería una locura.

Como besarlo, como aferrarse a él por siempre, hasta la muerte.

—Porque no soy tu esposa —contestó al fin, —y cuando te veo... quiero hacer las cosas... que una esposa haría. —Él elevó una ceja admirándose de sus palabras. Lo que ella estaba admitiendo era muy revelador, a la vez que comprometedor. —Está bonito el día, ¿verdad? —dijo ella cambiando el tema, girándose al sol y sonriendo. —Da la sensación de que es el último día soleado antes del invierno, como si se nos avisara que disfrutemos ahora... porque luego estará todo frío y oscuro.

Nathaniel miró al fin hacia el sol.

Aquellas palabras significaban muchas cosas, traían a la mesa muchas verdades.

Sí. Tenerla aquí, al menos por esta temporada, era equivalente a este rayo de sol. Lo que vendría después, era perfectamente comparable al frío invierno en sus vidas.

Tragó saliva y la miró ceñudo. Todavía le quedaban dos meses. Todavía había tiempo.

—¿Y qué recomendas hacer para disfrutar del sol antes del invierno? —preguntó, y ella lo miró de reojo.

Tantas cosas, pensó.

—Ah, bueno... ¿Un... paseo a caballo?

—¿Sabes montar?

—Claro que sí. Lo disfruto mucho. —Él pensó en aquello. Observó el cielo, y luego de juzgar que era buena idea, le tomó la mano y la condujo a las caballerizas.

Ella se mordía los labios expectante, encantada.

Jena los alcanzó y le extendió a su señora un abrigo de piel de armiño, guantes y un gorro. Al tiempo, uno de los lacayos le dio al señor un abrigo apropiado para el exterior. Los caballos estuvieron listos, y luego de ayudarla a montar, Nathaniel la observó mientras ella se emocionaba. Otra vez tenía las mejillas sonrojadas, y miraba alrededor como si buscara el mejor camino para echar al trote.

Subió a su montura y la guio hacia un paseo que conocía muy bien, uno rodeado de pinos, plano en su mayoría, ideal para lo que ella quería. Pero ella no quería dar un simple paseo, quería una furiosa cabalgata, así que azuzó a su montura para que apretara el paso.

Su caballo le hizo caso, y desde atrás, Nathaniel la vio acomodar su postura sobre la silla e iniciar la cabalgata. Le costó un par de segundos igualarla, y aun así, iba varios metros atrás.

—¡Ten cuidado, Georgiana! —exclamó. Ella había dicho que sabía montar, y desde aquí podía ver el buen manejo que tenía de la bestia, pero no podía evitar sentirse nervioso.

Ella aceleró en vez de frenar, e incluso lanzó una exclamación de júbilo. Jamás imaginó que fuera capaz de tanta euforia. La cinta del sombrero se soltó y este voló lejos, el cabello, ahora desatado, ondeaba al viento por la velocidad a la que iba, y él tuvo que apresurarse para alcanzarla.

Por fin, ella aminoró el paso y se detuvo. Cuando al fin la alcanzó, vio que ella sonreía. Era una sonrisa amplia, cristalina, y los ojos le brillaban. Lo miró y se echó a reír. Enseñaba todos los dientes y arrugaba levemente la nariz; una risa cantarina y burbujeante, contagiosa.

—Creí que seguirías hasta llegar a Bristol —ella volvió a reír, y agitó su cabeza negando.

—Roy no lo soportaría —dijo, palmeando el cuello del animal, que resoplaba por el ejercicio físico mientras ella le felicitaba por su excelente desempeño.

—Creo que... un caballo de carreras estaría mejor para ti —ella volvió a reír, y elevando los brazos se recogió el cabello en un nudo en lo alto de su cabeza. Estaba sudorosa, con la piel ligeramente sonrosada, y los ojos de Nathaniel tuvieron que desviarse, pues ya empezaba a imaginar y recordar cosas.

—Hacía mucho tiempo... que no hacía esto. Gracias.

—¿Por qué me agradeces?

—Por permitirme vivirlo. —Sin querer dañar el momento, Georgiana se prohibió pensar en el después, y suspirando, miró el bosque alrededor; se habían alejado bastante.

—Volvamos —recomendó él. —Empieza a ponerse frío.

Ella le hizo caso, y dio la vuelta para volver a casa. Iba silenciosa, pero contenta. Contaba sus bendiciones, olvidaba sus miedos y pérdidas.

—Eres una buena jinete —comentó él. —¿Aprendiste en tu casa? —ella asintió.

—Me gustaba acompañar a mi padre en su trabajo, así que tuve que aprender a montar desde muy chica.

—¿Fuiste feliz en tu casa? —ella asintió levemente.

—Mi padre lamentaba no tener un hijo varón, pero eso no le impidió tratar bien a sus hijas. También ayudó, tal vez... a que nos enseñara todo tipo de oficio. Sabemos montar, encender un fuego, hacer cuentas, o usar una pala... Había lacayos en casa, pero había ocasiones en que era necesario meter el hombro y ayudar. —Nathaniel sonreía escuchándola. Podía imaginarla como una niña muy inquieta y risueña. Hoy había visto ese lado de ella; arriesgándose a tomar una cabalgata, riendo libremente... Nunca la había visto reír así, y eso lo complacía.

—Otra vez tú aquí —le dijo Sebastien a Nathaniel en El corsé roto, mirándolo lleno de desconfianza.

—Esta vez no pretendo ser un cliente —le dijo dejándose caer en uno de los muebles del lugar. —Quiero usar tu vasto conocimiento del mundo.

—Oh. Un halago de parte tuya. Puedo morir en paz. —Nathaniel le echó malos ojos.

En el momento, entró Jacob Smith mirando a un lado y al otro buscando a Nathaniel. Las jóvenes se le lanzaron como sanguijuelas apenas lo vieron, pero él les sonrió y quitó sus manos de encima con delicadeza y una sonrisa compuesta, luego, se dirigió a su mesa.

—No vienes ni como cliente, ni por mi vasto conocimiento del mundo —masculló Sebastien, —sino a hacer negocios.

—Tanto tiempo, Chevalier —saludó Jacob con la misma sonrisa de antes. Era una sonrisa muerta, y Sebastien lo miró un poco sardónico.

No era que no se agradaran entre sí, sólo eran tan diferentes, que nunca encontraban un tema para hablar siquiera. Lo único que tenían en común era su amistad con Nathaniel Radcliffe.

—No he venido a hablar de negocios exactamente —explicó Nathaniel—. Los dos son las personas más listas que conozco, y vengo a poner sobre la mesa el delicado tema del divorcio... Quiero que Georgiana Henderson se divorcie, y requiero de la ayuda de ambos. —Jacob lo miró serio.

—¿Divorciarla... para qué?

—Para liberarla de ese nefasto yugo que la está matando.

—¿No tiene nada que ver el hecho de que has empezado a desear esa mujer? —insistió Sebastien. —Nathaniel esquivó su mirada. —¿Es en serio? —se sorprendió Sebastien. —Radcliffe... ¿no estás bromeando?

—¿Es antinatural que desee una mujer, Chevalier? —espetó Nathaniel con el ceño fruncido.

—No antinatural, sino poco inteligente. Si lo que quieres es casarte, hay tantas jóvenes castas y puras, aptas para tu nombre, y cualquiera de esas familias aceptaría más que encantada tu propuesta. ¿Por qué una casada?

—¿Y por qué tengo que explicarte mis motivos?

—Porque quieres mi ayuda —contestó Sebastien haciendo rodar sus ojos, como señalando lo obvio.

—¿Me estás manipulando, o algo?

—¿Qué tan grave es la situación de Georgiana Henderson? —preguntó Jacob interrumpiendo lo que se empezaba a convertir en una discusión. Nathaniel lo miró todavía ceñudo. Tomó aire, y ya que se iba a meter en un tema escabroso, bebió un trago de su whiskey.

Les contó todo sin tapujos; desde las preferencias de Douglas Henderson hasta el maltrato

infligido a Georgiana. Jacob y Sebastien le escucharon en silencio, a veces sorprendiéndose u horrorizándose, pero ambos desaprobando el trato que se la había dado a una mujer.

—Más que por mi propio deseo, es por su supervivencia —concluyó Nathaniel. —Si la dejo en manos de ese monstruo, y más adelante muere... no creo que pueda perdonármelo. De una u otra manera, terminé envuelto en sus problemas maritales.

—Vaya pila de mierda —masculló Sebastien.

—No es posible el divorcio —dijo Jacob, lacónico, sin vacilar.

Sebastien asintió de acuerdo con ese dictamen casi de inmediato. Estaba sentado en una pose relajada en su sillón, mirándose las uñas.

—Si no es virgen —añadió—, no hay manera. —Nathaniel apretó los dientes.

—Si buscara algo tan fácil, no habría expuesto el pasado de una mujer respetable ante ustedes dos.

—Oh. —Sebastien sonrió. —Sigue siendo imposible. Ni la iglesia, ni el rey, nadie se pondrá de parte de ella. Si expone que le pega y ha estado a punto de matarla varias veces, dirán simplemente que es algo que debe soportar, que incluso sumará galardones para cuando se encuentre con el creador. Oh, pero si decide irse con alguien más, la juzgarán y descarnarán sin piedad.

—Smith, ¿tú qué opinas?

—Sólo veo una solución —dijo, y Nathaniel lo miró esperanzado. —La muerte del marido. —Ahora, Nathaniel lo miró momentáneamente sorprendido por esa alternativa, pestañeó y sonrió decepcionado.

—Es joven y saludable. Vivirá muchos años.

—Entonces, ella deberá irse muy lejos, cambiar su nombre, su apariencia, y esconderse en algún lugar tranquilo donde él no pueda encontrarla. —Nathaniel meneó la cabeza negando. —Conozco personas que podrán ayudarle a cambiar su identidad. Si necesitas una casa, criados y...

—No, no. Ella... —estuvo a punto de decir que ella no aceptaría tal arreglo, pero no estaba seguro. Era él quien no quería que ella se fuera lejos. —Tendré en cuenta tu sugerencia.

—No parezcas tan decepcionado —sonrió Sebastien. —Los accidentes ocurren. Y ese Henderson parece llevar una vida algo agitada.

—Estás proponiendo que...

—¿Por qué no? Rétao a un duelo por tus treinta mil libras... o envíalo a la cárcel de deudores. Una vez allí, págale a un reo y que se deshaga de él.

—No mataré a un hombre por liberar a una mujer.

—Una vida por la otra. Sólo debes elegir cuál es más valiosa.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Jacob. —Si ella sigue tal como nos has contado, es cuestión de tiempo que muera. —Nathaniel guardó silencio por un momento.

Era difícil aún para él tomar decisiones de ese tipo, pero lo que Jacob acababa de decir era real.

—Lo pensaré.

—¿Por cuánto tiempo?

—Todavía tiene que vencer el plazo del pago de las treinta mil libras si quiero enviarlo a la cárcel de deudores. Quedan dos meses.

—¿No quiere él un heredero? Hazle uno. Eso asegurará su vida al menos por nueve meses más. —Nathaniel miró a Sebastien como censurándolo por decir aquello, pero Jacobladeaba la cabeza como si aquella fuera una idea muy válida.

—No tendré un hijo bastardo. Ni siquiera con ella. —Sebastien se echó a reír.

—A ver cuánto tiempo resistes.

Aquellas palabras resonaron en su mente un buen rato, hasta llegar de vuelta a casa. De Sebastien Chevalier no le extrañaba nada que sugiriera acabar con la vida de un hombre, pero de Jacob sí que le había sorprendido un poco. Sin embargo, era un tema que debía evaluar más allá de sus escrúpulos y la moralidad; se trataba de la vida de un inocente. Douglas Henderson, por el contrario, no lo era en ningún sentido.

—Señor Radcliffe. Bienvenido a casa —dijo una voz suave cuando él atravesó el vestíbulo. Radcliffe le echó una mirada a Terry, su valet personal, que lo había recibido y quitado su abrigo, y lo despidió. Georgiana lo miraba desde lo alto de las escaleras, apoyada en la balaustrada, usando todavía el vestido que se había puesto para la cena.

Todas estas noches deseando que ella bajara para cenar con él, y hoy que había estado fuera, ella había bajado. Qué mala sincronización.

—Señora —saludó él, omitiendo deliberadamente su apellido.

Ella sonrió de medio lado y bajó un par de escalones.

—Sólo quería... saludarte, antes de... irme a dormir. Que tengas un buen descanso.

—No podré —dijo él cuando ella se daba la vuelta, lo que la detuvo. Georgiana lo miró expectante.

Nathaniel subió lentamente los escalones hasta llegar a ella.

—No podré —repitió en voz baja. Apoyó una mano en la baranda, muy cerca de la de ella. Al estar un escalón más abajo, quedaban casi a la misma altura. —Seguramente pensaré en ti toda la noche, tal como las noches pasadas... y te desearé hasta el dolor —ella entreabrió los labios sorprendida por esa declaración, mirándolo fijamente como si quisiera comprobar que esto era real. Él sonrió de medio lado. —Pero no podré culparte por nada, porque ya me has dado más de lo que puedo pedir.

—Señor...

—¿Por qué justo ahora no me llamas por mi nombre?

—Porque... podría exceder todos los límites.

—Ya lo has hecho antes.

—Antes sólo me di un regalo. Antes sólo robé algo muy preciado.

—Dices las cosas más tristes.

—Pero es verdad. —Él se acercó aún más, y Georgiana quedó atrapada entre la baranda de la escalera y él. Pero no era nada desagradable, como cuando Henderson invadía su espacio y la intimidaba. Esta vez, ella quería esta intimidación y esta invasión. —Creo que todavía hay sirvientes yendo y viniendo por la mansión —susurró ella. —Por favor.

—Entonces, espera una hora apropiada y ven a verme esta noche.

—Nathaniel...

—Oh, has dicho mi nombre.

—No quiero que hablen de mí. Han sido muy amables, y...

—Son míos. Son amables porque estás en mi casa.

—No. No me entiendes.

—Entonces, seré yo quien espere una hora apropiada y entre a tu recámara. No hablarán mal de mí, ¿no es así? —ella pareció verdaderamente preocupada, y Nathaniel se separó. A ella parecía importarle mucho la opinión que unos sirvientes tuvieran de ella, lo que le daba la razón acerca de que jamás aceptaría ser su mujer estando casada con otro, ni mucho menos llevar el estigma de adúltera ante toda la sociedad.

¿Qué tenía que hacer para que ella volviera a perder el miedo, y se entregara a él como la primera vez? ¿Lo había hecho pensando que sería sólo una vez en la vida? ¿Que no se repetiría?

—Tu recámara... o la mía —dijo. —Tú eliges. —Y sin añadir nada más, se alejó.

Georgiana quedó casi desfallecida en medio de las escaleras, y aferrándose a la baranda trató de recuperar el aliento. Pero la visión de él alejándose le hizo sentirse triste, un poco tonta.

—¿Qué voy a hacer? —se preguntó apoyando una mano en su pecho para calmar su alocado corazón.

Ya era tarde en la noche, y Nathaniel seguía despierto en su habitación, dando vueltas, dándole a Georgiana tiempo, más tiempo.

Pero pronto se hizo evidente que ella no iba a venir, y realmente, no quería invadirla yendo él a su recámara. ¿Para qué? Ella ya había decidido.

Se sentó en el diván y apoyó los brazos en sus rodillas sintiéndose muy decepcionado, y también un poco triste. Lo peor, es que no podía siquiera reprocharle, y mucho menos reclamarle, pues ella no tenía por qué ceder a sus demandas, mucho menos obedecer a sus deseos.

Se quedó totalmente quieto en el diván mirando la habitación a la escasa luz de la vela. ¿Y si ella lo había interpretado así? ¿Que él sólo estaba haciendo demandas que no le correspondían como una especie de pago por su estancia aquí?

—No —susurró poniéndose en pie, con el pecho retumbando por su alocado corazón.

Ella podía pensar de él que quería esto a cambio de mantenerla aquí, a salvo. Ya antes había pasado por esa situación, donde le sacaban en cara los gastos que ocasionaba.

Sin pensarlo más, salió de la habitación con una vela en la mano. No sabía qué iba a hacer, o qué diría. Se detuvo cuando pensó que esto, salir a buscarla a esta hora de la noche también podía malinterpretarse, así que se quedó totalmente quieto en medio del pasillo.

Tendría que hablar con ella mañana, o cuando pudiera verla, porque lo más probable ahora era que ella se encerrara en su habitación, o lo evitara con más vehemencia.

Tonto, se dijo. Tonto redomado.

—¿Nathaniel? —preguntó la suave voz de Georgiana. Él se giró a mirar, y la encontró en un rincón del pasillo. Había estado sentada en el suelo, en medio de la oscuridad, envuelta en un abrigo, y al verlo, se puso en pie.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él andando hacia ella, dejando la vela a un lado y ayudándola a levantarse.

Georgiana se acomodó el abrigo, cerrando sus solapas y esquivando su mirada.

—¿Georgiana? —insistió él.

—¿Ibas hacia... mi habitación? —preguntó ella en vez de contestar. Nathaniel se encontró sin qué decir. Sí y no, era la respuesta, pero no dijo nada. —Yo... lamento haber tardado.

—Georgiana, no. No tienes que hacerlo si no quieres. Perdona mis demandas infundadas. No tienes que sentir que me debes algo o... no quiero que pienses de mí que sólo me aprovecho. Quiero decir... —Se estaba enredando en sus propias palabras, así que prefirió morderse la lengua y guardar silencio. Era increíble cómo podía perder la compostura ante ella.

Y no sólo la compostura; la delicadeza, la cordura, todo.

—No he pensado eso de ti —susurró ella, pero la mansión estaba tan silenciosa que se escuchó claramente. —No eres ese tipo de persona. —Nathaniel la miró muy quieto. No la estaba tocando, ni siquiera estaba tan cerca, pero podía sentirla, como si el alma de ambos estuviera expuesta y pudieran tocarse la una a la otra. —No es que no quisiera venir. Lo deseo —siguió ella. —Claro que lo deseo. Con todo mi ser. Pero... ¿qué va a ser de mí cuando esto termine? Estoy tan enamorada... que cuando me vaya, me va a doler el alma hasta la muerte. Estar contigo sólo agrava la herida que se me hará después en el corazón. Estoy anticipando desde ya... que voy a sufrir, y tengo miedo.

Nathaniel extendió una mano a ella dándose cuenta de que le pasaba lo mismo, pero la recogió antes de llegar a tocarla.

No había dejado de pensar en la situación de ella cuando se fuera, porque volvería a las

manos de ese monstruo que era su esposo, y entonces ella estaría totalmente a su merced, en peligro.

Ese maldito, capaz de lastimar a alguien tan puro. Ese puerco, que había dañado tanto su mente como su cuerpo provocándole dolor de todas las maneras posibles.

En este momento, hacer caso a las palabras de Jacob y Sebastien no parecía tan inmoral.

—Quisiera poder prometerte que nunca te separarás de mí, Georgiana —dijo acercándose un paso a ella, y sus palabras la impresionaron.

Sonrió. Sólo con que pensara así, ya la hacía feliz. Con qué poco se conformaba, pensó sintiendo humedad en los ojos.

—Quisiera poder hacer que te quedes a mi lado, en mi casa, sin importar lo demás... —siguió él, y esta vez le tocó la mejilla. Ella lo miró a los ojos, que le brillaban a pesar de la oscuridad. —Pero hay algo que sí te puedo prometer. No importa qué suceda con nosotros luego de estos tres meses... Siempre voy a cuidar de ti. —Ella inspiró hondamente y sonrió con cierta tristeza. El corazón le bailaba en su pecho, contento, y algo melancólico.

Se acercó más a él cerrando el espacio entre los dos, y empujándose en sus pies, le besó los labios. Él recibió el beso quieto, muy quieto. Cerró los ojos y disfrutó del toque, y cuando terminó, siguió allí, incapaz de abrirlos.

Ella volvió a sonreír, esta vez con picardía, y caminó hacia la mesita donde Nathaniel había dejado la vela.

Él se giró buscándola, y la encontró mirándolo con las cejas alzadas.

—¿No vienes? —preguntó ella, y en unos pocos pasos estuvo al interior de su habitación.

Aturdido, se quedó allí un par de segundos, luego de los cuales, pareció espabilarse y la siguió.

Al estar de nuevo con ella, la atrapó en sus brazos y volvió a besarla, pegándola a su cuerpo para sentirla por todas partes. Devoró su boca con hambre y le recorrió la espalda con manos ávidas. La necesitaba. La necesitaba mucho.

Ella no estaba quieta. Como siempre, desordenaba sus cabellos y paseaba las manos por la piel de la espalda, dura y lisa. Desató la cinta de la bata, y pronto lo tuvo desnudo en sus brazos.

De inmediato sintió que perdía toda capacidad de pensamiento. Sólo había algo que palpitaba, y era el deseo de sentirlo dentro cuanto antes. Él le quitó el abrigo y fue levantando la bata mientras la conducía a la cama. Cuando estuvo desnuda, no se detuvo a contemplarla, sino que la alzó a la cintura y la puso en medio de la cama.

Georgiana metió la mano en medio de los dos buscándolo, y él disfrutó del toque, pero entendió lo que quería ella, y en un par de movimientos, entró en su cuerpo.

Ambos gimieron. Apretaron los dientes, se miraron maravillados, porque en este momento ambos parecían realizados, completos, felices.

Sin pérdida de tiempo, empezaron a moverse, el uno buscando al otro, meneando suavemente, y luego con fuerza, hasta que los gemidos de ella le indicaron a él que ya podía liberarse, y se dejó ir también.

No había durado mucho, pero fue intenso. Sin mediar palabras, ambos habían sabido que lo querían así, furioso y pronto.

Cuando volvieron de su éxtasis, se miraron el uno al otro y sonrieron.

A Nathaniel le encantó esa sonrisa satisfecha de ella. Por un instante parecía feliz, y él sólo quería que permaneciera en ese estado un rato más, así que se acostó a su lado y le tomó la mano.

—Me dijo el señor Blake que terminaste con éxito las tareas que te encomendó —dijo. Quería hablar con ella de cualquier cosa, y ese le pareció un buen comienzo. Ella asintió.

—Fue fácil. Ahora me estoy encargando de los alimentos del personal de servicio. Tienes bastantes personas trabajando para ti.

—Los necesarios. —Ella lo miró de reojo. En un momento le había parecido que eran muchos, pero ahora pensaba que más que sirvientes, ellos eran familia. Habían estado aquí desde la época en que los señores estaban vivos. Había oído de ellos que vieron crecer al señor y la señorita, pero cuando intentaba preguntar qué había sucedido, ellos cambiaban de tema, o la esquivaban. —Creo que varios de ellos se han vuelto tus admiradores —siguió él. —Los encantaste también.

—¿También?

—A mí me tienes encantado. —Ella se echó a reír, y él se acercó para besar su risa. Eso la sorprendió, pero no dijo nada, y sólo se recostó en su hombro.

—Son buenas personas. Estoy segura de que ellos... —Se quedó en silencio, pero él la miró instándola a seguir. —No son personas que permitirían lo que se permite en la casa Henderson.

—Ah. La señora Wilson, estoy seguro, no —rio Nathaniel, refiriéndose a la jefa de cocinas. —Ella te habría sacado de esa casa a escondidas y llevado muy lejos. El señor Blake habría organizado un carruaje y te habría dado dinero para que escaparas, y los demás habrían guardado silencio no importando cuánta lealtad me debieran. Son gente que no acepta ni soporta las injusticias.

—Sí —reflexionó ella sin mirarlo. —Nunca lo permitirían. Pero... ¿crees... que se hayan dado cuenta... de nosotros? —Nathaniel la atrajo con un brazo.

—No pienses eso.

—Pero no puedo evitarlo. Ellos me agradan.

—Y tú les agradas a ellos. Aunque se hayan dado cuenta de que te metiste a la cama del señor, es más probable que me miren a mí con reproche que a ti con disgusto. —Ella volvió a reír.

—¿De verdad?

—Los conozco. Han estado conmigo desde niño. Ellos... me terminaron de criar, más o menos. —Ella lo miró fijamente, deseando mucho poder preguntarle por su familia, pero sin saber si sería impertinente. —Cuando mis padres fallecieron... —siguió él, —estuve una larga temporada en casa de una tía. Sólo me acompañaron Frank y Terry. Cuando crecí, decidí volver a casa...

—Debió ser difícil —dijo ella cuando él guardó silencio. —Volver a casa y encontrarla vacía. Ya no estaba... tu familia. —Él respiró hondo y guardó silencio por un momento, pero luego volvió a pasear la mano por el brazo de ella y sonrió.

—Estaban los sirvientes. Todo un ejército de ellos. Algunos se habían ido, pero volvieron al saber de mi regreso. Nada llenará el vacío que dejaron mis padres y mi hermana, pero duele menos con todos ellos alrededor. Soy consciente de que son más de los que un hombre soltero necesita, pero no me importa. Algún día me casaré, tendré hijos y ellos estarán ahí para seguir ayudando.

La mención de un matrimonio e hijos dolió un poco en el corazón de Georgiana.

Qué afortunada sería esa mujer, pensó. Cuánta envidia le tenía.

Por ahora, se dijo, era ella la que estaba en su cama. Se movió para ponerse a horcajadas encima de él, tan desnuda como estaba, y él la miró con ojos que se iban llenando de deseo.

Cada momento era robado, ella estaba usurpando un lugar que no le pertenecía, pero al diablo con eso. Tomaría cada pequeña cosa que pudiera y la atesoraría.

Se inclinó a él y lo besó mientras él le acariciaba la piel de los muslos y la miraba

embelesado. Se llevaría con ella esta mirada y estas caricias. Se las llevaría por siempre.

Al día siguiente, se repitió. Nathaniel buscó a Georgiana al lado en su cama y volvió a reprocharse el haber dormido tanto como para darle chance a ella de irse sin despedirse.

La encontró en la sala de desayuno, con una taza de alguna infusión caliente en sus manos mientras Celestine le servía un plato con huevos Benedict.

—Buenos días, señor —saludó ella mirándolo con un brillo interesante en sus ojos, y aquello le hizo contener el aliento.

—Señora —saludó él con una inclinación de su cabeza. Se sentó a la cabecera y esperó que Terry le sirviera.

—¿Ha dormido bien? —condenada, pensó él mirándola de reojo.

—No mucho —contestó él. —Sentí que algo me faltaba en la mañana.

—Oh. ¿Abrigo, quizá? —él la miró entrecerrando los ojos. Ella disimulaba muy bien la sonrisa, pero en los ojos se le veía que se estaba divirtiendo. —Las mañanas están cada vez más frías, señor Radcliffe —siguió ella. —Deberá tener cuidado en abrigarse bien para no pescar un resfriado. Sobre todo... en las mañanas.

—Sí. Me aseguraré de eso. ¿Qué tal están esos huevos?

—Duros —susurró, y eso provocó la tos de Nathaniel. Celestine, que no entendió el intercambio de indirectas, se escandalizó.

—Mi señora, traeré otros huevos para usted.

—No, estos están perfectos, Celestine. Sólo bromeaba un poco. —Nathaniel sosegó su tos y la miró a ella con reproche, pero Georgiana no se inmutó, y siguió desayunando con su sonrisa disimulada.

—Así que te gusta duro, ¿eh? —preguntó él esa noche, cuando ella volvió a entrar a su habitación. Georgiana lo empujó suavemente y lo hizo sentarse en el diván al pie de la cama. Se arrodilló entre sus piernas y lo buscó con su boca.

—Sí —contestó ella, echándole el aliento, lo que hizo que se enervaran sus sentidos. —Me encanta que por mí se ponga así. —Él metió los dedos entre su cabellera, deseando muchas cosas en ese momento, pero dejándola hacer lo que quisiera. Y Georgiana nunca había sido tímida en este aspecto, lo que le encantaba. Se lo metió en su boca hasta tocar su garganta y luego lo sacó buscando aire, pero repitió aquello tantas veces como quiso, y tanto como Nathaniel aguantó. Luego se subió a él y se empaló poco a poco en su miembro.

Todavía tenían algo de ropa puesta, pero no interesaba. La mordió, aunque suavemente, la apretó un poco, era verdad, pero estaba enloquecido de deseo y empujó dentro de ella y ella lo apretó en su interior con toda la fuerza.

—Ya llegaron las nevadas —dijo ella en la tarde. Contemplaban la nieve desde los ventanales. Todo el paisaje de Avondale Hall se había vuelto blanco, y ella se arrebujaba en su abrigo. Sentía frío a pesar de estar encendida la chimenea y estar al interior de la casa.

Nathaniel la miró de arriba abajo. El verde le sentaba muy bien a Georgiana, pero ese vestido ya parecía tener muchos usos.

Si fuera su esposa, él le compraría muchos vestidos, no se verían las costuras viejas, ni el tejido tendría ese aspecto.

Si fuera su esposa, él tendría el derecho de pedirle a los sirvientes que no los molestaran en toda la tarde, le subiría la falda y entraría en ella derramando en su interior todo su deseo.

—Espera, ¿qué? —preguntó ella cuando él, esa noche, la hizo apoyarse en uno de los pilares de la cama y levantaba su bata para penetrarla desde atrás.

—He querido hacer esto todo el día —fue su explicación. —Todo el maldito día.

Ella recibió sus atenciones con una sonrisa, pero pronto perdió el dominio de su propio cuerpo, y celebró con un gemido cada embate.

Pasaron los días. Las noches estaban llenas de fuego, el día tenía que ser aparentemente frío y distante. Pero por más que Nathaniel fue cumpliendo cada fantasía, había una que le era esquivia, despertar con ella a su lado en la mañana, y la libertad de besarla cuando se encontraran en un pasillo, en una sala, en el comedor.

No tenía idea de si ya el personal se había dado cuenta de todo; aun así, guardaban las formas fuera de la habitación, durante el día.

Se estaba volviendo loco.

—¿La señora? —preguntó una mañana al ver que Georgiana no había bajado a la sala de desayuno.

—Ah... ella amaneció un poco indisputada —le contestó Jena, y al ver que tenía el rostro ensombrecido, Nathaniel se preocupó.

—¿Está mal? ¿Hago traer a Dover?

—Ah, no, no. Lo que mi señora tiene es de lo más normal.

—¿Normal? No parece. Estás al borde de un ataque, Jena.

—Pero ella está bien. No se preocupe.

—¿Puedo verla?

—Mañana, tal vez.

—¿Mañana? Jena, ¿qué me estás ocultando? —Jena respiró hondo y miró a Terry con resignación. No quería hablar de esos temas delante de nadie más, pero Nathaniel la estaba obligando.

—Es cosa de mujeres, señor —dijo, y Nathaniel la miró confundido por un momento, luego de lo cual, comprendió al fin.

—Oh —dijo. Frunció el ceño incómodo, aunque no sabía exactamente por qué. —Cualquier cosa que necesite, Jena, házmelo saber. A mí... o al señor Blake. Él solucionará de inmediato. —Jena sonrió e inclinó su cabeza.

—Gracias, señor.

En su habitación, Georgiana estaba recostada en un mueble con una compresa caliente sobre el vientre, y un paño le cubría los ojos. Al sentir a Jena, se levantó el paño y la miró interrogante.

—Ha preguntado por ti —le dijo Jena. —He tenido que explicarle.

—Ah. Seguro se ha puesto muy inquisitivo con el tema.

—Un poco —sonrió Jena, pero su sonrisa se borró al instante.

La llegada de la menstruación de Georgiana indicaba muchas cosas. Ella no estaba embarazada, y aquello lo sentía como una pérdida personal. Le constaba que, desde hacía una semana, más o menos, ella había estado yendo a la habitación del señor casi cada noche.

Pero la llegada también indicaba que estaba recuperando su salud.

Según lo que el médico Dover había dicho, menstruar era señal de salud. Indicaba que su cuerpo estaba dispuesto para concebir y llevar a término el embarazo.

Eso si el próximo sangrado venía puntual, no en seis meses como esta vez.

Como había tardado tanto, estaba siendo también doloroso. Había llegado en la noche, y por eso no fue a ver a Nathaniel. Por estos días, sólo le quedaba relajarse, tomárselo con calma, y moverse sólo lo necesario.

Ante el silencio de Jena, Georgiana volvió a ponerse el paño sobre los ojos. Deseaba preguntarle cómo había visto a Nathaniel. Qué ropa llevaba puesta, qué estaba desayunando. Seguro se estaba bebiendo su taza de café, esa bebida oscura y amarga a la que ella no le encontraba gusto, pero que él prefería. El acto de llevarse la taza a la boca seguro que le había hecho lucir guapo e interesante.

O tal vez sólo ella lo veía así.

Lo echaba mucho de menos.

Ah, Dios. Si así era sólo por una mañana que no desayunaba con él, ¿cómo sería después?

No pienses en eso, se reprendió. No te adelantes al sufrimiento.

Antes del mediodía, Nathaniel recibió el aviso de la visita de Jacob Smith, lo que lo sorprendió. Él nunca venía sin ser invitado, mucho menos, sin aviso.

Lo recibió en el vestíbulo y ordenó se le ofreciera una bebida.

—No hay tiempo para eso —rechazó Jacob. —Hablemos en privado.

Lo guio a su despacho y sin pérdida de tiempo, Jacob le entregó una carta.

La carta estaba ya abierta, e iba dirigida a Jacob, no a él, por lo que era evidente que ya él conocía el contenido de esta.

Nathaniel la leyó despacio, y a medida que sus ojos fueron recorriendo las letras, su ánimo fue cambiando.

—¿Es verdad esto? —preguntó al terminar.

—Mi informante es fiable, Radcliffe. Lo doy por cierto, plenamente. —Nathaniel se quedó muy quieto, pensando a toda velocidad.

El informante de Jacob le decía que había encontrado un sobreviviente del naufragio en el que habían muerto sus padres. Hasta ahora, había pensado que el único sobreviviente había sido él, y luego, tal vez, su hermana, pero al parecer estaba equivocado.

Lo mejor de esto era que no había sido un simple grumete o alguien de menor cargo, no. Era el segundo al mando. Él podía tener mucha información exacta de lo que había ocurrido esa noche.

—Tengo que verlo personalmente.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Irás conmigo? —Jacob apretó los labios.

—Podría acompañarte, y de paso, encontrarme con algunos clientes.

—Bien. Partimos mañana, ¿te parece? —Jacob sonrió. Nathaniel siempre procuraba el consenso en las decisiones, por más desesperado que estuviese.

—Mañana está bien.

En la tarde, Nathaniel se vio a sí mismo frente a la puerta de Georgiana sin atreverse a llamar.

Mierda. Si fuera su esposo, se dijo una vez más, simplemente entraría y le contaría de sus planes. ¡Cuántas cosas quería hacer que la etiqueta le impedía!

—¡Señor! —se sorprendió Jena al abrir la puerta y verlo quieto delante de ella.

—Oh, Jena. Venía a... Por favor, dale mi mensaje a tu señora.

—Claro, claro. Dígame.

Desde el interior, Georgiana escuchó la voz de Nathaniel; se puso en pie y acudió a la puerta. Nathaniel la vio un poco pálida, pero bien.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con voz suave, y ella sonrió.

—Sí, señor. No es nada por lo que preocuparse.

—Me alegro. Yo... tengo que viajar. Mañana temprano salgo.

—Oh.

—Por favor... espera por mi regreso, y cuida tu salud. —Ella tragó saliva. Cuánto deseaba cruzar el umbral y abrazarlo, darle un beso de despedida...

—Esperaré por tu regreso —contestó con suavidad, —y cuidaré mi salud. —Él hizo un asentimiento de cabeza.

—¿Quieres... que traiga algo para ti?

—Oh, no es necesario.

—Georgiana...

—Sólo regresa con bien —le pidió. —Por favor. —Él asintió. La miró con anhelo, pero sin atreverse a cruzar la distancia entre los dos, hizo un asentimiento y se alejó.

Georgiana cerró la puerta y se recostó en ella con dolor en el alma, pero sintiendo al tiempo el burbujeante éxtasis de sus sentimientos a flor de piel.

—¿No es... el hombre más atractivo sobre la tierra? —preguntó a nadie en particular. —¿No tiene el cabello más abundante y hermoso? Sus ojos... ¿no son los más límpidos que ningún hombre jamás haya tenido? —Jena rio disimulada.

—Sin duda, señora.

—Ah, no me dijo cuántos días estaría afuera.

—Tal vez no lo sabe. —Alguien llamó a la puerta, y al abrir, Jena encontró al Señor Blake con una caja en sus manos. Al abrirla, Georgiana soltó una exclamación.

—¡Chocolates! —y luego se echó a reír.

—El señor los envía —dijo el señor Blake con estoicismo, a pesar de la emoción que estaba mostrando Georgiana.

—Dile que le doy... mi más sentido agradecimiento. ¡Oh, chocolates! ¡Nunca los he probado! Y míralos... ¡son bonitos! ¡Da pesar comerlos!

—Si no los come —sentenció el señor Blake, —se pondrán mustios y feos, y habrá que tirarlos.

—No, no. Eso no va a pasar. ¡Gracias, señor Blake! —a ella se le habían coloreado las mejillas de felicidad, y Wilbur Blake, que no estaba acostumbrando a mostrar sus emociones, sonrió.

—Estamos para servirla, señora. —Jena cerró la puerta volviendo a mirar al señor Blake agradecida, y él asintió comprendiendo. Desde aquí, se escuchaba la felicidad de Georgiana, que alababa la forma de cada pieza de chocolate.

El señor Radcliffe había enviado hombres para buscar los chocolates por todo Bath, y habían tardado un poco, pero por fin los habían traído.

—A mamá le encantaban —había dicho Nathaniel, y había atinado al suponer que también a Georgiana.

El señor Blake suspiró y caminó a paso tranquilo por los pasillos.

Si acaso el señor se decidía en hacer viuda a la señora Georgiana, él estaría más que dispuesto a encubrirlo.

Nathaniel salió de casa junto a su comitiva mucho antes del amanecer. No iba a ser un viaje demasiado largo, pero de todos modos sería difícil por el invierno. Le echó una última mirada a la mansión antes de montar su caballo y evitó con todas las fuerzas soltar un suspiro. Esperaba no tardar demasiado.

Varios días después, llegó por fin a Plymouth, y mientras Terry organizaba el hospedaje, él y Jacob se dirigieron al muelle. Jacob hizo algunas preguntas, y pronto estuvieron frente a un bergantín que se preparaba para partir.

El aire salino era áspero y frío. Hombres rudos y grandes caminaban de un lado a otro transportando cajas de madera, o se afanaban en cubierta caminando con destreza sobre las cuerdas a la vez que gaviotas sobrevolaban las velas aún plegadas. Nathaniel se calzó mejor su sombrero, y siguió a Jacob hasta la cubierta del bergantín. Se detuvieron ante el capitán mismo, que gritaba órdenes y apresuraba al personal. Al tenerlos en frente, miró a Nathaniel con cierta sorpresa, y aunque intentó disimularlo, se hizo evidente que lo reconocía.

—Mi nombre es Nathaniel Radcliffe —se presentó él haciendo un asentimiento de cabeza, mostrando respeto.

—Sé quién eres. No quiero problemas. Fuera de mi barco.

—Con eso confirmas que estuviste en el Azura, hace quince años —dijo Nathaniel mirándolo fijamente. El capitán lo miró ceñudo, pero debió darse cuenta de que no podía simplemente echarlo y deshacerse de él. Parecía un aristócrata y estos eran reconocidos por imponerse.

Miró alrededor con un gesto desdeñoso, y señalando hacia un lado, echó a andar.

Jacob y Nathaniel se miraron el uno al otro y lo siguieron hasta el camarote del capitán. Una vez allí, el hombre se presentó como Wayne O'Brien y les ofreció un poco de ron. Era la bebida menos favorita de Nathaniel, pero no se atrevió a rechazarlo.

—Fue un incendio —dijo Wayne casi escupiendo.

—Lo recuerdo —contestó Nathaniel gratamente sorprendido; el ron no era de tan mala calidad.

—Pero fue provocado. Encontré al bribón que lo inició y lo golpeé, pero en el momento era mucho más urgente apagar las llamas que capturar al incendiario. —Nathaniel lo miró muy serio. —No sé si sobrevivió o no. No tengo respuestas a eso. Hasta hace poco, creí ser el único que sobrevivió. —El hombre se levantó la manga de su chaqueta arrastrando también la de la camisa y mostró la cicatriz de una quemadura severa.

—Yo... no tengo cicatrices de quemadura —murmuró Nathaniel, dándose cuenta de lo afortunado que era por ese hecho. Wayne sonrió con sorna.

—Por supuesto que no las tendrías. Eras el hijo del propietario del barco, así que tú y tu familia fueron los primeros en ser evacuados en el bote salvavidas... No, tú fuiste el primero en subir a ese bote, pero... había material explosivo, y éstos hicieron volar todo antes de que pudieran bajarlo a las aguas.

La mirada de Nathaniel parecía perdida mientras escuchaba al capitán relatar aquello. Tenía sus propios recuerdos, más nítidos de lo que deberían, por lo traumático que había sido el momento.

Su madre quería pasar la temporada en Francia, por lo que habían abordado el Azura, y no un yate, aprovechando que uno de los barcos tenía esa ruta. Todo había sido tranquilo hasta la madrugada en que se inició el incendio. Sólo recordaba a su madre despertándolo abruptamente e instándolo a salir. Recordaba ahora estar un poco aturdido, buscando sus zapatos.

—¡Deja los zapatos! —le había gritado su madre. —No es importante. ¡Ven!

Ella le había tomado la mano, también a Adeline, y fue cuando Nathaniel vio el humo subir. Hombres iban y venían. Llevaban cubos de agua, mantas empapadas en agua, y gritaban dando órdenes.

—¿Dónde está papá? —preguntó, pero nadie le respondió. Miró a Adeline buscando respuesta, pero su hermana sólo agitó la cabeza como respuesta.

Un hombre tiraba de una cuerda moviendo un bote salvavidas hasta ellos, y el primero en abordarlo fue Nathaniel. Cuando el hombre alzaba a Adeline para hacerla subir, fue la explosión.

Salió disparado del bote y cayó al agua. Había caído con mucha fuerza, y dolió. Sabía nadar, así que pataleó hasta la superficie, pero había mucha distancia, estaba muy profundo.

Todo en el fondo estaba negro, y lo único que pudo identificar fueron las llamas, y hacia ellas nadó. Los pulmones le ardían por la falta de aire, pero pensar en sus padres, en lo preocupados que estarían si no aparecía, le dio las últimas fuerzas para llegar hasta la superficie.

Tosió mucho, escupió agua, y tuvo que esquivar llamas. Volvió a sumergirse y nadó por debajo de ellas, y cuando volvió al aire, gritó llamando a sus padres. Pero el rugido de las llamas ahogaban sus gritos, el viento se llevaba su voz, y la corriente lo fue alejando de los restos del barco mientras él se sujetaba de una tabla, que fue su salvación.

Despertó en un barco pesquero, cuando varios hombres lo rescataron. El sol le había quemado la piel de los brazos y la nuca, y estaba terriblemente sediento.

Luego, en tierra, y mientras se recuperaba, pasó varios días sin saber nada de sus padres. Cuando las autoridades le preguntaron quién era, él dio toda la información. Volvió a preguntar por sus padres, pero volvieron a guardar silencio. Días después, su tía Philomena fue a buscarlo, y lo llevó con ella a casa. Ante su insistente pregunta tuvo que darle la terrible noticia: él era el único sobreviviente del Azura.

Había llorado mucho. Estaba aterrado, solo en este mundo.

¿Y mamá? había preguntado. ¿Y Adeline? ¿Y papá?

El silencio fue la respuesta.

Su tía Philomena había acosado a las autoridades para descubrir la causa del naufragio. A pesar del testimonio de Nathaniel, no llegaron a ninguna conclusión, simplemente, fue un incendio, y como el Azura transportaba material explosivo como parte de su carga habitual, se produjo el siniestro.

—El Azura no transportaba material inflamable —contradijo ahora el capitán O'Brien. —No era parte del inventario. Llevábamos cosas habituales, como telas, alimentos, licores.

—Pero el barco explotó —meditó Nathaniel. —Y no fue una explosión cualquiera, la recuerdo. Fue violenta, destruyó un barco como el Azura en instantes. Un bricbarca enorme fue consumido en poco tiempo.

—El incendio se inició en las bodegas más profundas —relató el capitán. —Una pequeña llama que fue consumiendo silenciosamente la madera. Vi a un muchacho que en vez de apagarla parecía querer avivarla; lo agarré del cogote y le pregunté qué diablos estaba haciendo. Me miró aterrado, y lo supe. Él había iniciado el fuego. Recuerdo que lo golpeé y lo dejé inconsciente. Hay un protocolo en estos casos. Antes que intentar uno mismo apagar el fuego, hay que dar el aviso. Pero la llama se expandió de manera brutal. Echamos agua, pero fue peor, intentamos sofocarla, pero era un proceso demasiado lento e infructuoso cuando ya las llamas se extendieron. Y entonces, todo explotó. No sé cómo me salvé —dijo casi en un murmullo, sobándose el brazo con la cicatriz de quemadura.

—¿Por qué te escondiste? —preguntó Nathaniel. —Debiste saber que hubo otro sobreviviente. ¿Por qué no... diste tu testimonio?

—Desperté semanas después en una playa en Francia. Estaba aturdido, herido, ¿crees que mi prioridad era dar un testimonio?

—¿En Francia?

—Sí, hasta allá fui a dar. —Los ojos de Nathaniel parecieron iluminarse, y miró a Jacob con una pregunta, pero el capitán siguió. —Luego tuve que trabajar para conseguir el pasaje de vuelta a casa, y cuando volví por fin, encontré que el caso se había cerrado como un accidente. ¿Por qué me iba a meter en problemas? No fue un accidente, pero había una familia aristócrata involucrada, así que preferí mantenerme al margen.

—Tuvo miedo.

—Oh, chico, ¿tratas de herir mi orgullo insultándome?

—Tú sabías la verdad.

—Una familia aristocrática fue borrada del mapa en su propio barco. Hubo explosiones y pérdidas muy grandes. ¡Deshacerse de un insecto como yo que contradecía todo habría sido tan fácil! Si los Radcliffe tenían un enemigo, este era uno igual de grande que ellos, uno a su altura, y yo ya había sufrido bastante por eso. Agradece que estoy hablando de esto ahora, ¡no tengo ninguna deuda contigo o tu familia como para sentirme obligado a colaborar! —Nathaniel tenía el ceño fruncido, y respiraba agitado mientras escuchaba la perorata del capitán.

—Un enemigo —masculló. —El incendio, la explosión... todo fue premeditado.

—Por supuesto —indicó O'Brien. —No llevábamos nada ilegal, no íbamos a un puerto especialmente peligroso, y esa ruta la cubríamos de manera habitual, tanto, que el capitán podía dirigir el barco con los ojos cerrados. La única diferencia en ese viaje era...

—Mi familia —concluyó Nathaniel. —La familia Radcliffe iba a bordo. —El capitán guardó silencio y le dio un largo trago a su ron.

—No fue un accidente —resumió Jacob descruzando sus brazos. —Había explosivos, y la familia propietaria iba a bordo... Alguien quiso borrar a los Radcliffe del mapa, eso es evidente. La pregunta ahora es... ¿por qué? —Nathaniel sonrió.

Le había tomado quince años descubrir que el naufragio no había sido accidental, ¿cuánto le tomaría averiguar las razones?

Dejó salir el aire. Ahora, su investigación debía orientarse a los negocios que su padre estaba llevando en ese tiempo, si acaso se involucró con personas peligrosas, tanto, que no vacilarían en desaparecer una familia entera para quitarse de encima una amenaza.

A pesar de que los Radcliffe no eran nobles, sí eran ricos e influyentes. No debía ser cualquiera quien se atreviera a atentar contra ellos.

Se pasó la mano por la nuca al darse cuenta de que todo este tiempo había tenido un enemigo y hasta ahora lo sabía. El perpetrador de aquel desastre debía ser tanto o más fuerte que él, y tal vez había considerado que él, Nathaniel, no era una amenaza, pues lo dejó vivir.

¿Quién era?, se preguntó. ¿Quién los odiaba tanto, o a para quién significaron una amenaza que cometió tal crimen?

La vida en Avondale Hall sin Nathaniel estaba transcurriendo, más que tranquila, algo aburrida.

Había mucho que hacer, afortunadamente, y el señor Blake le dio a Georgiana las tareas suficientes para que mantuviera su mente ocupada y activa. Pero todas las noches pensaba en él y lo añoraba.

Ya habían pasado casi dos semanas desde que el señor de la casa se fuera de viaje cuando

llegó visita; un carruaje lujoso y con un escudo estampado en sus puertas, lo que indicaba que estas personas que llegaban eran nobles. ¡Nobles!

—Es la tía Philomena —anunció una de las doncellas, y Georgiana vio con asombro cómo todos los sirvientes se preparaban para recibirla atusándose el cabello, revisando sus delantales, ajustando el lazo de sus gorros y brillando sus zapatos. Miró a Jena preocupada. Ella era una invitada aquí, y no le correspondía salir a recibirla, esa era tarea de la anfitriona, pero se trataba de la tía de Nathaniel, y se encontró sin saber qué hacer.

Desde una de las salas, a través de las ventanas, vio a una mujer mayor bajar ayudada por un lacayo, mientras daba órdenes acerca de su equipaje. El señor Blake y la señora Wilson salieron a recibirla, pues eran los sirvientes de más alto rango de la mansión.

—Bienvenida a Avondale Hall, lady Wilford —saludó el señor Blake haciendo una profunda venia. La mujer miró a un lado y a otro elevando su mentón.

—¿Dónde está mi sobrino y por qué no sale a recibirme?

—El señor Radcliffe se encuentra de viaje en este preciso momento.

—¿De viaje? ¿A dónde fue?

—Eso no lo sabemos, mi lady. —La mujer mostró su descontento dejando salir el aire de manera algo ruidosa, y seguida por un séquito de sirvientes, entró a la mansión.

En el vestíbulo encontró a Georgiana, que la saludó con una reverencia al verla.

El ceño de la vizcondesa se frunció de inmediato.

—Bienvenida a Avondale Hall, mi lady —saludó Georgiana nerviosa. Nunca había tratado con un noble. ¿Era su reverencia lo suficientemente respetuosa? ¿Se había extralimitado al recibirla en el vestíbulo?

—Entonces, es verdad —dijo Philomena Bergman, vizcondesa de Wilford, entre dientes y acercándose a Georgiana. —Mi sobrino ha metido a una fulana en su casa. —Georgiana quedó en silencio al escuchar aquellas palabras, incapaz de decir nada. Todo el personal guardó un pasmado silencio, y la sonrisa de la vizcondesa se ensanchó. —¿No lo vas a negar?

—La señora Georgiana Henderson es una invitada del señor —intentó explicar el señor Blake. —Sus circunstancias...

—No me importan sus circunstancias. Es una mujer casada que se metió en la casa de un soltero buscando algún retorcido provecho. Habla, mujer. Defiéndete si es que puedes. —Georgiana miró a la mujer mayor. Debía tener unos cuarenta y cinco años, o más, y estaba bien conservada. Sus ropas eran lujosas, a pesar de ser un traje de viaje. Los accesorios del cabello y las muñecas gritaban ruidosamente su riqueza y estatus. El cabello encanecido estaba recogido con los peinados a la moda.

Era una mujer orgullosa, o, más bien, prepotente. Le gustaba que la adularan, y miraba por encima del hombro a todo aquel que no estuviera a su nivel. Debía considerar a Nathaniel de su propiedad, más que como un hijo, y por supuesto, a ella la menospreciaría aunque estuviera soltera por no ser noble, o por lo menos, de una familia rica.

Nunca sería aceptada por el único pariente de Nathaniel, eso ya lo había sabido, pero no imaginó que pudiera ser tan grosera.

—No puedo defenderme —respondió por fin, tomando aire y elevando el mentón. —Usted ya ha decidido que soy una fulana.

—¿Te atreves a contestarme?

—¿He de guardar silencio, entonces?

—¡Nunca en mi vida me habían contestado de esta manera! —exclamó empuñando las manos. —Podría echarte, lanzarte a la calle en pleno invierno. Lo sabes, ¿verdad?

—No lo hará. No es su casa.

—¿Te atreves a provocarme?

—Sólo me iré cuando el mismo señor Radcliffe así lo decida, y estoy segura de que él no lanzaría a una mujer indefensa a la calle en pleno invierno después de que le abrió las puertas de su casa. Su corazón sí es noble.

—Cosa de la que te has aprovechado atrincherándote en esta casa quién sabe con qué oscuro propósito. No apruebo tu estancia aquí, y si bien tienes razón en que no puedo echarte como a un perro, no te sentarás conmigo en la misma mesa, ni siquiera en la misma sala. No tengo por qué soportar tu presencia, y ten por seguro que en cuanto mi sobrino regrese haré todo lo posible por hacerlo entrar en razón para que se deshaga de ti.

—Le deseo suerte, lady.

—¡No es posible que seas tan descarada e infame! Respétame, si no por mi estatus, al menos por mis canas. Soy la tía materna de Nathaniel Radcliffe, y tengo una gran influencia sobre él.

—No lo dudo, lady.

—¿Pero qué podría esperar de una descarada plebeya? —exclamó la tía Philomena poniéndose roja. Georgiana, en cambio, seguía tranquila en su lugar, y hasta le sostenía la mirada. —¡Atrevida! ¡Eres una descarada y atrevida!

—Mi lady —la interrumpió una de las doncellas de la vizcondesa. —No se exalte demasiado, y procedamos a instalarnos.

—¡Nunca vi una jovencita de tan baja cuna atreverse a tratar así a un noble!

—Use sus emociones en personas más destacadas, mi lady. No se desgaste con plebeyos incultos.

—Necesito una tisana. Algo que calme esta ira.

—De inmediato.

La vizcondesa se dejó guiar al interior de la mansión mientras seguía vociferando su sorpresa al haber chocado con Georgiana. Los sirvientes que había traído la miraron con desprecio y siguieron a su señora, mientras que los de Avondale Hall la miraron con preocupación, entre ellos, el señor Blake.

—Lo que la lady dice acerca de tener una gran influencia sobre el señor es cierto, señora Georgiana —dijo con voz calmada. —Intente llevarse mejor con ella.

—No será posible, señor Blake. Ella vino exclusivamente a pelearse conmigo. O, ¿por qué otra razón una dama como ella dejaría su hogar en pleno invierno? —el señor Blake hizo una mueca.

—Aun así.

—No me apareceré delante de ella, e intentaré ser lo más invisible posible. No he podido evitar confrontarla esta vez, pero no se repetirá, señor Blake; aunque, estoy segura, ella lo provocará.

—Estaremos atentos para que no se produzca otra escena.

—Yo también estaré atenta. Gracias, señor Blake.

—No he hecho nada. —Georgiana sonrió.

—Pero siempre haces todo —dijo.

Durante los siguientes días, la estrategia de evitarla funcionó, y Georgiana llevó a cabo sus tareas mayormente en su habitación, lo que hizo que estuviera prácticamente encerrada días enteros. En cambio, lady Philomena se paseaba por toda la mansión provocando que los sirvientes siempre estuvieran en tensión.

Un par de días después de su llegada, empezaron a llegar visitantes, entre ellos, expertos decoradores y arquitectos. Lady Philomena estaba tomando importantes decisiones sobre la mansión misma, y ya había empezado a tomar medidas de un par de salas para cambiar todo su decorado cuando al fin llegó Nathaniel.

Georgiana sintió los caballos, y casi pudo identificar al de Nathaniel, como si su oído llevara años entrenado para esto. Se asomó por la ventana y lo vio apearse y mirar hacia su ventana. Ella agitó su mano tremendamente emocionada.

Si bien la vida había sido aburrida los primeros días sin él, luego de que llegara su tía había sido casi agonizante, y se alegraba tanto, pero tanto, de verlo otra vez, que lamentó no ser libre para bajar y recibirlo como quería.

Si fuera mi esposo, se dijo, también me quejaría un poco. Pero eso no podría ser.

—¡Mi querido sobrino! —exclamó la tía Philomena saliendo a recibir a Nathaniel, que se sorprendió al verla. No la esperaba. De ninguna manera habría podido imaginar que su tía hiciera un viaje desde Londres en pleno invierno para verlo.

¿Sólo para verlo?, se preguntó mirando de nuevo hacia la ventana de Georgiana.

Era media tarde, el aire estaba frío, así que se apresuró a responder al saludo de su tía y entrar a la casa.

—¡Oh, estoy tan feliz de verte! —decía la tía siguiéndolo al vestíbulo. —Y a la vez tan sorprendida y decepcionada de ti. ¿Cómo es posible que tengas en tu casa como una huésped casi permanente a una mujer casada? Sobrino mío, te he inculcado valores, te he advertido acerca de las fulanas. ¿Cómo has caído en una trampa tan barata y te has dejado seducir de esta manera? —Nathaniel, que apenas se quitaba el abrigo y el sombrero humedecidos por la nieve, la miró elevando una ceja.

—¿De qué hablas?

—¿Vas a negar que esa mujer que está hospedada en tu casa, y a la que no he podido echar, no es una fulana que te ha seducido? Todos aquí ya me han admitido lo casquivana que es. ¡Es peligrosa! ¡Te insto a que la eches en este mismo momento! —Nathaniel se quedó muy quieto mirándola.

Conque para esto había venido, concluyó. Había sido informada de que tenía una huésped en su casa y había venido a comprobar por ella mismo el asunto. Y por supuesto, había decidido que Georgiana era una fulana.

Cerró los ojos en un gesto de cansancio deseando poder ignorar este problema, pero eso no sería posible. Miró al señor Blake interrogante, pero éste sólo apretó los labios y guardó silencio.

—¿Podría, por lo menos, tomar un baño antes de discutir este asunto? He viajado por días, tía Philomena.

—¡Pero esto es urgente! Cada día que esa mujer pasa aquí es un gran peligro para tu buen nombre!

—¿Qué es esto? —preguntó al pasar por una sala y ver a varias personas trabajar en ella, tomando medidas y mirando recortes de tela.

—Oh, tu sala está un poco anticuada. He decidido darle un lavado de cara. Pero eso no es lo importante ahora. Tenemos que hablar de esa...

—Un baño —la interrumpió Nathaniel. —Quiero un baño. Y que nadie mueva nada de mi sala sin mi consentimiento o tendrá problemas conmigo.

—Pero... he sido yo quien dio la orden.

—Y soy yo quien la contradice. —Philomena miró a su sobrino con ojos grandes de sorpresa. Él nunca la había contradicho en nada. ¡En nada!

—¡Ya veo que te estás dejando influenciar por esa pervertida! ¿Cómo me hablas de esta manera si soy tu única tía?

—Oh, perdóname. Debe ser el cansancio. Un baño, Blake.

—Ya se está preparando, señor.

—Y acerca de mi sala...

—Nadie la tocará, señor.

—Bien. Hablaremos en la cena, tía. Blake, dile a Georgiana que la espero en la mesa.

—¡No voy a cenar con esa descarada plebeya!

—Le avisaré, señor.

—¡Se lo prohíbo, señor Blake! —gritó Philomena mientras una vena se brotaba en su garganta.

—Yo pago su salario, tía. Lamento recordarte que estás en mi casa, y aquí eres mi invitada. Una invitada inesperada, además.

—¡Pero cómo es posible! —chilló la tía empuñando sus manos, y miró impotente cómo su sobrino le daba la espalda y avanzaba hacia las escaleras para tomar su baño. —¡Nathaniel jamás me habló así! ¡Es la mala influencia de esa mujer!

—Sólo usted puede hacerle entrar en razón, mi lady —susurró tras ella su doncella, y el señor Blake la miró de reojo. Una serpiente sería menos venenosa que esa mujer, pero no dijo nada, y siguió a Nathaniel para servirlo en su baño.

Nathaniel se recostó en la bañera llena de agua caliente mientras soltaba un suspiro de alivio. Había sido realmente duro viajar en este clima, pero sentía que todo su cansancio se estaba diluyendo poco a poco.

Le echó una mirada al señor Blake, dándole así pie para que empezara a hablar.

—Lady Wilford llegó una semana después de su partida —relató con calma. —Y su reacción al ver a la señora Georgiana fue... cuanto menos, mala. Dejó claro que había venido a comprobar si lo que se le había dicho era cierto. —Ante eso, Nathaniel enarcó una ceja pensativo.

—Alguien le informó de su estancia —dijo—. Tenemos un topo de mi tía en Avondale Hall, Blake.

—Eso parece, señor. Pero va a ser un poco difícil descubrir quién. —Nathaniel hizo una mueca y guardó silencio. El señor Blake continuó. —Lady Wilford le prohibió a la señora Georgiana comer o estar en la misma sala que ella, y justo antes de su llegada le escuché hablar de su deseo de remodelar la habitación de la señora.

—¿Ah, sí? ¿Y a dónde pensaba enviarla mientras?

—Eso no lo sé.

—Vaya. Y la Señora Georgiana... ¿cómo se comportó con ella?

—La evitó la mayor parte del tiempo. Pero tuvieron una pequeña confrontación el primer día. Cuando lady Wilford la amenazó con echarla, la señora le recordó que ella no era la señora de esta casa. —Nathaniel sonrió de medio lado.

Siempre había sabido que ninguna mujer que se le acercara o a la que mostrara cierta preferencia sería bien vista por la tía Philomena a menos que fuera ella misma quien la eligiera, así que el hecho de que odiara a Georgiana no era ninguna sorpresa para él. Si a eso le sumaba sus circunstancias especiales, y que ella no se dejara humillar y le contestara defendiéndose o hasta atacando, era normal que se convirtiera en el blanco de sus ataques.

La tía Philomena no tenía forma de saber que Georgiana estaba aquí refugiándose, ni mucho menos del trato con su marido.

Ni que lo supiera, pensó. No haría sino empeorar la imagen ya bastante deteriorada que tenía de ella.

Blake siguió informándole de los gastos que la vizcondesa había provocado en los días que llevaba allí, y lo que costaría despedir a los decoradores que había hecho venir. Nathaniel habría podido dejar el asunto así y permitir que su tía redecorara; después de todo, era cierto que hacía tiempo que no se hacía un cambio en la mansión, pero tenía que sentar un precedente hoy más que nunca. No podía dejarle hacer lo que quisiera, ni con sus muebles, ni con las personas que vivían aquí.

Y si acaso alguien iba a redecorar toda la casa, ese privilegio se lo dejaría a su esposa.

—Si así están las cosas —dijo saliendo del agua y recibiendo el paño que el señor Blake le ofrecía —habrá que recurrir a la maniobra de siempre, para que su estancia no se alargue demasiado.

—En seguida daré la orden, señor. —Nathaniel sólo asintió mientras se cubría con la bata y ocultaba su descontento. Su única familia, pensó, y tenía que recurrir a trampas para no pasar demasiado tiempo bajo el mismo techo.

Bajó a la sala del comedor mucho antes de la hora de la cena y allí encontró a Georgiana, y al verse, ambos sonrieron.

—Señor Radcliffe —saludó ella haciendo una pequeña reverencia, pero sin borrar el brillo en su mirada que indicaba que estaba feliz de verle. Aquello calentó el corazón de Nathaniel, que

deseó poder acercarse a ella y abrazarla. —Me alegra ver que llegó con bien a casa.

—También me alegra ver que estás bien, Georgiana —contestó él con voz suave y sin dejar de mirarla. —Tienes también mejor semblante.

Eso era verdad, y Georgiana sonrió. A pesar de la presencia de la tía Philomena, hacía ya dos meses que Georgiana comía y dormía con regularidad, que nadie le pegaba ni la insultaba. Todo eso se reflejaba en su cuerpo, haciendo que ganara un peso más saludable, que su piel, cabello y uñas lucieran mejor, y en general la hermoseaban mucho más. A pesar de que tenía el vestido de siempre, ella estaba bonita.

“Te extrañé todo este tiempo”, parecía querer decir ella con sus ojos. La presencia de los sirvientes y de Jena se lo impedía, y esperaba que él comprendiera su mensaje. Había bajado antes para poder estar con él a solas, más o menos.

Nathaniel buscaba en su mente algún otro tema del que pudieran hablar libremente cuando entró la tía Philomena acompañada de su sempiterna doncella. Al ver allí a Georgiana, se le agrió el gesto de inmediato.

—Dije que no compartiría sala con esta mujer —profirió con voz dura. —Y así lo haré. Mucho menos compartiré una cena con ella. —Se quedó mirando a ambos como esperando que Georgiana se rindiera y decidiera irse, o que Nathaniel le pidiera que se fuera, pero ambos sólo la miraron un poco confundidos, como si se preguntaran entonces qué hacía allí.

La vizcondesa miró a Georgiana abriendo más los ojos, pero Georgiana no pareció nerviosa, ni incómoda. Sólo hizo una mueca como si no comprendiera.

—Podrías reconsiderarlo, tía —le pidió Nathaniel dando un paso a ella. —He regresado luego de semanas de estar por fuera de casa, y...

—Sabes que cuando digo sí, es sí; y cuando digo no, es no.

—Georgiana es mi invitada.

—¿“Georgiana”? —inquirió la mujer mirándolo horrorizada. —¿No es “la señora Henderson”?

—Es mi invitada, tía. Al igual que tú.

—¿Cómo te atreves a ponernos en la misma posición? —Georgiana apretaba los labios queriendo también decir un par de cosas, pero comprendía que no debía.

—¿Entonces, estás decidida? —le preguntó Nathaniel, abandonando el tono conciliador.

—Ya te lo dije. Cuando digo no, es no.

—Es una pena —contestó Nathaniel, y en el rostro de Philomena se dibujó una sonrisa victoriosa. —La jefa de cocinas siempre se esmera mucho en las cenas, así que le diré al servicio que te lleven la cena a tu habitación, tía.

Eso la dejó de una pieza. ¿Qué pretendía, que fuera ella quien se retirara? Miró a Nathaniel preguntándose si había escuchado correctamente.

—¿Qué?

—No te obligaré a cenar con nosotros.

—¡No es posible! —exclamó con muy mala cara. —¿Estás prefiriendo a la mujerzuela antes que a tu familia? Es más que evidente el poco seso que te queda ya. ¡Estoy tan decepcionada de ti! —Nathaniel no dijo nada ante eso, aunque, naturalmente, lo estaban insultando.

Sin embargo, había aprendido que ante este tipo de peleas con su tía, lo mejor era guardar silencio.

Philomena se vio agitada, completamente derrotada en una batalla que no tenía por qué librar siquiera, y dando la media vuelta, salió de la sala.

Georgiana miró de la puerta a Nathaniel varias veces, preguntándose si esto era real. Él, que

no tenía por qué, se había puesto de parte de ella aun por encima de su tía.

—Estás... ¿Estás seguro de esto? —Él la miró elevando una ceja. —Sé que me impuse un poco, pero ella es tu tía, después de todo. Tu única familia.

—No es tan así. Todavía tengo un primo, que es su hijo.

—Sabes a lo que me refiero, Nathaniel. —Él sonrió y se acercó a ella de manera confidente.

—Has dicho mi nombre en público. —Ella se sonrojó de inmediato, y Nathaniel sonrió encantado por su reacción.

Al pie de las escaleras, Philomena se detuvo y volvió a mirar hacia la sala del comedor con el pecho agitado.

—¿Mi lady? —preguntó tras ella Florence, su doncella, pero Philomena meneó la cabeza en silencio y siguió avanzando a paso rápido hasta sus habitaciones.

Estaba furiosa. No se esperó nunca esta derrota tan humillante. Era verdad, su sobrino tenía comido el seso; estaba cometiendo actos que un hombre listo no haría, y era extraño, porque Nathaniel, según su criterio, siempre fue un hombre listo. No le pareció que fuera alguien que se dejara manipular, o encegucen a pesar de los encantos de una mujer.

Pero ¿qué diantres le había hecho Georgiana Henderson a Nathaniel?

Jamás, jamás aprobaría a esa mujer, ni aunque volviera a nacer, y eso Nathaniel debía saberlo ya. Que la enfrentara y desafiara era algo que se escapaba a su comprensión.

Quitándose parte de su vestido con furia, se sentó frente a un espejo que había traído y se miró fijamente mientras intentaba calmarse.

Respiró hondo varias veces y aceptó que había sido derrotada por una jovencita que no debía tener ni la mitad de su edad, experiencia ni conocimiento del mundo.

Ah, pero ella todavía no sabía lo formidable que era como enemiga.

Se recostó perezosamente sobre la mesa de su tocador sin dejar de mirar su reflejo.

—Es evidente que he enfocado el problema desde el ángulo equivocado —dijo al fin. Su tono de voz era calmado, más grave. En el reflejo, miró a Florence, que permanecía impertérrita. —Mis ataques fueron superfluos —admitió con una mueca. —Haciéndola sentir como la basura que es, dándole a entender lo respetable que es esta casa y lo poca cosa que es ella, no he conseguido nada. Es una contrincante digna, ha sabido manejar bien sus cartas. La he subestimado.

—Sólo es una campesina plebeya.

—La gente diría lo mismo de mí si no me hubiese casado con el vizconde, Florence.

—Yo jamás diría eso. —Philomena sonrió y se puso en pie. Dio varios pasos alrededor pensando, maquinando. Al final, se cruzó de brazos y se mordió el interior del labio llegando a una conclusión. —La he subestimado a ella, pero también lo he sobrevalorado a él. Siempre lo tuve por sagaz, pero es evidente que ante el encanto de una mujer no es más que un hombre común y corriente; uno que se deja llevar por sus pasiones. Ella lo tiene totalmente envuelto en su meñique, y no conseguí sino que el tonto se enroscara aún más en él. Oh, Florence. He sido una tonta.

—Como humanos, es natural fallar.

—No es natural que yo falle —dijo entre dientes. —Siempre consigo lo que me propongo, Florence. Y quiero a esa fulana fuera y lo más lejos posible de la familia Radcliffe.

—Puede reunirse con sus conocidas en Bath y hacer de público conocimiento su descaro al vivir con un hombre soltero siendo ella casada.

—Oh, eso le perjudicaría mucho —sonrió Philomena con deleite, pero su sonrisa se borró. —

Pero eso salpicaría el nombre de Radcliffe. No saco nada manchándolo. Nathaniel sabrá que fui yo y nuestra relación se deteriorará aún más.

—Puede buscar al marido e informarle dónde está ella. Es muy probable que haya escapado de casa. —Philomena barajó la idea. Sin embargo, la perspectiva de reunirse con alguien de tan baja calaña la espantaba.

—Lo pensaré —dijo. Florence comprendió que usaría esa carta sólo si se hacía estrictamente necesario. —Hay algo, sin embargo, que tengo que admitir, y es lo poco que analicé la situación entre esa mujer y mi sobrino; hay lados en esa relación que no me detuve a mirar. No es normal que un hombre que hasta ahora ha sido tan sensato y de buen estar como Nathaniel de repente haga lo que está haciendo, así que entre los dos debe haber mucho más que bajas pasiones y deseos turbios. ¿Has averiguado algo acerca de ella con el personal?

—Ha sido difícil sacarles información, y nuestro informante es demasiado circunspecto en lo que a ella concierne. Todo lo que he averiguado ha sido de público conocimiento en la casa.

—Dilo.

—La señora Henderson estuvo hospedada aquí una noche de lluvia, pero se fue casi antes del amanecer; una semana después, el señor Radcliffe mismo la trajo; estaba herida, bastante mal, al parecer. Esto fue hace cosa de dos meses —Philomena elevó una ceja y se giró a mirarla. —Estuvo en cama muchos días, recibía visitas del doctor, medicinas, y un cuidado especial.

—¿Herida? ¿No dijeron enferma, sino “herida”?

—Así es.

—¿Herida por qué? ¿O, por quién? —Florence meneó la cabeza.

—Nunca dicen nada al respecto.

—¿Les preguntaste si se ha metido a su cama?

—Sí. Tampoco responden a eso.

—Los encubren.

—Probablemente.

—¿Probablemente? Es lo más seguro. —Philomena volvió al pequeño tocador para mirarse al espejo, pero su mente estaba en otro lado, pensando, tratando de encontrar respuestas a la cantidad de interrogantes que tenía.

—Así que ella vino una noche y se fue antes del amanecer. Suena como que quería conseguir algo y no pudo, así que, obviamente, lo volvió a intentar, pero cambiando la estrategia. ¿Se habrá lastimado a sí misma en las inmediaciones de Avondale Hall para obligarle a auxiliarla? —Florence abrió un poco grandes los ojos ante esa hipótesis, como si fuese algo que no se le había ocurrido. —Caerse de un caballo, simular un ataque a su carruaje... Tuvo que ser una herida real, ya que estuvieron aquí los médicos.

—¿Lastimarse a sí misma para llamar la compasión de un hombre?

—No se me ocurre otra respuesta, Florence. La fortuna de Radcliffe no es nada despreciable. Si se hiciera con el control de todo, se haría muy rica de repente. Cualquier mujer haría lo que sea.

—Pero... ya está casada con alguien más. Por ley, nunca tendría derecho a nada, y si acaso su marido tiene alguna posesión, se arriesga a perderla con su conducta.

—¿Qué importa perder un muladar, si en vida puedes estar en un palacio? Es desvergonzada, ya la has visto. Ah, odio esto, me estaba divirtiendo mucho humillándola y menospreciándola. Pero tengo que cambiar la estrategia. Agotaré todas las cartas en mi poder, pero no puedo permitir que alguien como ella se adueñe de esta casa y su nombre.

Georgiana estaba bastante silenciosa en la mesa. Agradecía que Nathaniel la defendiera, pero se preguntaba qué nuevas peripecias le esperaban ahora que la autoridad de la vizcondesa había sido desafiada y ninguneada.

Miró de reojo a Nathaniel, pero este comía con buen apetito y parecía de buen humor.

—¿Te desagrada algo del plato? —preguntó cuando vio que ella no comía, y Georgiana agitó su cabeza.

—No. Todo está perfecto.

—¿Te preocupa algo?

—Muchas cosas me preocupan —sonrió ella. —Me preguntó qué hará tu tía ahora que pasó esto.

—Resiste —le pidió él.

Y en verdad, no tenía otra salida más que resistir. Pero sólo le quedaba un mes aquí, pensó mirándolo con pesar. Si la visita de la tía Philomena se extendía, ya podía ir despidiéndose de la ambición de engendrar un hijo de Nathaniel, de volver a estar con él.

—¿Puedes... contarme cómo te fue en tu viaje?

—Fue bien —contestó él. Ella lo miró esperando algo más, pero él guardó silencio.

—Oh.

—Y tú. ¿Cómo estuviste estos días?

—Bien —contestó ella. Nathaniel la miró ladeando un poco la cabeza.

—Supe que tuviste una pequeña confrontación con la vizcondesa el día de su llegada.

—Así es.

—¿No quieres hablar del tema?

—No tengo mucho que decir. Ella aseguró que me echaría de tu casa, le dije que sólo tú podías hacer eso. Me exigió que no compartiera con ella ni sala, ni mesa, y así lo hice. Soy una simple huésped en tu casa, así que me llamé al silencio y obedecí. Soy buena en eso.

—¿Estás molesta por algo, Georgiana? —ella apretó los labios y lo miró.

Sí. Estaba molesta. Quería saber de su viaje, que le contara sus cosas, poder decirle a la tía Philomena que no se metiera con ella; quería poder decir que aquella era también su casa, que nadie la sacaría de allí, y que tenía derecho a la compañía de Nathaniel, que tenía derecho a él.

Pero nada era cierto. Nada nunca lo sería.

—Sí —admitió respirando hondo. —Estoy molesta, pero son cosas que no tienen solución, así que... no vale la pena hablar de ellas. —Nathaniel la miró en silencio, y así terminaron la cena.

Cuando ella se levantaba de la mesa, él le tomó la mano. Se miraron a los ojos enviándose un mensaje, pero ambos sabían la respuesta. No, no podría ir a su habitación esa noche, no con la vizcondesa en casa pendiente de lo que hacían y decían.

Y luego de esta conversación, ella no parecía estar de humor.

—Mi tía es una mujer viuda que sólo me tiene a mí y a su hijo —dijo él, y Georgiana la miró extrañada. ¿Trataba de ablandarla, o algo? No era necesario, pensó. No necesitaba comprenderla, ni perdonarla. —A veces se obsesiona un poco conmigo, porque soy lo único que queda de su hermana menor, pero... No es una mala persona. Tal vez el título de vizcondesa se le sube a veces a la cabeza y es arrogante. Sólo te pido que tengas paciencia; no estará en la casa por mucho tiempo. —Georgiana sonrió, y suavemente, soltó su agarre.

—Es invierno, señor Radcliffe —le recordó-. Nadie emprendía viajes largos en invierno, por lo que nadie se extrañaría si la vizcondesa se quedaba hasta la primavera. —Y mi estancia aquí sólo durará un mes más.

—Ah, por eso no te preocupes. —Ella lo miró interrogante. —En primer lugar, la tía Philomena nunca se queda demasiado tiempo, no importa la temporada, y luego... —Él hizo una mueca. Acerca del tiempo que le restaba a Georgiana no podía decir nada. Sólo apretó los labios y la miró a los ojos. —Hablaemos luego de esto, con calma, sin riesgo a oídos impertinentes tras las paredes. —Georgiana sonrió, y sintiéndose un poco mejor, asintió.

Era verdad. Había ojos y oídos tras las puertas y paredes. No sólo Florence, la doncella personal de la vizcondesa, estaba al pendiente de todo lo que ambos hacían y decían, sino también sus demás ayudantes.

Nathaniel empezó a recibir reportes de las preguntas capciosas que les hacían, de cómo sutilmente trataban de sacar información acerca de él y Georgiana.

Era molesto, pero no podía hacer mucho al respecto; después de todo, Philomena tenía razones para estar preocupada.

—¿Cuál es tu precio? —le preguntó la vizcondesa a Georgiana una tarde.

Le había extrañado muchísimo que la mandara a llamar, luego de que incluso se negara a cenar con ella. Le constaba que tampoco había vuelto a hablar con Nathaniel, por lo que este llamado se le había hecho extraño.

—¿Querrá echarla pasando por encima del señor? —Había preguntado Jena algo preocupada mientras iban de camino a su encuentro en una de las salas de las que se había apropiado durante su estancia, pero sus dudas no tardaron mucho en ser aclaradas.

Ahora entendía.

—¿Señora?

—¿Señora? —preguntó Florence sorprendida, e indignada, exclamó: —¿Nadie te enseñó cómo dirigirte a un noble? Para referirte a la vizcondesa usa “su gracia”, “su señoría”, o en últimas, “mi lady”. No dejes tan en evidencia tu baja cuna y educación. —Georgiana no miró a Florence. Su vista estaba sobre la vizcondesa, que hoy parecía extrañamente diferente a como siempre la había visto.

—Mi querida Florence es un poco sensible a estas cosas, pero yo soy más comprensiva hacia aquellos que, como tú, nunca en su vida tuvieron contacto con alguien como yo.

—Por el contrario, creo que las que están confundidas aquí son ustedes —dijo Georgiana elevando el mentón. —Según se me enseñó “su gracia” se usa para los duques, y “su señoría”, para los condes. Para un título tan bajo como el de vizconde apenas se usa “lord”, y en su caso, “lady”.

—¿Bajo? —se atragantó Florence. Los ojos de Philomena llamearon, y en su mejilla latió un músculo.

—Tu insolencia no conoce límites.

—Lo siento. ¿Dije algo falso?

—Te hice una pregunta cuando llegaste —evadió Philomena hablando entre dientes. —¿Vas a contestar, o no? Di tu precio.

—No sé a qué se refiere con eso.

—Oh, vamos. Lo sabes perfectamente. He investigado acerca de ti. Te he observado. Estás casada, pero tu marido no es nadie, no tiene nada, es un plebeyo sin nombre ni fortuna. Por eso has venido aquí, para ser la amante de la casa Radcliffe y gozar de todos sus lujos. Estoy dispuesta a complacerte dándote exactamente lo que quieres. Comprenderás que estoy muy preocupada por mi sobrino.

—No, señora. No entiendo.

—Te explicaré. ¿Qué pasará si en el futuro mi querido sobrino quiere casarse con una señorita de bien, de una familia respetable? Saber que antes hubo una amante en esta casa... complicará las cosas. ¿No crees? Habrá habladurías, y se pondrá en entredicho la sabiduría del heredero Radcliffe. Eso perjudicará no sólo su imagen como soltero elegible, sino también el buen nombre de la familia, sus negocios futuros, todo. Estás perjudicando enormemente la casa Radcliffe, niña. Dime cuánto dinero es suficiente para que te vayas. Ahora mismo te lo daré. —Georgiana tragó saliva y guardó silencio. Lo que empezó a exasperar a la vizcondesa. —¿Cuánto? —insistió con premura— ¿Mil libras? ¿Te son suficiente? Podrás tenerlas hoy mismo, y con eso vivirás bien gran parte de tu vida. Eso sí, tendrás que dejar la casa de inmediato. —Como Georgiana insistió en guardar silencio, Philomena insistió. —Oh, ¿más? ¿Dos mil libras? Vaya. Eres asombrosa. Pero estoy dispuesta a...

—Treinta mil libras —la interrumpió Georgiana con serenidad, sosteniéndole la mirada.

Philomena abrió grandes los ojos, e incluso entreabrió su boca, pero las comisuras de sus labios fueron hacia abajo y pronto enseñó los dientes en señal de disgusto.

—¿Qué?

—Si quiere que me vaya de aquí ahora mismo, y que deje en paz a Nathaniel para siempre, serán treinta mil libras.

—¿Estás loca? ¿Cómo quieres que te dé tal fortuna? ¡Lo sabía! ¡Eres una descarada! Aprovechada. ¡Solapada!

—Usted preguntó mi precio. Es ese. —Philomena se echó a reír echando un poco la cabeza hacia atrás.

—Sólo lo dije para ponerte al descubierto. Jamás verás un chelín; ni mío, ni de la fortuna Radcliffe.

—¿Está admitiendo que esto sólo era una trampa?

—¿De verdad te creíste que te daría dinero?

—No. Sólo creo que fanfarronea.

—¿Cómo te atreves?

—A diferencia de su sobrino, usted no tiene ni mil, ni treinta mil libras de las que pueda disponer. —Philomena la miró en silencio. —Creo que sus joyas son viejas —siguió Georgiana dando un paso al frente, y todos en la sala contenían el aliento. —Su vestido está algo pasado de moda, y sacia sus ganas de derrochar viniendo a la casa de su sobrino y mandando a cambiar el decorado de las salas, pero lo cierto es que está arruinada, y por eso necesita que él esté de su lado, y ahora seguramente le urge que la mujer que elija esté bajo su influencia. Como yo no soy candidata, y aunque lo fuera, está visto que nunca podrá ponerme en sus filas, me detesta. Pero no se preocupe, señora. Mi plan nunca fue apoderarme de nada... ni de la fortuna Radcliffe ni de su nombre, que es, al parecer, lo único que le preocupa.

—Tú... maldita mocosa del infierno —intervino Florence muy indignada, pero Philomena la detuvo con un mero movimiento de su mano, y sostuvo la mirada de Georgiana instándola a seguir.

—Se indigna porque, seguramente desde que es vizcondesa, nadie nunca se atrevió a hablarle con la verdad, a revelar sus verdaderos motivos. Yo no le debo nada a usted, y como probablemente nunca vuelva a verla, no me interesa mantener las formas.

—Te has equivocado escandalosamente conmigo, niña. No sabes quién soy, ni de lo que soy capaz. Puedo acabar contigo como si fueras una triste y repugnante mosca en un instante.

—No se usan cañones para matar moscas. Si va a usar toda su artillería contra mí, es que, después de todo, no soy tan insignificante.

—Lo haría sólo por el placer de verte aplastada entre mis manos —dijo, y su mirada parecía ahora algo enloquecida. Georgiana pestañeó un poco preguntándose si, después de todo, había despertado un dragón durmiente.

—O, podría darme las treinta mil libras —dijo, y eso espoleó la ira que se agitaba en Philomena.

—¡Largo de aquí! —gritó con toda su garganta, lo que atrajo la atención más allá de la sala en la que estaban. —Ya te enterarás, maldita perra entrometida. No creas que te has quedado con la última palabra. ¡Largo!

Despacio, Georgiana hizo una reverencia, y seguida por Jena, que mordía una sonrisa victoriosa, salió de la sala.

Philomena, agitada y fría, miraba el lugar donde antes había estado de pie la muchacha.

Maldita, se repitió. Nunca nadie la había enfrentado así. ¡Nunca!

Se echó a reír.

Hacía tiempo que no tenía un enemigo al que en verdad quisiera destruir usando toda su fuerza. Esto era estimulante.

Georgiana salió de la sala ocultando una sonrisa. Debía mantener la calma, ya reiría luego y a solas. No era cuestión de burlarse de una anciana.

Se detuvo cuando vio que el señor Blake conducía a un caballero por uno de los pasillos, y le pareció conocido. Era el amigo de Nathaniel, que de vez en cuando lo visitaba.

Le hizo el consabido saludo, pero él se detuvo.

—Por fin tengo el placer de conocerla, señora Henderson —saludó él. No sonreía, pero tampoco parecía hostil, por lo que Georgiana contestó con amabilidad.

—Veo que me conoce, señor...

—Smith. Soy Jacob Smith. Tengo asuntos pendientes con Radcliffe, pero me dijeron que en este momento no se encuentra.

—Señor Smith, un placer conocerlo. —Él asintió, pero no avanzó en su camino, por lo que Georgiana supuso que esperaba algo más de ella.

—Ya que va a esperarlo, puedo acompañarlo mientras tomamos una taza de té.

—Sería un placer. —Georgiana sonrió, y miró al señor Blake haciendo una petición y pidiendo una disculpa al tiempo.

Blake asintió de inmediato, y Georgiana lo condujo a la sala contigua al despacho de Nathaniel.

Era un lugar amplio y espacioso; con ventanales de doble altura que permitían ampliamente el ingreso de la luz. El piso de parquet brillaba y las estanterías de libros abarcaban el espacio completo entre el piso y el techo. También había muebles cómodos en los que sentarse y disfrutar de la lectura.

Georgiana observó al caballero junto a ella y tuvo que reconocer que era un hombre guapo. También era alto, y de hombros anchos, lo que hablaba de una frecuente actividad física. Tal vez, al igual que Nathaniel, tenía pasatiempos en los que se involucraba el ejercicio del cuerpo al aire libre.

El cabello oscuro lo llevaba bien recortado, y tenía ojos grises y llenos de pestañas bonitas. Como las de un niño, pensó. Pero su expresión era más bien estoica, como si no tuviese emociones.

No podía evitar preguntarse por qué había insistido en que lo invitara a pasar un tiempo con ella. Tal vez Nathaniel la había mencionado en sus conversaciones. Después de todo, eran amigos, ¿no?

Dios, ¿qué pensaba de ella? ¿Opinaba que era una descarada adúltera igual que lady Philomena? ¿La había atraído aquí para decirle también que debería irse y dejar en paz a Nathaniel?

—Seguramente el señor Radcliffe ya no tarda. No tendrá que esperar mucho —comentó ella tratando de iniciar un tema de conversación. Cualquier cosa que distrajera sus cada vez más sombríos pensamientos.

—No me importa esperar —dijo Jacob mientras admiraba los libros en sus estantes. —Sin embargo, si estoy acaparando su tiempo...

—No, no se trata de eso... Es que... —En ese momento, Georgiana empezó a sentirse abrumada.

Realmente, no había tenido tiempo de recuperarse de la conversación con lady Philomena, y lo insultada que se había sentido. Sus palabras seguían dando vueltas en su mente, al tiempo que seguía imaginando cosas que pudo haber dicho para devolverle mejor el golpe.

Respiró hondo y trató de concentrarse. Este era un invitado de Nathaniel, un amigo, y merecía

su completa atención.

—Entonces —dijo componiendo una sonrisa —¿Hace mucho tiempo que es amigo del señor Radcliffe?

—Oh, bueno. Tengo negocios con él desde hace unos cinco años, más o menos.

—¿Negocios? ¿Puedo preguntar a qué se dedica, señor Smith?

—Soy bueno haciendo dinero —contestó él, y su franqueza tomó por sorpresa a Georgiana.

—¿Es así? Si le doy mil libras... ¿las convertirá en treinta mil? —A él pareció llamarle la atención las cantidades que tomaba como ejemplo, pero no dijo nada. Bajó las comisuras de sus labios agitando la cabeza afirmativamente.

—Tomaría tiempo y unos cuantos riesgos, pero, sí. —Georgiana sonrió admirada.

—Eso es impresionante.

—Parece ser un tema que llama su atención.

—Siempre me he interesado en la administración del dinero. Pero creo que una cosa es administrarlo, y otra multiplicarlo.

—Eso es verdad.

—Entonces, imagino que su visita de hoy es para eso, para hablar de negocios.

—En parte. También hay otros asuntos.

—Claro. Son amigos —Jacob Smith sonrió, reacio a admitir ese tipo de relación, lo que llamó la atención de Georgiana.

Jacob lucía limpio, pero sus ropas no eran de primerísima calidad como cabía esperarse de alguien capaz de convertir mil libras en treinta mil. No era un noble, o habría dicho su título; al parecer, era un plebeyo que había sabido ascender.

Si ella hubiese nacido varón, pensó, sería como él.

—Oh, ese libro es muy bueno —dijo ella señalando el ejemplar que Jacob acababa de tomar en sus manos.

Él miró la tapa del libro, fijándose en el título. No lo conocía, tampoco a su autor, pero ella parecía entusiasmada.

—La prosa de Goethe es exquisita, y la profundidad de los sentimientos expresados por el personaje principal nos invita a reflexionar sobre el amor, la pasión y el sufrimiento humano.

Ahora, Jacob miró el libro como si tuviera veneno. ¿Amor? ¿Pasión? ¿Sufrimiento humano? ¿Por qué querría encontrar eso en un libro?

—¿Es... una novela?

—Oh, sí. Es una lectura que dejará una marca indeleble en su corazón. —Él sonrió incómodo.

No podía decirle a alguien que hablaba con tanto entusiasmo acerca de una novela que para él este tipo de libros eran una costosa pérdida de tiempo. Un lujo no sólo para el bolsillo, sino para el alma. Se alegraba de que ella fuera de esas personas que disfrutaba leyendo acerca de mundos imaginarios donde todo era posible, hermoso, y justo.

En cuanto la vio en el pasillo, supo que esta era su oportunidad para conocerla. Había oído mucho de ella a través de Nathaniel, y conocía la situación en la que se encontraba, pero sentía curiosidad.

Ella podía ser sólo hermosa, y muy tonta. O malvada. Esas eran las peores.

Por supuesto, aunque la encontrara malvada, hartera y viciosa, no expresaría esos calificativos ante Nathaniel. Si bien ella insistía en llamarlos amigos, prefería reservarse sus opiniones, pues sabía muy bien que cuando de mujeres se trataba, los hombres podían volverse realmente tontos.

Sin embargo, no podía evitar sentir curiosidad, así que insistió un poco en tomar el té con ella, y aquí estaban, hablando de novelas.

Ella era hermosa, indudablemente, y al parecer, a pesar de lo que había vivido, todavía no había perdido el asombro, lo que era muy loable. Él, al contrario, encontraba placer en muy pocas cosas ya.

En el momento entró un sirviente con el té para ambos, y Georgiana se ocupó en servirlo con todos los modales de una dama bien criada.

—Parece que disfruta mucho de la lectura.

—Sí, por supuesto. He encontrado un tesoro en esta casa; más específicamente, en esta biblioteca —sonrió ella. —Para mí, leer es como asomarse a través de una ventana gigante a mundos desconocidos, como vivir vidas que nunca viviremos.

—Una ventana gigante, ¿eh?

—Sí, algo así. También te hace pensar en cosas diferentes. Las más hondas preocupaciones desaparecen en un instante a la luz de un buen libro. ¿Qué lee usted, señor Smith?

—Informes —contestó él sucintamente, volviendo a dejar el libro en el estante y acercándose a la mesa de té. —Estados financieros. Desarrollo de negocios, estudios de economía...

—Oh...

—Parece que la decepciono con mis preferencias.

—Por supuesto que no. Seguro encuentra placer en esos temas. —Él sonrió por primera vez, lo que acentuó el atractivo de su rostro, y Georgiana no pudo evitar quedarse mirándolo.

Él era directo, economizaba mucho en palabras, y aunque había cierta rusticidad en su trato, tenía los modales de un caballero.

Eran cosas difíciles de aprender si no se te inculcaban desde niño, por lo que supuso que, aunque era un plebeyo, él había gozado de buena educación.

—¿Es usted casado, señor Smith?

—No.

—Oh. Pensé que había una señora Smith orgullosa de su marido. —La sonrisa de él se ensanchó.

—No esperaba recibir un halago de ese tipo hoy.

—Bueno... —La puerta se abrió en el momento, y tras ella apareció lady Philomena, que compuso una expresión de desagrado al ver a Georgiana. Su interés se dirigió al caballero a su lado, y lo examinó de arriba abajo.

—¿Quién es usted? —la pregunta era tan grosera, que Georgiana abrió grandes los ojos. Pero Jacob se presentó haciendo un educado saludo. —No paro de decepcionarme de mi sobrino. ¿Mantiene amistades de este tipo? ¿Y qué clase de nombre es “Jacob Smith”? ¿De qué arrabal salió? —Georgiana entreabrió los labios queriendo decir algo, pero Jacob se le adelantó.

—No salí exactamente de un arrabal, sino de un orfanato —dijo. Georgiana giró su cabeza para mirarlo impresionada. —En las afueras de Bath, por cierto. Jacob Smith es el nombre que me dio la hermana que me recogió en la puerta una noche de lluvia, como un gato callejero.

—Señor Smith, no tiene por qué...

—¿Y aun así se atreve a entrar en esta casa y beber de nuestro té? —preguntó Philomena interrumpiendo a Georgiana, y Jacob miró el servicio de té que estaba sobre la mesa. Si esa señora supiera que precisamente este costoso té que se le servía había sido un regalo de él para Nathaniel, se caería sentada.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Nathaniel entrando a la sala. Georgiana lo miró pidiendo auxilio, pero como era de esperarse, Philomena se adelantó.

—¿Acabas de llegar? ¡Por fin! Necesito hablar de un tema muy importante contigo. A solas. —Ella dirigió la marcha hacia el despacho de Nathaniel, y éste miró de Georgiana a Jacob

interrogante.

—No la hagas esperar —dijo Jacob con una sonrisa divertida. —Yo estoy bien acompañado en este momento.

Nathaniel los observó por otro momento, pero no teniendo otra alternativa, siguió a su tía.

—Lamento mucho eso —dijo Georgiana con voz queda mientras ponía delante de Jacob una taza de té caliente. Él giró la cabeza para mirarla y elevó una poblada ceja.

—No tiene que disculparse por nada. He tratado con nobles antes, y puedo decir que he encontrado cierta práctica exasperándolos. —Georgiana lo miró un instante, luego del cual se echó a reír. Ella había hecho eso mismo sólo unos momentos antes de encontrárselo.

—Qué perverso placer —susurró acercando la taza de té a sus labios.

—Es que es muy fácil.

Nathaniel entró a su despacho y allí encontró a su tía sentada en uno de los muebles. Empezó a quitarse los guantes y no tuvo que esperar demasiado; de inmediato, ella empezó a hablar del motivo de su reunión.

—Esta tarde tuve una conversación con esa fulana. Nathaniel, te advierto que no estás preparado para la contestación que me dio. En primer lugar, no ha sabido dirigirse a mí y me ha llamado “señora”. ¿Te imaginas? ¡Es descarada, indecente y grosera! Se ha atrevido a decir que mi título nobiliario es bajo, como si ser plebeyo fuera una virtud. —Nathaniel no dijo nada en respuesta.

Si Georgiana había contestado así seguramente la habían provocado mucho, pero no iba a preguntar eso.

—Ah, pero eso no fue lo peor de la conversación —siguió la vizcondesa—. Como es notable que está detrás de ti sólo por el dinero, le he ofrecido una cuantiosa fortuna para que se largue. Cualquiera estaría feliz de recibir tal cantidad y desaparecer. Pero ha resultado que...

—¿Qué has hecho?

—¡Le ofrecí dinero! Estaba totalmente segura de que su interés hacia ti no es nada puro. ¡Y tuve razón!

—¿Por qué has hecho algo tan grosero? —preguntó exasperado al fin, y Philomena lo miró guardando dos segundos de silencio, pero sólo duró eso, dos segundos.

—¿Y por qué no lo haría? ¿Quieres terminar como el hazmerreír de todo Bath manteniendo una adúltera en tu casa? ¿Hasta qué punto piensas manchar el buen nombre de tu familia? Te dije que haría todo lo posible por alejarla de ti porque no la apruebo, ¡y nunca la aprobaré!

—Te equivocas de inicio a fin en todo esto, tía.

—No me equivoco. La defiendes, la justificas, y esa es la mayor muestra que tengo de que estás perdiendo la cordura. Pero, ¡ah! No es la única que empieza a aprovecharse de ti. Acabo de ver el esperpento de hombre que llegó vestido como un lacayo. Mis cocheros usan mejor ropa que él. Por Dios, Nathaniel, ¿qué está pasando contigo?

—¿Hablas de Smith? —preguntó asombrado. —¿Smith, un lacayo? —y se echó a reír.

—Dios querido, si mi hermana viera el tipo de amistades que estás manteniendo. Si Henry viera lo que estás haciendo... —Al mencionar a su padre, la sonrisa de Nathaniel se borró.

—¿Es eso lo que querías decirme? ¿Que le ofreciste dinero a Georgiana para que se fuera y lo rechazó?

—¿Rechazarlo? Claro que no lo rechazó.

—Entonces... ¿le diste dinero?

—¡Por favor, déjame terminar! Lo que quería decirte, es que le he ofrecido mil libras a esa

mujerzuela para que se vaya, y a que no adivinas lo que me contestó.

—Tengo curiosidad.

—¡Dijo que su precio eran treinta mil libras! —exclamó con total histrionismo, agitando los brazos y gesticulando vehementemente. Nathaniel la miró primero muy serio, pero segundos después, no pudo evitarlo y soltó la carcajada.

Philomena lo miró confundida por largos segundos, todo lo que duró su acceso de risa.

—Por Dios, guarda la compostura —exigió cuando vio que él no se iba a detener por ahora.

Él tardó en hacerle caso, de vez en cuando murmurando algo, repitiendo “treinta mil libras”, y volviendo a reír, como si aquello fuera algo ingenioso y gracioso.

—Estoy hablando de algo muy grave —insistió. —¿O acaso crees que miento?

—No —dijo calmándose al fin. —No creo que estés mintiendo.

—Pidió treinta mil libras. ¡Dijo que sólo así dejaría la casa Radcliffe! Sólo así te dejaría en paz.

—Ah, tía. Eres muy divertida.

—¿Pero qué...?

—Ya te dije: te equivocas en todo. No tengo... ese tipo de relación con Georgiana Henderson. Es imposible que entre ella y yo haya algo más. Está casada, por Dios.

—No es imposible mientras tú seas un hombre y ella una mujer viviendo bajo el mismo techo.

—Pero no es lo que...

—¡No me tomes por tonta, Nathaniel! —Él se puso serio al fin, y se acercó a su tía, pero tenía una expresión cerrada, incluso se cruzó de brazos.

—¿Por qué estás tan segura de que hay un romance entre la señora Henderson y yo?

—Porque es más que evidente. La forma en que te mira...

—Vamos, eso no dice nada. ¿No has estado haciendo preguntas? Seguro que sabes que vino aquí estando enferma.

—Herida —corrigió ella, y frunció el ceño mirando a otro lado. —Y claro que he investigado; eres mi sobrino, me preocupo por ti.

—Sí. Herida. Entonces, ¿no puedes pensar que sólo estoy dándole un techo a una persona que lo necesita?

—¿Por qué harías algo como eso? ¿Qué obligación tienes? ¿Qué deuda tienes con ella que te ves obligado a auxiliarla?

—No tengo ninguna deuda.

—Entonces, ¡explícame para que pueda entenderte!

Nathaniel tomó aire, pensando bien en las palabras que iba a pronunciar. El ambiente se tornó pesado en el despacho, y al fin Nathaniel hizo una mueca.

—La ayudo porque pienso en Adeline. —Al escuchar el nombre, la vizcondesa se quedó totalmente quieta. Lo miró fijamente casi aguantando la respiración, como espantada, y el silencio se extendió por varios segundos.

Era evidente que la había tomado por sorpresa.

—¿Qué? —preguntó ella casi sin aire.

Nathaniel sabía que la muerte de su familia era un tema aún sensible para su tía. Siempre que hacía alguna pregunta acerca de su madre, ella se alteraba, lloraba, y así, con el tiempo, Nathaniel dejó de hablar de ellos, al menos, delante de ella.

—Una noche asistí a una fiesta, y en el camino de regreso a casa encontré a la señora Henderson muy herida. Es una mujer, indefensa en muchos sentidos. Me recordó a mi hermana y

le di mi auxilio.

—Yo no... entiendo.

—Yo mismo estuve en una situación muy vulnerable hace tiempo. ¿Lo recuerdas? Luego de aquel naufragio. Un par de pescadores, plebeyos desarrapados, como los llamaste tú, me tendieron una mano. Gracias a ellos estoy vivo. Entonces, me es inevitable pensar, ¿y si mi hermana no tuvo esa suerte, y aun viéndola necesitada, la dejaron morir? ¡Cuánto les habría agradecido yo a esas personas por tenderle una mano! Lo mismo con mis padres. Lo mismo con cualquiera de esa embarcación. Se trata de hacer el bien, tía, porque no sabes a qué precioso hijo, o a qué precioso hermano estás salvando.

Philomena siguió en silencio, y por su expresión parecía como si fuese a echarse a llorar en cualquier momento.

—Nathaniel, tú... sospechas... ¿Sospechas que tu hermana pueda estar viva?

—Oh, tía. Nada me encantaría más.

—Di la verdad, Nathaniel. Tú... has viajado varias veces últimamente. ¿Es por eso? ¿Averiguas su paradero? —Nathaniel respiró hondo, se sentó a su lado y tomó su mano.

—No, tía. ¿No ayudaste tú a buscar, durante años, a algún sobreviviente del Azura?

—¿Entonces por qué la mencionas? Por qué... —Los ojos de Philomena estaban húmedos, y Nathaniel le habló suavemente.

—Si Adeline estuviera viva, pero en un lugar extraño, ¿no te gustaría que recibiera ayuda? No importa cómo, no importa de quién, ¿no estarías agradecida con esas personas?

—Sí. Claro que me gustaría. Sí. —Ella esquivó su mirada, se puso en pie y dio vueltas por el despacho. Ya no parecía furiosa como antes, guardaba silencio como si pensara en algo profundamente.

Luego de varios minutos, Philomena sacudió su cabeza y limpió sus ojos.

—Todo esto no me parece más que una excusa para cubrir tus actos desviados.

—Oh, tía...

—Jamás esa mujer sería como nuestra Adeline. La mera comparación me parece aberrante.

Nathaniel apretó los labios. Era inútil razonar con ella.

—Vemos el mundo de maneras muy distintas tía.

—Y tú eres el equivocado. Por Dios... Me doy cuenta de que estás echado a perder, lo cual es una lástima. Nunca pensé que te perdería de esta manera.

—¿De qué estás hablando?

—Toda la buena reputación que lograron juntar tus padres, toda la dedicación en tu educación... todo echado a perder... y ahora hablas de Adeline como un loco. Nada tiene sentido para mí. O sabes algo y me estás mintiendo, o simplemente perdiste el seso. ¿Cuál de las dos es?

—¿Perder el seso por ayudar a una persona que lo necesita?

—Los orfanatos de Bath están llenos de gente que necesita ayuda. ¿Irás a cada uno ofreciendo la tuya?

—Ah...

—No. No te molestes en seguir discutiendo conmigo. No tiene caso, no me harás cambiar de opinión —y con esas palabras, dio la media vuelta y salió del despacho. Nathaniel hizo una mueca preguntándose si acaso había sido un error mencionar a Adeline.

Esperaba que la tía se ablandara un poco, pero, por el contrario, se había endurecido aún más. Nunca se llevaría bien con Georgiana.

Nathaniel volvió a la sala donde seguían Jacob y Georgiana. Ellos parecían llevarse muy bien,

y le sorprendió ver que Jacob estaba sentado muy relajado, bebía té como un viejo conde, y entre los dos habían acabado los bocadillos de la tarde. Elevó una ceja y miró a Georgiana interrogante.

—Venía a disculparme por el comportamiento de mi tía, pero parece que ese tema ya fue superado por ambos. —Georgiana no escondió la sonrisa divertida y lo miró sentarse a su lado en el sofá. Jacob apoyó los brazos en sus rodillas y miró a Nathaniel.

—¿Disculparte? Ha sido divertido. —Nathaniel lo miró confundido. Al sentir la risita de Georgiana, la miró ceñudo.

—¿Me he perdido de algo?

—Ya que el señor Radcliffe está aquí, me retiraré. Seguro tienen muchos asuntos que atender —se excusó Georgiana poniéndose en pie. Los caballeros la imitaron y Nathaniel la miró como pidiéndole que no se fuera, pero ella hizo caso omiso.

Luego de unos segundos, estuvieron a solas.

Nathaniel miró las migas de los bocadillos en las bandejas, y las tazas de té vacías como si se lamentara de algo.

—Pareces muy satisfecho.

—La señora Henderson es una persona muy agradable.

—Ya. Parece que han encontrado muchos temas de los que hablar.

—Tal vez porque ambos hemos pasado por situaciones similares debido a nuestra procedencia. Si bien la señora Henderson nació en el seno de un hogar respetable, ha tenido que escuchar casi los mismos insultos que yo a menudo. —Nathaniel meneó la cabeza negando.

—¿Qué puedo hacer para cambiar eso?

—Casarte con ella —Nathaniel lo miró sorprendido. —Haz de ella una mujer honesta. Es evidente que se gustan el uno al otro. —Nathaniel sonrió de medio lado y habló en voz muy baja, para que sólo él escuchara.

—Si fuera tan fácil.

—Vamos. ¿Qué tanto es deshacerse de la basura? —contestó él en el mismo tono. —Libérala... para luego atarla a ti. —Nathaniel se echó a reír, y poniéndose en pie, condujo a su amigo a su despacho.

Aquella noche, como todas las noches, la tía Philomena se abstuvo de bajar a cenar, sin embargo, su presencia seguía sintiéndose en la casa. Los sirvientes de la vizcondesa seguían vigilantes y haciendo preguntas, y a la noche siguiente, cuando Nathaniel regresó a casa, un poco más tarde de lo normal, tropezó con uno de ellos que al parecer deambulaba por los oscuros pasillos.

No le cabía ninguna duda de que vigilaban si todos dormían en sus respectivas camas, y era molesto.

Pero sólo tres días después de que la vizcondesa le ofreciera dinero a Georgiana para que dejara la casa, anunció que sería ella quien se fuera.

—Pero el invierno es crudo —observó Nathaniel, aunque sin mucha convicción. —No es seguro que viajes con estos climas.

—He recibido una nota de Patrick —contestó ella sin mirarlo.

—Oh, ¿de nuevo está en problemas mi primo?

—Claro que no.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No. Nada. Soy yo la que quisiera hacer más para ayudarte, pero es inútil si no quieres ser ayudado. —Nathaniel se abstuvo de hacer comentarios ante eso, y sólo la miró en silencio. Philomena dejó salir el aire con cierto dramatismo. —Intenté salvarte, sobrino. Me lavo las manos ante lo que suceda de aquí en adelante. Ya he adelantado bastante recogiendo todo mi equipaje, asumo que en dos días partiremos. —Nathaniel movió la cabeza en un lento asentimiento, y sin añadir nada más, Philomena salió de su despacho.

—¿Tan pronto llegó la nota de Patrick? —preguntó Nathaniel a Blake, que estaba a unos pasos del escritorio y había escuchado la conversación en silencio.

—Llegó una nota al mediodía —corroboró el mayordomo. —Pero no era de uno de los nuestros.

—Entonces, es probable que Patrick realmente enviara una nota a su madre para que lo fuera a librar de algún entuerto en Londres.

—Podría comprobarlo.

—No. No es necesario. Lo importante es que su estancia tampoco duró mucho esta vez —dijo algo divertido.

Siempre había hecho lo mismo. En cuanto tenía noticias de que su tía venía a visitarlo, o en cuanto llegaba, enviaba hombres a comprobar dónde y cómo estaba Patrick Bergman, vizconde de Wilford, que por lo general era perdido de borracho entre los brazos de dos o más prostitutas en algún burdel de Londres. Desde allí enviaba una nota o carta a la vizcondesa pidiéndole ayuda para que fuera a salvar a su hijo, y ésta siempre salía disparada a rescatarlo.

Quería mucho a su tía, pero odiaba lo entrometida que era, y en esta ocasión, le urgía que dejara la casa, la necesitaba toda para sí otra vez.

—Ahora que se vaya, revisa de nuevo al personal. Cuando encuentres al topo de mi tía, despídelo.

—Sí, señor. —Nathaniel respiró hondo y volvió a concentrarse en su trabajo.

Dos noches más, se dijo. Ya no faltaba mucho.

Y dos días después, la caravana de la vizcondesa por fin abandonó Avondale Hall.

Georgiana la vio subir a su carruaje desde la ventana de la biblioteca, y no pudo evitar sentirse aliviada. La mujer mayor echó una mirada desde su posición hacia Georgiana, y el

impulso de ésta fue esconderse, pero se contuvo fuertemente.

No estaba haciendo nada malo. ¿Por qué se escondería?

Bueno. No le estaba haciendo daño a nadie, al menos.

“¿Qué pasará si en el futuro mi querido sobrino quiere casarse con una señorita de bien, de una familia respetable? Saber que antes hubo una amante en esta casa... complicará las cosas. ¿No crees?”

Esas palabras habían resonado en su mente desde que habían sido pronunciadas. Le hacían daño de varias maneras. Primero, la posibilidad de que Nathaniel conociera a alguna señorita respetable y quisiera casarse era latente, y sentía celos y envidia. Segundo, aun con celos y envidia, tenía que reconocer que formar una familia era lo que se esperaba, y lo mejor para él, y lo único que podía hacer era desear que fuera feliz, pero si esa dama se enteraba de la estancia de otra mujer aquí, y la historia de Nathaniel con ella, inevitablemente empañaría su felicidad.

—Ya se fue —dijo Nathaniel entrando a la sala. Los ojos de Georgiana brillaron al verlo, y una sonrisa involuntaria se dibujó en su rostro. Por su parte, él la estaba mirando con anhelo. Como si en su mente estuviera atravesando todo el espacio que los separaba para abrazarla, y besarla mucho.

—¿Tuviste algo que ver con su partida intempestiva?

—Juro que no —dijo él levantando la mano derecha. —Aunque esa fue mi intención. —Ella se echó a reír. Nathaniel se fue acercando lentamente. —Aunque aprecio mucho a mi tía, no puedo negar que su partida es un alivio.

—Todo volverá a la normalidad —susurró ella mirándolo a los ojos.

En el momento, entró un lacayo con una nota para Georgiana, lo que la extrañó.

Al ver que era de parte de su esposo, empezó a sentirse nerviosa, por lo que rompió el lacre con prisa.

—¿Pasa algo? —preguntó Nathaniel al verla pálida. Georgiana leyó rápidamente la misiva y luego notó que dentro de la carta había una tarjeta.

Los esposos Henderson habían sido invitados a un baile, y Douglas exigía que lo acompañara. Incluso decía que iría a buscarla en su carruaje a Avondale Hall.

Sólo eso. Sólo era requerida para ir a un baile.

El color volvió a su rostro.

—¿Georgiana?

—Hay un baile... en la casa de la familia Robertson.

—¿Es todo? —preguntó él preocupado, ella se echó a reír.

—Sí. Es todo. Debo acompañar a Douglas. Los Robertson siempre hacen este evento para estas fechas... le llaman “El baile de navidad”

—Ah...

—Es en una semana, por lo que seguramente quiere que me prepare para el evento...

—¿Te enviará un vestido?

—La carta no dice nada. —Nathaniel apretó los labios mirando la carta. La tomó de sus manos y la leyó dándose cuenta de que Henderson no pedía favores; exigía, y hablaba con una frialdad que seguramente helaría el mismo infierno.

En el momento, Nathaniel salió de la sala y pidió que llamaran a Blake. El mayordomo estuvo allí instantes después.

—¿He sido invitado al baile de navidad de la familia Robertson?

—Así es, señor. ¿Asistirá esta vez?

—Claro que sí. Llevaré conmigo un acompañante. —Blake miró a Georgiana asumiendo que

se trataba de ella, pero Nathaniel lo sacó de inmediato de su error. —Envía una nota a Jacob Smith preguntándole si le viene bien acompañarme.

—Claro, señor —contestó Blake pestañeando, sorprendido. Nathaniel miró a Georgiana.

—No te perderé de vista —le susurró, y esta se lo quedó mirando sin saber qué decir, o qué hacer, pero feliz.

Él había sido capaz de captar su atención por ver de nuevo a Douglas, y estar a su lado durante todo un baile.

Pero, ¿qué haría entonces cuando fuera el momento de volver definitivamente con él?

Esa noche, la cena fue silenciosa y tranquila. Y más tarde, como una deuda que se tenían el uno al otro, pasaron la noche juntos.

Cada vez más enamorada, Georgiana lo besó mucho, se entregó en cuerpo y alma y permitió que hiciera con ella cosas que jamás imaginó posibles en una cama. Parecía que este largo mes separados había avivado su imaginación, y orillado a intentar probar cosas nuevas.

Y lo mismo fue la noche siguiente, y la siguiente.

Georgiana se veía obligada a tomar siestas en la tarde, pues poco dormía en las noches. Sin embargo, delante de los demás, seguían comportándose como simples conocidos, huésped y anfitrión.

—¿Qué es esto? —preguntó Georgiana una tarde luego de recibir un conjunto de cajas. Parecían ser un regalo, y el tamaño indicaba más o menos lo que había dentro.

Jena y Celestine sonrieron, pero permitieron que fuera ella quien desatara el lazo y mirara dentro.

Era un vestido, un vestido precioso.

Era un estilo prediseñado, a la que seguramente habría que ajustar a sus medidas, pero eso no le importó a Georgiana, y pasó los dedos por la suave y rica tela de terciopelo verde esmeralda.

El vestido tenía un escote en forma de corazón, y venía acompañado con un corsé decorado con pedrería. Las mangas abullonadas tenían detalles en encaje, y a pesar de eso, no se veía recargado, ni de mal gusto.

—Es... es hermoso.

¿Lo enviaría Douglas?, se preguntó Georgiana. No. Él nunca había invertido tanto en ella, y este vestido era caro.

—Mire aquí —le pidió Jena, y Georgiana abrió la segunda caja. Eran zapatos. En la tercera, había guantes, y en la cuarta, un hermoso abrigo que hacía juego con el vestido.

—Quién... ¿Quién lo envía?

—Oh, ¿necesita preguntar, señora? —comentó Celestine, y de inmediato se puso los dedos sobre los labios.

—No hay nota —contestó Jena luego de reprender con la mirada a Celestine. —Yo creo... que no es el señor Henderson.

—Yo tampoco lo creo —añadió Celestine, y Georgiana soltó una risita nerviosa.

—Es una lástima que no tenga unas buenas joyas para hacerle justicia a este vestido —dijo Jena, y Georgiana asintió. No importaba, pensó. El vestido solo era una joya en sí.

—¿Has sido tú? —le preguntó Georgiana a Nathaniel esa noche, desnudos los dos, con la respiración aún agitada luego de un furioso encuentro entre los dos.

—¿Yo?

—Sí. ¿Tú me enviaste el vestido? —Él no contestó, y Georgiana sonrió. —Gracias.

—Bueno... sólo asumí que no tendrías un vestido apropiado... No te dije nada porque no sabía si te disgustaría la idea.

—¿Disgustarme? Me ha encantado. Aunque es verdad, y no deberías realizar ese tipo de gastos en mí.

—Gasto mi dinero en lo que quiero.

—De acuerdo —capituló ella, y se puso encima de él mirándolo feliz. —¿Qué puedo hacer para compensarte?

—No necesitas hacer nada, porque lo he hecho de mi cuenta —contestó él elevando una mano para tocarle el rostro y el cuello.

—Pero yo quiero darte algo a cambio —él la miró en silencio.

La verdad, es que sólo había una cosa que quería de ella, y no se trataba sólo de sexo, lujuria, ni nada sensual. Adoraba ver ese brillo en su mirada, adoraba esa sonrisa.

Lo único que quería de ella era que nunca dejara de mirarlo así, que su luz nunca se apagara.

Pero eso era imposible si volvía a la casa de ese hombre. Conforme pasaban los días, sentía cómo algo dentro de su alma se estrujaba más y más. Ella volvería a ser golpeada, recibiría de nuevo gritos, maltratos, sufrimiento... Había cambiado tanto en estos días aquí, y cada encuentro con ella era mejor y mejor. Tenía el presentimiento de que si la dejaba ir, no la recuperaría.

—Ya sé qué voy a hacer —rio ella, y empezó a besarle el rostro, el pecho, y fue bajando.

Nathaniel cerró los ojos disfrutando, mientras esos pensamientos lúgubres empezaban a esfumarse.

—¡Vaya! —exclamó Douglas al verla. No había esperado, de ninguna manera, verla ataviada de esta forma.

Georgiana llevaba el vestido con tal gracia, que más parecía una duquesa yendo a una ceremonia de coronación, y no una plebeya en un baile ordinario.

—¿De dónde sacaste ese vestido? Oh, no me digas. ¡Pero qué generoso es mi socio! —y soltó la carcajada.

Georgiana pudo ver que en el carruaje estaba Austin Miller, que no había tenido la educación de bajarse, y apretó levemente los labios. Por alguna razón, no se sentía dispuesta a tolerar los maltratos de estos dos esta noche, pero también era cierto que estaba en desventaja.

—Estás más bonita de lo que recuerdo —dijo Douglas haciendo una burlona venia y tendiéndole la mano para que se apoyara en él. Georgiana la tomó.

—Gracias.

—Llevas a mi hijo en tu vientre, espero —dijo en un susurro, pues había notado que los sirvientes de Radcliffe lo miraban con severo desprecio.

—¡No hables de eso aquí!

—¿Y tú quién te crees para decirme qué hablar y dónde?

—¡Por favor! —rogó ella, y Douglas miró a un lado y al otro.

Guardó silencio, pero no le gustó ese conato de orgullo visto en ella. Que no creyera la estúpida que un vestido le daba poder, se dijo, y la ayudó a entrar al carruaje.

Antes de entrar, vio una sombra moverse detrás de una ventana, y sonrió. Ese debía ser Radcliffe. Debía estar muy mortificado porque lo separaba de su meretriz particular por una velada.

Aquello mejoró su humor.

—Gracias por acceder a acompañarme —le dijo Nathaniel a Jacob más tarde, mientras se

bajaban del carruaje. Jacob no dijo nada, sólo asintió y miró la enorme casa de la familia Robertson como si se tratase de un temible dragón al que se disponía a enfrentar.

Divertido, Nathaniel le palmeó el hombro.

—Vamos, no es la gran cosa. Has estado en fiestas como estas antes. Además, estás muy bien vestido, te ves imponente. —Jacob respiró hondo y siguió a Nathaniel al interior.

Mientras avanzaba, Nathaniel iba mirando a un lado y al otro buscando a Georgiana. Douglas había sido impuntual al ir a recogerla, y ella habían empezado a sentirse nerviosa, pero finalmente llegó y Nathaniel tuvo que ver desde una ventana cómo interactuaban. El cambio en ella cuando lo tenía cerca era impresionante. Le restaba seguridad y confianza e inconscientemente cambiaba su postura y mirada.

—¡Señor Radcliffe! ¡Qué dicha tenerlo en nuestra fiesta! —saludó Althea Robertson, la tercera esposa de Trevor Robertson, al verlo, y Nathaniel movió la cabeza en respuesta.

Trevor Robertson era un hombre de poco más de cincuenta años que había enviudado dos veces, y esta, su tercera esposa, era joven y bonita, casi de la edad de una de sus hijas. —No imaginamos que esta vez asistiría. ¡Gracias por su presencia!

—No quise perderme la fiesta este año. Le presento un gran amigo —dijo Nathaniel señalando a Jacob, que casi estaba verde. La mujer lo miró con no disimulado interés, y descaradamente cubrió su sonrisa con su abanico y batió coquetamente las pestañas.

—Jacob Smith, para servirle —dijo él inclinándose un poco, como era rigor.

—Mi marido debe estar en algún lado del salón —dijo ella sin dejar de mirar a Jacob. —Lo traeré para que lo saluden como es debido. Disfruten mientras tanto del vino y los aperitivos.

—Gracias, señora. —Con una risita, Althea dejó a los caballeros solos. Nathaniel miró a Jacob divertido.

—Lo estás haciendo bien. ¿Recibiste clases de etiqueta?

—Por supuesto —contestó Jacob mirando hacia los músicos y ajustándose un poco la ropa. Se le veía nervioso.

—Pues debo felicitar a tu maestro...

—Mi maestro está muerto —contestó Jacob sin pensarlo mucho, y Nathaniel se quedó en silencio.

Pero no tuvo mucho tiempo para pensar en esto, pues un vestido verde llamó poderosamente su atención. Por supuesto, era Georgiana... al lado de su esposo.

Por su parte, Georgiana escuchaba una insulsa plática acerca de una gran carrera de caballos, donde Douglas lamentaba no haber participado por haberse deshecho de sus ejemplares. Esos caballos estaban ahora en casa de Nathaniel, recordó Georgiana, e instintivamente movió su cabeza y lo vio mirándola. Ella sonrió muy levemente, pero sus ojos estaban enganchados a él.

Estaba guapísimo con ese traje azul oscuro. Ella debía estar a su lado, no aquí.

Tragó saliva y sintió el tirón en la mano de Douglas.

—Querida, te pedí un favor cuando veníamos de camino, ¿no es así? —Ella asintió. Douglas le había pedido que se acercara a cierta señora y creara amistad con ella para luego él acercarse a su marido. Pero no había visto aún a la tal señora. —Ve —ordenó él, y Georgiana se excusó alejándose.

Paseó por las diferentes estancias del salón buscando a Harriet Lankford, una importante socialité esposa de Rudolph Lankford, un hombre muy rico. Conocía a Harriet de lejos, poco había interactuado con ella más que en una ocasión que coincidieron en un baño. Harriet era una mujer sumamente hermosa y llamativa, segura, pero, para su gusto, un poco petulante y ruidosa. Sería difícil acceder a ella, mucho más, ganarse su amistad.

Se detuvo cuando vio a la hermana de esta, que tenía la mirada fija en un punto.

A comparación de Harriet, Olive, la hermana menor, era callada y muy circunspecta. Una solterona en toda regla que vestía colores opacos y modas viejas y poco llamativas. Nunca iniciaba una conversación, por lo que no sabía si sería más difícil acercarse a ella o a la hermana mayor.

—Señorita Robertson —dijo saludándola, y Olive no la miró, seguía mirando a un punto lejano como si estuviera ida. —Ah... Es una bonita fiesta —insistió Georgiana, pero siguió sin obtener respuesta. Miró hacia donde observaba Olive, y entonces notó que alrededor todos guardaban silencio, provocando un extraño efecto en donde hasta los músicos tuvieron que detenerse.

Harriet Lankford, la hija mayor de los anfitriones de la fiesta, hablaba con Nathaniel con una sonrisa desagradable en el rostro.

—Es impresionante que un ser despreciable como este venga tan bien acompañado a la fiesta de gente respetable —decía Harriet en voz alta, lo que hizo que todos contuvieran el aliento e hicieran diferentes ruidos de sorpresa. Georgiana abrió grandes los ojos. ¿Quién se creía esta para insultar a Nathaniel? —Usted no fue invitado, señor. Y estoy segura porque yo misma ayudé a redactar la lista de invitados. —Mentira, pensó Georgiana acercándose casi por inercia. Nathaniel sí había sido invitado. Blake lo dijo. —Le sugiero que deje la casa de mi padre y nos deje a la gente de bien disfrutar la velada. Espero no tener que llamar a seguridad para eso.

—Señora...

—Harriet, ¿qué está sucediendo? —preguntó Trevor Robertson llegando al lugar y mirando a su hija mayor con una expresión sorprendida y confusa. Georgiana ya había llegado al centro de la escena, y entonces, como respuesta, Harriet señaló a Jacob Smith, no a Nathaniel.

—Esa escoria se ha atrevido a poner sus sucios pies en la casa de mi familia. No puedo permitirlo. Haz que se vaya, padre. —Trevor miró a Jacob Smith confundido, y sus ojos volvieron a su hija sin comprender. —Ah, no lo reconoces. Claro, está bañado y usa ropas caras que tal vez alguien le regaló. Pero te voy a refrescar la memoria, padre. Solía estar cubierto de estiércol de caballo y briznas de paja, calzando botas más grandes que sus pies. Los trapos con los que se vestía eran sobras que los otros sirvientes desechaban. Fue nuestro sirviente más querido, padre. “Jake”.

Georgiana miró a Jacob sorprendida, y alrededor, todos parecieron comprender al mismo tiempo que ella.

Recopiló en su mente la información que tenía de él. Había sido un huérfano, dejado en la puerta de un orfanato como un gato callejero, según sus propias palabras, pero ahora era un hombre rico, educado, y amigo de Nathaniel. Tenían negocios juntos, y Jacob no parecía avergonzarse de su origen.

Él miraba a Harriet casi sin pestañear. Parecía estar mordiendo un aluvión de palabras malsonantes, pero se contenía. Tenía una mano empuñada, notó Georgiana.

¿De esta mujer tenía que hacerse amiga?, pensó con repugnancia. ¿Douglas quería hacerse amigo de esta gente?

—Te pediré que abandones mi casa —le pidió Trevor a Jacob con una mueca de asco. También parecía estar conteniéndose mucho. —Ahora mismo.

—No es necesario que lo repita, señor. Me iré.

—Un momento —intervino Nathaniel. —El señor Smith está aquí por petición mía. Yo lo convidé a la fiesta, ya que podía traer un acompañante.

—Oh, señor Radcliffe —contestó Trevor en tono zalamero. —Es comprensible, ya que

seguramente no conoce los orígenes de este sujeto, y su conexión con la casa Robertson.

—Mi recomendación es que elija mejor a sus amistades —dijo Harriet, y su padre le abrió los ojos reprendiéndola por tratar así a alguien como Nathaniel. —¿Qué he dicho mal? —preguntó ella encogiéndose de hombros.

—El señor Smith es un importante socio de...

—No vale la pena, Radcliffe —lo detuvo Jacob poniendo una mano en el hombro de Nathaniel. —Sabía que no estaría aquí mucho tiempo, de todos modos. Lamento el mal rato que te he hecho pasar.

—Si lo sabías, no debiste venir —contestó Harriet, y Jacob la miró con una sonrisa sardónica.

—No te lo decía a ti, sino al señor Radcliffe. —Ella frunció el ceño molesta. —Tú, por lo que veo, no has cambiado nada, “Titti”.

—¡Cómo te atreves!

—Lo que yo recuerdo de ti es que te encantaba pasearte por las caballerizas, y a veces también terminabas con brizna de paja en tu ropa y tu cabello.

—¡Largo! —gritó Harriet roja de ira, señalando con su brazo extendido la salida. —¡Fuera de mi casa! —No era su casa, quiso añadir Jacob, pero seguro que ella seguía sintiendo la casa de su padre como suya aun luego de doce años de casada.

Jacob le dirigió una mirada de disculpa a Nathaniel, y haciendo una reverencia, dio la vuelta y dejó la fiesta. Los invitados le abrían paso mirándolo algunos con sorpresa, otros, con desdén, pero la mayoría, fascinados por la fuerza de su presencia. Los pasos de Jacob resonaban sobre el suelo pulido, avanzando con una inusitada elegancia y determinación, como si en vez de ser echado de una fiesta se estuviera dirigiendo a algún trono.

Alrededor, el ambiente festivo parecía haberse congelado, y Georgiana frunció el ceño al tiempo que apretaba los dientes sumamente molesta. Por Dios, sólo conocía a Jacob Smith por una ocasión en la que tomaron té, pero se sentía como si hubiesen humillado a uno de los suyos. Nathaniel no debía estar sintiéndose mejor.

Y así era. Nathaniel parecía debatirse entre seguir a Jacob o quedarse en la fiesta. Había venido aquí por Georgiana, para cuidar de ella aunque fuera a la distancia, pero este agravio a su amigo no era nada superficial.

Trevor hizo una señal para que los músicos volvieran a tocar, y poco a poco las conversaciones volvieron a su tono anterior. Muchos seguían murmurando quedamente acerca de lo que había querido decir ese tal Jacob Smith con la brizna de paja en el vestido de “Titti”, que era su apodo cariñoso cuando era una niña. Otros, se preguntaban cómo un hombre que fue el caballerizo de los Robertson terminó siendo amigo de Radcliffe.

Las parejas retomaron el baile, la gente siguió tomando vino, pero las conversaciones, y su motivo principal, habían cambiado mucho. Georgiana se encontró en medio del salón sin saber qué hacer, o a dónde ir. Vio cómo Harriet era acompañada a un pequeño salón de descanso, el momento perfecto para acercarse a ella, pero no tenía la voluntad suficiente para ser hipócrita y consolarla sólo porque Douglas necesitaba que fueran cercanas.

La odiaba. La odiaba a muerte.

En vez de ir tras Harriet, buscó a Nathaniel, que se había alejado también del centro del salón y lo había perdido de vista entre la multitud.

Tardó varios minutos buscándolo, y a quien encontró fue a Douglas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él con una mueca. —¿Por qué no fuiste tras la señora Lankford? ¿No es este el momento ideal?

—Es una mujer horrible —dijo Georgiana dando un paso atrás. Se había alejado del salón de

fiesta y ahora estaban en una pequeña sala contigua. Estaba un poco solitario aquí, no había ni sirvientes ni invitados a la vista. Él podía hacerle lo que quisiera y nadie la escucharía.

—¿Y eso qué? —contestó Douglas. —¡Ve y háblale de cualquier cosa!

—Douglas...

—¿Ni siquiera para eso me vas a servir? —exclamó Douglas entre dientes tomando fuertemente la mano de Georgiana, que se quejó por lo duro de su agarre.

Pero en el instante Douglas salió disparado lejos, cayendo de nalgas en el suelo. El sonido de su quejido al golpearse duro fue casi celestial a los oídos de Georgiana, pero antes que regodearse en eso, se giró para mirar a su salvador. Era Nathaniel, por supuesto.

—Sabía que no debía dejarte sola —dijo él.

Georgiana lo miró en silencio, sin atreverse a tocarlo. No conocía a este Nathaniel, parecía dispuesto a pedir un par de pistolas y batirse en duelo. Estaba en extremo furioso.

No sólo habían ofendido a su amigo delante de sus narices, sino que ahora se encontraban con que maltrataban a su mujer.

Georgiana tragó saliva.

—Yo estoy bien.

—No. No lo estás.

—Te estás equivocando, amigo mío —dijo Douglas poniéndose en pie con dificultad, sobándose penosamente el trasero. —No tienes ningún derecho a detenerme. Es mi esposa. Puedo hacer con ella lo que quiera.

—Douglas por favor.

—Tú cállate, perra. —No bien dijo esas palabras, fue lanzado de nuevo al suelo, y Georgiana tuvo que intervenir para que no se fueran a los puños allí mismo. Se puso delante de él y lo contuvo con todas sus fuerzas. Nathaniel parecía decidido a matarlo allí mismo.

—Nathe, detente, te lo suplico.

Fue el diminutivo el que lo detuvo. La niebla de ira que lo rodeaba pareció aclararse en un instante, y la miró con ojos brillantes. —Vamos a casa —le pidió. —Olvídate de él.

—¡No puedes! —exclamó Douglas volviendo a levantarse. —Ve y conversa con Harriet Lankford. Consigue una invitación a tomar el té en su casa. Es lo mínimo que puedes hacer por mí luego de todo lo que he hecho por ti.

—¿Lo que has hecho por mí?! —exclamó Georgiana girándose, y envalentonada quizá por la protectora presencia de Nathaniel tras ella, dio unos pasos hacia Douglas. —¿Qué exactamente has hecho por mí? ¿Pegarme? ¿Humillarme? ¿Someterme a tus... porquerías?

—Georgiana... —ahora era Nathaniel quien intentaba detenerla.

—¡Estoy harta de ti! —gritó. —¡Estoy harta! Prefiero morir que volver a someterme a ti. Ya deberías saberlo. ¡Prefiero morir! No vuelvas a pedirme nada que no quiera hacer, no vuelvas a hablarme, a tocarme, ¡ni siquiera a mirarme! ¡No sabes cuánto te odio! —Alguien puso una mano sobre su boca obligándola a callarse, y tardó en comprender que era el mismo Nathaniel.

—No te conviene ventilar tu odio en este lugar —dijo con voz suave. —Por favor, sosiega tu ira.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Georgiana, pero asintió. Su pecho subía y bajaba por la furia, pero comprendía que él tenía razón.

—Vamos a casa. Y a ti... —dijo mirando a Douglas con una dura advertencia —te recuerdo que todavía quedan tres semanas para que se cumpla el plazo. Siguen siendo treinta mil libras.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Cómo que...?

—Treinta mil libras —susurró Nathaniel abriendo grandes sus ojos, y una sombra siniestra

cincelo duramente su expresión. Douglas guardó silencio.

Y así, en silencio, vio cómo Nathaniel miraba a su mujer y la guiaba a la salida de la casa Robertson de la manera más discreta posible, la subía a su propio carruaje, y se perdían en la noche.

Todos estaban tan ensimismados en el espectáculo que acababa de ocurrir con Harriet y ese extraño invitado, que nadie notó que estos dos abandonaban la fiesta.

No, se dijo. No iba a pagar esas treinta mil libras. Al contrario, lo mataría luego de arrebatarse un hijo. Debía asegurarse de que Georgiana ya estaba embarazada, y entonces, procedería.

Tendría que consultar con Austin la mejor manera de deshacerse de alguien como él sin despertar sospechas. Seguro que se le ocurría algo brillante. Oh, él celebraría que por fin se hubiese decidido, le ayudaría gustoso.

Nathaniel Radcliffe pagaría muy caro la humillación de hoy.

Georgiana miraba a Nathaniel de reojo, mientras éste miraba por la ventana del carruaje el blanco paisaje exterior. Habían estado en silencio largo rato, y Georgiana asumía que él seguía furioso.

—Lamento lo del señor Smith —dijo con voz queda, y Nathaniel se giró a mirarla. Tragó saliva y meneó la cabeza negando.

—Él estará bien. Fue a esa fiesta sabiendo lo que ocurriría, así que... seguro es algo que se esperaba. O que hizo a propósito. Desde el principio supo quién daba la fiesta.

—Oh. —Ambos guardaron silencio otro largo trecho, y al final, Nathaniel dejó salir el aire y le tomó la mano. Pero no se la apretó con suavidad como hubiese esperado, sino que empezó a quitarle el guante. Georgiana se sonrojó.

—Qué... ¿qué haces? —cuando la mano estuvo desnuda, él la examinó, lo que desconcertó un poco a Georgiana que había esperado que hiciera otra cosa.

—Ese malnacido te hizo un moretón.

—Ah —ella retiró la mano y se la sobó. Era verdad, la zona de la muñeca estaba enrojecida, y dolía un poco. —Estaré bien.

—No debiste venir a esta fiesta. Maldición, no debiste casarte con ese hijo de perra desde un principio. —Georgiana se sorprendió por su vocabulario. Por lo general, delante de ella, no se expresaba así.

Luego sonrió.

—Sí. Debí casarme contigo la primera vez que te vi. —Él la miró confundido. —Tenía doce en ese entonces, pero tú no lo recuerdas. Fue allí que me enamoré de ti, pero nunca le habrías prestado atención a una niña como yo cuando tú ya eras un hombrecito.

—¿Nos conocimos antes? —ella asintió, pero él tenía el ceño fruncido. —¿Cuándo fue eso? De verdad, no lo recuerdo. —Georgiana suspiró, y el resto del camino lo aprovechó para contarle esa vieja historia. Él, afortunadamente, parecía de mejor humor.

Un par de días después de la fiesta, una nota llegó a Avondale Hall para Celestine. Era Douglas Henderson pidiéndole que le enviara un informe acerca de la salud de Georgiana, pero ella supo qué era lo que en verdad quería saber.

Nerviosa, escondió el pedazo de papel entre sus ropas, e intentó seguir el día como si nada, pero entonces fue llamada al despacho de Nathaniel. Por supuesto, él se había enterado de que había recibido un mensaje.

Nathaniel la miró dándole tiempo para demostrar su lealtad, pero Celestine estaba teniendo dificultades para mantener la serenidad. Sabía que lo mejor para Georgiana sería que Nathaniel se hiciera cargo de todo, pero estaba la pequeña cuestión de que él no era su esposo, y en cualquier momento este idilio podía terminar y su señora estaría más desamparada que nunca.

—Entonces, ¿eres una espía de Henderson?

—¡No, señor! —exclamó Celestine asustada. Nathaniel la miró de manera significativa. —Tengo miedo por ella, señor. No tiene a nadie.

—Me tiene a mí.

—Usted no es su esposo —contestó de inmediato—. Tarde o temprano ella tendrá que volver a esa casa, y allí no podrá protegerla... Usted no sabe... Usted no se imagina todo lo que ha tenido que pasar. —Los ojos de Celestine se humedecieron y la voz se le quebró. Ella tragó saliva intentando dominar sus emociones, pero Nathaniel siguió impertérrito.

—¿Qué dice el mensaje, Celestine? —Ella cerró los ojos. Respiró hondo varias veces, y, resignándose, contestó.

—Él pregunta por la salud de la señora. —Nathaniel soltó una risita incrédula y miró a otro lado sintiéndose decepcionado. Al ver que no le creía, Celestine se adelantó unos pasos y dejó sobre el escritorio la nota que había recibido.

Nathaniel la tomó y leyó por sí mismo lo que contenía. Una simple pregunta: ¿Cómo está la salud de Georgiana?

Enarcó una ceja mirando a Celestine. Quizá había un mensaje subyacente en esa simple pregunta, y Celestine se encogió de hombros.

—Entiendo —murmuró. —Entonces, Henderson quiere saber si Georgiana está embarazada. —Celestine no le sostuvo la mirada, y guardó silencio. Nathaniel dejó salir el aire. —Dile que sí. —Eso sorprendió a Celestine. —Dile que sospechan que sí. Que deben esperar un tiempo. Convince a tu señora para que sostenga la mentira.

—Pero, señor...

—Si él cree que ella está esperando, no le hará daño, al menos, hasta que se compruebe la verdad. Sea que se quede aquí... o que vuelva a su casa, ella estará a salvo mientras exista la sospecha.

—Pero si llega a ser que no...

—No podrá acusarla por algo que no es su culpa.

—Usted no lo conoce.

—Yo estoy a cargo —dijo, lo que dejó en silencio a Celestine. Con eso, le estaba diciendo que él se haría responsable de lo que sucediera a consecuencia de aquella mentira. —Respóndele a Henderson pronto... debe estar nervioso. —Celestine asintió, y sin añadir nada más, salió del despacho.

Georgiana vio con nerviosismo cómo se acercaba el momento en que tendría que volver a la casa de su esposo. Una tarde nevada, en donde todo el paisaje se cubría de blanco, miró a través de la ventana pensando en si acaso debía poner de excusa el mal tiempo para quedarse una semana más. Llevó sus manos al vientre deseando con todas sus fuerzas, rogando con toda su fe, haber concebido.

—¿Te sientes bien? —preguntó la voz de Nathaniel desde la puerta. Ella se giró a mirarlo quitando sus manos y sonriendo un poco forzada.

—Ah... no. Quiero decir, sí... Es sólo que... no ha dejado de nevar en todo el día.

—Está siendo un invierno especialmente frío —dijo él acercándose a ella, y mirando a través de la ventana guardando un extraño silencio. Georgiana esperó que dijera algo más, pero se quedaron así otro rato.

—¿Está todo bien? —preguntó ella al fin. Él la miró extrañado. —Pensé que estarías ocupado.

—Lo estoy. Pero —él señaló la nieve, —no se puede salir así. —Ella sonrió.

—En tardes así, apetece sentarse frente al fuego, beber algo caliente, y contar historias. —Él sonrió.

—Recuerdo que eso hacíamos... A mamá le gustaban las historias de espanto... y nos contaba historias bastante tétricas en temporadas como esta. —Georgiana se sorprendió porque él le estuviera compartiendo un recuerdo de su familia, pero guardó silencio y lo dejó seguir. —Adeline se asustaba mucho —sonrió él, pero al segundo, esa sonrisa se tornó triste. —Pronto tendrás que volver a tu casa, Georgiana —dijo él, y el cambio de tema tan brusco la dejó un poco

patidifusa por unos segundos. —¿Quieres volver?

—Sabes que no —contestó ella de inmediato. —Sabes cuál es mi deseo al respecto. Pero... no hay nada que pueda hacer. No tengo poder, sólo me queda... —ella volvió a llevarse las manos al vientre, pero al ver la mirada de él, se corrigió. —Si me voy de aquí... no volveré a verte, Nathaniel. Lo sabes, ¿verdad? —Él asintió, pero no dijo nada, no le prometió que la salvaría, que se quedaría a su lado por siempre.

Georgiana apretó los dientes y volvió a mirar la nieve caer.

Por supuesto, aquella temporada con él había sido especial sólo para ella.

Jacob Smith guardó silencio cuando se dio cuenta de que no tenía oyente. Hacía rato que Nathaniel Radcliffe, que iba a caballo a su lado, había dejado de escucharlo elevándose en sus propios pensamientos.

Volvían de hacer diligencias en la ciudad, él había insistido en ir a caballo y no en carruaje, pues le apetecía ejercitarse, y afortunadamente el día no estaba demasiado frío.

Intuía más o menos qué lo tenía distraído, pero no expresó su opinión. Sabía mejor que nadie que, en cuanto a mujeres, era mejor darse los golpes necesarios para abrir los ojos, pues los consejos serían completamente desoídos.

Por otro lado, no se sentía con la cercanía suficiente como para compartir su sabiduría al respecto.

El silencio se prolongó largo rato, y al fin, Nathaniel lo miró. Jacob sonrió.

—Lo siento —dijo Nathaniel realmente apenado. —He estado un poco distraído estos días.

—Si esas preocupaciones no te producen dinero, deséchalas. —Nathaniel sonrió.

No producían dinero, al contrario, pensó.

Dejó salir el aire y miró alrededor dándose cuenta de que ya habían avanzado bastante y miró al cielo tratando de deducir qué hora era. Sin embargo, de repente, de entre los árboles que bordeaban el camino salió una decena de lo que claramente eran asaltantes, con aspecto desaliñado y sucio. El ruido de unos cascos le advirtió que por el recodo del camino venían más, y a caballo, lo que les dificultaba la huida.

Nathaniel se vio rodeado de hombres con la clara intención de atacarlo, y lamentó no haber llevado un arma. Pero entonces vio a Jacob sacar de su chaqueta una pistola, apuntar, y disparar. Aquello dispersó a los atacantes, que, al parecer, no esperaban que sus víctimas tuvieran tales armas de fuego.

—Vámonos de aquí —gritó Jacob, y no tuvo que repetirlo. El ruido del disparo había asustado a sus caballos y Nathaniel tuvo que usar toda su fuerza para controlarlo. También Jacob estaba teniendo dificultades, y en ese intermedio volvieron a ser rodeados.

Maldición, se dijo Nathaniel entre dientes. ¿Desde cuándo este camino estaba infestado de asaltantes?

Los cascos de su caballo rompieron la crisma de uno de los hombres, y Nathaniel sonrió al comprender que si bien no tenía una pistola, su montura en sí era un arma letal, y empezó a guiarlo para deshacerse de los forajidos.

—¡Ya basta! —gritó uno de ellos, y Nathaniel lo vio en su montura tratando de preparar un mosquete.

—¡Jacob! —gritó Nathaniel con fuerza, y éste le apuntó con el arma. El ruido del disparo volvió a desatar el caos, y el hombre cayó al suelo dejando el mosquete abandonado.

—Vámonos de aquí —gritó Jacob. Nathaniel no hizo comentario alguno por la puntería de Jacob, ni la habilidad que tenía para preparar un arma en medio del caos y a lomos de un caballo.

nervioso. Había dado de baja a dos asaltantes y Nathaniel, estaba seguro, había dejado inhabilitado a otro.

Dieron la vuelta a sus monturas, aún nerviosas, y los espolearon para iniciar la carrera.

Se escuchó un nuevo disparo, esta vez del mosquete, y Nathaniel vio a Jacob quejarse mientras la sangre salía de su hombro derecho. Lo habían herido, estaba perdiendo sangre, pero ambos sabían que era más peligroso detenerse.

—¡Dame el arma! —le gritó Nathaniel extendiendo el brazo. A Jacob se le dificultaba hacerle caso, pues tenía el brazo herido, pero como pudo, se la pasó.

Mientras galopaba, Nathaniel recargó el arma. Con todo el cuidado que pudo para no dispararse a sí mismo o a su caballo, se giró y le apuntó al hombre que cabalgaba tras ellos con el mosquete en la mano. Cargar y apuntar con un mosquete era más difícil que con una pistola, así que tenían la ventaja. Darle a un objetivo en movimiento mientras él también lo estaba lo era más, quizá por eso el hombre le sonrió confiado.

Pero Nathaniel tenía muy buena puntería, y le dio justo en el pecho. El hombre cayó de su montura, aunque no del todo, sino que un pie le quedó enredado en el estribo y era arrastrado por el caballo.

El suyo y el de Jacob, asustados, parecían más bien volar, tomó firmemente las riendas y guio el suyo hacia su casa, a terreno seguro.

Cuando comprobó que ninguno los seguía, pudo relajarse un poco, y miró a Jacob, que se mantenía despierto a duras penas, y con una mano, intentaba restañar la sangre que salía de su hombro.

Cuando los guardias de Avondale Hall los vieron llegar en esas condiciones se asustaron enormemente. De inmediato les prestaron auxilio, y Jacob fue llevado al interior de la mansión.

—¡Un herido! —gritó Celestine entrando a la sala donde Georgiana tomaba el té con Jena. — El señor ha regresado. Parece que los asaltaron en el camino. ¡Hay un herido!

Georgiana no se detuvo a preguntarse si acaso el herido era Nathaniel, sino que de inmediato dejó la taza de la que bebía y salió disparada al exterior. Vio cómo desde la entrada de las cocinas era ingresado Jacob Smith, con la ropa empapada en sangre, y era llevado con cuidado a una habitación de huéspedes. No era Nathaniel se dijo, pero no lograba encontrarlo entre los caballeros. Lo encontró afuera dando órdenes, despachando a uno de sus hombres para ir a buscar al médico Dover.

—¿Qué sucedió? —preguntó Georgiana muy pálida. Nathaniel se giró a mirarla, como si de repente hubiese olvidado que ella estaba aquí.

—No lo sé —dijo mientras se pasaba la mano por los cabellos. —Fuimos asaltados... pero los asaltantes... —Georgiana abrió grandes los ojos. Pudo imaginar lo que seguía, pero Nathaniel se quedó pensando, analizando la situación.

No habían sido asaltantes. Nunca les pidieron que les entregaran el oro o los objetos de valor que llevaban consigo, sino que iniciaron el ataque de inmediato.

Nathaniel no dijo nada más y volvió a entrar a la mansión. Comprobó que su amigo estaba siendo atendido con cuidado y no se sorprendió cuando éste se negó a que lo acostaran en la cama, sino que lo dejaran en una silla.

—Si te desmayas, necesitarás la cama.

—No me voy a desmayar.

—Oh, yo creo que sí. —Jacob levantó la mirada al ver a Georgiana entrar en la habitación. Uno de los lacayos le quitaba la chaqueta y la camisa para poder examinar la herida, y Nathaniel,

no queriendo que ella se impresionara con tales vistas, intentó guiarla afuera.

—¡Sean un poco más delicados! —los regañó ella, y se acercó a Jacob espantando a los criados. —Traigan unas tijeras, o un cuchillo.

—¿Qué vas a hacer?

—Esa ropa no le servirá más, de todos modos —dijo Georgiana con voz contundente. —Y si acaso mancha un poco la cama y el colchón con su sangre, creo que el señor Radcliffe tiene dinero para reponerlo. —Jacob la miró elevando los ojos, y meneando la cabeza, sonrió.

Alguien le pasó unas tijeras y Georgiana se hizo cargo. Vio el orificio por el que había entrado la bala y fue cuidadosa. Nathaniel la miraba un poco sorprendido porque ella guardara la compostura ante una vista como esta.

Bueno, se dijo. Tenía experiencia con las heridas y el dolor.

—El proyectil está dentro.

—Ya Dover viene en camino.

—Vamos, a la cama —dijo Georgiana tomando su brazo sano y obligándolo a moverse. Jacob se quejaba, pero se vio indefenso ante ella. —Si se desmaya, será más difícil moverlo. Consciente o no, va a terminar en ella, así que ayúdenos un poco. —Jacob la miró con ojos de pocos amigos.

—Iré a prepararle un té. Láudano. Va a necesitarlo. —Nathaniel asintió, y la vio salir de la habitación. Una criada llegó con una palangana de agua tibia y paños, y otro lacayo empezó a limpiar la piel alrededor de la herida. Jacob seguía sentado al borde del colchón, luchando contra sí mismo para no perder la consciencia.

—Mierda —murmuró cuando, sin querer, fue lastimado por el chico que lo limpiaba, y dejándose caer a un lado, al fin perdió la consciencia.

—Vaya que eres terco hasta en esto —masculló Nathaniel.

Dover llegó rato después. A Georgiana le parecía que se había tardado una eternidad, y estuvo presente durante la operación para sacarle el proyectil del hombro a pesar de que Nathaniel se había opuesto a la idea. Sin embargo, había notado que ella se preocupaba por él de manera auténtica, como si de un familiar se tratase, y no pudo evitar sentir una pizca de celos.

Jacob no volvió a despertar en un buen rato, la pérdida de sangre lo mantendría inconsciente y débil por largo rato. Georgiana estuvo pendiente la primera noche por si le subía fiebre, y aunque tuvo temperatura, fue más o menos fácil de controlar.

La segunda noche, ya no tuvo fiebre, y Jacob despertó más tiempo y más veces. Empezaba a recuperarse.

—¿Qué pasó? —le preguntó Georgiana a Nathaniel. Nathaniel la observó. Aunque ella no había dormido del todo bien ese par de noches, no tenía ojeras como cuando llegó a esta casa luego de esa fiesta. Su piel era lozana. Ella estaba hermosa.

Extendió una mano a su rostro y le tocó la mejilla. Georgiana se quedó asombrada ante ese gesto. No había nadie más que sus doncellas alrededor, pero él nunca había dado muestras de afecto delante de nadie.

—Nathe...

—Me encanta que me llames así —sonrió él. Parecía cansado. Además de ayudar a su amigo, había estado yendo y viniendo del centro de la ciudad. Georgiana lo vio traer agentes de la milicia, que habían escuchado el testimonio de parte suya y de Jacob. Él había estado muy ocupado últimamente.

Cuando ella no dijo nada, y sólo lo miró esperando, Nathaniel respiró hondo.

—He puesto un denunció como un ataque a mi persona... —dijo— y he tenido que presentar a Jacob como uno de mis hombres para que la gravedad del ataque no sea pasada por alto.

—Entiendo —respondió Georgiana. Al ser Jacob un plebeyo, sin ascendencia, ni renombre, seguramente desoirían el pedido de ayuda. No así con Nathaniel Radcliffe, un aristócrata, sobrino de una vizcondesa.

—La milicia se hará cargo del asunto, y empezarán a recorrer los caminos buscando señales de los forajidos.

—¿Pero a quién crees... que atacaron realmente? ¿A ti o a Jacob?

—No lo sé. Ellos no distinguieron, simplemente, atacaron y ya. No creo que Jacob tenga enemigos, pero...

—Tú tampoco los tienes. —Él guardó silencio. Frunció el ceño y la miró.

En verdad, ¿no tenía enemigos?

Tal vez la agitación de estos días, la preocupación y todo lo demás, le habían impedido pensar con claridad.

Él, ciertamente, tenía un enemigo.

Uno que recientemente había mandado a preguntar si Georgiana estaba embarazada. Seguramente le habían contestado afirmativamente, y por eso tuvo las agallas para intentar eliminarlo.

Si lo eliminaba, se quedaría con el bebé, y no tendría que pagar treinta mil libras.

Sonrió de medio lado.

—No, —mintió— no tengo enemigos.

Sebastien Chevalier miró la mansión de Avondale Hall sin pizca de asombro por su tamaño e imponencia, sólo estaba molesto por tener que afrontar la luz del día con pocas horas de sueño y ni un solo trago de licor.

Bajó de su carruaje y siseó como un vampiro cuando la pálida luz invernal tocó su cuerpo. Esto era inhumano. Ni siquiera era amigo de Jacob. ¿Por qué estaba aquí? ¿Quién se creía Nathaniel Radcliffe para convocarlo a su casa?, y a estas inhumanas horas del día. Sin haber bebido siquiera un café. ¿Por qué no bebió café antes de venir? ¿O media botella de whiskey?

Entró a la mansión, y otra vez, el enorme vestíbulo, el piso ajedrezado, las lámparas colgantes... nada le hizo girar la cabeza, pero ah, cuando vio a la hermosa diosa griega bajar por las escaleras, se detuvo al fin.

Era Hera. O tal vez Deméter. ¿Perséfone?

No lo sabía. Sólo supo que era rubia, curvilínea, de enormes ojos azules, rostro perfecto, pechos perfectos, y totalmente seductora.

¿Qué hacía aquí esta delicada ensoñación?

—¿Quién sois, mi hermosa señora?

Georgiana arrugó un poco el entrecejo al verse interpelada de esta manera. El caballero en el vestíbulo parecía querer representar alguna obra teatral hablando de manera afectada. Sonrió.

—Esa pregunta debería hacerla yo, señor.

—Oh. Soy Sebastien Chevalier. A sus pies.

Era guapo, juzgó Georgiana. Alto, piel blanca. Muy blanca. Parecía que hacía tiempo no tomaba el sol. El cabello negro largo le hacía parecer un pillo, atado con una cuerda fina de cuero a la altura de la nuca. Su ropa era elegante y llamativa, y llevaba en su mano derecha un fino bastón, lo cual debía ser más una moda que una necesidad, pues era obvio que era un joven saludable sin problemas para andar solo.

Los ojos eran oscuros, y junto a su acento y su nombre Georgiana entendió su origen. Era un pillo guapo francés. Otro amigo extraño de Nathaniel.

—¿Qué estás haciendo, Sebastien? —preguntó la voz de Nathaniel apareciendo en el vestíbulo. Sebastien ni siquiera lo miró, seguía con los ojos clavados en Georgiana.

—Seducir a una preciosa dama que ha cautivado mis ojos con su nívea belleza.

—Esta preciosa dama es Georgiana... —contestó Nathaniel deteniéndose justo antes del apellido, como hacía siempre. —Georgiana Henderson.

Los nublados ojos de Sebastien parecieron aclararse al escuchar aquello. Dejó de mirar por fin a Georgiana y se giró a Nathaniel, y de repente rompió en risas.

—Ahora entiendo todo.

—Cierra tu sucia boca.

—Fue un exquisito placer conocerla, mi preciosa señora. Rogaré a los cielos para que vuelvan a concederme la fortuna de volver a tropezar con vos.

—No eres sincero —se burló Georgiana.

—Oh, lo es —contestó Nathaniel, pareciendo molesto. —Lo dice absolutamente en serio. El problema es que le dice lo mismo a cada mujer hermosa que ve.

—Me debo a todas —admitió Sebastien. —Dios me dio tal misión.

—Deja de mencionar a Dios. Sígueme.

—Reina mía, hasta la próxima. —Georgiana lo vio dar media vuelta y seguir a Nathaniel hacia la habitación donde reposaba Jacob, y no pudo evitar volver a reír. Qué hombre tan extraño y divertido, pensó.

Sin dedicarle otro pensamiento, siguió hacia las cocinas para ocuparse del desayuno de Jacob. Nadie le había encargado tal tarea, pero al no tener él familiares, casi sentía que era su deber.

Él ahora era capaz de permanecer despierto más tiempo y sostener conversaciones. Le habían descrito otra vez, entre los dos, cómo había sido el asalto. Jacob se había mostrado impresionado porque ella no había roto en llanto al oír los detalles, ni se había impresionado demasiado. Las señoras eran de oídos delicados, o eso había creído él toda la vida.

—Hay invitados con el señor Smith —dijo la señora Wilson.

—El señor Chevalier seguro querrá café. ¿Él... ha estado aquí antes? —las mujeres de las cocinas negaron. —Sin embargo, el señor Radcliffe lo trató con familiaridad.

—He oído que es un tahúr —dijo Lenia, una ayudante de las cocinas. —Un jugador empedernido... y mujeriego. Tiene una fama terrible.

Georgiana no respondió a aquello. Eran chismes, de todos modos.

Sin embargo, seguro que Nathaniel sabía de esto, y aun así, invitaba a un hombre así a su casa.

—Es más que claro quién fue —bufó Sebastien dejándose caer pesadamente en un mueble de la habitación donde Jacob se recuperaba. Éste seguía con el hombro inmovilizado por las vendas, usando una gruesa bata de Nathaniel, recostado en la cama.

Al otro lado, Nathaniel permanecía de pie, recostado en una cómoda, con los brazos cruzados y mirando al suelo mientras pensaba profundamente.

Le habían relatado a Sebastien todo lo sucedido durante el ataque, y entre los tres, ataban cabos acerca del responsable, y proponían el paso a seguir.

—¿Quién? —preguntó Jacob. Sebastien sonrió de medio lado.

—Douglas Henderson —contestó Nathaniel antes que Sebastien sin moverse de su lugar. Parecía taciturno, molesto.

—Es evidente que no quiere pagar las treinta mil libras —sonrió Sebastien.

—Pero su esposa está aquí. Él debería pensar que tú puedes tomarla como rehén si hace algo que no te gusta.

—Georgiana Henderson no está aquí en calidad de rehén —aclaró Nathaniel. —Es mi invitada.

—Y no olvides que a él le gusta que esté aquí. Le conviene. Recuerda cuál es su propósito. La apuesta y los treinta mil no fueron más que una excusa para acercarse a Radcliffe.

Jacob frunció el ceño. No era un hombre con oídos delicados, y, ciertamente, la virtud de las damas no era un tema que le quitara el sueño. Pero había conocido a Georgiana, había tratado con ella, y no podía evitar sentirse algo molesto por el trato que se le daba. Su marido, pensaba, quien debía cuidarla más, la exponía a todo, incluso a ser el objeto de estas conversaciones.

No podía ser tonto y pensar que Nathaniel la había tratado con estricta caballerosidad. El aire entre ellos era íntimo, la mirada de ella era la de una mujer enamorada; lo había notado en estos cortos días hospedado aquí. Ella era gentil y lo cuidaba como si de un familiar se tratara, trayéndole las medicinas, velando porque comiera saludablemente y a horas. Por su parte, la expresión de Nathaniel era difícil de descifrar.

—Hace poco, Henderson envió una nota preguntando por el estado de Georgiana. Obviamente, quería saber si está embarazada.

—¿Y lo está? —preguntó Sebastien mirándolo de reojo. Nathaniel meneó la cabeza.

—He tomado medidas para evitarlo.

—¿Qué? —preguntó la voz de Georgiana desde la puerta, y los tres hombres se crisparon al oír su voz, enderezándose en sus puestos, y demostrando nerviosismo al no saber qué hacer con las manos.

Sebastien fue el primero en recomponerse. Se puso en pie y miró directamente a Georgiana.

—Saludos, reina.

—¿Hiciste algo para impedirme concebir, Nathaniel Radcliffe? —preguntó Georgiana ignorando a Sebastien y mirando a Nathaniel fijamente. A Nathaniel se le ensombreció el semblante. Apretó los labios y guardó silencio.

Georgiana miró entonces a Jacob con ojos inquisitivos, pero éste no le sostuvo la mirada, y luego miró al recién llegado, Sebastien, pero él sólo elevó una ceja.

—Te salvaba la vida —dijo.

La tranquilidad con que fueron dichas esas palabras rebosó la ira de Georgiana, que apretó los dientes y miró de nuevo a Nathaniel.

—¿Es así? —preguntó con voz sibilante, extrañamente baja.

Nathaniel se rascaba la nuca y se movía como si buscara algo que decir, pero que no

encontrara palabras empeoraba para ella la situación. Había hecho algo que sabía que iba en contra de sus deseos, y lo había hecho a conciencia.

Sintió vergüenza, porque su intimidad estaba siendo expuesta entre tres hombres a sus espaldas. Sintió ira, porque habían jugado con su vida y su destino, sus deseos y anhelos, una vez más, pero esta vez era peor, porque la traición venía de parte del hombre que ella creyó sería el único que jamás la traicionaría.

Respiró hondo, dos, tres veces, mientras el silencio se prolongaba en la habitación. O tal vez era sólo un segundo que a ella se le hacía eterno; miró a la ayudante de cocina que arrastraba un carrito con aperitivos para el invitado y un desayuno para el enfermo. Lenia, que había escuchado el intercambio de palabras entre los señores, miraba hacia abajo, en silencio, muy pálida.

Todos sabían todo, comprendió Georgiana, y su vergüenza no hizo sino acentuarse. Sí, era natural que los criados se enteraran de las idas y venidas de los señores, pero no imaginó que su intimidad y su dignidad también fueran el tema de conversación entre los amigos de Nathaniel.

No dijo nada, sólo apretó los labios y salió de la habitación.

Los ojos se le humedecieron mientras avanzaba.

Y ahora, más allá de que su vida fuera ventilada de esta manera, estaba la verdadera cuestión; no estaba embarazada, ni iba a estarlo, porque Nathaniel había tomado medidas para impedirlo. Él no había tenido problemas para meterla en su cama, hacerla su mujer, gozar de su cuerpo; en cambio, sí que le era una molestia cumplirle el único deseo que ella tenía: un hijo.

Se sentía tan traicionada, tan molesta, tan herida.

Había sido usada, y lo peor, es que ella se lo había buscado.

Tal vez era demasiado para él darle su semilla. No el sexo, ni las noches con ella; eso sí lo había prodigado con pasión, pero un hijo no. Su linaje valía demasiado.

Se limpió las lágrimas y entró en su recámara sintiéndose furiosa. Jena la vio entrar y detuvo lo que hacía mirándola un poco sorprendida.

—¿Sucedio algo?

—No estoy embarazada.

—Ah. ¿Acaso...?

—No lo estoy... ni lo estaré. Acabo de escuchar a Nathaniel decir... que tomó medidas para impedir embarazarme. ¿Qué me dio, Jena? ¿Por qué...? ¿Por qué me hizo esto? —Georgiana rompió en llanto en el instante, como si un dique de lágrimas hubiese sido contenido a duras penas hasta ahora. le costaba respirar, le costaba hablar.

—Pero qué...

—Acabo de escucharlo decir... ¡delante de sus amigos!, que no estoy embarazada... ¡porque tomó medidas para impedirlo! ¡Nathaniel! ¡Ese Nathaniel! —Jena, aún confundida, se sentó a su lado en el diván y no supo qué hacer, si tocarla, consolarla, o sólo escucharla. Mientras tanto. Ella se sacudía por el llanto y se deshacía en lágrimas.

Y tenía que decir que nunca la había visto así.

Ni cuando le pegaron, o la abusaron; ni cuando, malherida, salía del cuarto de los arneses lastimada y rota. En esas ocasiones simplemente se quejaba de dolor, dejaba la mirada en blanco por horas, y lloraba, sí, pero no de esta manera.

Es porque ella no se había enamorado de Douglas Henderson. Nathaniel, en cambio, sí que había tenido el poder de destrozar su corazón.

—Averiguaré qué hizo para impedirle embarazarse —dijo. Algo tenía que decir; algo tenía que hacer. —Si es un té o algo, ya no se lo tomará más.

Georgiana no la estaba escuchando. Tenía su cintura doblada y lloraba ocultando el rostro entre sus manos. La desesperación empezaba a abrumarla.

—Si para de tomar sea lo que sea que le estén dando, entonces.

—¡Entonces qué! ¿Crees que quiero volver a estar con él por lo que me resta de vida? ¡No quiero volver a verlo! ¡Es un canalla, no es más que otro maldito! —Su voz fue interrumpida por un toque en la puerta. Georgiana se puso en pie completamente crispada. —Si es él, no quiero verlo.

—Tal vez necesiten hablar.

—No quiero. No soportaré verlo. Me echaré a llorar y... —Y en el momento, Georgiana volvió a llorar. Era evidente que aún no lograba controlar sus emociones, mucho menos sus sentimientos.

—Georgiana, soy yo —dijo la voz de Nathaniel afuera. —Hablemos.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Georgiana ignorando la voz de Nathaniel. Empezó a dar vueltas por la habitación abriendo el armario y los arcones donde estaban sus cosas.

—A... ¿A dónde? —la pregunta de Jena dejó quieta a Georgiana. Sin un hijo, volver a la casa Henderson era como ir directo a la muerte. Las mejillas de Georgiana se pusieron aún más pálidas.

Su plan de irse a una cabaña bien lejos, y cuidar de ese niño por al menos siete años en paz se acababa de esfumar. Todos los proyectos que había hilvanado con base en su concepción empezaban a romperse de uno en uno.

¿Qué iba a hacer? ¿A dónde iba a ir?

—Georgiana, por favor —insistió la voz de Nathaniel tras la puerta.

Sintiéndose sin aire, Georgiana caminó hacia la ventana y miró con ojos vacíos la nieve que todo lo cubría.

En su raptó de ira, había olvidado el detalle más importante: no tenía a dónde ir. Ya no había planes, ya no había esperanzas.

No le esperaba nada allá afuera, más que sufrimiento y dolor.

Todo por el egoísmo de Nathaniel.

Si bien él no le había prometido que le daría un hijo, había sido un acuerdo tácito, ¿no? Ella se lo dejó claro desde el principio. Desde el día cero le había dejado claras sus intenciones, su necesidad.

Tontamente, había creído que cuando él accedió a yacer con ella, estaba también accediendo a complacerla en lo que le pedía.

Pero él nunca lo dijo, nunca lo aceptó.

Tonta, tonta.

Cuán estúpida había sido.

Otra vez había creído en la buena voluntad de un hombre, y otra vez era traicionada.

Respiró hondo una y otra vez sintiendo que debía contenerse. No podía simplemente romper en llanto otra vez. No tenía tiempo, además, y si empezaba a llorar otra vez, estaba segura de que no pararía en meses.

Y esta no era su casa; pronto debía abandonarla. Los tres meses que se habían acordado para su estancia aquí ya habían pasado.

—¡Georgiana, si no abres, tiraré abajo esta puerta! —exclamó Nathaniel.

Quiero ver eso, pensó Georgiana.

No era culpa de Nathaniel, pensó. Era culpa suya, sólo suya. Sin haber aclarado bien las cosas, sólo suponiendo que él la acompañaría en su deseo, se entregó a él. También se debía a

que estaba enamorada, y por eso se abandonó a sus brazos todo este tiempo.

Por supuesto, un encumbrado señor como Nathaniel Radcliffe, con familiares nobles, padres aristócratas, escandalosamente rico, jamás le daría un hijo bastardo a una plebeya sin nombre ni abolengo como ella, una que, además, estaba casada con otro hombre. ¿En qué había estado pensando?

No, no era culpa de él.

Georgiana se secó las lágrimas con las manos, respiró profundo varias veces, y le dio a Jena la señal para que abriera la puerta.

Nathaniel entró como un ventarrón, y en unos pocos pasos se ubicó frente a ella.

—Tenemos que hablar. Necesitas entender qué y por qué lo hice. Georgiana, no puedes...

—No importa —dijo ella interrumpiéndolo.

—Sí importa, maldición. No lo hice de manera arbitraria. Estaba cuidando de ti.

—No importa —repitió Georgiana. —Tú, de todos modos, nunca me prometiste nada.

—Diablos, no. No se trata de esto. Sólo trata de imaginar qué habría pasado si...

—Me iré de tu casa y dejaré de ser una molestia para ti —volvió a interrumpirlo ella.

—No es necesario. Nunca fuiste una molestia...

—Dos días serán suficientes, ¿verdad, Jena?

—Sí, señora. Pero tal vez deba escuchar al señor...

—¿Qué voy a escuchar? Se acabó el tiempo. Los tres meses ya se cumplieron. Es hora de que me vaya.

—¡Te estoy diciendo que cuidaba de ti! —exclamó Nathaniel exasperado. Ella no lo estaba dejando hablar. —Piensa en lo que habría sucedido si de verdad tenías un hijo mío.

—Me habría salvado la vida.

—¡No! —gritó Nathaniel. —Lejos de eso, habría sido un rehén de ese monstruo. No podía permitir que...

—Vete de mi habitación. Ya sé que es tu casa, pero este es mi espacio privado. Pronto lo desocuparé, pero mientras esté aquí, no puedes entrar y salir como quieras.

—¡Georgiana, por Dios! ¡Escúchame! Lo que te estoy diciendo es algo que analicé profundamente. ¿De verdad creías que ese hombre te iba a permitir irte lejos con un niño al que necesita tanto? ¡Tu vida habría sido aún peor! —Georgiana lo miró haciendo un gesto de desprecio.

—Douglas al menos no miente. No finge. Me odia, odia a las mujeres, y sé a qué atenerme con él. Tú eres peor que él. —Aquellas palabras hirieron directamente el corazón de Nathaniel. Ella lo estaba diciendo totalmente en serio, totalmente convencida. —Sé lo que me espera con él, y sé cómo lidiar con eso. Pero tú, Nathaniel, sonríes y eres gentil, pero por la espalda clavas el puñal.

—Dios, no. Por el contrario...

—¿Y por qué no me compartiste tus planes de no tener un hijo conmigo? Porque sabías que se acabaría este idilio, ¿no es así? Porque sabías que era lo único que quería de ti.

Nathaniel tragó saliva.

¿Lo único?, se preguntó mirándola fijamente. Ella sabía perfectamente que esas palabras estaban calando hondo.

—Si le dieras a ese bastardo el hijo que tanto necesita, lo habría usado para hacerte aún más daño —insistió Nathaniel. Tenía que hacerlo, aunque las palabras de ella fueran crueles. —Te habría chantajeado con él; tu vida, que hasta ahora fue mala, habría sido aún peor. Si lo piensas, llegarías a la misma conclusión.

—Oh. ¿Eso pensaste? ¿Y por eso tomaste una decisión tan unilateral?

—Me contaste todo lo que él te hizo pasar, y en juego sólo estaba tu vida; era lo único que tenías que perder y mira todo lo que te hizo. ¿Qué habrías sacrificado si a cambio estaba la vida de tu hijo? —Georgiana sonrió, una sonrisa llena de desdén y desprecio.

—No tienes idea de nada. Tan débil me crees. ¿Por qué no pensaste, mejor, que ese hijo iba a ser mi rehén, no el de Douglas?

—Porque no eres así; lo habrías amado por ser tu hijo. Habrías sido capaz de sacrificar lo que sea por su bienestar.

—Ya no quiero escucharte. He decidido que no quiero tener más tratos con un tramposo como tú.

—No hice trampa.

—Ah, cierto. Nunca prometiste nada. ¿Qué eres entonces? ¿Cómo te clasifico?

—Georgiana...

—No. Es verdad. Tienes toda la razón y no debería discutir porque he llegado a la misma conclusión. Tú eres inocente. La estúpida aquí fui yo que se imaginó todo. No cabe duda de que toda la culpa es mía, así que permíteme irme de tu casa con la poca dignidad que me queda y hacer como que aquí nunca pasó nada. Déjame lamerme las heridas en un sitio lejos, porque me estoy muriendo de vergüenza. —Él extendió los brazos para tomarla a ella por los suyos y retenerla, pero Georgiana dio varios pasos atrás impidiéndoselo.

Él dejó caer los brazos y la miró en silencio. Ella no lo estaba escuchando, no estaba dispuesta. Lo peor, es que, a pesar de haberle explicado sus razones, ella no lo perdonaba.

¿Qué más podía decir? No podía dejarla ir así.

¿Y si le revelaba que había descubierto que era Douglas quien había enviado a esos forajidos a matarlo?

Eso no cambiaría el estado de las cosas entre los dos.

—Quédate un tiempo más —le pidió en voz baja, mirándola fijamente. —Puedes hacerlo.

—Pero ya no quiero.

—¿Y a dónde irás?

—Ese no es su problema, señor Radcliffe.

—Georgiana, por Dios. Deja a un lado tu terquedad y sé práctica. Ese hombre no se limitará sólo a golpearte, ahora estará furioso...

—Sí, lo estará. Porque no volví embarazada. Pero ese es mi problema, no el tuyo.

—Dios, no seas así. Déjate ayudar.

—Ya me dejé ayudar por ti una vez —dijo ella entre dientes. —No salió muy bien, ¿verdad? —Nathaniel guardó silencio otra vez. Tragó saliva, se rascó la nuca, apretó los dientes, pero no dijo nada. —Vete —pidió ella. —Tengo que prepararme para mi partida.

—No te irás. No lo puedo permitir.

—¿Quién te crees que eres para impedírmelo?

—El dueño de esta casa —Georgiana se echó a reír. Fue una risa estridente y hueca, lo miraba y se reía.

—Sí. Eres el dueño de esta casa, no el mío. Le recuerdo, señor Radcliffe, que no soy nada suyo. No hay ley que le permita retenerme aquí. —Con un músculo latiendo en su mejilla, Nathaniel la miró negando, y sin decir nada más, dio la media vuelta y salió de la habitación.

Ordenó a todos en Avondale Hall impedirle a Georgiana salir. Celestine, que había estado cerca, lo escuchó, y entró a la recámara de su señora un poco espantada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jena.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —preguntaba Celestine. —Todo estaba bien, ¿por qué las cosas se volvieron así?

Georgiana no las escuchaba. Estaba sentada en el alféizar de la ventana con la mente perdida, aguantando la avalancha de lágrimas, soportando como podía el deseo de derrumbarse.

Tan duro trabajaba en no encarar lo que acababa de ocurrir que su mente simplemente pareció quedarse en blanco, y no escuchó a sus doncellas hablar, ni se dio cuenta del paso del tiempo.

Vio desde la ventana al carruaje de Sebastien Chevalier salir a prisa. La luz del cielo se había opacado a pesar de que aún era temprano, y el día era más negro que gris.

Allí estuvo un rato más, pero su mente ya no estaba perdida como antes, ahora maquinaba, elucubraba, buscaba opciones.

Parecía que, después de todo, su mente la impulsaba a seguir adelante, a sobrevivir.

No tenía aliados, no tenía amigos. Su familia no contaba, no había parientes que la pudieran salvar otra vez. Y ahora estaba peor que antes, porque Nathaniel siempre fue un rayo de luz en lo profundo de su alma, un sueño.

Ahora, ni eso tenía.

—Jena —preguntó rato después, pero Jena no estaba en la recámara. Sólo Celestine cuidaba de ella.

No podía hacerle la pregunta que tenía en mente a Celestine. Sólo Jena y ella sabían de eso.

—Jena está en las cocinas... —Georgiana salió entonces hacia allí. Celestine la siguió, no podía dejarla sola. Su señora otra vez se había quedado en blanco mirando a la nada como esos días en que era golpeada por su esposo. Hacía tiempo no había tenido ese comportamiento, y hoy había sido así.

Encontró a Jena fácilmente, le tomó el brazo y la guio a un lugar solo.

—¿Dónde está el veneno? —Jena palideció.

—No. No. Señora. Por favor, no.

—¿Dónde está, Jena? —los ojos de Jena se llenaron de lágrimas. ¿Pero, qué podía decirle? ¿Que las cosas iban a mejorar? Ya ambas habían concluido que sin un niño eso sería imposible. Y en cuanto dejara esta casa y volviera con su marido, la pesadilla volvería. Ella prefería morir que volver a ser sometida. ¿Qué otra salida había?

—Se lo suplico. No lo haga.

—Jena. No es una petición, es una orden. ¿Dónde está el veneno? —Jena volvió a llorar. Tomó las manos de su señora y las apretó en una súplica, pero Georgiana no se conmovió por su llanto ni sus lágrimas.

La guio de nuevo a la habitación, rebuscó en una de las cómodas, en lo profundo, y sacó una caja de madera donde solían guardarse joyas. En vez de una piedra preciosa, dentro estaba la pequeña botella oscura. Con manos temblorosas, Jena se lo entregó a su señora.

—Usted dijo que no lo haría aquí. Avondale Hall... todo su personal... estarán en problemas si lo hace aquí.

Georgiana volvió a poner el veneno en la caja y no contestó nada a las preocupaciones de Jena. Respiró hondo y asintió.

—Mejor será causarle esos problemas a la casa Henderson, ¿verdad?

—Le ruego que piense bien todo. Ahora su mente no está clara, está molesta, y eso nos impide pensar con claridad...

—Empieza a recoger todo, Jena. Mañana mismo nos iremos.

—¿Mañana mismo? El señor dio orden de no dejarnos salir.

—Oh, ¿ha sido así? Tiene autoridad en sus criados, pero no en mí. Ve temprano entonces a

pedir un carruaje, si no nos van a prestar uno de aquí, tendremos que buscarlo fuera.

—Sí, señora. —Jena se puso en movimiento de inmediato. Tal vez sólo tenía un día de gracia. Pero serían horas que aprovecharía para que su señora se pensara mejor lo que iba a hacer.

Solo en el comedor, Nathaniel masticaba su comida sin mucho entusiasmo. Como era de esperarse, Georgiana no había bajado a cenar, y el salón hoy se sentía más silencioso y frío que de costumbre.

Sólo habían sido tres meses con Georgiana en casa, y la estaba echando de menos aunque ella estaba en su habitación. ¿Cómo sería cuando se fuera?

¿Cuándo se fuera?

¿Realmente iba a permitir eso?, pensó con ceño.

—La señora se está preparando para partir —informó Wilbur en voz baja. Nathaniel hizo un esfuerzo para tragar, y asintió.

—Asegúrate de decirle a todos los sirvientes que Georgiana Henderson no debe dejar la mansión en ninguna circunstancia.

—Así se hará, señor.

Nathaniel tomó la copa de vino y le dio un sorbo. A pesar del esfuerzo del cocinero, la comida hoy se sentía insípida y dura. Ni siquiera el vino de excelente calidad lo animaba, así que lo dejó de lado y respiró hondo. Georgiana debía entender que sólo estaba cuidando de ella, pensó. Aunque en respuesta ella lo odiara otro poco.

—No nos prestarán un carruaje —se quejó Jena a la mañana siguiente. Había vuelto de su misión de conseguir transporte bastante desanimada.

—Sabía que se opondría —murmuró Georgiana mirando sus baúles preguntándose cómo haría para salir de aquí llevando todo eso. Afuera nevaba, pero estaba determinada a salir de aquí cuanto antes. —Jena, parece que tendremos que fugarnos.

—Pero, señora...

—Ve al centro de la ciudad y busca un cochero para que nos venga a buscar esta noche, que se acerque lo más posible a la mansión, pero que permanezca fuera de la vista de la vigilancia. Todavía tengo algo de dinero; si no nos prestan un carruaje en Avondale Hall, tendremos que buscar uno afuera. —Jena asintió sabiendo que nada la persuadiría, pero miró hacia afuera y esperó que nada malo les pasara por el mal tiempo. —Llevaremos sólo lo necesario —siguió Georgiana. —Tendremos que resistir, no hay otra manera.

Sin añadir nada más, Jena se apresuró a salir de la mansión a cumplir con su tarea.

La ciudad estaba algo retirada de la mansión; aunque era una distancia perfectamente caminable en un día normal, en medio de una nevada era simplemente una misión bastante temeraria. Sin embargo, no tenía sino que recordar que su señora tenía en su poder un potente veneno para encontrar el impulso y seguir adelante.

Llegó hasta una posada y allí averiguó por los coches de alquiler. Eligió uno lo suficientemente grande para llevar a tres personas y su equipaje, y le dio parte del dinero y las instrucciones.

Desde la ventana de la habitación en la que se alojaba hacía unos días, Jacob vio a Jena volver a pie a la mansión desde un camino diferente al que se había ido, con una actitud que denotaba prisa, como si pretendiera colarse. Frunció el ceño preguntándose qué obligaba a la criada de Georgiana salir en medio de semejante clima.

Pero no tuvo que indagar mucho. La conversación que ella había escuchado ayer debió molestarla lo suficiente como para disgustarse con el señor de la casa; algo estaba tramando.

Esperó la llegada de la noche. Acostumbrado a no tener sirvientes, y a valerse por sí mismo, Jacob se vistió lentamente, y cuando la mansión estuvo bajo completo silencio y quietud, bajó al

primer piso.

La mansión era enorme, y a esta hora, cualquier ruido se magnificaría por los pasillos. Todos los sirvientes debían estar durmiendo ya, y tal vez Nathaniel estuviera en su habitación, o en una sala bebiendo algún vino.

Con mucho cuidado, aunque no conocía demasiado bien los pasillos de Avondale Hall, supo ubicarse, se sentó en un sillón del pasillo y esperó.

Tal como había imaginado, tres mujeres pasaron por su lado cual ladronas escapando luego de su crimen, así que carraspeó.

Las tres se asustaron y contuvieron el grito cubriendo sus bocas, pero fue obvio que habían sido tomadas por sorpresas. Cuando Georgiana vio que era Jacob y no Nathaniel se tranquilizó.

—Señor Smith...

—Georgiana —saludó él impertérrito. Ella, al contrario, no podía disimular la sorpresa y la incomodidad de haber sido descubierta. Como siempre, ella era incapaz de ocultar sus emociones. —¿Puedo preguntar qué hacen por aquí a esta hora?

—Lo mismo podría preguntarle, señor. —Jacob elevó una ceja y miró de una en una. Ellas llevaban fundas de almohada rellenas con ropa y algunas cosas que se abultaban y deformaban un poco.

—Las estaba esperando —contestó, y Georgiana frunció el ceño.

—Por... ¿Por qué?

—Fue evidente que intentarías escapar —dijo. Georgiana apretó los dientes.

—No me lo vas a impedir, ¿verdad? No puedo seguir aquí. Tú sabes por qué.

—Entiendo tu deseo de abandonar este lugar.

—Bien. Fue un placer conocer...

—Pero no pensé que fueras tan insensata, eso es lo que me desconcierta. —Georgiana detuvo sus palabras y lo miró fijamente con ojos grandes que pasaban rápidamente de la sorpresa al enojo.

—¿Cómo me has dicho?

—Insensata. —Él lo repitió tan tranquilamente, que Georgiana no pudo evitar sentir una punzada en su pecho. —Que te pongas en peligro a ti misma ya es bastante malo, pero que además arrastres a tus sirvientas más cercanas a una muerte por congelamiento es ciertamente decepcionante. Pensé que eras el tipo de señora que cuida de los suyos, pero, como todas, antepones tu deseo a la integridad del otro.

—No tienes derecho a hablarme así.

—Tú no tienes derecho a jugar con la vida de los demás, sobre todo, con gente que te ha sido tan leal. ¿Crees que tres mujeres solas podrán cruzar este campo en pleno invierno y bajo una nevada que tiene pinta de convertirse en ventisca? ¿Y si aparecen lobos?

—No hay lobos por estas tierras.

—¿Estás segura? ¿Apostarías tu vida y la de los tuyos? —Georgiana lo miró fijamente mientras su rostro se descomponía por la fuerza de sus palabras. Sí, había sabido que sería difícil y peligroso atravesar el campo en plena nevada, pero ahora la muerte parecía materializarse ante ella por esa decisión. —Eres una adulta, ¿no? Según sé, ya has pasado por momentos difíciles. ¿Qué tanto es soportar unos días más bajo el techo de un hombre que te decepcionó? ¿Lo que te hizo fue tan malo?

Georgiana se mordió el interior del labio y miró a otro lado. Si comparaba el daño hecho por Douglas con el que le había ocasionado Nathaniel, ciertamente, se hacía ridículo. Pero, de alguna manera, lo último le dolía más, mucho más.

No iba a negar la razón para eso. De Nathaniel había estado enamorada, por eso, por muy pequeño que fuera el daño, dolía mil veces más.

—¿Has intentado el diálogo? —siguió Jacob. —¿Has dado todo de ti para convencerlo de que te deje ir de su casa? ¿O has saltado en huida en cuanto obtuviste una respuesta poco agradable?

—Tú...

—Sí, ya sé que me odiarás también a mí, pero como tu amigo, estoy salvando tu vida. Piensa bien lo que vas a hacer, no te lamente demasiado después. —Y con esas palabras, Jacob dio la media vuelta y, despacio, se dirigió a las escaleras principales.

Georgiana quedó quieta en el pasillo mirando la oscuridad ante ella. Sólo se sentía la respiración de Jena y Celestine, que esperaban en silencio por su decisión.

El viento arreció afuera. Tal como Jacob había dicho, la nevada se había convertido en ventisca.

Estaban bien abrigadas, tenían botas recias. Se habían preparado bien...

—Ya... ya hemos pagado parte del costo del viaje... —dijo Jena. Georgiana entendió que intentaba decirle que ella sólo tendría en cuenta sus decisiones, pero ahora ella dudaba.

Si en el camino le pasaba algo a Jena, o a Celestine, jamás se lo perdonaría. Si estuviera ella sola, desoiría las palabras de Jacob, pero tenía gente inocente que la seguía fielmente. Sus vidas estaban en sus manos.

—No —contestó al fin. —Él tiene razón. Es peligroso.

—Pero...

—Es verdad... Es verdad que estoy molesta con el señor Radcliffe. Muy molesta. Pero... no puedo poner sus vidas en riesgo por mi enojo. Además... Avondale Hall ha sido buena con nosotras; mientras esté aquí, estoy a salvo de... —ella se detuvo, pero Jena y Celestine no necesitaron que continuara. Sabían perfectamente bien a qué se refería ella. —De dos males, el menor, ¿verdad?

—Entonces... ¿volveremos?

—Lamento mi acto de rebeldía. Lamento ponerlas en peligro. Volvamos a la habitación.

Jena disimuló mucho su alivio. Asintió y retomaron el camino de vuelta, aunque Georgiana iba tan alicaída como si, más bien, hubiese tomado una mala decisión.

Al día siguiente, la mañana estaba extrañamente clara. La nieve lo cubría todo, pero había luz, y el sol pálido brillaba lo suficiente como para recortar las sombras.

Nathaniel bajó de su caballo ante la oficina del condestable, personaje ante el cual había puesto el denuncia del ataque sufrido hacía unos días, para averiguar personalmente acerca de cómo avanzaba todo. Aunque sabía perfectamente quién había mandado a esos forajidos, necesitaba evidencia para acusarlo plenamente.

Sin embargo, la respuesta del condestable no fue nada satisfactoria. No había rastro de los forajidos. El lugar del ataque había sido lavado por la nieve, y al parecer habían salido de la nada, pues nadie había oído de otros ataques, ni tenían idea de dónde podían proceder.

—Lamento mucho no poder ayudar —dijo el condestable, un hombre de mediana edad, calvo y algo regordete, bajando un poco la cabeza. Habría sido bueno tener el favor de Nathaniel Radcliffe, pero, desafortunadamente, la investigación había llegado a un callejón sin salida.

—¿A pesar de la descripción tan detallada que ofrecimos acerca de los hombres?

—Los asaltantes de camino son siempre iguales, más o menos. Lo único extraño es que han atacado en invierno, ya que eso pone en riesgo sus propias vidas, pues tienen que ocultarse entre los árboles. Es evidente que fue un asunto especial para ellos; ustedes no fueron unos simples

transeúntes que tuvieron mala suerte. Más allá de eso... no hay nada que nos guíe a los verdaderos culpables.

Nathaniel dejó salir el aire. Él tampoco había encontrado la manera de vincular el asalto con Douglas Henderson, aunque estaba seguro de que había sido él.

—Comprendo —dijo entre dientes. —Aprovecharé entonces para poner otro denuncia.

—¡No me diga que volvió a ser asaltado!

—Claro que no —contestó Nathaniel algo molesto. —Vengo a denunciar a un deudor, que ha dado clara muestra de pretender huir de sus obligaciones.

—Claro, claro. Dígame el nombre de ese descarado y pronto lo tendrá encerrado.

—Douglas Henderson. —El condestable detuvo el movimiento de su mano, que se disponía a escribir el nombre, y elevó la mirada a Nathaniel. —El monto de su deuda asciende a treinta mil libras. Es una deuda de juego. Prometió pagar en una semana, pero ya han pasado tres meses y no ha mostrado ninguna intención de pago.

—Douglas Henderson —repitió el hombre mientras apuntaba el nombre. —Treinta mil libras. Es una cantidad importante. Una fortuna. ¿Ofreció él... algún modo de pago?

—Sí, pero fue inaceptable.

—Entiendo. Tiene con usted algún pagaré...

—Sí. Lo tengo.

—Si acaso el señor Henderson mostrara intención de pago, ¿está dispuesto a negociar la deuda...?

—No —dijo Nathaniel, rotundo.

—Señor... Son treinta mil libras. Estoy seguro de que para cualquier persona esa cantidad es demasiada... No conozco mucho las circunstancias del señor Henderson, pero no es un noble, ni siquiera un aristócrata acaudalado...

—Aun así. Si no va a ser capaz de pagarme, quiero que vaya preso.

—Comprendo.

—Espero que esto se maneje con la mayor discreción —dijo Nathaniel. En realidad no parecía un deseo, sino una orden, y el condestable, que sudaba, asintió agitado.

—Así se hará. Así se hará.

Nathaniel salió de la oficina del condestable y tomó las riendas de su caballo. Seguía molesto. En realidad, ese había sido su estado de ánimo desde ese día.

La comida no le sabía a nada, el paisaje le era repetitivo, el trabajo era aburrido...

Rato después, detuvo su caballo ante El corsé roto. Preguntó por Sebastien y lo hicieron pasar.

Ya era el mediodía, y Sebastien seguía en bata sentado de cualquier manera en un diván, mientras ante él desfilaba un grupo de jóvenes con escasa ropa, moviéndose con el propósito de revelar sus encantos.

—Eh, Nathaniel. Vienes en buen momento. Siéntate, siéntate. —Nathaniel enarcó una ceja mirando el desfile de mujeres en medio del salón. Se quitó el sombrero y el abrigo y caminó con cierta cautela. —Hombre, no te van a hacer nada... a menos que quieras. Ven. Ayúdame a elegir.

—¿Elegir?

—Sí. ¿Cuál de todas estas bellezas te parece la más adecuadas para presidir el baile de esta noche? Son todas nuevas; las que lo hagan mejor, definitivamente se quedarán en mi negocio. Ganarán mucho dinero.

—Y ellas ya saben que tendrán que...

—Ya lo saben, ya lo saben —lo interrumpió —Sebastien—. Son jóvenes, no ignorantes. —

Nathaniel siguió con su ceja enarcada.

Sebastien lo ignoró por un rato, y entretanto, evaluó exhaustivamente a las participantes. Nathaniel notó que no se cohibía de ponerles una mano en la desnuda cintura, de tocar sus rostros o su cabello. Lucía tan cómodo en medio de tantas mujeres desnudas, que más parecía un jeque en medio de su harén.

Pasados los minutos, por fin Sebastien despachó a las mujeres y lo condujo a él a su despacho. Le ofreció whiskey, y como nunca, Nathaniel lo aceptó.

Él arrugó el rostro ante el fuerte sabor de la bebida, y tardó un rato en reacomodar sus facciones.

—Algo te pasa. ¿La bella diosa olímpica sigue furiosa contigo? —el silencio de Nathaniel fue la respuesta. Sebastien soltó una risita burlona. —¿Ya le diste flores? ¿Una joya? ¿Vestidos? ¿Ya la llevaste al teatro, o a la ópera? Cómprale cosas y te perdonará.

—No conoces a Georgiana.

—Es mujer. Sólo está esperando que le pidas perdón de manera adecuada.

—¿Pedirle perdón? No he hecho nada malo —Sebastien lo miró con ojos grandes de sorpresa.

—Oh. Ya veo que te va a costar mucho traerla de vuelta. Qué ignorante.

—Lo hice por su bien.

—Sí, sí. Me parece que no verás una mujer desnuda en mucho tiempo —volvió a reír Sebastien. —Si un día de estos decide tomar sus cosas e irse, no te sorprendas mucho. —Nathaniel hizo una mueca.

—Di la orden para impedirle dejar Avondale Hall. —Sebastien volvió a mirarlo, esta vez, atónito.

—Vaya.

—Si vuelve con ese hombre, volverá a estar en peligro. Ella tiene que entender.

—Realmente, no te diferencias mucho de él.

—¿Qué?

—Tú y Douglas Henderson. ¿Cuál es la diferencia?

—¿Cómo te atreves a compararnos? Yo jamás le haría daño.

—Daño físico, sí, pero le estás causando otro tipo de daño. Ni siquiera eres su marido, pero ¿te atribuyes el derecho de encerrarla cual pajarillo en una jaula? No te sorprendas si su odio hacia ti empieza a crecer día a día. —El corazón de Nathaniel se agitó violentamente, y un miedo muy particular se instaló en su pecho.

Sacudió su cabeza, espantando tan tenebrosas sensaciones.

—No vine a hablar de Georgiana. Acabo de... denunciar a Douglas Henderson como deudor. Te necesitaré como testigo, tal vez.

—De acuerdo.

—Si no tiene con qué pagar, irá preso. Una vez encerrado, habrá una posibilidad de conseguir el divorcio para Georgiana. Si además, consigo las pruebas de su participación en el ataque reciente, será mucho más fácil.

—Ayudarás a Georgiana a divorciarse, pero ¿qué te garantiza que ella quiera casarse contigo luego?

—Deja de decir cosas sombrías.

—Tienes razón. Es un día hermoso para decir tales cosas —dijo asomándose por la ventana, pero el día estaba lejos de ser hermoso; era opaco otra vez y demasiado frío.

Al ver su expresión, Sebastien sonrió y le llenó de nuevo el vaso de licor. Nathaniel lo bebió de nuevo. Volvió a hacer caras, y lo dejó sobre la mesa.

—Gracias por tu ayuda.

—De nada —contestó Sebastien con una sonrisa, y sin añadir nada más, Nathaniel salió.

Una vez sobre su caballo, sintió los efectos del alcohol en su cuerpo. Sus mejillas se habían sonrojado, pero se sentía algo mareado. Miró a Frank, su sempiterno acompañante, y echó a andar sobre la mansión.

Un hombre a caballo, agitado y sudoroso, se detuvo ante la casa Henderson. Como se hacía siempre con los invitados sospechosos, fue detenido en la entrada, pero este sólo entregó una nota de papel.

—Es urgente. El señor Henderson debe leerla —fue lo que dijo. —Y debo entregársela personalmente.

El mayordomo de Henderson lo miró de arriba abajo. Este no era un hombre del gusto de su señor. Era grande, tosco, algo desagradable. Sin embargo, prefirió darle el mensaje.

Pocos minutos después, Henderson recibía la nota.

“Te han denunciado como deudor”, decía. “Hay pruebas suficientes como para encerrarte. Ponte a salvo.”

—Mierda —maldijo Douglas arrugando la nota. Por la calidad del papel y su emblema, sabía de dónde venía la nota sin que estuviera firmada. —Ese bastardo hijo de puta piensa estafarme.

—¿Señor? —preguntó el mayordomo sin inmutarse a pesar de las palabras malsonantes que acababa de escuchar.

—Prepara un carruaje, y ropa para unas semanas. Tendré que viajar inesperadamente.

—¿Puedo saber...?

—Por tu bien, no. Maldición. Debió morir ese malnacido.

Nathaniel entró a su casa y Wilbur le informó que Georgiana lo esperaba en la sala oeste. Al parecer, quería hablar con él.

Lentamente, imaginando qué quería hablar ella, se deshizo de los guantes y el abrigo, y caminó hacia allí. Cada paso que daba la acercaba a ella, pero al tiempo, creaban una distancia abismal.

Había pensado mucho en las palabras de Sebastien en su camino aquí. Era verdad, él no tenía ningún derecho sobre ella para retenerla, y aunque lo tuviera, hacer eso sólo conseguiría que lo detestara.

Entró a la sala y la encontró sentada con una taza de té en las manos. Lo miró un momento y volvió a fijar los ojos en la fina taza de porcelana. Tal parecía que no soportaba mirarlo fijamente por demasiado tiempo.

—Señor Radcliffe —saludó ella moviendo la cabeza, y él hizo lo propio. Sentía que hacía meses que no la veía, y estaba tan bonita... Sus manos picaron por tocarla, por acariciarla. Quería pedirle que confiara en él. Que lo esperara. Estaba haciendo todo lo posible para liberarla de su yugo.

Pero si no hacía las cosas bien, liberarla no serviría para que ella quisiera quedarse con él.

—Sé que les has dado la orden a tu personal de no prestarnos un carruaje para irnos de aquí. He solicitado esta reunión para rogarte que retires esa orden.

Nathaniel tragó saliva. Se acercó más a ella y se sentó en el mueble en frente.

—¿A dónde irías, Georgiana?

—Fuera de aquí, claro.

—Alivia mi corazón, y dime que no volverás con tu marido. —Georgiana lo miró fijamente.

—¿A dónde más iría?

—Quédate aquí. Al menos... hasta que pase el invierno.

—No. No tiene caso quedarme aquí. —Eso le dolió un poco. ¿Acaso si no era a cambio de un hijo, no valía la pena estar a su lado?

—Sé que no... Sé que no tengo ningún derecho a retenerte...

—Pero lo has hecho.

—Estaba preocupado por tu bienestar.

—No tienes que seguir preocupándote.

—Georgiana...

—A partir de ahora seremos sólo extraños, como antes.

—¿Puedes hacer tal cosa?

—Perfectamente —mintió ella. Había ensayado mucho esta escena. Incluso se había bebido dos tazas de té para tranquilizarse. Habían surtido efecto, porque era capaz de mentir con tal calma. —Agradezco mucho tu ayuda. Los gastos médicos, la ropa, el haberme alimentado estos meses. Ahora, sólo deseo que retires la orden que me retiene aquí. Solamente la nieve y mi preocupación por mis criadas es lo que me impide irme por mi cuenta en medio de la noche.

—¿Lo harías? —ella lo miró fijamente.

—Sí. Lo haría. —El corazón de Nathaniel se encogió un poco más. Apretó los dientes hasta que un músculo latió en su mandíbula, cerró los ojos y asintió poniéndose en pie de manera brusca.

—Bien. Te dejo ir. Pero quiero que me escuches primero, Georgiana. Todo, todo lo que hice, fue por tu bien. Te estaba cuidando.

—No es necesario que me diga nada. Recuerdo muy bien las circunstancias en las que llegué aquí. Pero creo que mi deuda está saldada.

—¿Deuda?

—Si bien mi cuerpo no vale treinta mil libras, usted se sirvió muy bien de él.

—No, Georgiana...

—Fue una fantasía, y ya se acabó. Que tenga una buena vida, señor Radcliffe. Me iré inmediatamente. —En silencio, sin mirarlo, Georgiana dejó la taza de té, se puso en pie, y caminó hasta la salida.

Nathaniel la imitó y dio unos pasos hacia ella con toda la intención de tomarle el brazo y detenerla, pero las palabras de Sebastien resonaron en sus oídos deteniéndolo.

No tenía derecho a retenerla, y con eso, sólo lograría que lo odiara.

Pero ya lo estaba odiando. Ya la estaba perdiendo. Ella era testaruda, más de lo que imaginó. Su enojo no había decrecido nada.

Segundos después de que saliera Georgiana de la sala, entró Wilbur y miró a Nathaniel como si esperara indicaciones. Nathaniel habló sin mirarlo.

—Dispón de un carruaje para que la señora salga de Avondale Hall.

—Sí, señor.

—Y envía a Frank para que las siga de manera discreta. Quiero que luego me informe de cómo fue su regreso a esa casa. —Wilbur dio una cabezada acatando y salió a cumplir sus tareas.

Georgiana volvió a su habitación otra vez con el corazón agitado. Qué difícil había sido esta conversación con Nathaniel. Qué duro le había sido fingir. No cabía duda de que lo que en verdad deseaba en el fondo de su alma era quedarse aquí, pero ya no podía.

Le informó a Jena y Celestine acerca del resultado de la conversación, y de inmediato terminaron de alistar su equipaje. Al ver el vestido que Nathaniel le había regalado pensó seriamente en dejarlo, pero al final le ganó el egoísmo y lo empacó. Era suyo, después de todo, y si lo dejaba sólo tendría dos destinos: acumularía polvo, o se lo pondría otra mujer, y no pensaba permitir eso último, y lo primero sería un desperdicio.

Una criada entró anunciándole que el carruaje ya estaba listo, y Georgiana dio la orden de que llevaran todo el equipaje. Cuando bajó dispuesta a irse, miró con pesar al personal, pero compuso una sonrisa y les agradeció todo lo que habían hecho por ella durante su estancia.

Vio que Jacob Smith bajaba las escaleras y no dudó en acercarse a él y sonreírle.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —le preguntó él en voz baja. Georgiana apretó los labios.

—Sé que te he dado motivos para que dudes de mi cordura...

—Ciertamente. Vuelves a la cueva del lobo; todos estamos preocupados.

—Estaré bien.

—Cómo. ¿Te hiciste más fuerte para enfrentar a ese hombre durante este tiempo? ¿Ahora serás capaz de vencerlo? —Georgiana meneó la cabeza.

—Gracias, señor Smith. Por todo. —Jacob hizo una mueca.

—Puedes acudir a mí siempre que quieras. Si ya no confías en Nathaniel, yo no te he fallado. —Georgiana lo miró fijamente.

—Aprecio mucho tus palabras —le dijo, y sin añadir nada más, dio la media vuelta para salir.

Entonces vio a Nathaniel. Estaba justo en la puerta, no había manera de evadirlo. Caminó resuelta, pero sintiendo que su voluntad flaqueaba con cada paso. Pestañeó para evitar que se formaran lágrimas en sus ojos, pero no pudo evitarlo. Respiró hondo y se detuvo ante él.

Nathaniel no la tocó, al menos no con las manos. Recorrió con su mirada las líneas de su rostro, como si deseara grabársela en la retina, y aquello se sintió como una caricia.

—Cuídate por esta noche. —le pidió Nathaniel acercándose un poco más. —Continúa con la mentira del embarazo, evita a toda costa que te toque.

—¿Sólo por esta noche? —preguntó ella confundida. Nathaniel la miró a los ojos.

—Sí. Pero si te quieres quedar, todavía estás a tiempo, Georgiana. —Ella sonrió triste.

—¿Todavía crees que actúo por capricho?

—No. Tal vez por resentimiento, y te expones demasiado. —Georgiana esquivó su mirada y tragó saliva.

—Otra vez... Gracias por todo. —Inesperadamente, él tomó su brazo. Lo hizo con algo de fuerza, aunque no alcanzaba a hacerle daño, pero se estuvieron allí otro par de segundos mientras ella miraba esa mano retener su brazo y que le impedía avanzar.

Nathaniel tenía los ojos cerrados. Si tan sólo le llegara el aviso de que Henderson había sido capturado, él estaría más tranquilo, pero aquello tomaría unos días más. Podría tomar a Georgiana en sus brazos y llevarla en volandas al interior de la casa, encerrarla hasta entonces, pero ella ya lo estaba odiando mucho.

Sólo esta noche, se dijo. Metería prisa en la oficina del condestable para que Georgiana no tuviera que verlo más tiempo.

La soltó al fin y dio un paso atrás.

Georgiana entró por fin al carruaje, y sin dar una mirada atrás, éste inició su viaje.

—No puedo creer que la hayas dejado ir —murmuró Jacob tras él. Nathaniel lo miró de reojo.

—¿Querías que la retuviera, y la encerrara, como hace la bestia de su marido?

—No eres como él. Tú lo harías protegiéndola, él, por el contrario, le hace daño.

—Pero ella ya no diferencia entre la protección y el daño. Todo el que le mienta, le oculte cosas, o limite su libertad es el enemigo, y lo peor... yo no soy su marido, no tengo ningún derecho sobre ella.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Hacerla viuda —dijo entre dientes. —O en el mejor de los casos, divorciarla. —Sin añadir nada más, Nathaniel entró a su casa.

En el carruaje, Georgiana lloraba. Trataba de hacerlo en silencio, pero todo el camino hacia la ciudad lloró y lloró. Jena y Celestine sólo tenían la mirada baja, y la dejaron llorar todo lo que quisiera.

Celestine se preguntaba si acaso no era capaz de perdonarle un simple desliz al señor Radcliffe, Jena iba aterrada de que lo primero que quisiera hacer al llegar a casa fuera beberse el veneno. En su mente, iba preparando un discurso que la hiciera cambiar de opinión.

Sin embargo, cuando por fin entraron a la ciudad, Georgiana levantó la cabeza y dio la orden de detenerse. El cochero le preguntó qué sucedía, y ella le pidió que las dejara en una posada.

—¿En una posada? —preguntó Jena sorprendida.

—No vamos a volver a la casa Henderson —dijo ella. —No volveré jamás con Douglas Henderson. Tengo que aprovechar este momento y huir.

—Pero, señora... no tenemos dinero.

—No necesitaremos dinero. No mucho. Pierre, por favor. Una posada económica, pero limpia.

—Sí, señora —contestó el cochero, y volvió a poner en marcha el carruaje.

—Se llama “El cuervo y la cruz” —le informó Frank. Pierre estaba a su lado, y asentía a las palabras del caballero principal de Nathaniel. —Es una posada bastante decente, y limpia. Examiné los alrededores y tiene suficientes empleados. Pagaron una habitación por una noche, y se quedaron allí. Esperé a que oscureciera, pero ninguna volvió a salir.

—¿Por qué se quedaría en una posada y no iría directo a su casa?

—Tal vez... la señora está huyendo.

—Pero... le era más fácil quedarse aquí. —Ninguno supo qué decir, y Nathaniel sólo sacudió su cabeza. —Mañana a primera hora vuelve y comprueba el estado de las cosas. Si sólo pagó una noche es que mañana partirá a otro lado. Síguelas.

—Sí, señor.

—Señor, un mensaje del condestable —anunció Wilbur entrando.

—¿A esta hora? —se preguntó, y tomó la nota que le extendía Wilbur. En ese mismo

momento, se estaba ejecutando la captura de Douglas Henderson.

—Prepara mi caballo. Frank, ven conmigo.

Al llegar a la casa Henderson, la encontraron rodeada de hombres uniformados. Era una casa grande, observó Nathaniel bajando de su caballo. Bastante bonita. Preguntó por el condestable y le informaron que estaba dentro.

—¿Dónde está Henderson?

—No... lo sabemos —contestó uno de los uniformados. Nathaniel frunció el ceño, pero no hizo más preguntas y entró a la casa.

En medio del vestíbulo había un revuelo. Austin Miller discutía a voz en cuello con el condestable, y alegaba algo acerca de la dignidad del señor de la casa.

—¡El señor Henderson es un hombre honorable! —gritaba. —Cumple sus promesas, y más si son de dinero.

—Dígame en este momento dónde está, o enviaré hombres por toda la ciudad para que lo encuentren —amenazó el condestable.

—¡No está! ¡No sé dónde está! ¡Pero él es inocente! Les digo que no toleraré esta insolencia. Conozco gente importante, y si no se retiran de esta respetable casa, pondré una queja ante el mismísimo rey Jorge III. —Nathaniel elevó las cejas al escuchar aquello, sorprendido e incrédulo.

—Qué insolente, tomar el nombre del rey en tu sucia boca —dijo. —No creo que su majestad se ocupe de las cucarachas personalmente, de todos modos. Para eso tiene al condestable.

—Usted —masculló Austin, y rechinó sus dientes de pura indignación al verlo. —Debí imaginar que ni siquiera un aristócrata encumbrado es capaz de mantener su palabra cuando de dinero y mujeres se trata. Atreverse a acusar al señor Henderson, alguien tan honorable.

—¿Dónde está el señor honorable?

—¡No lo sé!

—¿Cómo tuvo tiempo de huir, si apenas hoy puse el denuncia?

—No está huyendo, ¡pero por supuesto que ahora sabrá que lo buscan y no volverá a casa!

—¿Está admitiendo que evadirá a la justicia?

—¿Cuál justicia? ¡Douglas le pagó!

—No hay registro de eso.

—¡Usted sabe muy bien que le pagó! Gustoso, recibió el pago, y ahora finge que no.

—No hay registro de eso —insistió Nathaniel. El condestable lo estaba mirando confundido.

—¿Es verdad que el señor Henderson le pagó?

—No.

—¡Sí! —gritó Austin.

—Le dije que el pago que ofreció era inaceptable. Insistí en que entregara las treinta mil libras, pero él sólo siguió haciendo lo que quiso. Usted vio el pagaré. Si hubiera una carta que certificara que recibí el dinero, o siquiera una parte de él, el señor Miller aquí presente estaría feliz de mostrárnosla. Pero insiste en mentir con que pagaron, sin una prueba en la mano.

—¿Qué clase de pago ofreció que a usted le pareció inaceptable, señor Radcliffe?

—Mi honor de caballero me impide hablar del tema. —El condestable miró a Austin interrogante, e inesperadamente, este guardó silencio. —Entenderá que no puedo pasar por alto semejante deuda. Y si el señor Henderson no se encuentra, tendré que embargar cada uno de sus bienes, hasta que logre cubrirla, o haya algún cristiano que se apiade de él y pague en su lugar. ¿Lo hará usted, señor Miller?

—Sabe muy bien que no tenemos cómo pagar treinta mil libras.  
—No haber apostado lo que no tenía, entonces. Señor condestable...  
—Es lamentable que el señor Henderson no se encuentre aquí. Ahora se ha convertido en un prófugo de la justicia.  
—¡Él es inocente! —insistió Austin, pero Nathaniel lo ignoró.  
—¿Cómo pudo filtrarse la información de que lo había denunciado?  
—Señor, ¿está acusando a la oficina del condestable de filtración de información confidencial?  
—¿Debo hacerlo? ¿Cómo explica que a menos de un día el señor Henderson haya logrado huir?  
—Todo mi personal es confiable, entrenado en los más estrictos estándares.  
—Pues uno de ellos fue el soplón. Y viendo que necesitaré personal para que lo encuentren, estoy dispuesto a prestar una docena de mis hombres. No quiero que se aleje demasiado, podría estar huyendo a Londres, o a Escocia. Sepa Dios. —Nathaniel se giró entonces a Austin. —¿A dónde fue?  
—No lo sé.  
—Sabes todo de Douglas Henderson. Sabes cosas vergonzosas, sabes lo peor de él... ¿y a ti... no te dijo dónde estarías, al menos para que no te preocuparas?  
—Yo... lo juro, no lo sé.  
—¿Qué tan valioso es el juramento de alguien como tú?  
—Vale tanto como el suyo. —Nathaniel elevó una comisura de su boca en una mueca que pretendió ser una sonrisa. Se acercó más a Austin, pero su aura era más bien amenazante. Austin dio un paso atrás.  
—Te tendré vigilado. Eres su cómplice en todo; tú me guiarás a él. —Austin no dijo nada, y el condestable miró la escena completamente en silencio.  
—Dejaré un par de hombres vigilando la calle —dijo al rato. —Si lo ven darán el aviso. Aunque dudo, realmente, que vuelva a casa. —Nathaniel apretó los dientes furioso. Echó una última mirada alrededor, odiando cada cosa de esta casa donde Georgiana había tenido que sufrir tanto, y detestó más la idea de que su deseo de castigar a Douglas simplemente se le estuviera escapando de entre los dedos.  
—Ve a Avondale Hall en este momento. Pon hombres alrededor de esta casa —le pidió a Frank mientras salía y tomaba las riendas de su caballo. —Que estén atentos al más mínimo movimiento. Si reciben una nota, si se detiene el lechero. Lo que sea.  
—Sí, señor. ¿Puedo preguntar... a dónde irá usted?  
—A “El cuervo y la cruz” —dijo acomodando su sombrero y espoleando su caballo.

No tardó mucho en encontrar la posada. Era bastante discreta, excepto por su letrero que sobresalía vistosamente. A esta hora, y por la baja temperatura, la calle estaba completamente desierta. Era lo suficientemente decente como para tener ventanas de cristal, y en una de ellas, en el segundo piso, lograba vislumbrarse una débil luz.

Tal vez era ella, tal vez se preparaba para dormir.

La silueta de una mujer asomó por dicha ventana, y Nathaniel tragó saliva esperando que fuera ella asomándose, quería verla. Sólo se había despedido de ella hacía unas pocas horas, y ya la extrañaba demasiado.

La mujer de la silueta corrió las cortinas, y él volvió a quedarse solo.

—Tal como me lo pidió, señor, un grupo de hombres se turna frente a la casa Henderson vigilando cada uno de sus movimientos —le informó Frank a primera hora de la mañana siguiente.

—Bien. ¿Algo sospechoso hasta el momento?

—Nada. Y... con respecto a la señora Georgiana... Ella dejó la posada en la madrugada. —Nathaniel lo miró confundido. —Cuando llegué a comprobar cómo estaba, ella ya había abandonado la posada. El director no supo decir hacia dónde fue.

—¿La perdiste de vista?

—Señor, debió irse mucho antes del amanecer.

—Tal vez está en la casa Henderson —dijo. —Tal vez escuchó atentamente lo que le dije, cuando le pedí que se pusiera a salvo una noche...

—Ella... no ha regresado a la casa Henderson... no he recibido tal informe. —Nathaniel lo miró frunciendo el ceño.

En el momento, Jacob entró en el despacho de Nathaniel, perfectamente vestido, como si se preparara para salir.

—Tal vez fue a casa de sus padres —dijo. Había escuchado cada palabra. Nathaniel asintió.

—Averigua dónde queda la casa de los padres de Georgiana. Son de aquí, de Bath. Búscalos.

—Sí, señor.

—Averigua dónde viven cada una de sus hermanas. Podría estar en cualquiera de esas casas. —Frank volvió a asentir y salió del despacho. Nathaniel, que había dormido poco y mal, se pasó la mano por la nuca y miró a su amigo.

—¿Vas a algún lado?

—Ha llegado la hora de los agradecimientos y la despedida. Estoy mucho mejor, y es momento de que me ocupe de mis propias cosas.

—¿Estás seguro? Mi casa es tu casa. Puedes quedarte aquí el tiempo que requieras.

—Y te lo agradezco... pero ya estoy mucho mejor.

—¿Me odias por lo que ha pasado con Georgiana? —Jacob sonrió.

—Radcliffe, no soy un juez de la moral; soy el último sobre la tierra con derecho a juzgar las acciones de nadie. Y sé perfectamente de lo que es capaz un hombre enamorado, así que no te inquietes, no te diría nada al respecto. —Al notar que Nathaniel guardaba silencio, Jacob lo miró de nuevo.

—¿Enamorado? —fue su pregunta. Parecía como si estuviera sufriendo una gran revelación.

—Qué. ¿No te habías dado cuenta?

—¿Yo?

—¿Quién más? ¿Quién hizo tonterías tratando de retener una mujer? ¿Quién tiró por la borda la razón y la sensatez y se metió de lleno en... una relación extramatrimonial? ¿Quién casi suplicó para que ella se quedara, y sufre porque no sabe dónde está su ser amado? Radcliffe, en serio, eres tonto.

Nathaniel se pasó la mano por el pecho, como si le doliera.

—Pero... no puede ser. Yo... —Jacob no dijo nada, sólo lo dejó para que asimilara apropiadamente sus palabras, las digiriera. —Dios. Tienes razón. He sido un tonto.

—¿Habrás hecho las cosas de manera diferente si lo hubieses sabido antes? —Nathaniel hizo una mueca.

—Probablemente. No lo sé. —Jacob sonrió esta vez.

—Sí, probablemente. Bien. Me iré en este momento. Una vez más, Nathaniel, gracias por todo.

—No. No. Fue mi culpa que te hirieran, para empezar. Sabes que tengo una gran deuda contigo debido a eso. Cualquier cosa que necesites en el futuro, cuenta conmigo.

—Lo tendré en cuenta —dijo, y sin añadir nada más, simplemente dio la media vuelta y salió del despacho.

Nathaniel volvió a quedar solo sintiendo el estómago un poco revuelto.

Por supuesto, se había enamorado de Georgiana.

¿Sería por eso que no le había importado que ella fuera, en todo el mundo, la mujer menos apropiada para él? ¿Era esa la razón por la que, habiendo tantas otras mujeres guapas, él se había fijado en ella?

No era tonto, sonrió. Sólo se había enamorado.

Y esa mujer ahora había huido de él y del mundo entero. No sabía dónde estaba, o hacia dónde se dirigía, y lo tenía a él en un estado terrible de desasosiego.

Seguro fue con su familia, se dijo. No volvió con ese hombre, cualquier lugar es mejor que esa casa, aunque él no esté.

Esas palabras lograron tranquilizarlo un poco, pero muy dentro, sabía que el lugar de ella era aquí.

Bueno, tendría que agilizar la destrucción de Douglas Henderson, para que Georgiana fuera libre al fin.

Tres días después de estar viajando en un carruaje, deteniéndose en las noches para descansar en una posada y al día siguiente antes del amanecer emprender de nuevo el viaje, Georgiana y sus dos ayudantes llegaron por fin a su destino.

Aunque las llanuras, pastizales y marismas del condado eran hermosas de ver, ya ansiaban una cama cómoda y un poco de actividad.

El carruaje tomó por fin una curva y se encaminó hacia una gran mansión. Era enorme, de piedra caliza, rodeada de un gran jardín y extensos campos.

Todavía había luz del día, y aunque todo estaba cubierto de nieve, podía imaginar la belleza de este lugar en primavera.

Hawthorn Hall era, ciertamente, codiciable. Por este lugar un hombre haría cualquier cosa, como vender a su esposa para obtener un heredero...

No sabía cómo Francis Holman, el tío materno de Douglas, había acumulado tal riqueza. Sabía que no era un noble, y que sólo era un académico que disfrutaba enseñar en la universidad de Cambridge. Douglas en una ocasión había alardeado de que su tío adinerado enseñaba por pura pasión, y que no exigía un pago a cambio, pues era muy rico.

En otras ocasiones lo maldecía como si lo detestara con toda su alma, lo culpaba de todas sus desgracias, y renegaba de las condiciones que le había puesto para poder heredarle su riqueza.

Nunca había visto personalmente a Francis Holman, ni siquiera el día de su boda, a pesar de que era el único familiar de Douglas. No sabía si era bueno o malo. No sabía si la ayudaría, pero estaba dispuesta a contarle todo lo que había vivido a manos de su sobrino hasta ahora. Si la escuchaba, al menos, por ser familia, seguro le extendería la mano.

Y si lo hacía, ella estaría a salvo al fin de Douglas.

Nunca pensó hacerlo antes. No tuvo el valor, y tampoco el dinero, pero había acumulado unas pocas monedas en casa de Nathaniel, y llegado el momento en que no tenía nada que perder, decidió arriesgarse.

Ya había agotado el último chelín de su bolsa. Si eran echadas de aquí sin ayuda alguna, sólo les quedaba mendigar, o emplearse en alguna casa, o fábrica; había varias en Cambridge.

—Hemos llegado, señora —dijo el cochero bajando del pescante, y Georgiana aceptó su ayuda para descender. Le dolía todo el cuerpo por llevar tantas horas sentada, y su aliento se hizo visible por el frío ambiente.

Jena y Celestine se apresuraron a bajar el equipaje, y repitiendo la maniobra que les permitió pasar la primera noche en Avondale Hall, el cochero se fue de inmediato luego de recibir su pago.

No importaba qué tan desalmado fuera el dueño de la casa, o su personal. No echarían a tres mujeres solas en pleno invierno, ¿verdad?

—La señora Georgiana no está en casa de sus padres —dijo Frank mirando a Nathaniel un poco aprensivo. También él estaba cansado ya de sólo darle malas noticias a su señor. — Tampoco en la de sus hermanas. Hemos revisado todas sus residencias, incluso aposté hombres en las salidas. No se le ha visto cerca de ninguna.

Nathaniel apretó los dientes y resistió el impulso de romper algo. Ya hacía tres días que ella había desaparecido. Una madrugada, simplemente tomó un carruaje y se esfumó como si nada.

—¿Y en la casa Henderson?

—Ellos creen que ella está aquí. Espié a sus criados; siguen pensando que la señora permanece en Avondale Hall.

—Frank, es imposible que haya desaparecido. Tuvo que ir a algún lugar. Tal vez... Jena Goldberg tenga familia y hayan ido con ellos. O la misma Celestine. Está huyendo, aunque es una señora, se conformará con un lugar humilde siempre que allí tenga paz.

—Lo investigaré.

—¿Y nada acerca de Douglas Henderson? —Frank apretó los labios. Tampoco tenía buenas noticias con respecto a ese tema.

—Tiene un tío. Es un hombre rico. Georgiana me dijo una vez su nombre...

—Francis Holman —ayudó Wilbur, que escuchaba en silencio hasta ahora. Nathaniel le agradeció con una cabezada y miró a Frank significativamente. —Averigua dónde vive, y si es capaz de darle ayuda a su sobrino a pesar de su mala relación.

—Sí, señor.

—Frank...

—¿Señor?

—Por favor, tráeme aunque sea una buena noticia. —Frank asintió lentamente.

—Sí, señor.

Frank salió y Nathaniel se recostó en el sillón de su despacho dejando salir el aire. Estaba cansado, pues llevaba todas estas noches durmiendo mal, y durante el día no paraba de ir de aquí para allá buscando a Georgiana, y también a Douglas.

Detestaba que el malnacido se hubiese escapado, pero más odiaba no saber nada de Georgiana, si estaba bien, a salvo en este crudo invierno.

Francis Holman sentía picor en la pierna derecha. El frío hacía que el dolor se acentuara, y a pesar de la gruesa pijama, el fuego en la chimenea, y el licor que se bebía, sus huesos parecían no entrar en calor.

Ah, desde que había caído del caballo aquella vez, su cuerpo no había sido el mismo, y el hueso de su pierna, aunque según los médicos había soldado bien, dolía muy seguido por el frío, y le impedía hacer las actividades a las que había estado acostumbrado.

Había pensado tener una vejez tranquila, pudiendo beber los mejores vinos, comiendo los mejores manjares, pero todo se volvía insípido si ya no podía salir como antes, dar cátedra en la universidad como quería, viajar.

Estaba aquí recluido, preso en su propio hogar; sólo en verano, que las molestias de su pierna remitían, podía ser un poco libre. Pero el verano ahora mismo estaba muy lejos.

—Señor —dijo Reginald Blythe, su mayordomo, entrando a la calurosa sala. Todas las cortinas estaban corridas, y la chimenea encendida crepitaba con un fuerte fuego.

Era imposible entrar a esta sala sin sudar, pero era la manera en que el señor de la mansión encontraba alivio para su pierna en invierno.

—¿Pasa algo, Reginald?

—Tenemos... visitantes. —Francis Holman elevó sus cejas y miró a su viejo mayordomo interrogante. —Dice ser... Georgiana Henderson, la esposa de su sobrino, Douglas Henderson.

—Dice ser. ¿No estás seguro, Reginald?

—Señor, nunca la he visto. No puedo dar fe de que su identidad es auténtica. Vino con dos mujeres más; al parecer, sus criadas.

—¿Dos mujeres más? ¿Algún lacayo o caballero?

—No. Sólo ellas dos.

—¿Ni siquiera un cochero?

—El cochero, al parecer, recibió el pago y se fue.

—Es decir, vino en un coche de alquiler hasta aquí.

—Sí, señor.

—Debió ser un viaje costoso desde Bath. Debe ser algo urgente. Hazlas entrar.

—¿Está seguro, señor?

—¿Crees que tres mujeres son una amenaza para mí?

—Ya antes ha ocurrido que personas que parecen indefensas venían con malas intenciones, señor. Si me da la orden, las echaremos fuera.

—Echar fuera a tres mujeres solas en pleno invierno. No tienes corazón, Reginald. —El mayordomo bajó la cabeza apretando los labios, y Francis sonrió. —Tráelas aquí. No las habrás dejado afuera con este frío, ¿no?

—Están en el vestíbulo.

—Prepara bebidas calientes. No un simple té, sino algo que fortalezca sus espíritus. Debieron ser varios días de viaje en un coche barato en este invierno. Son mujeres valientes, o estúpidas. Ya lo veré.

—Haré como dice, señor.

Celestine estornudó. El frío parecía haber entrado en sus cuerpos a pesar de que durante el viaje habían estado apretujadas en el mismo asiento, compartiendo manta y su calor corporal. No había sido suficiente. El dinero no les había alcanzado para calentar el carruaje de manera adecuada en el último día de viaje, y ahora estaban padeciendo las consecuencias.

Celestine sorbió sus mocos de la manera más disimulada posible, y Jena se acercó a ella tocando su frente. Celestine no perdió tiempo para pegarse a ella. A pesar de estar al interior de la casa, seguían heladas.

—Señora Henderson —saludó el mayordomo estirado y tieso que las había recibido antes. —Sígueme, por favor. —Las tres mujeres mostraron alivio al oír aquellas palabras, y se movieron siguiendo al mayordomo, pero este de repente se dio la media vuelta mirándolas con severidad. —Sólo la señora Henderson. Las criadas irán a la cocina, allí les darán algo caliente para beber.

Jena y Celestine fruncieron el ceño ante este trato, pero Georgiana les puso una mano en el hombro a cada una.

—Sigamos las reglas de esta casa. Recuerden que estamos aquí sin ser invitadas.

—¿Está segura de ir sola ante ese señor?

—No tengo opción, de todos modos. Vayan y coman algo. En una cocina seguro se está caliente.

—Está bien. La estaremos esperando. —Georgiana asintió, y siguió al mayordomo a lo largo de amplios pasillos.

Era una mansión hermosa, aunque algo anticuada para su gusto. Había retratos al óleo en las

paredes del pasillo, y molduras costosas y difíciles de mantener.

¿Por qué era rico este hombre? No lo sabía. Lo que sabía era cuánto Douglas codiciaba todo esto.

Reginald al fin se detuvo ante una puerta y golpeó con sus nudillos anunciándose. Luego abrió la puerta y la hizo pasar.

El cambio de temperatura entre el pasillo y el interior de esta sala sorprendió a Georgiana, que se detuvo a unos pasos de la puerta y observó el interior.

Las cortinas color rojo oscuro, la gran alfombra roja, los muebles en diferentes tonalidades de rojo, con madera rojiza, inundaron la vista de Georgiana haciéndole pensar en reuniones llenas de licor, mujeres y juego. ¿Por qué, sino, esta extraña decoración?

¿Y si el señor Francis Holman era un pervertido al igual que Douglas? ¿Y si él había aprendido de su tío ese ritmo de vida dedicado a las fiestas y el sexo?

—Vaya que eres hermosa —dijo la voz serena del hombre mayor que, sentado en un muy cómodo sillón rojo, extendía la pierna derecha sobre un futón y meneaba en su mano una copa de vino.

Todo rojo.

Hasta su bata, pensó Georgiana.

¿Y si se había escapado de la sartén sólo para caer en el fuego?

Miró fijamente al hombre, que en su juventud debió ser atractivo. Tenía rasgos afilados, y cabello abundante y gris. Debía tener poco más de sesenta años, y era más bien delgado. Se sobaba el muslo de la pierna derecha como si sufriera de algún dolor perpetuo en ella.

Como pudo, compuso un saludo respetuoso, haciendo la consabida venia y cuidando sus expresiones. Tenía que dominar sus pensamientos. La casa de Douglas, al llegar, le había parecido hermosa y respetable, y se había llevado un buen fiasco. No podía dejarse llevar por las apariencias.

—Señor Holman. Gracias por recibirme en su casa a pesar de haber llegado sin avisar, y de manera tan intempestiva. —Francis ladeó su cabeza sin dejar de mirarla.

—Me perdonarás que no me ponga de pie para saludarte, pero hace tiempo me lesioné la pierna y en invierno se hace doloroso. —Ella meneó la cabeza quitándole importancia. —Ven, acércate. —Georgiana caminó varios pasos tiesos hacia él. —Qué hijo de perra tan afortunado es mi sobrino. Eres realmente preciosa... Pero, ¿qué haces aquí? ¿El afortunado hizo algo para que salieras de su casa en estas gélidas temperaturas?

Georgiana tragó saliva.

La mirada de él era inteligente, y hurgaba en su rostro buscando respuestas a sus interrogantes.

—Señor. He venido aquí para rogar su ayuda. —dijo Georgiana, y sin pensarlo mucho, cayó de rodillas ante él.

—¿Qué haces?

—Por favor, se lo suplico. No me deje sola. Lo necesito, y es la única persona en el mundo que me puede ayudar.

—¿Pero qué pasa, muchacha?

—Ha pasado de todo. Créame que no habría venido aquí si no fuera mi último recurso. Sé que no hay nada que le obligue a ayudar a una desconocida como yo, pero por piedad, extiende su mano y ayúdeme—. Francis la miró en silencio. Se movió en la silla para poner la mano sobre el delgado hombro y la sintió temblar, pero no era de frío.

Algo subió a su garganta, y ese algo tenía el sabor de un mal presentimiento.

No pudo ignorarlo, y levantó la cabeza buscando a Reginald, que, sorprendido por la escena que se desarrollaba ante él, esperaba al pie de la puerta.

—Prepara habitaciones para mi sobrina. Las mejores y más cálidas. Prepara también una buena comida, seguro que llevan días sin comer algo decente.

—Sí, señor.

—Y tú, muchacha, descansa—. Ella levantó la mirada completamente sorprendida. No había esperado que la ayudara tan pronto, sin escucharla siquiera, ni comprobar que en verdad era quien decía ser—. Eres hermosa de lejos —siguió Francis, —pero de cerca tienes unas ojeras que estropean mucho tu belleza. Duerme mucho, y cuando te sientas preparada, ven a mí.

—Señor, le agradezco tanto que no me eche fuera...

—No soy un monstruo. Pero tú... parece que vienes huyendo de uno. Reginald, de inmediato.

—De inmediato, señor. Señora Henderson, sígame, por favor.

Georgiana se puso en pie, y Francis pudo ver el brillo de una lágrima ser borrado. Siguió a Reginald y miró atrás agradeciendo de nuevo a Francis. Éste frunció el ceño y se recostó de nuevo en su sillón mascullando una maldición.

Ahora tenía el estómago revuelto.

—Quiero ver a mis criadas —dijo Georgiana a la espalda de Reginald, que la conducía a una sala para que esperara allí mientras su habitación era preparada.

Reginald se volvió para mirarla. Había estado ocupado pensando en todo lo que tenía que hacer con la invitada, la ropa de cama que se usaría y demás detalles. Hacía muchísimos años que no tenían una mujer joven como invitada, por lo que había mucho que hacer.

La miró pestañeando, procesando al fin sus palabras.

—Ellas se encuentran bien.

—Deben estar preocupadas por mí. Por favor, lléveme con ellas—. Reginald no dijo nada en un momento, simplemente señaló una puerta cercana. —Si espera allí, pronto se encontrará con ellas. Por favor.

El tono del mayordomo era mucho más amable que antes, cuando les abrió la puerta. Aquello le hizo tranquilizarse un poco y asintió.

Esta sala era completamente diferente a la anterior, llena de colores claros y alegres; y a pesar de la escasa luz que entraba por las ventanas, era bastante luminosa.

Un lacayo entró con madera y se ocupó de encender la chimenea. Otra criada trajo un carrito con bebidas calientes y aperitivos para ella. Una más se ocupó de cubrirle las piernas con una manta gruesa y cálida.

—Oh, gracias—. Aquello era reconfortante, pensó Georgiana con una sonrisa. Se parecía al trato que le habían dado en Avondale Hall.

Su sonrisa se borró lentamente, como siempre que pensaba en Nathaniel, o en cualquier cosa relacionada a él.

Tal vez nunca volviera a esa casa, por mucho que le gustara. Si tenía éxito y el señor Francis la acogía, se quedaría aquí hasta que ella misma envejeciera. No tendría un hijo, no tendría un marido amoroso, no tendría un hogar... pero al menos, nadie estaría intentando matarla, ni humillarla.

Todavía tenía en su poder el veneno que Jena consiguió para ella. Era su seguro.

Antes, estuvo dispuesta a beberlo y morir, pero eso fue cuando estuvo en lo más oscuro del pozo de su desesperación. Vivir esos tres meses con Nathaniel la habían llenado de una extraña fortaleza. Recordó cómo vivía un ser humano, cómo era tratado. Consiguió algo de respeto para

sí misma, recobró un poco de su valor.

Ya no pensaba usar ese veneno en sí misma, pues ahora estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes; por el contrario, lo usaría en su enemigo, y no le importaba si por eso la decapitaban.

Si iba a morir, se llevaría a Douglas consigo.

Pero ahora él estaba lejos. Seguro que ni siquiera sospechaba que ya no estaba en Avondale Hall; eso le daba mucho tiempo de ventaja.

Nathaniel también debía estarse preguntando dónde estaba. Era evidente que la había seguido el día que salió de su casa, y luego incluso lo vio cerca de la posada donde se habían quedado esa noche. No dudaba que pronto descubriría que estaba aquí, pero ya que no era su marido, no tenía manera de hacerla volver con él.

No era su marido, pensó con dolor.

No era nada suyo.

Eso era bueno, y lo peor al mismo tiempo.

Si no le hubiese ocultado lo que hacía, sería el hombre perfecto.

Era una tontería. Le había contado a Jena toda su conversación con Nathaniel, y ella se puso de parte de él.

—¿Cómo es posible que le des la razón a él? —le había reprochado ella en esas largas horas de viaje a través de la campiña.

—Bueno, él fue capaz de ver más allá. Vio la situación mejor que nosotras. Yo también pensé que al tener un hijo, usted se libraría del señor Henderson un buen tiempo mientras lo criábamos en una cabaña a las afueras. Seríamos un gasto mínimo, y usted sabe vivir en la austeridad, por lo que imaginé que estaría bien. Olvidé la naturaleza perversa y sanguinaria del señor. Quise pensar sólo en lo mejor, pero el señor Radcliffe tenía una visión más profunda y panorámica de su carácter.

Georgiana había guardado silencio entonces.

¿Qué había dicho él?

Douglas habría usado ese niño como rehén, y si ya antes la había obligado a hacer cosas que no quería, ¿cómo sería amenazándola con ese pequeño ser por el que ella habría estado dispuesta a dar hasta la vida?

Entonces, pensó ahora sorbiendo complacida un poco de chocolate caliente, ¿debía estar agradecida de que Nathaniel no la hubiese embarazado?

Si lo había hecho única y estrictamente por esa razón, pensó, sí.

Si no era porque la encontraba insuficiente para ser la madre de su hijo. Si no era porque la encontraba incapaz, o no quería comprometerse.

Igual, pensó con dolor, él debía tener sus escrúpulos al traer al mundo un hijo que criaría otro, que llevaría el apellido de otro.

Bebió más chocolate sintiendo un horrible nudo en la garganta.

—Me lo hubieras dicho —susurró. —Yo habría entendido. Pero me dejaste creer... que me apoyabas.

Tragó saliva intentando desatar el nudo, y respiró hondo pensando en que no tenía caso reprochar nada, ni a él, ni a sí misma. Ella estaba casada con otro hombre. Nunca podría tenerlo como realmente quería. Compartir su cama y disfrutar de su pasión fue hermoso, pero el actuar a escondidas, el no poder ir a ningún lugar juntos, disimular, y sentir que estaba haciendo algo malo y prohibido... esa parte no la quería vivir más.

—¡Señora! —exclamó Jena entrando a la sala.

De inmediato la rodearon y Georgiana se puso en pie y las abrazó.

—Por ahora, puedo decir que hemos tenido éxito. El señor Holman nos recibió en su casa en calidad de huéspedes.

—Pero... ¿ya le contó todo?

—No. Aún no.

—¿Y entonces? —Georgiana dejó salir el aire volviendo a sentarse en su sillón, y acomodando suavemente la manta sobre su regazo.

—Me limito a hacer lo que me ha pedido, que es descansar y recomponerme. Le contaré todo después. Tengo el presentimiento de que me va a creer. —Celestine asintió apretando sus labios.

—Es una mansión preciosa —dijo mientras se sentaba en un mueble cercano—. Hay poco personal, pero son muy eficientes.

—He echado un vistazo en el camino aquí. No es mentira que es un hombre muy rico. Creo que estaría a la par que el señor Radcliffe.

—Esto es lo que ha hecho que caiga en las garras de Douglas —masculló Georgiana mirando alrededor. Por culpa de esta casa, y de la riqueza de su dueño, él buscó esposa siendo incapaz de amar a una. Es justo que sea aquí donde me refugie.

—Cuéntele todo al señor. Todo.

—¿Incluso... lo de Nathaniel?

—Sobre todo, eso. No será la parte más horrible, pero sí la única donde tiene un testigo. —Georgiana analizó eso, y asintió.

—Si tenemos suerte, —añadió Celestine— tal vez incluso le ayude a conseguir el divorcio.

—Oh, Dios te escuche —suspiró Jena.

—El señor Francis Holman vive en una mansión a las afueras de Cambridge —informó Frank a Nathaniel. Estaba cansado, habían sido días agitados buscando no sólo a Douglas Henderson, sino también a Georgina. Nathaniel frunció el ceño al escucharlo.

—¿Tienes las indicaciones?

—Sí, señor. ¿Piensa ir?

—Sí. Partiré allí mañana mismo. Prepara todo. Llevaremos el carruaje, así que serán unos cuantos días.

—Sí, señor.

—Después de esto, descansarás, Frank. Te lo prometo.

—Señor, no me atrevería a quejarme de nada.

—No lo has hecho, pero se nota en tu cara.

—Me disculpo. —Nathaniel sonrió.

—Durante ese descanso, Frank, busca esposa. La necesitas. —Frank pestañeó varias veces mirándolo fijamente.

Seguramente estaba pensando que él era el menos indicado para mandarlo a buscar esposa, pero discreto como era, Frank no dijo nada, y Nathaniel lo agradeció.

—Por fin, un poco de oro —celebró Douglas contando las monedas que le había enviado Austin. Era menos de lo que había pedido, pero servía. ¿Se había equivocado al decir la cifra en esa nota? ¿Por qué Austin estaba siendo tacaño? Él sabía que necesitaba dinero para seguir huyendo.

Como sea, esto le ayudaría.

—Te llegó dinero, ¿no es así? —preguntó Rudolph Gamble, el hombre en cuya casa se había estado escondiendo estos días.

Era un viejo amigo que compartía gusto con él en cuanto a fiestas. Tenía esposa y un par de hijos, pero estos estaban en Londres la mayor parte del año, y mientras, él disfrutaba de su soltería en Bath con su grupo de amigos.

Sin embargo, y a pesar de que lo había recibido en su casa, lo había hecho más bien a regañadientes, y ahora parecía que quería cobrarle su estancia aquí.

No podía. Tenía el dinero justo para lo que pensaba hacer.

—No —mintió, y Rudolph lo miró de reojo.

—¿Cuándo volverás a tu casa?

—Pareces muy ansioso por que me vaya, siendo que, cuando ibas a la mía, te quedabas días y días allí disfrutando. —Se notó la molestia en el rostro de Rudolph, y Douglas sonrió. —Me iré pronto. Sólo debo conseguir un buen caballo.

—¿Viajarás a caballo en pleno invierno? No será muy lejos, ¿o sí?

—Sí, es lejos. Pero es el único lugar al que puedo ir sin que me atrapen.

—¿Por qué no le entregas tu casa a ese hombre? Así apaciguarás sus ganas de encerrarte en la cárcel de deudores.

—No has entendido nada, Gamble. Radcliffe no quiere recuperar sus treinta mil libras; quiere deshacerse de mí.

—Por qué. ¿Qué fue eso tan malo que le hiciste?

—No lo sé. Al contrario, para mí, le hice un gran bien; debería amarme. Pero ya ves. La gente es ingrata. Esta será la última noche que me quede aquí. Ya no te molestaré más con mi indeseada presencia. Gracias por todo, de todos modos, Gamble.

Rudolph se cruzó de brazos esquivando su mirada. Si no fuera porque este hombre arrasaba con todo el vino de buena calidad que tuviera cerca, habría disfrutado que se quedara un par de noches más. Sus atenciones eran, después de todo, bastante satisfactorias.

—Quisiera darme un baño —le dijo Georgiana al mayordomo de Hawthorn Hall. Éste asintió como si ya lo hubiese previsto. —Envía a dos criadas para que me asistan —siguió Georgiana. —Las mías están agotadas, no quiero sobre-exigirles.

—Claro, señora.

Georgiana movió la cabeza agradecida y cerró la puerta. Celestine y Jane la miraban un poco contrariadas, pero no dijeron nada. Era verdad que estaban cansadas, pero no habrían tenido problema en ayudarla con su baño.

—¿Pasa algo, señora?

—Vayan y descansen. Sigán con eso mañana —dijo, señalando la ropa que organizaban. —Si les es posible, tomen un baño también.

—Sí, señora.

El agua caliente llegó pronto al cuarto de baño de sus aposentos. En otro momento, Georgiana se habría admirado de lo bonito que era todo, desde la bañera blanca y brillante, hasta el empapelado de la habitación, pero ahora no podía sino compararlo con Avondale Hall.

Cuando estuvo a solas con las dos criadas, Georgiana se quitó la bata disponiéndose a entrar a la bañera, y la exclamación ahogada del par de muchachas no se hizo esperar. Le estaban viendo toda la espalda y piernas marcadas, evidentemente.

Para eso había hecho que fueran ellas que la bañaran, y no Jena y Celestine.

Las mujeres se cubrieron la boca esperando ser reprendidas, pero Georgiana sólo se introdujo en la bañera con calma y en silencio. Tampoco les pidió que no le dijeran nada a nadie. Esta vez, necesitaba que todos supieran lo que le había sucedido; la vergüenza la dejaría a un lado sólo para conseguir un objetivo claro.

—Qué... Qué aromas prefiere, señora? —preguntó una de ellas, y Georgiana señaló uno de los jabones que le ofrecían.

—Ha-hay poco de este —dijo la otra. Nos aseguraremos de pedir más en la próxima ocasión.

—Está bien.

—Le... ¿Le duele? No quisiera lastimarla mientras tallo su piel...

—No. Ya no. Gracias por tu consideración.

Las dos mujeres se miraron la una a la otra enviándose mil mensajes y preguntas, pero no se atrevieron a decir nada.

Sí que debió haber dolido. Las cicatrices eran gruesas, lo que indicaban que los cortes habían sido profundos.

nunca habían visto así, ni siquiera entre criados.

Al día siguiente, en la tarde, Georgiana fue a la sala roja dispuesta a hablar con el señor. Había esperado el tiempo suficiente para que el chisme de sus marcas en la espalda corriera entre los criados por toda la mansión y llegara a oídos del señor. Este era el momento indicado.

Lo encontró de nuevo en el sillón del salón rojo, esta vez con una bata negra. El hombre la miraba con el reflejo del fuego en sus ojos, inquisidor e inquieto.

—Buenas tardes, señor Holman.

—Solicitaste una reunión conmigo —dijo él serio.

—Así es. Quiero contarle al fin las razones por las que estoy aquí, y lo que me ha obligado a huir de casa. —Francis tragó saliva y apretó levemente los labios.

Tal como Georgiana había esperado, a sus oídos había llegado la descripción del estado de su espalda y piernas, y según lo que todos decían, era horrible. Una joven hermosa como ella había

recibido tal trato, y cada vez Francis tenía una idea más clara de lo que le había ocurrido para orillarla a venir aquí.

—Sólo promete algo —le dijo. —No mientas, no exageres, no añadas.

—Sólo diré la verdad. Lo juro.

—Bien. Empieza. —Le señaló un mueble cercano y Reginald le sirvió una taza de té. Georgiana lo miró como si esperara que él se fuera para poder empezar a hablar, pero Francis agitó la mano.

—Francis es de entera confianza. Puedes incluso conspirar aquí contra el rey, que él guardará tu secreto. —Georgiana volvió a mirarlo y decidió ignorarlo. Le convenía que otro escuchara su historia.

Abrió la boca tomando aire, y empezó.

Le contó todo desde el principio, desde su origen. Le contó su posición en la casa y cómo su padre había estado casi desesperado por casar a sus hijas, tanto, que ni siquiera se había fijado en quiénes eran realmente los maridos. Le contó cómo llegó ilusionada a la iglesia y a la casa Henderson, y cómo esa misma noche todo había cambiado.

Le dio detalles claros, a veces grotescos, pero sólo contó su punto de vista; no especuló acerca de los motivos de Douglas, ni hizo conjeturas de sus verdaderas intenciones. Francis Holman era su tío, después de todo, y por lo que había oído, alguien muy listo. Si ella acaso tratara de influir en su opinión acerca de él, podía salirle mal, así que se limitó a dar hechos y no opiniones.

Evitó llorar en todo su relato, y a medida que avanzaba, notó que la expresión de Francis y del mayordomo se iba ensombreciendo cada vez más, y cuando por fin llegó a la parte en que se encontraba con Nathaniel Radcliffe, tuvo que detenerse. El nudo en la garganta no la dejaba hablar.

Respiró hondo, tragó seco, pero el nudo no se iba.

Reginald le llenó de nuevo la taza de té y aprovechó para tomar una pausa.

—El mismo Douglas me dijo que había hecho una apuesta... Perdió treinta mil libras en un juego de cartas, y...

—¿Treinta mil libras? —exclamó Francis frunciendo duramente el ceño. Aquello era más o menos la renta de unos cuatro años de todos sus dominios. Cuatro años de ganancias duramente trabajadas, y Douglas lo había apostado en una sola noche.

Cuando Georgiana aclaró que el pago era ella, con su cuerpo, Francis quedó pasmado.

—¿Radcliffe aceptó?

—No —sonrió Georgiana con tristeza, y a continuación, tal como le había dicho Jena, le contó lo vivido en Avondale Hall la primera noche, y luego, su intempestiva llegada luego de desmayarse en un baile. Le contó incluso lo del veneno; llegados ya a este punto, ¿qué caso tenía ocultarle todo? El haber querido morir no era, en su concepto, lo más vergonzoso que había tenido que atravesar, después de todo.

Francis la observaba en silencio. Intentaba no intervenir, no hacer muecas, no exaltarse, pero cada cosa que escuchaba era más espeluznante que la anterior, y le hundían cada vez más el corazón entre las tripas. Se sentía pequeño, pesado, incapaz.

Apoyó la frente en su mano mientras Georgiana, claramente enamorada de ese tal Nathaniel Radcliffe, le relataba cómo había hecho llamar un médico para ella, cómo estuvo en reposo y tratamiento durante todo un mes, y cómo todos en la mansión cuidaron de ella.

Cuando llegó al momento en que yacían juntos no le sorprendió en lo más mínimo. Parecía algo que se daría naturalmente entre dos seres humanos; ella no sentía vergüenza de eso a pesar de que claramente era adulterio. No se podía seguir conservando intacto el pacto de matrimonio

con alguien que claramente lo había violado de mil maneras espantosas y desde el principio, y cuando había sido él mismo quien la empujara a eso.

Se recostó en el sillón viéndola secar sus lágrimas. Ella lamentaba más el haber tenido que dejar a ese Radcliffe que muchas otras cosas. Lamentaba no poder quedarse con él y discutir con propiedad lo que le había hecho. Hasta para pelearse había que tener derechos, y ella, claramente, no los tenía.

Reginald llenó de nuevo la taza de té, pero estaba tieso, su silencio era pesado, y en ese acto de servirle dejaba claro a quién consideraba víctima y a quién victimario. Había dudado mucho de ella cuando llegó, y hasta consideró echarla afuera en medio de la nieve, pero ahora se condolía de ella.

Incluso él, que sólo llevaba dos días conociéndola, ya sentía compasión por esta muchacha, y en cambio Douglas, su sobrino, ese monstruo, no se compadecía ni lo más mínimo.

Bebió hasta el fondo su copa de vino, sin saborearlo, y apretó los dientes.

—¿Amas a ese hombre? —preguntó, y las mejillas de Georgiana se colorearon.

—¿De qué sirve amarle? Soy una mujer casada, nuestra relación está prohibida.

—¿Y si no lo estuviera? —Ella dejó salir el aire en una mueca.

—No me haga eso. Imaginar cosas que nunca pasarán duele al final.

Francis volvió a mirarla en silencio por largo rato. Ella pareció calmarse mucho, como si estuviera acostumbrada a mantenerse serena aunque lo que quisiera en verdad fuera berrear hasta el cansancio.

Dios, qué triste, y qué solitario.

—Todo es mi culpa —dijo con voz rasposa, y giró la cabeza para no tener que mirar a la joven que, delante de él, secaba en silencio sus lágrimas.

Ella elevó la cabeza para mirarlo, y el anciano sólo dejó salir un gruñido.

—Señor... ¿Me cree? Todo lo que le he contado... ¿me cree?

—He escuchado que tienes la espalda marcada con latigazos. Te los hizo él, ¿verdad?

—Antes de Douglas, nunca nadie me puso una mano encima. Ni siquiera mi madre durante mi niñez, y le aseguro que fui una niña muy traviesa. —Una niña traviesa, pensó Francis. No parecía. Ahora estaba como... apagada.

—Lo lamento, muchacha. Jamás imaginé que mi orden a Douglas de buscar esposa sometería a la hija de alguien más a semejantes vejámenes. Había oído hablar de su comportamiento; estaba preocupado porque era un disoluto desocupado que no miraba hacia el futuro y sólo se centraba en divertirse. Pensé... que tener una esposa y un hogar le haría sentar cabeza, y además... estaba preocupado por los rumores que había escuchado. Pero, también eso es mi culpa.

Georgiana lo miró con ojos grandes de asombro, y la taza en su mano quedó suspendida en el movimiento de llevársela a la boca.

Francis sonrió al ver su cara.

Reginald se sorprendió cuando vio a su señor hacer esfuerzo para ponerse en pie, y acudió a su lado para ayudarlo.

—Hace mucho tiempo, muchacha, quise mucho a alguien —dijo el hombre, andando despacio hacia una ventana que estaba a la espalda de Georgiana. Ésta se movió en el mueble para seguirlo con la mirada. —Le quise tanto, que pasé por alto sus pequeños detalles. No era una mujer... ya debes saber a lo que me refiero. —Georgiana bajó la mirada sintiendo cómo sus mejillas palidecían. Estaba segura de estar escuchando un secreto muy fuerte.

Con esfuerzo, Francis se apoyó en el alféizar de la ventana y miró hacia afuera mientras

Reginald corría la cortina diligentemente.

—Vivió conmigo algunos años, aquí, en esta casa. Yo me dedicaba a los libros, y fue por entonces que me llamaron para dar cátedra en la universidad. Tenía que viajar con cierta frecuencia, pero volvía ansioso por volverlo a ver. Todo estaba muy bien, lo ocultábamos y lo aceptábamos, era la única manera de estar juntos. Fue entonces que... los padres de Douglas fallecieron en ese accidente de coche. Douglas era sólo un niño y quedó a mi cargo. Traté de aliviar sus penas y empecé a complacerlo en cada cosa, pasó una larga temporada aquí conmigo. Le oculté que mi huésped era algo más para mí, no vi la necesidad...

Georgiana volvió a bajar la mirada a su taza de té. Sentía el corazón agitado.

—Pero entonces, cuando Douglas tenía más o menos quince años, vino a mí... con una espantosa historia. Me dijo... que en la noche, el hombre que yo amaba, había entrado a su habitación y había... pasado lo peor. No sabes lo que sentí. Las dos personas que más quería... involucradas en un asunto tan horrible. Lo confronté, discutimos acaloradamente, pero él lo negó hasta el final. Sin embargo, los detalles que Douglas me daba... no era posible que los conociera si no había pasado en verdad. Era sólo un muchacho. Tuve que creerle a mi sobrino a pesar de que eso me rompía el alma, y decidí protegerlo echando a mi pareja de mi casa... Fue una decisión tan difícil... y hasta el último momento me rogó que le creyera. Investigué con todo el personal de la casa, y todos coincidían en que... durante mi ausencia, durante varias noches, ellos permanecieron juntos en diferentes partes de la mansión. Douglas me dijo que lo obligaron, que fue en contra de su voluntad. Lloró diciéndome lo mal que lo había pasado. Dios, todavía lo recuerdo y se me revuelve el alma.

Georgiana tenía el ceño fruncido, como si tratara de hallar la verdad en una historia de la que apenas estaba escuchando. Conociendo a Douglas, lo creía totalmente capaz de mentir y engañar a niveles peligrosos, pero el Douglas de esa época tal vez no era el mismo que el de ahora. En ese entonces era sólo un muchacho; tal vez sí fue verdad, y el otro, un mentiroso que se mantuvo hasta el final con su versión.

Eso explicaba que Douglas luego desarrollara tales inclinaciones, pero no justificaba lo perverso y malo que se había vuelto. Ella misma era una muestra de que la violencia y el maltrato no te volvían obligatoriamente alguien malo, pero él había elegido ese camino. Sobre todo, con ella, como si tuviera la culpa de algo.

Douglas odiaba y maldecía a su tío, y ahora entendía que se debía a lo sucedido en su juventud. Lo detestaba por eso, pero no tenía ningún problema en engañar y mentir con tal de recibir su herencia.

Se secó una lágrima y siguió escuchando, intentando no perder palabra.

—Hablé con Douglas, le pedí perdón, le ofrecí compensarlo, y creo que... Ahora pienso... que tal vez exageré en protegerlo. Lo mimé mucho después de eso y aún hoy le envío una anualidad para que viva cómodamente. Quería que... fuera alguien normal, no como yo. Que tuviera esposa, hijos, que fuera feliz, pero era probable que todo eso se hubiese vuelto imposible por lo que había ocurrido.

—Pero no fue su culpa...

—Oh, claro que lo fue. Si yo no tuviera estas inclinaciones, él nunca habría estado en mi casa en ese momento, y a Douglas no le habría ocurrido nada malo.

—Pero no es como si usted hubiese obligado a esa persona hacer lo que hizo. Cada uno toma decisiones nacidas de su propio deseo.

—Aun así... nada me quita esta sensación. Desde entonces... decidí estar solo. No me ha ido tan mal, y pensé... que haciendo que Douglas se casara, mi culpa estaría resarcida. Fui muy feliz

cuando recibí la noticia de que ahora tenía esposa, y entonces esperé por los niños. Pero en vez de eso, has venido tú aquí no con una criatura, sino con marcas en tu cuerpo, testimonio de los malos actos de mi sobrino. Lo siento tanto, Georgiana. Lo lamento tanto.

—No es su culpa —repitió ella poniéndose de pie. —Yo jamás lo culparía, jamás le haría responsable. No fue usted quien le hizo daño en su juventud, no fue usted quien lo lastimó. Y aunque hubiese sido así... no es como si le hubiese enseñado a torturar a la gente, a causar dolor y sufrimiento.

—Bueno, eso es verdad. No entiendo por qué se comportó así contigo. No encaja con el muchacho bueno que fue mientras estuvo aquí.

—Pero le juro que es verdad.

—No tienes que jurarlo. Te creo.

—Gracias. Gracias. no sabe cuánto me alivia... Por eso estoy aquí, porque lo que Douglas me hizo es responsabilidad suya y de nadie más, y estoy desesperada por recibir su ayuda. Al ser familia de Douglas mi reputación estará a salvo si me quedo en su casa, no quiero más que un lugar tranquilo donde vivir. Le prometo que le pagaré lo que hace por mí con trabajo; soy buena manejando cuentas, llevando una casa, en algo habré de ayudar. Jena y Celestine se ganarán el pan por sí mismas si las contrata y... —Francis sonrió dejándola en silencio.

—Puedes quedarte. No tienes que trabajar para pagar nada, eres mi invitada.

—Gracias, señor Holman...

—Llámame Francis. O por lo menos, dime tío.

Los ojos de Georgiana se humedecieron al comprender que contaba con él. Las cosas habían salido mucho mejor de lo que imaginó. Tal vez la culpa del pasado hacía que quisiera ayudarla, pero a ella le venía bien, y lo necesitaba de verdad.

Vio al anciano volver a su sillón y caer pesadamente en él sobándose el muslo derecho.

—Ahora, si no te importa, quisiera estar solo. Tengo mucho en qué pensar.

—Sí, señor. Otra vez... gracias por todo. Bendigo su generosidad para conmigo.

Francis sólo agitó una mano y ella salió de la sala en silencio.

Otra vez a solas, la tristeza embargó a Francis.

Cuando vio a Georgiana aparecer rogando ayuda tuvo un mal presentimiento, pero jamás, ni en sus más sombríos pensamientos, habría imaginado algo así.

Un acto del pasado repercutía hasta el día de hoy. Oh, si tan sólo pudiera deshacer lo ocurrido en ese entonces...

Pero no, se dijo como sacudiendo su mente; que Douglas prefiriera estar con varones no justificaba que maltratara a su esposa. Si hubiese venido ante él y le hubiese dicho la verdad, para no tener que casarse con ella, ni con nadie, él lo habría entendido. ¿Cómo iba a juzgarlo, si eran iguales? Pero él había preferido ocultarlo y engañarlo. Lo que le había hecho a esa niña, cuando era la más inocente de todos, no tenía justificación. Douglas merecía un castigo.

—Reginald... —Su mayordomo estuvo a su lado de inmediato. —Me temo que debo cambiar mi testamento. No puedo premiar a ese chico luego de todo lo que ha hecho.

—Llamaré a los encargados.

—Envíale también un mensaje a Nathaniel Radcliffe. Voy a necesitar su ayuda en algo.

—Sí, señor.

Jena y Celestine rodearon a Georgiana cuando la vieron llegar. Sólo les dijo que Francis le había creído a todas sus palabras y ahora estaban bajo su protección. Lo ocurrido con Douglas

años atrás era algo que no necesitaban saber, pues involucraba la vida privada de su anfitrión.

—¿De verdad? —preguntó Celestine sorprendida. Tal vez no podía creerse la buena suerte que estaban teniendo.

—Sí. Somos sus invitadas. Cuidará de nosotras.

—Alabado sea el Señor...

—Usted... luce triste.

—Bueno, es que... tuve que contarle todas esas cosas horribles...

—Le traeré un té...

—No, ya bebí muchos hoy —sonrió Georgiana. —La verdad, sólo quiero dormir. Quisiera tomar una siesta...

—Claro, claro. Venga, recuéstese. —Jena la guio a su cama y Georgiana se dejó caer sobre las mantas. Sintió que ponían sobre ella una frazada y se quedó muy quieta. Las dos mujeres salieron en silencio dejándola sola.

Georgiana volvió a abrir los ojos y se cubrió un poco mejor sintiendo que las lágrimas volvían a ella.

Sentía todos sus sentimientos revueltos, tristeza, confusión, pesar, ira. Y añoranza. Extrañaba a Nathaniel.

A él, tal vez, sí hubiese podido compartirle todo lo que había escuchado hoy. Él la consolaría, y la abrazaría.

Nunca habían dormido juntos hasta el amanecer, pues ella siempre salió antes de su habitación. Era algo que él le reprochaba, pero qué más podía hacer? las mañanas estaban prohibidas, la luz del día develaba sus pecados.

Pero ahora lamentaba todas esas mañanas que no pudo pasar a su lado.

Y aunque debía alegrarse porque tenía la protección de Francis, lo cierto es que sólo sentía vacío. Ahora, por el resto de la vida, no la esperaba nada. Antes, al menos, tuvo la esperanza de criar un hijo, y en los peores momentos, sólo pensó morir, pero la vida sola y vacía que la esperaba la aterraba mucho más.

Insistiría para que Francis le diera trabajo. Si no ocupaba su mente en algo, iba a enloquecer.

Por ahora, sólo dormiría un poco. Estaba tan cansada...

Georgiana sonrió entredormida cuando sintió el cálido cuerpo de Nathaniel a su espalda y sus traviesas manos debajo de su bata. Sin dudarlo, se giró a él y buscó su boca para besarlo.

Su cálido aliento, el aroma natural de su cuerpo, el sedoso cabello entre sus dedos. Oh, cómo había extrañado esto.

Pero él no está, recordó. Está lejos.

No importaba, pensó con un suspiro cuando sintió sus dedos tocarla íntimamente, haciéndole abrir sus muslos para que se acomodara entre ellos. Lo necesitaba tanto, que no importaba que estuviera lejos.

—Sí —susurró extasiada, y de repente, su propio gemido la despertó.

Y ahora estaba sola y vacía en una enorme cama, y la luz del sol se colaba tenuemente por su ventana.

Había sido un sueño, un sueño nacido de su propio deseo, de su terrible necesidad.

Escondió la cara en la almohada deseando llorar de frustración. ¿Qué tan mal debía estar para que su mente la traicionara así? Lo peor es que estaba segura de que si en verdad él hubiese aparecido así en su cama, ella habría olvidado todo entregándose de nuevo a él, dándole la bienvenida ampliamente, con ardor.

Se sentó y trató de calmar su pecho, su mente y su cuerpo. Se concentró en el aquí y el ahora; esta era la casa de Francis Holman, el tío de su esposo. Estaba aquí desde hacía pocos días solicitando su ayuda y la había obtenido. Nathaniel no estaba, y dudaba que pudiera volverlo a ver.

Nunca volvería a estar entre sus brazos, así como en ese sueño pervertido.

Salió de la cama y se preparó para el día. El invierno seguía arreciando con crudeza y a pesar de que el mayordomo le había insistido en que sólo descansara, ella prefería estar ocupada, por lo que le pedía que le diera tareas en las que ocuparse.

—Hice un buen trabajo en Avondale Hall, y Wilbur Blake se caracteriza por ser estricto, le prometo que no encontrará fallas en mi trabajo.

—Señora Henderson, usted es una invitada en la casa del señor Holman. Yo sería despedido si acaso le pongo trabajo a alguien de su familia.

—Pero te lo estoy pidiendo...

—Se lo ruego, no me ponga en este predicamento. —Georgiana tuvo que desistir. Era cierto que a un invitado no se le ponían tareas que hacer, pero ella no se consideraba una invitada, y realmente necesitaba algo que hacer o se volvería loca.

Ya que Reginald era inflexible en eso, se dejó llevar a una biblioteca donde encontró muchos libros que, según, le interesarían. También le mostraron una habitación con un caballete y pinturas, si acaso quería pintar. Las criadas le trajeron elementos para bordar y mesitas para pintar.

—Creo que no soy apta para llevar la vida de una aristócrata —se quejó Georgiana mirando el caballete con un lienzo dispuesto para ella. —Prefiero ser productiva.

Jena sólo sonrió meneando la cabeza.

—¡Señora Georgiana! —exclamó Reginald entrando un poco agitado a la sala en la que se encontraba. Georgiana lo miró extrañada; era impropio del mayordomo mostrarse así.

—¿Pasa algo, señor Blythe?

—Por favor, es urgente. Su marido, Douglas Henderson, acaba de llegar al territorio de Hawthorn Hall.

—¿Qué? —se sorprendió Georgiana dando un paso atrás, y de repente fue como si todas sus

cicatrices en la espalda se abrieran y empezaran a sangrar.

—El señor me ha enviado para que la esconda. Usted y sus doncellas, por favor, quédense en la habitación hasta nuevo aviso.

—Pero... ¿Qué hace Douglas aquí?

—No lo sabemos. Le prometo que la mantendremos informada. Por el momento, por favor, ocúltese.

Georgiana, aturdida, no pudo si no llevarse ambas manos al pecho y sentir que le faltaba el aire. Afortunadamente, Celestine estaba cerca y recogió su chal y el libro que había dejado a un lado guiándola suavemente a la salida.

Douglas aquí.

¿Había venido solo? ¿O había traído a su amante?

¿Había descubierto que se escondía aquí?

¿La iba a llevar a rastras a su casa nuevamente?

El terror la fue invadiendo poco a poco, perdiendo el color y la fuerza. Celestine la metió en la habitación y la sentó en un mueble hablando, haciéndose preguntas, tranquilizándola a ella, pero Georgiana sólo podía pensar en que la llevarían de vuelta a esa horrible sala de los arneses, la obligarían a presenciar orgías, desnuda, hambrienta y con frío en un rincón, mientras un montón de hombres desnudos, borrachos, con la mente perdida por el opio u otras sustancias se amontonaban, se agitaban, y hacían toda clase de cosas frente a ella.

—¡Señora! —gritó Jena agitando sus hombros devolviéndola a la realidad. —Señora, ¿está bien?

—Jena, no dejes que me lleven —suplicó con voz temblorosa y los ojos desorbitados. —Por favor, te lo ruego. No dejes que me lleven de vuelta.

—No va a pasar. El señor Holman no lo permitirá. Está a salvo.

A salvo.

Era una frase tan extraña, y producía en ella tantas añoranzas. La última vez que se sintió así fue... en la casa de Nathaniel. Allí, había estado segura, Douglas nunca entraría. Pero Francis Holman era el tío de Douglas; seguro le daría entrada a su casa.

No, tranquilízate, se reprendió. No va a suceder. No vas a volver a esa casa.

Pero eran esperanzas infundadas. Sólo le quedaba esconderse y esperar con el alma colgando de un hilo.

Douglas miró la enorme mansión que sería suya dentro de poco y sonrió satisfecho. Había sido un viaje duro hasta aquí, pero había llegado. No podría quedarse mucho tiempo; esta era una parada obligatoria. Ya que el viejo era su único familiar, al ser el único hermano de su madre, las autoridades no tardaban en llegar a hacerle preguntas, pero era imperativo obtener la ayuda del anciano.

—Señor Henderson. No esperábamos su visita —dijo Reginald haciendo un saludo algo tieso, y Douglas lo ignoró entrando directamente a la mansión.

—¿Dónde está el anciano?

—El señor Holman está...

—Estoy aquí, Douglas —contestó Francis llegando al vestíbulo, apoyándose pesadamente en su bastón y en bata. Douglas lo miró de arriba abajo.

—Vaya, has venido personalmente a recibirme. Debe ser un día especial para ti. —Francis no dijo nada, y Douglas sonrió con sorna. —Estás más viejo.

—¿Qué te trae por aquí? —Douglas caminó a él con esa confianza que le confería el saberse

el futuro dueño de esta casa. Miró a Reginald y movió la cabeza dando una orden.

—Tú, prepara mi habitación, quiero un baño y una buena comida.

—Reginald, no te muevas —lo detuvo Francis sin moverse siquiera. Douglas lo miró ceñudo.

—No ves a tu sobrino desde hace tiempo, me tomo el trabajo de visitarte, ¿y así me recibes? ¿Esta es tu hospitalidad?

—¿Qué quieres, Douglas?

—¿No fui claro? Un baño, comida, una cama...

—¿Y, dinero? —Los ojos de Douglas se oscurecieron ante esas palabras. Trató de disimular su disgusto, pero no lo consiguió del todo.

—No. Claro que no. —Francis lo miró fijamente por largo rato. Ya había dado el tiempo suficiente para que Georgiana y sus doncellas se ocultaran y borrarán todo rastro de su estancia aquí, así que miró a Reginald dando una cabezada. Sería muy sospechoso no recibirlo, por lo que, de momento, tendría que seguirle el juego.

—¿Qué pasa con las criadas aquí? Me miran y se esconden. Que se tranquilicen —dijo dejando salir el aire y haciendo rodar sus ojos. —Son todas feas, ninguna me interesa.

Reginald, que lo escoltaba a su habitación de siempre, guardó silencio. Abrió la puerta que lo conducía a las habitaciones que había ocupado en el pasado y dio órdenes de traer agua caliente para su baño.

En su habitación, Georgiana aguardaba muy tensa. Jena y Celestine habían corrido las cortinas como precaución extra, y conversando entre ellas se preguntaban cuánto tiempo estaría aquí ese indeseable.

—Espero que no sea mucho. Pero ¿por qué habrá venido? —En el momento llamaron a la puerta y Celestine atendió. Era Francis, que parecía cansado por el esfuerzo de venir hasta aquí.

—Sabía que estarías preocupada, por eso he venido. —Georgiana se puso en pie, pero no fue capaz de decir nada, sólo se sostenía una mano con la otra tratando de controlar su nerviosismo. —Aún no me ha dicho para qué ha venido exactamente, pero quiero que estés tranquila, mientras no salgas de esta habitación, él no sabrá que estás aquí. Me he hecho responsable de ti, y te cumpliré.

—Gracias —susurró Georgiana, y Francis asintió. Dijo algo más, dio recomendaciones, hizo promesas, y poco después volvió a alejarse.

Aunque le creía al anciano, Georgiana no podía dejar de pensar que el más mínimo error podía conducirla de nuevo al infierno.

Esa noche se acostó temprano, y Jena y Celestine le hicieron compañía. También ellas estarían encerradas mientras Douglas estuviera aquí.

Estaba tan cansada de sentir miedo...

Se sentó en el medio de la cama envolviéndose en la manta. A pesar de que la chimenea estaba encendida, el frío dentro de su alma no se espantaba.

Miró hacia la cómoda. En uno de sus cajones, en lo más profundo, estaba el veneno. Si entraba a su habitación mientras estuviera dormido, y vertía el veneno en su boca, seguro que se desharía de este miedo para siempre.

Sería viuda, y jamás nadie la atormentaría.

Pero entonces Francis Holman, su protector, se vería envuelto en un terrible problema. Y al haber matado a su sobrino, tal vez le retirara su protección.

Cuando se dio cuenta del camino que estaban tomando sus pensamientos, no pudo menos que sonreír. De un tiempo acá, ya no pensaba en morir, sino matar, y el objeto de ese deseo asesino

era su victimario.

Si acaso ocurría lo peor, se defendería. Seguía siendo más débil físicamente que él, pero ahora tenía determinación. Se defendería con uñas y dientes.

—¿Treinta mil libras? —preguntó Francis Holman a su sobrino sin pizca de sorpresa. Toda la historia de Georgiana estaba siendo corroborada por el idiota. No porque él se la estuviera contando al pie de la letra, sino por la cantidad de mentiras con que intentaba cubrirla.

Ahora estaban en su salón rojo. Douglas se había tomado casi dos días descansando en su recámara, pidiendo manjares y vinos en sus comidas, y sólo había bajado hasta ahora para hablarle de dinero.

Habían intentado instarlo a cenar con él para acortar su estancia aquí, pero prácticamente se había atrincherado en la habitación, durmiendo todo el día, haciendo nada.

Ah, cómo lamentaba que su hermana no hubiese tenido más hijos. Lo único que le había dejado como familia era este descerebrado y retorcido hombre. Lo miraba y no podía sino imaginar las escenas que Georgiana le había descrito.

Sí, él era capaz de eso, y tal vez, de mucho más.

—¿Así que invertiste treinta mil libras en un barco mercante y perdiste todo ese dinero?

—Me llevarán a la cárcel de deudores si no pago el dinero. No quieren un abono, lo quieren todo, contante y sonante. —Francis elevó una ceja.

—¿Quién es tu acreedor?

—¿Necesitas saberlo?

—Por supuesto. ¿Quién es? —Douglas siseó.

—¿Qué pasa si no te lo digo? ¿Crees que te estoy mintiendo?

—No lo sé, Douglas. Hace tiempo que pongo en duda cada palabra que sale de tu boca.

—¿Qué? —preguntó Douglas poniéndose en pie y mirando con dureza a su tío. —¿Qué significa eso? ¿Crees que te he mentado antes? ¿En qué te he mentado?

—¿Dónde está tu esposa? —preguntó Francis en vez de contestar. —¿La dejaste en casa lidiando con este problema?

—Ella está bien.

—¿Eres consciente de que incumplir una deuda tan grande la perjudica también a ella? podrían estar llevándola presa si no te encuentran a ti.

—No, a ella no le harán nada.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Simplemente, lo sé. Mi acreedor... es un tipo “honorable”. —La última palabra lo dijo con tanto desprecio que Francis entendió mejor el panorama. La versión de Georgiana cobraba mayor credibilidad con cada palabra que salía de su boca.

Al parecer, sí pensaba pagar, y no tenía ni idea de dónde o cómo estaba su esposa. Había salido huyendo de casa tan pronto se enteró de que lo habían denunciado, y al parecer, contaba con poco dinero para sus gastos de viaje. Ya le habían dicho que vino hasta aquí a caballo, lo cual debió ser muy duro.

Lamentablemente, no podía hacerle preguntas concretas acerca de la verdadera causa de la deuda y la razón por la que había caído en ella o delataría a Georgiana. Lo que sí era seguro, era que su sobrino era un hombre podrido por dentro.

—Si es un hombre honorable, seguramente estará dispuesto a negociar.

—Ya lo intenté. Es inflexible.

—Tú eres malo negociando, lo haré yo.

—¿Qué? ¡No! No es necesario. Dame el dinero y yo se lo daré...

—Lo siento. No es el modo en que hago negocios.

—Maldito anciano, ¡por qué no me ayudas! Sí sabes que estoy en todos estos problemas por tu culpa, ¿verdad?

—¿Mi culpa? ¿Cómo soy responsable de que tu barco mercante haya naufragado? —Douglas apretó los dientes en una mueca de ira conteniendo con fuerza sus palabras. Tenía muchas ganas de soltar todo tipo de reproches, pero no podía decir la verdad. —Ya deja de culparme a mí por cada fracaso que has tenido en la vida.

—Entonces quita la condición de traerte un hijo para que pueda heredarte. Pon todo a mi nombre sin condiciones. Sólo así pensaré que de verdad te disculpas por todo lo que me hiciste.

—Yo no te hice nada, Douglas.

—No te hagas el inocente. Sabes muy bien de lo que te estoy hablando. Soy tu único familiar, lo único que te queda. Muestra un poco de sensatez y quita las condiciones para heredarte. De lo contrario, ¡te maldeciré por el resto de mi vida! —Francis sonrió de medio lado y suspiró. No había nada que hacer con este muchacho.

—No. —Douglas empuñó sus manos, lo que puso en alerta a Reginald, que escuchaba todo desde la puerta. —Pero, no entiendo. ¿Por qué te cuesta tanto tener un hijo? ¿Tu esposa es estéril? ¿Cómo se llama esa muchacha? Me dijiste su nombre hace tiempo...

—¡Nathaniel Radcliffe! —gritó Douglas al fin, viéndose acorralado. —Mi acreedor se llama Nathaniel Radcliffe.

—Negociaré con el señor Radcliffe entonces. Reginald, envíale una carta donde lo invito a mi casa para negociar la deuda de mi sobrino.

—¿Qué? ¿Lo traerás aquí? ¿Por qué?

—Para mostrarle mi hospitalidad, por supuesto; esa que tú desprecias. No puedo ir yo a él, estoy un poco viejo para un viaje tan largo en pleno invierno. Aunque... si es un hombre listo, seguro ha de venir ya en camino.

—Lo... ¿Lo crees?

—Por supuesto. Al ser yo tu único familiar, seguro que vendrá a informarme de la situación, y también estará deseoso de recuperar su dinero. Si además sabe que tengo cómo pagar, no perderá el tiempo. Es altamente probable que ya esté próximo a llamar a mi puerta.

Douglas se limpió los labios comprendiendo que aquello era muy factible. Lo que indicaba que tendría que irse de aquí cuanto antes. No podría quedarse más tiempo.

Pero, ¿a dónde iría?

—Cuando llegue... por favor, no le digas que estoy aquí.

—¿Qué? Piensas quedarte?

—No tengo a dónde ir. Y no tengo... dinero.

—Te daré dinero para que te quedes en una posada...

—¿En serio me vas a echar fuera otra vez?

—Douglas, yo nunca...

—Por una vez, ponte de mi lado. Toda tu maldita vida, anciano, has estado de parte de cualquier otra persona, menos de mí. Soy tu única jodida familia. —Francis apretó la mandíbula, pero intentó disimular el disgusto.

—Te expones a que Radcliffe te descubra.

—Ni siquiera es totalmente seguro que venga.

—Vendrá. Sea por su cuenta o porque yo lo llamé. En esta casa está su tesoro, así que vendrá.

—¿Tesoro?

—Nunca te has ganado treinta mil libras por tu cuenta, así que no sabes cuánto vale ese dinero realmente. —Viendo la terquedad de su sobrino, no pudo sino respirar hondo.

Lamentaba no haberlo convencido de que se fuera. Pero tal vez era para bien.

—Está bien. Quédate aquí. Si tengo razón y Radcliffe llega, me reuniré con él y llegaremos a un acuerdo. Según el acuerdo al que lleguemos, hablarás con él para finiquitar todo este asunto. Y antes de que te opongas —se adelantó Francis, pues Douglas ya empezaba a protestar. —Es mi última palabra. Lo tomas, o lo dejas.

Douglas tardó en contestar. Al parecer, sopesaba sus opciones. Pero viendo que no tenía más qué exigir, asintió.

—Ya vete. Hablar contigo me agota.

Al anochecer, una larga comitiva buscaba hospedaje en una posada en Cambridge. Estaban agotados, pero eran optimistas.

—Ya tengo la ubicación de la mansión —le informó Frank a Nathaniel en el comedor de la posada. Él y sus acompañantes daban cuenta de una copiosa y cálida cena.

—Muy bien. Duerman esta noche. Sólo tú me acompañarás a esa casa mañana en la mañana.

—Sí, señor.

Casi al mismo tiempo, un hombre a caballo dejaba un mensaje en Hawthorn Hall.

—Lo sabía —sonrió Francis Holman. —Seguro vendrá aquí mañana mismo.

—Señor, ¿cree que sospeche que la señora Georgiana está aquí?

—No lo creo. Nadie pensaría que ella buscaría ayuda justo aquí, lo cual fue muy listo de su parte. Pero por lo que ella me contó, ese hombre siente algo especial por ella.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque nadie hace por otro lo que él hizo sin razón alguna. La protegió más allá del código de un caballero, y todo lo que está haciendo ahora tiene más pinta de querer liberarla de su marido que recuperar su dinero. Es algo que yo mismo haría.

Reginald enarcó una ceja tratando de comprender, pero suponía que la agudeza de su señor era superior.

—Dile a Georgiana que resista. Pronto acabará su pesadilla.

En su habitación, Douglas daba vueltas yendo de un extremo al otro.

Si en verdad Radcliffe venía, le contaría al viejo toda la verdad, el verdadero motivo de la deuda, la ubicación de Georgiana. Eso podía hacer que el viejo desistiera de pagar.

Maldición, nada le salía bien.

Todo este viaje aquí para nada, pensó. El viejo no había querido soltar el dinero sino era directamente al malnacido de Radcliffe, y ahora había muchas probabilidades de que se vieran y hablaran. Debió venir antes, pero Austin había tardado en enviarle ayuda, y ahora estaba aquí, a punto de perder su última opción de salir libre de este embrollo.

Miró alrededor y se preguntó acaso cuánto costarían esos candelabros, dónde tendría el viejo del dinero en metálico, qué tan fuerte era su sistema de seguridad.

No alcanzaría para pagar la deuda, pero sí para contratar a un matón y deshacerse de una vez por todas del maldito Nathaniel Radcliffe.

Quien una vez creyó que se convertiría en el marrano del que sacaría mucho provecho, se estaba convirtiendo en su peor y más grande enemigo.



Ya era bastante tarde cuando Douglas por fin se decidió a salir de su habitación. Sospechaba que en esta casa el único lugar donde encontraría dinero sería en el despacho privado del anciano, y hacia allí se dirigió.

Al bajar las escaleras se quitó las botas para evitar hacer ruido y sigilosamente se dirigió al lugar, pero cuando abría la puerta se detuvo al ver una luz. El viejo estaba dentro, al parecer.

¿Por qué? ¿No debería estar durmiendo?, se preguntó con molestia. Ahora tendría que esperar. Pero entonces escuchó a Reginald hablar.

—He hablado con la señora Georgiana. A pesar de su encierro, se mantiene tranquila y optimista.

—Qué bien —contestó el viejo, pero Douglas, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, sintió que la sangre fluyendo por su cabeza lo ensordecía.

¿Georgina estaba aquí? ¿Por qué?

Ella estaba embarazada, y ese bebé sería el heredero que el anciano tanto había pedido. ¿Acaso esa perra pensaba robarle? Ahora que tenía al niño dentro de ella, ¿se confabulaba con el viejo y lo traicionaba?

Miró a través del pasillo preguntándose dónde estaría, en qué habitación la tenían escondida.

¿Desde cuándo había dejado la casa de Radcliffe? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué estaba planeando la maldita?

Ah, tenía demasiadas preguntas que hacer. ¿Debía entrar y reclamar? Georgiana era su esposa, y ese niño era su hijo; ellos no tenían ningún derecho a ocultarla de él...

Pero si la estaban ocultando, era porque ella ya había venido con cuentos, se detuvo, pues ya su mano se había extendido para abrir la puerta y hacer una gran entrada; les había ensuciado el oído quién sabe con qué porquerías, lo que significaba que el anciano jamás lo ayudaría.

Y Radcliffe, según el anciano, iba a venir. ¿Venía por Georgiana? ¿El anciano estaba unido a ellos en su deseo de robarle y destruirlo?

Sintió que le faltaba el aire. Se estaba dando cuenta de que estaba completamente solo aquí. Primero, la perra de su esposa lo había traicionado; en cuanto obtuvo el bebé, no volvió a casa como debía sino que vino aquí a dañar el oído del viejo con toda clase de cuentos.

Maldita, cuánto la odiaba. Hoy más que nunca.

—¿Deberíamos entonces reunir las treinta mil libras para pagarle a Nathaniel Radcliffe? —preguntó Reginald, y Douglas dejó de lado momentáneamente su indignación y volvió a prestar atención.

¿Le pagarían las treinta mil libras? ¿Y además se quedaría con Georgiana y el bebé? ¿Y acaso él qué? ¿Estaba pintado? ¿No era nadie? Tanto el dinero como la puta que llevaba a ese niño eran suyos. ¿Por qué tendría que cedérselos a Radcliffe?

—No creo que llegue a ser necesario —suspiró el anciano, y Douglas frunció profundamente el ceño preguntándose por qué. —Primero, tengo que comprobar cuál es su forma de pensar, qué opina de Georgiana, y qué planea hacer con Douglas si no obtiene el dinero.

—Es seguro que tiene por objetivo meterlo en la cárcel de deudores.

—O retarlo a duelo. En cuyo caso, es seguro que perderá. Si mis sospechas son ciertas y esos dos se enamoraron durante ese tiempo juntos, Radcliffe no está para nada interesado en el dinero, sino en deshacerse de Douglas.

—Señor... ¿Qué hará usted entonces?

Douglas acercó más la oreja a la puerta muy interesado en esa respuesta.

—Voy a liberar a esa muchacha para que haga con su vida lo que quiera. Si se quiere volver a

casar, o si quiere quedarse sola por siempre... lo que sea que quiera. Lo más pacífico será conseguir un divorcio. No me importa cuánto deba invertir, la liberaré.

Los labios de Douglas temblaban, y el sudor corrió por su frente.

—Es una suerte entonces que ya se hayan hecho los cambios en su testamento.

—La verdadera fortuna está en que esta propiedad no esté ligada al apellido de la familia, y pueda ser heredado por una mujer. Si no, quiera o no, Douglas heredaría.

¿Qué?, quiso gritar Douglas con el corazón tan agitado que incluso su respiración se entrecortaba, como si viniera de correr.

¿El viejo pensaba dejarle todo a Georgiana? ¿No a él? ¿Pero qué clase de historias le había contado la arpía esa para poner al viejo decrépito de su parte? ¿Cómo se había torcido su suerte?

Y ese maldito anciano. Maldito, maldito. Lo maldecía con toda su alma... ¿Por qué le hacía esto? Esta herencia era su derecho, le pertenecía. No podía hacerle esto. Sobre todo, no luego de que por su culpa él fuera como era y a raíz de lo sucedido hace años todo en su vida cambiara.

Escuchó el bastón de su tío acercarse y corrió lejos de la puerta.

Sentía tanta ira, tal era el sentimiento de traición, que los ojos se le pusieron húmedos. El alma le rugía en busca de venganza, clamaban por ver sangre. La sangre de Georgiana.

En el pasado, siempre lo calmó verla llorar y sangrar. Era momento de aplicar en su queridísima esposa los castigos que la pondrían de nuevo en la senda.

Si iba a perderlo todo, se aseguraría de que ella tampoco obtuviera nada. Y si de paso conseguía que perdiera a esa criatura, o hasta la vida, se daría por bien servido. Nada menos calmaría su furia.

Buscó la escalera del servicio y subió lo más silenciosamente posible. ¿Dónde estaría Georgiana? ¿En cuál habitación la tendrían escondida?

Debía estar en el otro extremo de la mansión, lo más alejado posible de la suya.

¿Y si entraba a los golpes y la sacaba allí arrastrándola por el pelo? Ah, hacía tanto tiempo que no le ponía la mano que las palmas le picaban de anticipación.

Caminó rumbo al ala este. La mansión era tan grande que le tomaría varios minutos descubrir en cuál de las tantas habitaciones estaba, y no podría ser a los golpes como quería o alertaría a todos.

Abrió una puerta y la encontró vacía. No había luna, estaba todo demasiado oscuro, pero la habitación estaba fría. Si tuviera un huésped, la chimenea estaría encendida.

Otra puerta, vacía.

¿Cuántas habitaciones había en esta ala?

Otra más. Vacía.

Sólo quedaba una. Debía estar allí. No creía que lo hubiesen ubicado a él en una tan próxima a la de Georgiana, debía estar en este lado...

—¿Señor Henderson? —lo llamó alguien desde la oscuridad. Maldición, ¿no estaban todos dormidos ya? ¿Había hecho ruido?

Se giró lentamente y vio a Reginald con una vela en la mano en medio del pasillo.

Cálmate, se dijo.

Todavía le temblaban las manos de la ira, pero respiró hondo.

—Ah... Reginald... no encuentro... mi habitación. —Tuvo cuidado de tambalearse un poco mientras hablaba con la lengua pegada al paladar, así pasaría por borracho. —Salí un momento y... ya no encontré el camino de regreso.

—Entiendo. Sígame.

—¿Ah?

—Sígame —repitió Reginald muy serio. —Lo guiaré de regreso a su habitación. —Estuvo a punto de negarse, pero no debía levantar sospechas, así que, dócilmente, lo siguió.

Miró la nuca de Reginald preguntándose si sería buena idea atacarlo.

Sí. Si lo tomaba por sorpresa, no tendría oportunidad. Un solo golpe en la cabeza...

Luego iría por Georgiana...

—¿Desea que le lleve más vino a su habitación? —preguntó Reginald girándose de un momento a otro, justo en el momento en que extendía una mano para agarrar un candelabro de hierro.

La escondió tan rápido como pudo, sin poder tomar el candelabro.

—¿Qué? —Douglas lo miró desconcertado.

—¿No salió para buscar más? Yo mismo se lo llevaré.

Douglas apretó los dientes.

Reginald se había detenido, así que estaban los dos en medio del pasillo, ya lejos del ala este.

Bueno. Su deseo de golpear el bonito rostro de Georgiana tendría que esperar un poco.

—Sí. Trae vino a mi habitación.

Se adelantó varios pasos dejándolo atrás.

Reginald miró largo rato la espalda de Douglas hasta que éste se perdió entre los pasillos de la mansión, y luego miró al sitio donde lo había encontrado, peligrosamente cerca de la habitación de Georgiana.

Antes de ir por una botella de vino para Douglas, alertó a dos caballeros para vigilar el ala oeste, donde estaba Douglas, y otro más para que se ubicara discretamente cerca de Georgiana.

Luego de escucharla contar todas las atrocidades que había sufrido en manos de Douglas, consideraba que toda precaución era poca.

Nathaniel se bajó de su caballo con el sombrero totalmente blanco por la nieve, y sacudió la que se había acumulado en sus hombros antes de acercarse a la puerta de Hawthorn Hall.

Era temprano en la mañana, y el señor Francis Holman podría considerar esta visita como una impertinencia, pero necesitaba hablar con él lo más pronto posible, así que no dio espera.

Reginald, como si hubiese estado detrás de la puerta, la abrió antes y Nathaniel se presentó.

—Me disculpo por llegar sin previo aviso, pero quisiera tener una conversación con el señor Francis Holman. Si tiene a bien recibirme, se lo agradeceré profundamente.

—Siga. El señor Holman lo estaba esperando. —Aquello sorprendió a Nathaniel, pero supuso que era de esperarse. Era inevitable que un señor tan encumbrado y reconocido estuviera al tanto de su visita en la ciudad, pero se preguntaba si acaso también conocía el motivo de ésta.

—¿Quién llegó? —preguntó Georgiana a la joven que les traía el desayuno. Como no podía asomarse a la ventana, no tenía manera de saber quién era el visitante.

—Ah, no escuché su nombre —contestó la joven disculpándose, y Georgiana agitó la mano restándole importancia.

A través de la ventana había podido ver la figura de un hombre a caballo, y se le había hecho tan familiar que el estómago se le había encogido. Sacudió su cabeza espantando esas ideas, nacidas más del anhelo que de la realidad. No podía ser él. Sólo estaba imaginando cosas.

Francis recibió a Nathaniel en la sala roja, como siempre. Al verlo, sonrió internamente.

Era un joven de facciones atractivas, cabello abundante y castaño, modales sencillos y una mirada honesta.

—Señor Radcliffe. Qué agradable sorpresa. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Un placer conocerlo, señor Francis —saludó Nathaniel haciendo una leve inclinación. — Me temo que los asuntos que me traen a su casa no son agradables del todo.

Francis lo miró fijamente, y Nathaniel se sintió como observado por un ave rapaz esperando su muerte para picotearle las tripas.

Le brindaron asiento y una copa de vino. Por ser tan temprano, Nathaniel declinó, y se decantó por un café.

—No sé si estará al tanto de los negocios de su sobrino, Douglas Henderson.

—No mucho. ¿Podría contarme? —Nathaniel lo miró fijamente, sospechando que mentía, pero se guardó sus expresiones y asintió.

Le resumió lo ocurrido en El salón de los ases, y la suma que había perdido esa noche. cómo habían acordado el pago y el incumplimiento de este tres meses después.

Francis lo escuchó en silencio. Como esperaba, Nathaniel no mencionaría a Georgiana. No hablaría del infame trato que había acordado con Douglas. Esperaba que fuera por su honor de caballero, por sus miramientos a la hora de manchar el honor de una mujer.

—Hasta ahora, el único pago que he recibido por parte del señor Henderson han sido dos caballos ejemplares, pero comprenderá que eso no se acerca siquiera al monto acordado.

Francis asintió. Dos caballos, por muy excelsos que fueran, eran un insulto ante el tamaño de la deuda.

—Y ha venido aquí, supongo, con la esperanza de que yo avale a mi sobrino. —Nathaniel apretó los labios, pero no alcanzó a decir nada, pues Francis se adelantó. —Yo no he firmado como fiador de Douglas. No estuve allí cuando llegaron a ese acuerdo, por lo tanto, estoy totalmente fuera de esa cuestión.

Nathaniel lo miró sorprendido.

¿Qué significaba esto? ¿Estaba abandonando a Douglas?

—Señor, ya le he denunciado en la cárcel de deudores, así que no es mi intención que usted pague esa deuda.

—¿Entonces?

—Sólo quería comprobar algo. Temía que el señor Henderson buscara refugio aquí, en la casa de su único familiar.

—Entonces, ¿espera que le entregue si acaso llega a venir?

—Créame que muchas personas le estarán agradecidos de que no respalde a un tramposo como él.

—Es extraño —murmuró Francis entrecerrando los ojos, sin quitarle la mirada de encima a Nathaniel. —Treinta mil libras es una cantidad nada despreciable. La dote de una noble no llega a ese monto en muchas familias que conozco. ¿Por qué prefiere encerrar a Douglas en vez de cobrar ese dinero? ¿Es algo personal, señor Radcliffe? —Nathaniel lo miró enarcando una ceja.

Luego abrió grandes los ojos al pensar que el anciano estaba enterado de las andanzas de su sobrino y considerara esto una extraña pelea de amantes. Sí lo era, pero no por estas razones.

—Nada personal. Se lo aseguro —se apresuró a contestar. —El trato entre el señor Henderson y yo es meramente por... —Francis se echó a reír interrumpiendo a Nathaniel, que parecía azorado por las conclusiones erradas a las que creía que había llegado.

Rio un buen rato, y ya luego se calmó.

—Me pone en una situación difícil, señor Radcliffe —dijo aclarando su garganta, pues había estado a punto de tener un acceso de tos. —Como usted ha dicho, es mi único sobrino. Mi único

familiar. No quiero verle encerrado en una cárcel de deudores, y diría muy poco de mí que siendo un hombre adinerado le deje podrirse en una cárcel. Es mi único heredero, además. ¿Qué debería hacer?

Nathaniel observó al anciano con ojos serenos pero inquisitivos. La sala, ricamente decorada con muebles de caoba y tapices bordados, parecía absorber la tensión de la conversación. Las llamas del fuego crepitaban suavemente en la chimenea, contradiciendo la agitación en los presentes.

—Entiendo su dilema, señor Holman —respondió Nathaniel con voz firme, inclinándose ligeramente hacia adelante—. No es una decisión fácil, y comprendo el peso de su responsabilidad hacia su sobrino. Sin embargo, debemos considerar las consecuencias de cualquier decisión que decida tomar.

—Eso significa...

—Que no cambiaré de opinión. Las acciones de Douglas Henderson, y las motivaciones que lo llevaron a involucrarse en una deuda tan grande son graves.

—Hábleme de ellas.

—No podré hacerlo.

—Entonces, quiere que deje abandonado a mi sobrino por algo que no me puede decir.

—Se trata del honor de una dama.

—¿Qué dama?

—Señor, comprenda. No puedo exponerla.

—Hace poco, le dije a Douglas que sólo me heredaría si traía ante mí un hijo suyo. ¿Tiene eso algo que ver? —Nathaniel lo miró en silencio por largos segundos. —Sé, además, que por su cuenta jamás se habría casado. Lo conozco muy bien. ¿Está tratando bien a Georgiana?

Aquella pregunta lo tomó tan de sorpresa que no tuvo tiempo de contener sus expresiones, así que en su rostro se notó lo aturdido que estaba.

Miró al suelo con el ceño fruncido, y ante su azoramiento, Francis sonrió.

Decidiendo dejarlo en paz, se recostó en el sillón.

—Dígame una cosa, señor Radcliffe. —Nathaniel volvió a mirarlo, esta vez preocupado por lo que preguntaría. —¿Cree usted que mi sobrino tenga redención? Si acaso le dejo sufrir un poco en la cárcel de deudores... ¿usted cree que enderezará su camino?

—No —contestó Nathaniel casi de inmediato, aliviado porque hubiese dejado de lado el tema de Georgiana. —No es un niño confundido acerca de lo que está bien o mal. Ha hecho cosas malas, graves, denigrantes. Merece un castigo, pero aunque lo reciba, no cambiará su manera de ver la vida y a las personas que le rodean. De hecho, creo que sólo pensará que se está cometiendo una injusticia contra él.

—Entonces, ¿su opinión es que está podrido?

—Lamentablemente.

—Es decir, ¿usted sólo busca justicia, señor Radcliffe? Ya que no ganará nada si lo encierra, lo que lo motiva a usted, ¿qué es?

—La libertad —contestó. —La libertad de una persona... que me importa mucho.

—¿Es esa persona la dama de la que no puede hablar? —Nathaniel apretó los labios, como si se obligara a mantener silencio ante esa pregunta. —Entonces, ¿usted viene aquí con toda la intención de hacerme abandonar mis obligaciones filiales, pero no dará ninguna información importante?

—Sí —se apresuró Nathaniel a contestar. —Sí. Se trata de esa dama. Ha sido víctima... de una terrible injusticia. No soy nadie para actuar en su nombre... pero me temo que sólo me tiene

a mí.

Francis sonrió internamente. Era normal que pensara que Georgiana no tenía a nadie más, pues, según lo que ella le había contado, todos le habían dado la espalda, y quien la ayudó fue un desconocido que no pudo hacer de la vista gorda ante su sufrimiento.

—Me haré cargo de Douglas —dijo al fin. —Hablaré con él... y me encargaré personalmente de obtener la libertad de esa persona importante. —Nathaniel lo miró abriendo grandes los ojos.

¿Sabía él que estaban hablando de Georgiana? ¿Por qué intuía que el anciano sabía más de lo que dejaba ver?

Confundido, miró hacia la ventana.

¿Si se enteraba de quién se trataba, y de que debido a eso nunca vería al ansiado hijo de Douglas, cambiaría de opinión? Si era así, este viaje aquí sería tiempo perdido.

Además, ¿qué tan bien podía él contener a Douglas? ¿Lo encerraría? ¿Estaría dispuesto a ayudar a Georgiana a obtener el divorcio? A él le quedaría tan fácil por los contactos que tenía y la influencia que poseía...

—Georgiana está aquí —dijo el anciano de repente, y Nathaniel levantó la mirada hacia él. — Llegó hace pocos días, casi congelada, rogando por mi ayuda. Por ella, sé que lo que usted me dice es cierto. De hecho, durante toda nuestra conversación sólo intentaba comprobar un par de cosas.

—¿Ella... está aquí? ¿Está bien? ¿Cómo...?

—Está perfecta. Triste, pero en excelente estado de salud. —Nathaniel miró hacia la puerta, y fue tan evidente su deseo que Francis volvió a sonreír. —No la verá, señor Radcliffe. No quiero que sepa que la he traicionado al revelar su ubicación ante usted. Comprenda eso.

—Yo... Me basta con saber que está protegida. Hace días que no sé nada de ella; se fue de mi casa, y... —se quedó en silencio. Si ella le había contado todo, seguro le había hablado de él. ¿Hasta dónde había llegado en su relato?

—Por ahora, debe permitir que yo cuide de ella. No quiero poner en entredicho la buena reputación de quien ha sido víctima de los desatinos de mi sobrino. Se quedará aquí durante todo el proceso de divorcio, y aun después. Si algún caballero quisiera cortejarla, pues es una mujer joven y sumamente hermosa, y si ella decide volver a entregarse en matrimonio, quiero que lo haga con la frente en alto, digna, orgullosa. Nadie, por mucho que diga amarla, la pondrá en riesgo mientras esté en mi casa. ¿Comprende lo que digo, señor Radcliffe?

Nathaniel seguía pasmado en su asiento. Todavía no salía del choque que le había supuesto saber que ella estaba aquí; ahora, se sentía como si estuviera delante de su futuro suegro pidiendo permiso para cortejar a su hija.

Todo iba tan rápido, después que sintió que no avanzaba nada...

—Entiendo —dijo luego de un largo silencio. —Agradezco profundamente su disposición a protegerla. Ella necesita un refugio seguro donde pueda sanar y reconstruir su vida. Y no puedo imaginar un lugar mejor que bajo su tutela.

—Así será, entonces. Haré todo lo posible por asegurarme de que reciba el respeto y la dignidad que merece. Y si alguien intenta mancillar su nombre, se enfrentará a mí.

Nathaniel le sostuvo la mirada al anciano, y volvió a asentir lentamente.

Contrario a lo que esperó, saber eso le quitaba un enorme peso de los hombros, y el alivio debió notarse en su cara, porque Francis sonrió.

—Con respecto a lo de mi sobrino, lamentablemente, he llegado a la misma conclusión. Ya que lo que usted quiere es la libertad de Georgiana y no las treinta mil libras, yo me encargaré de

todo. Sólo, por favor, deje su castigo en mis manos.

Nathaniel guardó silencio por un momento como si sopesara sus opciones. Comprendiendo que no debía ponerse en contra de este hombre, y por el contrario, aceptando que necesitaba su ayuda, volvió a asentir.

—Lo dejaré en sus manos.

—Bien. Le escribiré manteniéndolo al tanto de todo.

—Gracias, señor Holman. Estaré en deuda con usted.

—¿Es así? —sonrió Francis—. Yo habría considerado que estábamos a mano, pero si usted dice que está en deuda, es que así es—. Nathaniel pestañeó varias veces y Francis rio otra vez.

Douglas tiró de las riendas de su caballo lanzándose a un lado del camino cuando sintió que alguien venía desde la mansión.

Había salido a dar un paseo, atisbando por todos los rincones exteriores de la mansión procurando encontrar la habitación donde seguro estaba Georgiana, pero todas tenían las cortinas corridas, y no había rastro de movimiento dentro.

No se había dado cuenta de que habían entrado visitas, y estas ya iban de vuelta.

Bajó de la montura y rápidamente la ató tras un árbol esperando que nadie se fijara en él, lo cual sería un milagro. Afortunadamente, los dos caballeros hablaban entre sí, de forma tan entretenida, que no se fijaron en nada más, y a pesar del silencio de la mañana nevada, tampoco escucharon su respiración, ni la del caballo.

—Entonces, la señora Georgiana está en su casa —dijo uno de ellos, lo que le hizo prestar mucha más atención.

—Sí —suspiró el otro, y Douglas abrió grandes los ojos al darse cuenta de que se trataba nada más, y nada menos, que de Nathaniel Radcliffe. —La va a ayudar a divorciarse. Oh, Frank, jamás esperé este desenlace—. El tal Frank sonrió, feliz por su señor, y en Douglas volvía a agitarse una nube negra de odio e ira.

Así que así sería. El viejo lo traicionaría hasta el final.

A él, su único familiar. Al parecer había olvidado que todas sus desgracias tenían origen en él. Toda la culpa de lo que le había ocurrido en la vida, residía en el maldito viejo y la pareja que había tenido en aquél entonces. Siempre había pensado que, de no ser por eso, él sería alguien normal.

Austin se lo había dicho una vez. Habría sido un hombre como cualquier otro, sin estos extraños gustos que lo alejaban de las convenciones sociales. Era culpa del viejo. Y ahora se atrevía a darle la espalda, favorecer a otro que ya era bastante bendecido con riqueza y “normalidad”.

¡Cuánto, cuánto lo odiaba!

Odiaba a todos. A Georgiana por no ser capaz de curar su mal. Al viejo por haberlo infectado, a Radcliffe por ser y tener todo lo que él no podía. Desearía poder alinearlos a todos en un paredón y matarlos. Matarlos y hacerlos sufrir y volver a matarlos.

Miró hacia la mansión, y en su imaginación vio salir de ella una enorme sombra negra que la cubría. Todo lo malo había empezado allí, todo lo malo terminaría también allí.

Esperó largo rato a que los dos caballeros se hubieran alejado lo suficiente para volver a salir al camino.

La rabia le nublaba la mente, y sentía la ira recorrer su cuerpo como si fuera fuego.

Como si fuera fuego, sonrió.

De ahora en adelante, toda su locura estaría justificada.



Algo despertó a Georgiana.

Había sido otro día encerrada en su habitación junto a Celestine y Jena. A pesar de que habían procurado ocuparse en algo, empezaba a ponerse ansiosa. Otra vez habían enviado a una doncella a explicarles que no debían salir aún, pues el joven Douglas seguía en la mansión.

Era obvio que no saldría, valoraba mucho su vida ahora, pero no podía evitar sentirse acorralada, encerrada.

Por la poca actividad durante el día le había costado quedarse dormida. Dando vueltas en la cama recordó que hacía tiempo que ya no sufría de ese terrible insomnio. Sin embargo, esta noche se había tardado en dormirse, y además, cuando por fin pudo conciliarlo, este era ligero y lleno de sueños.

Tal vez fue un olor, un sonido, no supo; lo cierto es que estaba dormida y al siguiente todo su cuerpo estaba en alerta. De repente sintió algo extraño, se sentó en medio de la cama y observó alrededor. Jena y Celestine dormían en unos camastros al otro lado, la luna estaba totalmente oculta detrás de las nubes invernales, todo estaba silencioso, pero algo no se sentía bien.

Y entonces escuchó:

—¡Fuego!

Alguien gritaba a toda garganta, y entonces Georgiana escuchó el rugido. Sin pensar en la seguridad, corrió la cortina y miró afuera; una luz amarillenta y cambiante iluminaba la nieve al frente de la mansión, y no pudo evitarlo. Gritó.

—¡Jena! ¡Celestine! ¡Despierten! ¡Hay un incendio! —Las doncellas se despertaron con sobresalto, con sus ojos llenos de confusión y miedo.

Corrió a una de las cómodas y tomó todos los abrigos. Se los extendió a sus doncellas y se ocupó poniéndose sus botas. Afuera estaba helado, y no era inteligente huir de la muerte por fuego para ir a morir por congelamiento.

—¿Fuego? ¿Dónde?

—No lo sé exactamente... pero alguien ha gritado fuego, y se puede ver por la ventana... —Unas campanas se escucharon en el momento. Era el aviso de incendio, un llamado que alertaría a toda la comunidad, e incluso se escucharía en las lejanías.

—No deberíamos salir solas —dijo Jena asomada a la ventana comprobando lo que Georgiana acaba de decir, y ésta la miró confundida. —¿Y si salimos y afuera se encuentra el señor Douglas?

—Jena, no podemos arriesgarnos a quedarnos aquí y morir quemadas o ahogadas por el humo.

—Pero caer en manos de ese hombre será igualmente grave. —Georgiana miró a un lado y al otro. No encontró nada que pudiera usar como arma, sólo el atizador de la chimenea. Lo tomó sosteniéndolo como si fuese una espada muy pesada.

—Seremos tres contra uno —dijo con determinación.

Así hicieron, y en cuanto abrieron la puerta, el humo se coló por la parte alta de la puerta.

Tuvieron que encorvarse un poco y cubrirse la nariz, pero era difícil caminar y evitar respirar, por lo que empezaron a toser.

Georgiana las guiaba. No se encontraron sirvientes en el camino, pero tampoco a Douglas, lo que fue una suerte.

—No bajemos por las escaleras principales —sugirió Celestine. —Vamos por las de servicio. —Georgiana le hizo caso y se desviaron. No podían ver casi nada, todo el segundo piso estaba lleno de humo.

Llegaron al fin a las escaleras, estas estaban completamente invadidas de humo también, lo que les entorpeció la visión, y aún más, la respiración.

El terrible calor del fuego las golpeó al intentar bajar. Pues se encontraban de frente a las llamas. El paso estaba cerrado por aquí, lo que las obligó a volver a subir.

Georgiana abrió grandes los ojos al comprobar que el fuego venía desde la habitación de Francis Holman, que por el estado de su pierna, se hallaba en el primer piso, justo debajo de la suya.

En el momento, un grito angustioso se escuchó, alguien estaba sufriendo quemaduras, alguien estaba atrapado en el fuego.

—¡Señora! —gritó Jena.

—¡Tal vez sea el señor Holman!

—¡Si es él, nosotras no podremos hacer nada! ¡Sólo nos pondremos en peligro!

—¡Retrocedamos! —gritó Celestine, esta vez tomando la delantera, y levantando una mesita de madera a modo de arma. —Vamos, ¡el fuego está subiendo!

Le hicieron caso a tiempo, pues el fuego lamió las escaleras y subió pronto al segundo piso. Las tres volvieron a correr por donde habían venido, esta vez buscando las escaleras principales.

En medio del humo, Georgiana pudo ver una sombra que se aproximaba a ellas. No sabían si era amigo o enemigo, pero no estaban dispuestas a averiguarlo, por lo que, casi resbalando, se abalanzaron por las escaleras y llegaron por fin al primer piso.

Ya aquí no había casi espacio por dónde pasar. El camino a las cocinas estaba bloqueado por el fuego, y pronto tropezaron con sirvientes que llevaban y traían cubos de agua desde la entrada más alejada.

—¡Señora Henderson, apresúrese a salir! —gritó alguien, y Georgiana se giró a mirar quién era.

—¡Reginald! El señor Holman...

—¡Salga de la mansión! ¡Dean! —gritó mirando a un muchacho que traía un cubo de agua — ¡Llévate a la señora fuera!

—Señora, sígame. Usted no debe ser vista por nadie. —Georgiana miró al muchacho algo sorprendida. Al parecer, todo el personal había sido instruido para ocultarla pasara lo que pasara.

Salieron de la mansión por la puerta trasera, casi entorpeciendo la cadena humana que llevaba y traía cubos de agua, y agradeció el haberse puesto botas, pues la nieve crujía debajo de sus pies, y se empantanaba por el ir y venir de todos los sirvientes.

Desde la parte trasera de la mansión no se divisaba el fuego ni el humo, pero sí que se sentía el calor. Las caras manchadas de hollín de los que ayudaban denotaba también algo de miedo y desesperación.

Georgiana volvió a toser. Aunque había sido poco tiempo expuesta al humo, sus manos se habían manchado de negro, y sentía que los pulmones le ardían.

—Quiero saber cómo está el señor Holman. —El muchacho guardó silencio, y Georgiana empezó a desesperarse. —¡Oh, por favor, dígamelo!

—No lo sabemos —dijo. —Pero al parecer... el fuego se inició en su habitación.

Georgiana sintió cómo el corazón se saltaba un latido; se giró mirando de nuevo hacia la mansión y sintió cómo los ojos se le humedecían.

—¿Cómo se inició el fuego? —preguntó Jena. El muchacho meneó la cabeza.

—No tenemos idea. Por favor, quédense aquí —el muchacho les señaló un granero. Era una estructura totalmente separada de la mansión; ciertamente, aquí estarían a salvo del fuego.

—Gracias —dijo Georgiana, y cerró más el abrigo en su pecho. En cuanto el muchacho se

fue, Jena tomó la mano de Georgiana y la condujo afuera de nuevo.

—¿Qué pasa, Jena?

—Me parece demasiada casualidad que un incendio se haya iniciado mientras el señor Douglas está de visita. Vamos a otro lugar. Si está aquí, no puedo confiar en nadie.

—Dean es un empleado del señor Holman...

—No confío en nadie —dijo la mujer tirando de ella, y Georgiana no tuvo más opción que seguirla.

Unas campanadas se escucharon en la posada donde Nathaniel y sus hombres pasaban la noche. Había acordado pasar otra noche aquí y volver a casa al día siguiente. Con la tranquilidad que le daba el saber a Georgiana a salvo, podía seguir ocupándose de sus asuntos libre de preocupaciones.

Le hubiese gustado verla, pero no sería posible, no por ahora.

Se había quedado dormido esta vez sintiéndose un poco mejor. Ella estaba bien, ella estaba en buenas manos. Cuando al fin se divorciara de ese impresentable vendría a verla, la cortejaría como ella se merecía, y podría al fin permitirse soñar tenerla a su lado.

Ahora sí le daría todos los hijos que ella quisiera, sin ninguna restricción, y la ayudaría a olvidar todas las pesadillas del pasado.

¿Con qué debería empezar? ¿Con joyas? ¿Con cartas? A ella le gustaba montar, ¿debía buscar la yegua más fina y enviársela con un enorme lazo?

Las campanadas irrumpieron en su sueño en medio de la madrugada, y al levantarse, pudo escuchar las conversaciones que se escuchaban nítidas desde afuera.

Un incendio.

Abrió la ventana y se asomó a un lado y al otro buscando las señales del fuego, pero alguien gritó:

—¡Hawthorn Hall se incendia! ¡Necesitan ayuda!

Al escuchar aquello, Nathaniel se apresuró a vestirse. Muy pronto, estuvo afuera buscando un caballo para ir a la mansión. Frank fue tras él sin decir nada, y se reunieron con el grupo de hombres que preparaba una carreta con barriles y cubos de agua para acordar el camino a seguir.

Pronto estuvieron en marcha. Nathaniel cabalgó a toda prisa por el camino nevado y sin luna, pero ya que había venido aquí esta mañana, conocía la ruta que debía tomar. Pudo ver la mansión incendiada desde la distancia.

—¡A ese lado! —gritó, señalando el ala este de la mansión, donde las llamas parecían más intensas, y espoleando su caballo para aumentar la velocidad de la cabalgata—. ¡Tenemos que contenerlo antes de que se extienda!

Como era menester en estos casos, la entrada de la mansión se hallaba abierta de par en par para facilitar el acceso de todo aquel que quisiera ayudar. Nathaniel y Frank llegaron pronto y dieron un rodeo buscando al personal que seguramente ya se estaba ocupando de sofocar el incendio, y así fue. Hombres y mujeres, en pijama o vestidos, abrigados o no, formaban una cadena que agilizaba el transporte del agua.

No era suficiente, pensó. El fuego que había visto por las ventanas era demasiado violento, esto no sería suficiente.

—¡Georgiana! —gritó, y aunque algunos se giraron a mirarlo, nadie dijo nada. —¿Dónde está Georgiana? —nadie contestó. —Maldición.

Entró a la mansión y comprobó que dentro el fuego no hacía sino extenderse, ahora subía por las escaleras principales al segundo piso. Volvió a gritar el nombre de Georgiana, pero el rugido

del fuego y las voces de todos los criados ahogaban su voz.

Dentro de la mansión, los muebles y las tapicerías ardían, los cuadros se deshacían en cenizas y las reliquias familiares se consumían en el fuego. Los sirvientes corrían, sacando lo que podían y lanzándolo al patio cubierto de nieve.

—¡Señor Radcliffe! —se sorprendió Reginald al verlo, cubierto de hollín, y coordinando a todos para apagar el fuego.

—¿Dónde está Georgiana?

—Ella se encuentra a salvo. La hicimos salir hace un momento.

—Oh... Gracias... Gracias.

—Salga usted también.

—No. Necesitas mi ayuda. —Reginald no dijo nada ante eso, y simplemente asintió.

Una vez seguro de que Georgiana se hallaba afuera y a salvo, Nathaniel se unió al combate contra las llamas, organizando a los hombres con una precisión militar.

Pronto llegó más gente del pueblo, con más hombres, más cubos de agua, y carretas llenas de barriles de agua extraída del pozo más cercano.

Horas parecieron pasar mientras luchaban incansablemente contra el incendio. Finalmente, cuando las primeras luces del amanecer comenzaron a teñir el horizonte, las llamas cedieron, reduciéndose a brasas y humo. La estructura de Hawthorn Hall, aunque gravemente dañada, seguía en pie.

Nathaniel acompañó a Reginald al interior de ésta, comprobando todos los daños. Muebles convertidos en brasas, cortinas totalmente consumidas, cristales rotos y ahumados.

—Oh, Dios —murmuró Reginald cayendo de rodillas ante un cuerpo totalmente calcinado extendido en medio de una gran sala. Nathaniel miró a un lado y al otro tratando de adivinar qué clase de habitación era esta.

Había una cama, una grande. Estaba carbonizada, pero era evidente lo que había sido antes del incendio.

Sólo había sobrevivido la estructura exterior de piedra y la chimenea, todo lo que estaba hecho en madera había sido completamente consumido.

Volvió a mirar al cuerpo en el suelo y vio a Reginald secarse una lágrima.

—¿Es... tu señor? —Reginald señaló la mano izquierda del cuerpo, donde brillaba un anillo.

—Lo hemos perdido. Sabía que había quedado atrapado, pero tenía la esperanza...

Nathaniel tomó aire, y tuvo que cubrirse la nariz por los diferentes olores y los restos de humo que seguían surgiendo de la que antes había sido la habitación del señor.

—Me di cuenta tarde —se lamentó Reginald. —No pude ayudarlo. Por su pierna... seguro que le costó salir de aquí. No alcanzó siquiera a llegar a la puerta. Oh, Dios...

Nathaniel no lo interrumpió en sus lamentos, sólo bajó la cabeza en respeto al cuerpo que tenía delante, pidiendo al cielo que recibiera su alma y le diera descanso.

Poco después, Reginald se puso en pie e hizo traer a varios hombres. En una tabla depositaron con mucho cuidado el cuerpo del señor, y para cuando llegaron las autoridades de la ciudad, no sólo el fuego estaba ya controlado, sino que también se preparaba una gran olla de comida para todos los afectados.

Nathaniel no dejaba de atisbar a un lado y a otro buscando a Georgiana.

Le dijeron que la habían conducido al granero y allá fue, pero lo encontró frío y vacío. Se encaminó entonces a las caballerizas.

En uno de los compartimientos para los caballos, Georgiana, Jena y Celestine esperaban.

Ahora era Jena quien sostenía el atizador, y estaban alertas a los pasos de cualquiera que se acercara. Douglas seguía en la mansión, era cuestión de tiempo que las descubriera.

—¡Georgiana! —llamó alguien. Jena miró a Georgiana, Georgiana miró a Jena.

—Esa voz...

—No es posible —dijo Jena meneando la cabeza.

—Es Nathaniel.

—Señora... estamos cansadas, y es normal que escuchemos cosas raras.

—¿Las tres al tiempo? —preguntó Celestine elevando una ceja.

—¡Georgiana! —volvieron a llamar.

—¡Es Nathe, estoy totalmente segura!

—¿Pero qué haría el señor Radcliffe aquí?

—Ayer creí verlo. Ya vi que no me equivocaba.

—¡Espere! ¡Señora! —Jena no pudo contenerla, y en un instante, Georgiana salió al pasillo.

—¡Nathaniel! —gritó.

Nathaniel la vio al fin. Con su bata blanca y un abrigo que él mismo le había comprado hacía tiempo. La cara llena de hollín y el cabello despeinado, pero, al parecer, ilesa.

Los dos cuerpos chocaron y se unieron en un apretado abrazo. En ese instante, no importó nada el tiempo que los había separado, ni los motivos. El alivio y la alegría de reencontrarse echaron a un lado todo lo demás, y por un instante infinito sólo fueron ellos dos volviendo a verse, volviendo a tocarse.

—Oh, Dios, gracias —susurró él en su oído.

La voz de Nathaniel, el calor del cuerpo de Nathaniel, pensó Georgiana con el corazón dando volteretas en su pecho.

¡Cuánto amaba a este hombre! ¡Cuánto lo había echado de menos!

Nathaniel la elevó suavemente, apretándola un poco sin querer, pero feliz de tenerla por fin tan cerca. Ella olía a humo, evidencia de que había estado en peligro, y a continuación empezó a palparla y revisarla como si quisiera comprobar que todo estaba en su lugar.

—Estoy bien —lo tranquilizó ella. —Estoy bien. ¿Cómo es que estás aquí? —él la miró a los ojos al fin. Respiró hondo y entonces vio a Celestine y Jena.

—¿Están todas bien?

—Sí, señor.

—Vengan conmigo. Pronto habrá comida y...

—No podemos salir —intervino Jena.

—¿Por qué?

—El señor Douglas estaba en la mansión desde hacía unos días. —Nathaniel miró a Georgiana interrogante al oír aquello, y ella asintió con un gesto.

—Estuvimos escondidas todos esos días.

—No podemos poner a la señora a su vista y exponerla de nuevo al peligro.

El rostro de Nathaniel palideció cuando dos ideas conectaron en su mente.

—¿Estuvo anoche?

—Es lo más seguro.

—Piensa lo mismo que nosotras, ¿verdad? —preguntó Jena frunciendo el ceño.

—El incendio no fue accidental... no si Douglas Henderson estaba aquí. Tal vez me vio ayer cuando vine... Tal vez se enteró... —poco a poco se fue quedando en silencio, y Jena, que lo observaba inquisitiva, se preguntó a qué había venido ayer; seguramente había hablado con el señor. Y si Douglas Henderson lo vio, tal vez llegó a sus propias conclusiones.

—No sabemos qué pasó. El incendio pareció originarse en el primer piso...

—El señor Holman está muerto.

—¿Qué? —preguntó Georgiana con un hilo de voz, y Nathaniel le rodeó los hombros mientras apretaba los dientes.

—Lo siento, Georgiana. —Ella no pudo evitar echarse a llorar. Él la abrazó escondiéndole el rostro en su pecho, y apretó los dientes mientras comprendía que las esperanzas que ella había tenido se empezaban a desmoronar una a una.

También los sueños que él había hilvanado luego de la conversación ayer.

—No estás sola. Lo sabes. Ven conmigo, por favor. Yo te protegeré de Henderson. —Georgiana lo miró a los ojos con los suyos humedecidos por las lágrimas. No miró a Jena buscando su opinión, ni a Celestine, sólo a Nathaniel.

—Está bien —dijo. —Llévame contigo.

—Aguarden aquí un momento. Traeré un carruaje para ustedes. Comprobaré dónde y cómo está Henderson.

—Sí.

Nathaniel fue renuente al soltar su mano, pero había mucho que hacer, así que se dio prisa. Buscó a Frank y le indicó las caballerizas para que fuera a protegerlas, mientras, él buscó a Reginald para informarle que de ahora en adelante él se haría cargo de Georgiana. El hombre estaba tan agobiado con todo lo que tenía que hacer que incluso le prometió volver para ayudarlo.

—Gracias. En verdad necesitaré la ayuda —dijo dejando caer los hombros, y Nathaniel apretó los labios.

—Mientras tanto, enfócate en que este incendio pudo ser provocado. —Reginald elevó la mirada un tanto sorprendido. —Douglas Henderson se encontraba en la mansión, ¿no es así? ¿No es demasiada casualidad que el incendio se haya manifestado justo cuando él estaba aquí, justo después de mi visita?

—¿Cree que...?

—No sé si conoce sus atrocidades, pero yo le garantizo que es un hombre cruel, carente de toda piedad. No descarte mis palabras.

El mayordomo guardó silencio por unos instantes, pero luego un fuego de ira se asomó en su mirada y asintió. Sí que era muy probable, sí que era capaz.

En el momento, llamó a un sirviente y le preguntó por el paradero del señor Henderson.

—No lo he visto —dijo el hombre. —Pero empezaré a preguntar. ¿Cree que haya... quedado atrapado entre las llamas?

—Nada me haría más feliz —masculló Reginald.

Poco después una criada alcanzó a Nathaniel para entregarle un bulto con ropa de Georgiana y sus doncellas. Nathaniel agradeció, y también reclamó un tazón de sopa recién preparada y la llevó consigo a las caballerizas.

Las mujeres agradecieron el poco de comida, pero no tuvieron tiempo para cambiarse de ropa.

—Me estoy quedando en una posada en Cambridge. Está cerca. Vamos, un carruaje nos espera.

—Nathaniel... —lo llamó Georgiana, y él no pudo evitar el impulso de extender la mano y frotar el hollín de su mejilla. —Gracias por todo.

—No hay nada que agradecer. No pueden quedarse aquí, no es seguro. Dense prisa. —Georgiana asintió.

Terminaron de comer, se arrebujaron en sus abrigos y subieron al carruaje que Frank había

acercado lo más posible a las caballerizas.

Desde el granero, Douglas Henderson, con una parte del rostro quemada por el fuego que él mismo había provocado la noche anterior, vio a las tres mujeres subirse al carruaje y maldijo duramente.

No importaba. Estuviera donde estuviera la iba a alcanzar. Ya se había deshecho del maldito anciano, y anoche no pudo llegar a tiempo a ella para que sufriera el mismo destino, pero era cuestión de tiempo.

El día parecía tan opaco como una nube de humo. Los alrededores de la mansión seguían atestados de gente que iba y venía sacando muebles chamuscados, lo que hacía que Douglas hubiese tenido que permanecer escondido mucho rato. El muchacho al que había amenazado para que le dijera dónde estaba Georgiana no le había traído comida a pesar de que se la había pedido, por lo que estaba famélico.

Ese imbécil, sólo cuando le recordó que él sabía perfectamente quién era y dónde estaba su madre fue que accedió a darle información, y resultó ser errónea, ella no había estado en el granero, sino en las caballerizas, y Radcliffe se le había adelantado llevándosela.

Por supuesto, esos dos estaban en el mismo barco. Ah, cuánto detestaba que el anciano se hubiese puesto a gritar fuego cuando éste aún no había subido al segundo piso. Unos minutos más y su querida esposa habría quedado atrapada también, pero todo le había salido mal.

Al menos, se consoló, se deshizo del anciano.

Había pretendido borrarlo del testamento. Pensaba dejarle todo a Georgiana. Luego, divorciarla de él, juntarla con Radcliffe... La lista de sus pecados era demasiado larga, no había podido perdonarlo.

Por eso, esa misma noche, entró sigilosamente a su habitación, y luego de asegurarse de que el mayordomo ya se había ido a sus propios aposentos a dormir, regó el aceite de la lámpara aquí y allá, y prendió fuego en un santiamén.

—Tú —fue el susurro del viejo, mientras todo alrededor se prendía en llamas.

El infierno desatado en la habitación donde una vez durmió con aquel malnacido que le hizo eso cuando era un muchacho, pensó Douglas admirando la terrible escena. Qué bonito final.

—¿Creías que todo quedaría así? ¿Pensaste que te iba a permitir hacer de mi vida un desastre? —Francis lo miró no con miedo, no con odio, sino con tristeza.

Era consciente de que moriría aquí, no tenía la fuerza para escapar, y mucho menos, luchar contra él.

Las llamas empezaron a tomar fuerza, y Douglas quería darle un golpe para no tener que ver esa mirada de lástima, pero ya se estaba haciendo peligroso quedarse allí.

Y fue cuando el viejo empezó a gritar alertando a todos.

No importaba. Se había vengado.

Y también había interrumpido el proceso para que el nuevo testamento se hiciera válido, o eso esperaba. Si tenía suerte, ya Georgiana no heredaría nada, y si la mataba, tampoco podría irse junto a su amante como quería.

Un campesino se acercó demasiado al granero y éste lo empujó dentro golpeándolo fuertemente. Le sacó la ropa y se la puso. No podía seguir usando ropas de señor ya que llamaba demasiado la atención, y poniéndose el sombrero del hombre, salió como si nada, mezclándose entre la gente, tomando incluso un plato de comida y un caballo, yendo en la misma dirección que el carruaje.

Sólo necesitaría hacer un par de preguntas inocentes y tendría su ubicación.

Georgiana fue atendida en la posada y lo primero que hizo fue pedir un baño. Mientras lo preparaban, Nathaniel la atrajo a un lado para hablar a solas con ella. Tenían tanto que decirse, y tan poco tiempo, que él decidió ser conciso.

—No salgas de aquí —le pidió mirándola a los ojos. —Dejaré un par de hombres custodiándote; el resto los llevaré conmigo a la mansión. Hay mucho que hacer allá.

—Entiendo.

—Volveré tan pronto como pueda.

—Hazlo. Tú también necesitas descansar. —Él la miró fijamente, conteniendo ese fuerte impulso de inclinarse y besarla, pero entendía que había muchas cosas que aclarar antes.

Tomó la mano de ella, tan pequeña y delicada dentro de la suya, y la apretó suavemente.

Se miraron a los ojos, y él sólo apretó los labios conteniéndose.

—Ya me voy —dijo soltándola al fin. Ella asintió y dio un paso atrás.

Sin vacilar más, Nathaniel dio la media vuelta y se alejó.

Georgiana lo vio desde la ventana subir al carruaje y suspiró. Se había sentido aterrada cuando estaba en medio del humo tratando de salir, con miedo a que Douglas la encontrara y le diera caza. Con la muerte de Francis Holman se había ido la última persona que podía ayudarla. Pero todos esos sentimientos de soledad y desamparo parecían desvanecerse con la presencia de Nathaniel.

—El baño está listo, señora —dijo una mujer que trabajaba en la posada, y Georgiana se acercó a la bañera disponiéndose a sumergirse en ella.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿A dónde iría?

Le daba esperanza pensar en que Nathaniel no había cambiado con ella a pesar de lo duras que habían sido sus palabras al irse de su casa. Quizá la había perdonado por abandonarlo cuando él le pidió tantas veces que no se fuera.

¿Indicaba esto que estaba dispuesto a recibirla nuevamente?

¿Sería capaz de vivir en adulterio con Nathaniel mientras resolvía lo de Douglas?

Y si era verdad que Douglas había iniciado el incendio, ¿podrían acusarlo y llevarlo preso? ¿Accedería él entonces a darle el divorcio?

Nadie la acusaría por querer separarse de un homicida, porque, ya que el incendio tuvo una víctima mortal tan importante, no lograría evadir a la justicia.

Qué idiota, pensó suspirando mientras se hundía suavemente en el agua caliente y notaba cómo se relajaban sus músculos tensos. Tal vez había querido acelerar el asunto de su herencia, pero ahora tendría que huir o ser capturado, y pasar el resto de la vida en una prisión, o peor, ir a la horca.

Sería mejor que se divorciara antes de eso, o estaría relacionada para siempre con un hombre que fue sentenciado a muerte por homicida. ¿Bastaría con repudiarlo públicamente?

De una forma u otra, se dijo, por sus mismos actos, Douglas lo había perdido todo, hasta la influencia que tenía sobre ella.

Rato después, salió de la bañera sintiéndose relajada y limpia. El cabello ya no le olía a humo, y pudo buscar entre las ropas que Nathaniel había traído algo limpio para ponerse.

Mientras buscaba en la ropa interior, una botellita salió rodando. Extrañada, la tomó reconociendo el veneno. Tal vez las doncellas de la mansión no habían reparado en lo que empacaban; lo había guardado entre las ropas íntimas, después de todo.

—¿Necesita ayuda para vestirse, señora? —preguntó Jena entrando. Al verla con la botella de veneno en la mano, pestañeó varias veces.

—Parece que alguien metió esto con la ropa interior —explicó Georgiana, y lo dejó a un lado en la cama.

—No creo que eso deba andar por ahí, rodando. —Jena se acercó, tomó la pequeña botella, y miró alrededor buscando un lugar donde guardarlo.

Esta era una habitación pequeña, con pocos muebles, y los sirvientes entraban y salían para limpiar, por lo que no sería seguro dejarlo a la vista.

Al final, la doncella resolvió meterlo entre la ropa interior de nuevo. Georgiana no pudo

evitar sonreír al verla preocupada.

—Será mejor deshacerse de eso —dijo mientras empezaba a cepillar su cabello. Al oírla, el alivio de Jena fue enorme. Eso significaba que esos pensamientos de muerte ya se habían esfumado de la mente de su señora.

—Sí. Procuraré hacerlo con cuidado...

Jena se acercó a su señora y le quitó el cepillo de las manos ocupándose ella misma del cabello. Incluso sonreía.

Desde la calle, Douglas pudo ver a Nathaniel subir de nuevo al carruaje y sonrió. Se había llevado con él a ese fortachón que nunca dejaba su lado. Pudo ver que dejó dos guardias, pero se desharía de ellos fácilmente.

Siempre con el rostro cubierto, y aguantando el dolor, entró sigilosamente por las caballerizas de la posada. Todos los hombres estaban ocupados en la mansión, por lo que aquí sólo había mujeres.

Llegó sin problema al segundo piso, teniendo cuidado de que sus pasos no se escucharan, y vio allí a uno de los guardias. Se acercó sigilosamente y le rebanó la garganta sin previo aviso. El otro se alertó y se dispuso a luchar, y a pesar de que sus golpes eran fuertes, el cuchillo de Douglas fue rápido. Le hizo severos cortes que lo dejaron inhabilitado, y ya levantaba el cuchillo para darle el golpe de gracia cuando una mujer gritó. Reconoció a Celestine. Esa traidora que no le avisó que Georgiana se había ido de la casa Radcliffe y se había refugiado con su tío. En un instante, estuvo también en el suelo sangrando.

Qué fuerte se había vuelto, pensó mirando sus manos ensangrentadas. Qué poder daba tomar una vida.

Atraídas por el grito de Celestine, Jena y Georgiana se asomaron al pasillo.

La visión del rostro sorprendido de su esposa, tan limpia y sonrosada, cosas que denotaban una reciente buena vida, lo encendieron en ira, pues él, al contrario, había tenido que navegar entre la mierda por muchos días.

Estaba embarazada, recordó.

Pues era una lástima. Esa criatura moriría hoy junto a ella.

Georgiana quiso gritar al ver a Douglas con parte del rostro quemado, disfrazado de campesino y con un cuchillo ensangrentado en las manos. El estómago se le revolvió de puro pánico.

—Por fin te encuentro, querida esposa —dijo con una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Eres bastante escurridiza.

La voz de Douglas era una mezcla de triunfo y demencia, sus ojos brillaban con una intensidad perturbadora. Georgiana sintió que su corazón se aceleraba, la desesperación empezaba a nublar sus pensamientos.

—Señor Henderson... —intervino Jena con valentía, intentando distraerlo. —¿Se encuentra usted bien? Parece que necesita un médico... —Douglas soltó una risa amarga y fría, sus ojos nunca abandonaron a Georgiana.

—Cállate, perra. Hazte a un lado, tengo una conversación pendiente con mi mujer.

Georgiana dio un paso atrás buscando frenéticamente una salida, alguna forma de escapar, pero el peso de la situación se hacía cada vez más opresivo. La ventana estaba demasiado alta para saltar, y él bloqueaba la única puerta. Jena se mantenía firme, tratando de interponerse entre Douglas y ella, pero sabía que no podría detenerlo por mucho tiempo.

—¿Qué haces aquí, Douglas? ¿Qué pasó con los guardias? ¿Y qué le hiciste a mi doncella?  
—preguntó Georgiana, con la voz temblando a pesar de su intento de mantener la calma.

Él apenas si hizo un gesto hacia el cuerpo de Celestine, que extendido en el suelo, seguía perdiendo sangre mientras la escuchaban quejarse muy quedamente, perdiendo cada vez más la fuerza.

—No te preocupes por ellos. No volverán a molestarnos.

—Douglas, por favor... Esto no tiene que ser así. Por favor...

—Ven conmigo, maldita. Esto sólo terminará si vienes conmigo.

—¿Estás loco? —Douglas se abalanzó hacia ellas extendiendo una mano. Ambas gritaron, y en el caos, Georgiana vio la oportunidad; la puerta estaba desbloqueada.

Echó a correr pero entonces el grito de Jena resonó en la habitación. Georgiana se detuvo en seco, girándose llena de miedo. Jena seguía viva y de pie, pero el cuchillo de Douglas apuntaba amenazadoramente a su cuello.

—¡No lo hagas! —gritó con voz cortada por el pánico. —No le hagas daño a Jena, por favor.

—Entonces, ven dócilmente conmigo, Georgiana, o tu doncella pagará las consecuencias.

—Señora, no le haga caso...

—¡Te dije que te callaras, perra! —volvió a gritar Douglas.

—Está bien, está bien —dijo Georgiana, levantando las manos en señal de rendición y los ojos llenos de lágrimas—. Haré lo que digas, Douglas. Sólo... suéltala.

Douglas sonrió; una sonrisa torcida y peligrosa.

Georgiana lo miró fijamente. Toda la cordura parecía haberse esfumado de él, sólo quedaba una masa informe de ira, locura y determinación. La mataría igual que había hecho con Celestine. La mancha de sangre era tan grande en el piso que dudaba que pudiera recuperarse.

Los ojos se le humedecieron. Pobre Celestine, no merecía esto. Podía salir corriendo y pedir ayuda, pero entonces él no vacilaría en matar también a Jena, y eso ella no podría perdonárselo jamás. Estaba atrapada.

—Sabía que entrarías en razón —dijo, relajando un poco la presión del cuchillo pero sin soltar a Jena.

—Sólo permíteme... tomar un abrigo. Me pondré las botas rápidamente y... —Georgiana agradeció entonces haberse puesto al menos ropa interior antes de que él llegara, el cabello todavía lo tenía húmedo, y tardaría mucho poniéndose un vestido. Tenía que darse prisa, Celestine podía tener una oportunidad si recibía atención, y al tiempo, si lo demoraba un poco aquí, tal vez lo capturarán.

Abrió el cajón de una de las cómodas y vio allí la ropa interior que antes Jena había guardado junto con el veneno.

Sin prisa, pero sin tregua, lo tomó y lo escondió entre sus pechos, luego fue por el abrigo y, aunque olía a humo todavía, se lo puso envolviéndose apretadamente en él.

—Ya estoy lista —dijo, echando una furtiva mirada a Jena. Esta había entendido lo que había hecho antes. Douglas, por estar atento a que ella no escapara, no se dio cuenta de lo que había hecho.

—Iremos los tres juntitos —dijo Douglas con una mueca por sonrisa.

—Te verán... y te atacarán.

—No me atacarán. Todos los hombres están en la mansión tratando de ayudar. Aquí sólo estaban ese par de guardias y puras mujeres. Vamos.

Pasaron por el lado de Celestine, totalmente inconsciente en medio de su propia sangre. Georgiana cerró los ojos incapaz de mirarla, sintiendo en el estómago un fuerte nudo que

amenazaba con hacerla vomitar.

Cerca de la puerta trasera, se encontraron con una doncella que gritó al ver al extraño trío. Douglas la ignoró apretando su agarre sobre Jena, pero Georgiana no.

—Por favor, ayuda a mi doncella —le pidió Georgiana. —Por favor, sálvala.

—¡Cállate, Georgiana!

—Pero ella... —Con un movimiento rápido y brutal, Douglas golpeó a Jena en la cabeza haciéndola golpearse nuevamente contra la pared y el piso, y luego de un leve quejido de dolor, cayó inconsciente.

Georgiana soltó un grito ahogado, pero Douglas no le dio tiempo de reaccionar. La tomó del brazo con fuerza y la arrastró hacia un caballo que tenía dispuesto para la huida. El caballo, nervioso por el ruido y el caos, relinchó inquieto, pero Douglas lo calmó con una mano firme antes de levantar a Georgiana y colocarla sobre la silla.

—¡Jena! —gritó Georgiana mirando a su doncella desmayada sobre la entrada trasera.

—Cállate y agárrate —gruñó Douglas, subiendo detrás de ella y apretando las riendas.

El caballo salió al galope, llevándose a Georgiana lejos del lugar que hasta hace unos momentos había pensado seguro.

Qué equivocada había estado. Mientras Douglas estuviera vivo, no habría lugar seguro para ella.

Se giró para mirar a Jena una última vez, la imagen de su amiga herida quedando grabada en su memoria mientras se alejaban a toda velocidad.

—Queda claro que el fuego fue provocado —dijo un hombre de mediana edad, vestido de manera impecable, con una libreta en la mano en la que tomaba apuntes de cada cosa que veía.

Se trataba del señor Collins, el ajustador de seguros, un hombre de aspecto serio y meticuloso que había llegado a la mansión apenas el humo se había disipado. Con libreta en mano y un ojo agudo para los detalles, comenzó a recorrer la propiedad, inspeccionando cada rincón afectado por las llamas. Su tarea era evaluar con precisión los daños para determinar el monto de la indemnización correspondiente.

Collins había visto muchos desastres en su carrera, pero algo en la escena ante él le hizo fruncir el ceño. No era solo la magnitud del daño, sino la forma en que las llamas habían consumido la estructura. Había algo deliberado, casi metódico, en la destrucción.

Mientras inspeccionaba el salón principal, ahora un vacío espectral de vigas chamuscadas y ceniza, se encontró con Reginald. Los ojos del mayordomo estaban enrojecidos por el humo y el cansancio, pero se mantenía firme, un pilar de dignidad en medio de la devastación.

—¿Está... seguro de lo que dice, señor Collins? Quiero decir... teníamos nuestras sospechas, pero...

—El patrón de quemaduras indica que el fuego se inició en varios puntos diferentes a la vez, algo inusual para un incendio accidental. Además, he encontrado restos de materiales inflamables que no deberían estar aquí, lo cual sugiere que el incendio fue provocado.

Nathaniel, que se había mantenido al margen de la conversación, dio un paso mirando los puntos que el señor Collins señalaba. Era verdad. Era como si hubiesen vertido alguna sustancia, aceite, tal vez, en el suelo y las paredes.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó Reginald intentando que el cansancio no se notara en su voz.

El hombre le dio una lista larga de tareas, entre ellas, presentar la información a las autoridades locales, lo que convertía el incidente en una cuestión criminal; compilar un

inventario de todas las pérdidas materiales, y otras diferentes diligencias que tomaría semanas en completar.

Casi al tiempo que el ajustador de seguros, la policía local de Cambridge hacía sus propias investigaciones. Ya habían sido advertidos acerca de Douglas Henderson, y muchos testigos aseguraron que él estaba en la mansión la noche anterior. Poco a poco se fue corriendo la voz; el sobrino que había venido de visita estuvo en desacuerdo con una decisión que había tomado el tío, y en represalia, incendió su casa.

—Pero no tiene sentido —dijo uno de los investigadores. —Esta es su casa, él era su heredero. ¿Por qué destruir algo suyo?

Reginald, a quien iban dirigidas las preguntas, apretó los labios y meneó la cabeza.

—El señor ya lo había eliminado del testamento —dijo. —Se enteró de una serie de cosas que hizo, con las que estaba en total desacuerdo, y hace unos días llamó a los abogados para hacer el cambio.

—¿El señor Henderson se enteró de eso?

—Es lo más probable. Llevaba aquí un par de días y es posible que nos haya escuchado hablar del tema. El testamento ya es efectivo. Pueden comprobarlo ustedes mismos.

Nathaniel, que había escuchado todo, frunció el ceño algo confundido. Según sabía, el señor Holman no tenía más familiares. ¿A quién le dejaría todo entonces?

A la caridad, seguramente, se contestó. Era algo común en personas sin herederos.

—¡Señor Radcliffe! —gritó alguien llegando junto a él. Por el pánico impreso en la voz, Nathaniel se giró a mirar. Se trataba de una doncella de la posada en la que se había estado quedando.

Tuvo un mal presentimiento de inmediato. Algo le había pasado a Georgiana.

—¡Señor Radcliffe, tiene que darse prisa! ¡La señora Georgiana! ¡La señora Georgiana ha sido secuestrada! —El corazón de Nathaniel se detuvo por un momento antes de empezar a latir con una urgencia desesperada.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó con voz firme, aunque el temor se reflejaba en sus ojos.

—El hombre que se la llevó... yo lo reconocí. Es Douglas Henderson. La vi forcejeando con él y tratando de resistirse, pero... —La doncella se detuvo, ahogando un sollozo—. La arrastró hasta un caballo y se marcharon a toda velocidad.

Nathaniel apretó los dientes sintiendo una ira fría y devastadora atravesarlo. Sin embargo, respiró hondo conteniéndose; no podía permitirse perder la calma ahora.

—¿Hacia dónde se fueron?

—Hacia el norte, por el camino principal. Pero iban muy rápido, señor. No sé cuánto tiempo hace que se marcharon. —Nathaniel asintió, y su mente ya trabajaba a toda velocidad. Miró a su alrededor, y afortunadamente, allí seguían oficiales de la policía local, a los que de inmediato dio aviso de lo que estaba sucediendo.

Fue evidente que no estaban acostumbrados a lidiar con este tipo de casos. Un incendiario asesino y secuestrador. Ya que tenían el testimonio de la doncella, era fácil lanzar un veredicto contra él.

El alguacil dividió a sus hombres entre los que acompañarían a Nathaniel en la búsqueda, y los que irían a la posada a hacerse cargo del desastre.

—Voy a necesitar a alguien que conozca esta zona para que nos pueda guiar —dijo Nathaniel.

—Yo iré, señor —contestó un muchacho. —Mi nombre es Dean. Lléveme con usted.

—De acuerdo, Dean. Busca un caballo. ¡Vamos!

En cuestión de minutos, estaban galopando a toda velocidad por el camino principal. Nathaniel miró al cielo cuando alrededor empezaron a caer copos de nieve, estaba empezando a nevar.

¿Estaría ella bien abrigada? ¿Estaría aún a salvo?

Ese malnacido...

Estaba visto que no descansaría hasta deshacerse de sus enemigos. Sin ningún escrúpulo, asaltó un lugar público, no importándole que otros lo vieran y lo reconocieran. Era peligroso en extremo.

El frío viento invernal cortaba sus rostros, pero Nathaniel apenas lo sentía. Su mente estaba fija en un solo objetivo: encontrar a Georgiana y traerla de vuelta, a salvo.

Jena abrió los ojos sintiendo que la sacudían repetidamente, y su primer pensamiento fue hacia su señora. Espantada, gritó su nombre, pero una muchacha le dijo lo que ya se temía; se la habían llevado, y al parecer, nadie había podido hacer nada.

—Tengo que ir... Tengo que ayudarla.

—Ya le avisamos al señor Radcliffe. Él se encargará. Y seguro también llevará a la policía...

—No me entienden... ella está en peligro. Por favor. Necesito ir a la mansión.

—¿A la mansión? —preguntó la mujer.

Sintiendo un fuerte dolor de cabeza, Jena logró ponerse en pie.

—Alguien que me lleve a la mansión. Por favor.

Las mujeres la miraron dándose cuenta de que ella no desistiría hasta que alguien la llevara. La una le dio a la otra una orden para ir por un carruaje, y Jena buscó dónde sentarse mientras se sobaba los golpes de la cabeza.

Al pensar en Celestine, su corazón se sintió oprimido y triste, pero ahora mismo, tenía que evitar una tragedia mayor.

Georgiana levantó la cabeza cuando al fin el caballo se detuvo. Frente a ella se erguía una cabaña rústica y pequeña. Parecía ser una cabaña de leñador en desuso. Había nieve amontonada en su tejado y alrededor, y el viento helado la azotaba sin piedad.

Sin ningún miramiento, Douglas la hizo bajar del caballo. Al llevar tanto tiempo en una posición incómoda, Georgiana no pudo estabilizar su peso y cayó sobre la nieve; exasperado, Douglas la tomó con rudeza y la hizo levantarse. Un quejido salió de su garganta, pero se contuvo. Ya sabía que él disfrutaba mucho de sus lamentos, y no pensaba darle el placer de escucharla otra vez.

—¡Levántate! —ordenó Douglas, empujándola hacia la cabaña.

Georgiana obedeció, moviéndose con cautela sobre el suelo helado. Miró a su alrededor con rapidez, buscando una oportunidad de escape. La cabaña parecía desolada, sin señales de vida alrededor, lo que aumentó su sensación de desesperación.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Eso no te importa.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó, tratando de mantener la calma mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Douglas le lanzó una sonrisa fría y desagradable.

—Pronto lo descubrirás, querida esposa. Ahora, entra.

Empujándola por la puerta entreabierta de la cabaña, Douglas la condujo a través de una habitación oscura y lúgubre. El interior estaba totalmente a oscuras, pues las ventanas de madera estaban cerradas. Georgiana se encontró frente a un rudimentario lecho de paja y un par de sillas desvencijadas. El aire era frío y húmedo, y un olor a humedad y madera podrida se filtraba por todas partes.

—No intentes escapar —advirtió Douglas, cerrando la puerta tras ellos con un golpe seco.

—Hay una cabaña de leñador en esa ruta —le informó Dean a Nathaniel. Parecía nervioso, pero tal vez se debía al frío y todo lo que había tenido que trabajar ayudando a apagar el incendio.

—¿Está muy lejos? —Dean meneó la cabeza.

—No mucho. Sería el lugar ideal si quiere retener a una persona.

Retenerla, pensó Nathaniel. Dudaba que sólo quisiera tenerla encerrada; él no quería un

rescate, él quería hacerle daño, vengarse por lo que seguramente creía había sido un acto de traición contra él.

Al pensar en eso se desesperaba aún más. Necesitaba encontrarla rápido.

En la cabaña, Douglas tomó las manos de Georgiana y las ató a su espalda con una cuerda vieja que encontró enrollada en uno de los rincones. Ella observaba con detenimiento cada gesto suyo, tratando de discernir sus intenciones a través de su expresión tensa y su semblante dolorido. Él seguía con esa mueca en el rostro quemado que indicaba que estaba soportando mucho dolor. Lo miró de reojo preguntándose si acaso podía hablar con él, averiguar su propósito al traerla aquí, sus motivos.

El ambiente era opresivo, lleno de un silencio tenso solo interrumpido por el crujir de la madera vieja bajo sus pies y el susurro del viento frío que se colaba por las grietas.

—Estarás contenta, ¿no? —preguntó él con tono de burla, alejándose unos pasos y mirando alrededor. —Todo esto lo has provocado tú.

—¿Yo?

—¿Creías que te saldrías con la tuya? ¿Creías que te permitiría quedarte con lo que es mío? —Ella lo miró confundida, sin idea de a qué se refería.

Pensó que finalmente se había vuelto loco, y guardó silencio.

Tenía sed. Estaba cansada. Le dolía el cuerpo. Pero entre sus pechos seguía sintiendo la pequeña botella de veneno, que, a pesar de los botes que había dado en el caballo, no se había caído.

Pero tenía las manos atadas, no podía hacer nada.

Se movió lentamente y notó que las cuerdas estaban igual de podridas que la madera de esta cabaña.

Ahora tenía que hacerlo hablar, para tener tiempo de liberarse y escapar.

Tomaría el caballo y volvería a la mansión, o a la posada. O, tal vez, se encontrara a Nathaniel en el camino.

De alguna manera, estaba totalmente segura de que él vendría a buscarla. Podía dudar de todo en este mundo, menos de eso.

De repente, y si previo aviso, Douglas le dio un fuerte puñetazo en el vientre dejándola sin aire. Tomada totalmente por sorpresa, Georgiana se dobló sobre sí misma luchando por respirar. Los ojos se le llenaron de lágrimas y tardó lo que parecieron ser angustiosas horas procurando volver a meter aire en sus pulmones.

Tosió, lloró, boqueó por aire, y al fin éste volvió a entrar en su sistema. Y entonces escuchó la risa de Douglas.

—Espero que eso sea suficiente para perder al crío que le concebiste a ese malnacido de Radcliffe. —Georgiana lo miró con sus ojos muy abiertos. —No vas a sobrevivir, de todos modos, pero qué gusto me da verte sufrir así.

Georgiana tosía otra vez. Se le dificultaba hablar, pero estaba decidida a no permitir que él la viera sufrir más de lo necesario.

—Yo... no estoy embarazada —dijo al fin. Douglas la miró confundido. —Nunca... lo he estado. —Ahora él apretó los dientes y la tomó del pelo. Georgiana resistió el dolor que eso le provocaba y no le apartó la mirada.

—¿Me mentiste?

—¿Yo? ¿Cuándo lo hice? —Douglas gruñó, pues ella tenía razón. Fue Celestine. Esa perra. Se alegraba de haberse deshecho de ella.

—¡Y por qué te fuiste de casa de Radcliffe! No me digas... ¿pelea de amantes? —Georgiana se echó a reír.

—Ya resignate. No puedes quitarme nada más.

—Pero puedo verte sufrir. ¿Por qué crees que no te asesiné allí mismo en la posada? Porque para mí no tiene sentido ahorrarte el dolor. Ya me acostumbré demasiado a esto, no está en mí terminar contigo rápido.

—Eres un pobre enfermo.

—Y tú eres mía hasta el día de tu muerte. —Antes de terminar sus palabras, ya había levantado la mano para abofetearla. —Me perteneces —dijo, y volvió a golpearla, esta vez con el reverso de la mano. —Y tengo todo el derecho del mundo... de hacer contigo... lo que me dé la gana.

Georgiana sintió sangre en la boca. Le ardía la piel, le ardía el cuero cabelludo, pues él seguía sujetándola por el cabello, pero no lloró, no se quejó. Sólo apretó duro los dientes y resistió.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó él agitándola. —¿Por qué no lloras? Voy a matarte, ¡lo sabes!

—Pobre enfermo —fue lo que dijo ella entre dientes, y le escupió sangre en la cara.

Douglas volvió a golpearla, y esta vez Georgiana perdió el conocimiento por un rato.

Exasperado porque ella no se quejaba ni se quebraba, Douglas la lanzó lejos lanzando un bramido de furia. La pateó un par de veces y se alejó dando vueltas por la estrecha cabaña.

No, esperaré a que despertara. No iba a desperdiciar sus golpes en una persona que no podía sentirlos.

Miró alrededor respirando hondo. Su técnica esta vez no estaba funcionando; debía usar algo más efectivo. No la había traído aquí para que le hiciera perder el tiempo. Iba a matarla, sí, pero antes necesitaba verla suplicar.

Así como antes. Con sus ojos azules enormes llenos de lágrimas mientras rogaba piedad. Mientras esperaba que él tuviera misericordia juntando sus manitos en una oración como si él fuera Dios.

Se pasó la mano por la parte quemada de la cara con mucho cuidado. Ardía como el demonio, y con el paso de las horas, en vez de mitigarse el dolor, parecía que se acrecentaba. Austin tendría un par de cosas que decir cuando lo viera así, pensó con una sonrisa. A él no le gustaban las cosas feas.

Bueno, tendría que contentarlo con algo más.

Miró hacia Georgiana. Ella seguía inconsciente en el suelo.

—Estúpida mujer —masculló, y un golpe de viento movió la puerta de la cabaña.

Afuera nevaba, y el caballo en el que había venido trataba de protegerse del viento pegándose a la pared. Salió y lo ató, pues era el medio en el que pensaba escapar luego, y volvió al interior de la cabaña buscando con qué asegurar la puerta, así que apuntaló una tranca de madera contra ella.

Siguió rebuscando entre los cachivaches de la cabaña y encontró un hacha vieja. Era grande y pesada, aunque la hoja estaba más bien roma. ¿Habría algo con qué afilarla en medio de este muladar? Tal vez si empezaba a cortar sus dedos uno por uno la actitud de su querida esposa cambiara.

Georgiana volvió a sus sentidos y lo vio rebuscando entre la basura de la cabaña. Sintió el dolor punzar en los lugares donde la había pateado, pero contuvo con toda la fuerza que le quedaba sus quejidos.

Típico, pensó. Todo esto lo había esperado; bofetadas, patadas, puñetazos... nada era nuevo.

Su umbral de dolor había alcanzado cotas insospechadas en una mujer de sociedad gracias a su afición de golpearla, esto no era nada, se dijo, y aguantó en silencio.

Luchó contra las cuerdas podridas sin hacer el menor ruido, pues tenía que simular que aún estaba inconsciente, y por fin estas se aflojaron; poco a poco, empezó a desenredarlas. Sus manos estaban libres, pero debía seguir teniendo cuidado. En un momento en que Douglas se agachó tirando de algo pesado en el suelo, Georgiana vio su oportunidad.

Se levantó poco a poco, en absoluto silencio, caminó lentamente, procurando no hacer chirriar la madera bajo sus pies, y tomó el viejo y desvencijado taburete que tenía más cerca. De un solo movimiento lo levantó y en ese preciso momento, él se giró.

Pero ya era demasiado tarde para él, y Georgiana le estampó el taburete contra la frente de Douglas, que cayó al suelo desmayado.

Sin pérdida de tiempo, corrió a la puerta e intentó tirar de la tranca que Douglas había apoyado contra ella, pero no tuvo la fuerza suficiente, y antes que perder el tiempo aquí, pues sabía que en cualquier momento Douglas despertaría, corrió a la ventana y se dispuso a abrir el cerrojo que la aseguraba.

Escuchó el gemido de Douglas y entró en pánico. No importaba qué tan fuerte le hubiese golpeado, al parecer no era suficiente, ni siquiera para ganar tiempo. Tiró más duro del cerrojo, pero ni siquiera pudo mover el pestillo, y resignándose, se alejó de la ventana, sacó de entre sus pechos la botellita de veneno, y aunque todo su ser luchaba por alejarse de Douglas, obligó a su cuerpo a arrodillarse a su lado.

Había conseguido este veneno para sí misma, pero así iba a ser usado.

Se iba a convertir en una homicida si lo hacía, pensó, y las manos le temblaron.

Pero si no hacía algo, la que moriría sería ella.

Por mí, se dijo; por el señor Holman, por Celestine...

Le abrió la boca, y vertió en ella el veneno.

Douglas tosió, y de un manotazo apartó la mano de Georgiana haciéndole soltar la botellita, que aún tenía parte de su contenido.

Ella volvió a alejarse y tomó de nuevo el asiento de madera como si fuera un escudo.

—¿Qué... me diste? —preguntó él, mientras tosía y escupía. Vio a un lado en el suelo la pequeña y oscura botella y la tomó. —¿Tú... me envenenaste? —su voz era sibilante. Parecía que no se pudiese creer que ella cometiera tal osadía, pero luego de su sorpresa vino el miedo.

Iba a morir.

Ella lo había envenenado. Iba a morir.

Se provocó el vómito metiendo los dedos en su boca, y Georgiana volvió a la ventana a seguir luchando contra el cerrojo oxidado hasta que por fin el pestillo se movió. No sabía cuánto tiempo le tomaría al veneno acabar con la vida de Douglas. Podían ser segundos o minutos, pero no por eso iba a esperar tranquila, él sería peligroso hasta que diera su último respiro.

Escuchó las arcadas de Douglas y lamentó que él hubiese reaccionado antes de vaciar por completo la botella en su boca. Aunque imaginaba que lo que le había dado sería efectivo.

Abrió la ventana, y cuando empezaba a treparse en ella para caer al otro lado, él tiró de su abrigo y la hizo caer hacia dentro.

—¡No! —gritó Georgiana. Él estaba intentando vaciar el resto del veneno en su boca, pero ahora ella tenía las manos libres, así que le arañó esa parte quemada de su cara, lo que le hizo bramar de dolor.

Volvió a ponerse en pie, y esta vez sí pudo salir de la cabaña a través de la ventana. Cayó al

otro lado y tuvo que volver a aguantar un quejido, pues se había torcido el tobillo. Se puso en pie como pudo y cojeó por la nieve buscando el caballo.

Un líquido frío corrió por su mejilla y se la tocó. Sí que había logrado que el veneno le cayera encima, pensó, y corrió hacia el caballo cuando lo vio.

Douglas, como un poseído que no veía nada más alrededor, saltó también la ventana yendo tras ella, tuvo que quedarse en el suelo un momento cuando empezó a sentir que todo su vientre empezaba a quemar. Era como si una rata viva y enorme estuviera intentando encontrar la salida desde sus tripas hacia afuera con sus garras y dienteillos afilados.

—¡Maldita! —bramó. —¡Te mataré! ¡Por Dios que te mataré!

Mientras tanto, Georgiana desataba el caballo en el que antes habían venido. Todo su cuerpo dolía, cada movimiento era un recordatorio de la brutalidad que había tenido que soportar, pero ya estaba afuera, ya casi podía tocar la libertad. Con manos temblorosas y el corazón latiendo con fuerza, logró liberar al animal.

Subir al caballo requirió más de un intento, sus piernas debilitadas apenas podían sostenerla, pero ver que Douglas se acercaba peligrosamente le dio la fuerza que necesitaba. No alcanzaba el otro estribo, por lo que seguía estando torcida sobre el asiento, aun así, tomó las riendas disponiéndose a huir.

—¡Te mataré! —volvió a gritar él con una mano en el abdomen y la otra extendida hacia el caballo.

—¡Arre! —gritó Georgiana, pero entonces Douglas logró apresar su bata, tirando de ella. — ¡No! ¡Suéltame!

Tal vez los gritos, la confusión, o el forcejeo entre los dos asustaron al caballo, ya nervioso desde antes, y encabritándose, hizo caer a Georgiana.

Con una sonrisa triunfal, Douglas se alzó sobre ella, su sonrisa era una mueca mortífera, y Georgiana se dispuso a resistir otro golpe brutal.

Pero no iba a darle un golpe; tenía el cuchillo en la mano y pretendía hundirlo en su pecho.

En ese instante, Georgiana supo que iba a morir. Con los ojos llenos de lágrimas por el pánico, lamentó que la última visión que tuviera de esta vida fuera la de Douglas mirándola con odio dispuesto a matarla. Lo lamentaba de verdad.

Pero entonces un disparo rasgó el aire.

Douglas cayó con un golpe seco sobre ella y Georgiana gritó. Gritó de asco, de miedo, y empezó a forcejear para liberarse de él.

Se arrastró en la nieve poniendo la mayor distancia entre Douglas y ella, y este no se movió más. Desde aquí podía ver su rostro, tenía los ojos muy abiertos, de su boca salía una sangre negra y espesa, y en su hombro derecho, un orificio daba paso a más sangre.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que le había dado el veneno, pero le había parecido que tardó horas enteras en hacer efecto, o tal vez había sido su desesperación, pues luchaba por su vida.

—¡Georgiana! —gritó una voz tras ella, y girándose un poco, lo vio.

Era Nathaniel, que desmontaba su caballo con la gracia que le caracterizaba y corría en medio de la nieve hacia ella.

Tenía que estar muy tonta para fijarse en ese tipo de cosas justo ahora, pero la visión de él arrodillándose a su lado y rodeándola con sus brazos mientras le preguntaba preocupado si estaba bien, le devolvió el sentido de la vida.

Georgiana rompió en llanto, un torrente de emociones contenidas se abrieron paso finalmente y lloró. No dijo nada, sólo lloró dejando que las lágrimas fluyeran libremente mientras Nathaniel

la consolaba. Sus brazos fuertes y protectores la alzaron, alejándola del cuerpo del monstruo que una vez fue su esposo.

—Estás a salvo ahora —murmuró Nathaniel, con voz suave y firme, y Georgiana le rodeó el cuello con sus brazos, aferrándose a él, sintiendo cómo su calidez la envolvía, disipando el frío y el terror que la habían perseguido durante años.

—Está muerto —dijo alguien. —Le disparamos al hombro, y no vemos otras heridas importantes, pero está muerto.

Georgiana, con el rostro escondido en el pecho de Nathaniel, guardó silencio. Al fin el veneno había hecho efecto, pensó. No lo había matado el disparo, sino ella, pero no estaba segura de admitirlo frente a las autoridades.

Nathaniel la condujo a su caballo y la hizo sentarse en él, acto seguido se subió tras ella y tomó las riendas. Se quitó el abrigo y lo puso sobre los hombros de Georgiana, que tenía las piernas casi desnudas y la bata rasgada.

—Necesitaremos la declaración de la señora...

—Ahora no —contestó Nathaniel con voz dura. —Frank, hazte cargo de todo aquí, yo llevaré a la señora a casa.

—Sí, señor.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz suave, y Georgiana agitó la cabeza. Nathaniel no estuvo seguro de si eso era un sí o un no, de modo que se dio prisa en volver a la posada. —Lamento haber tardado tanto en llegar.

—No —dijo ella rodeándolo con un brazo. —Yo... sabía que vendrías por mí.

Él le besó el cabello y la atrajo más hacia su pecho.

Sentía que por fin podía respirar tranquilo, y ese nudo en el estómago que se había formado desde el momento en que le dijeron que había desaparecido junto a Douglas por fin empezaba a desatarse.

De ahora en adelante la tendría justo aquí, pensó; en su regazo. Le parecía que era el sitio más seguro para ella.

Mientras el caballo avanzaba lentamente, Nathaniel no dejaba de acariciar el cabello de Georgiana. Su corazón latía con fuerza, aún resonando con el eco del temor y la desesperación que había sentido durante su búsqueda. Pero ahora, con ella a salvo entre sus brazos, la calma comenzaba a volver, trayendo consigo una paz que hacía mucho no sentía.

Georgiana, por su parte, se acurrucó más cerca de él, encontrando en su calor un refugio contra el frío del invierno y los horrores que había vivido. A pesar de todo, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Sabía que con Nathaniel siempre estaría segura.

—Gracias —susurró, y él sonrió como respuesta.

—A ti, por sobrevivir. —Ella cerró los ojos sin dejar de sonreír.

Le había costado un poco, quiso decir. Pero lo olvidaría, igual que había empezado a olvidar todo lo que vivió en la casa de Douglas durante años, olvidaría esto también.

Avanzaron un largo trecho del camino cuando vieron dos monturas acercarse, y entre ellos, Georgiana reconoció a su doncella.

—¡Jena! —gritó.

—¡Mi señora! Está viva. ¡Dios querido, está bien! —Sin pérdida de tiempo, Jena bajó de su caballo y corrió a ellos mientras buscaba algo en el bolsillo de su abrigo.

—¿Para qué has venido? —le preguntó Georgiana entre agradecida y extrañada.

—¿Cómo que para qué? —bajó la voz y se cubrió la boca con la mano en tono confidente. — He traído el antídoto por si acaso. Yo... tómelo, señora. Dígame que no lo usó...

—Ya ves que estoy bien, Jena —contestó Georgiana tomando la botellita que le extendía Jena. Esta no era oscura, sino transparente, al igual que el líquido que contenía.

—¿Antídoto? —preguntó Nathaniel en voz baja, y Georgiana pestañeó esquivando la respuesta.

—E... es una medicina... que mi señora necesitaba tomar urgentemente.

—Ajá.

Georgiana se tocó la mejilla, donde había salpicado el veneno por culpa de Douglas, y decidió beber el antídoto.

—La señora insistió en venir tras ustedes —explicó el uniformado que había acompañado a Jena mientras daban la vuelta y se unían a ellos para regresar. Nathaniel miró de Georgiana a Jena, pero ambas seguían silenciosas. Imaginando que no les sacaría respuestas delante de las autoridades, dejó el tema en paz.

—Debió estar muy angustiada por su señora —ofreció Nathaniel mirando a Jena para que le siguiera la corriente.

—Sí, sí —contestó ella. —No he parado de rogarle a Dios que estuviera bien.

Sin añadir mucho acerca del asunto, los cuatro tomaron el camino de vuelta a la posada.

Empezaba a oscurecer cuando llegaron, y Nathaniel ordenó un baño para Georgiana. El segundo en el día.

—¿Deseas cenar? ¿O prefieres descansar? —le preguntó Nathaniel diligente, con voz suave.

Ella se moría por seguir aferrada a él, subirse a su cintura como una niña y quedarse allí por siempre. Era una lástima que tuviera que alejarse para tomar un baño.

—Cenaré algo liviano.

—Bien, me alegra.

—Nathe... —él la miró a los ojos, y los de ella parecían querer decir muchas cosas.

—No vuelvas a agradecer —dijo él cuando ella abría la boca para seguir hablando. Como eso era justo lo que ella iba a hacer, frunció un poco el ceño. Nathaniel sonrió. —Descansa. Pronto vendrán las autoridades a hacer preguntas, así que aprovecha para tratar tus heridas. Haré que un doctor te revise luego, así que...

—Gracias —lo interrumpió ella. Él hizo una mueca.

Tocó la punta de su nariz con un dedo y sonrió. Le estaba costando alejarse de ella, pero ya tocaba.

Ella cerró la puerta de su habitación dejándolo fuera, y Nathaniel suspiró.

Luego bajó a la sala común de la posada pensando en todo lo que tenía que hacer luego de lo ocurrido, que no era poco. Cuatro personas habían muerto hoy, así que las autoridades de la ciudad, la prensa y muchos más exigirían respuestas ante lo ocurrido, y en medio de todo estaba Georgiana.

El chisme iba a correr aquí y en Bath cuando se supiera todo, pero era algo inevitable.

—Celestine no lo consiguió —le informó Jena a Georgiana, que se sentó en el borde de su cama totalmente desalentada. —Ese monstruo... nos arrebató a Celestine.

—Tendremos que avisar a su familia. Es una lástima que no puedan verla antes de darle sepultura. Dios, era tan joven...

—Ese monstruo...

—Lo maté —dijo Georgiana con voz queda y los ojos llenos de lágrimas. —Yo misma lo maté. Jena... no volverá a hacernos daño. —Jena se acercó más a ella y la abrazó. —Ambas se consolaron por la pérdida, al tiempo que trataban de asimilar que el monstruo que las persiguió por años ya no estaba, que eran libres.

Despacio, Georgiana le describió todo el infierno que había sufrido en el corto tiempo que estuvo a su merced, la manera como había luchado contra él, y el uso que le había dado al veneno.

Ahora le parecía que todo eso lo había vivido alguien más. Era demasiado horroroso para ser real.

—¿Y ahora... qué vamos a hacer? ¿A dónde vamos a ir?

—Pues, no sé. Resulta que he enviudado... y se siente extraño. Tal vez... deba volver a casa de mi padre.

—Sí... O tal vez deba reclamar la casa de su esposo.

—No quiero volver ahí... mucho menos vivir. Odio ese lugar, odio cada rincón de esa casa.

—Pues entonces, véndala. Eso es suyo, le pertenece. ¿O se lo va a dejar al maldito de Austin Miller? —Georgiana agitó su cabeza sintiéndose sin fuerza para tomar decisiones importantes ahora. Una doncella llamó a la puerta y entró con comida para ella, mientras le informaba que su baño estaba siendo preparado.

Mientras tanto, Nathaniel se encargaba de la policía y ayudaba a Reginald en la mansión. La policía estableció que Douglas Henderson, furioso por haber sido eliminado del testamento, incendió la mansión asesinando así a su tío y a su esposa; cuando vio que ella había escapado del fuego, la secuestró e intentó matarla, pero ella logró escapar dándole un severo golpe en la cabeza, y luego la policía misma había disparado.

Sin embargo, el disparo en el hombro no era mortal, por lo que se requería del testimonio de Georgiana. Nathaniel logró convencerlos para interrogarla al día siguiente. Ella había pasado por demasiado hoy.

Cuando regresó a la posada ya era tarde en la noche. Estaba exhausto, pero llamó a la puerta de Georgiana para preguntar cómo estaba.

—Ella se durmió muy temprano —le informó Jena. Con la tentación de entrar para verlo por sí mismo, estiró un poco el cuello, pero dentro estaba oscuro.

—La veré mañana, entonces. La policía vendrá a primera hora, tienen muchas preguntas que hacer...

—¿Nathe? —llamó Georgiana desde adentro, y Nathaniel no necesitó más invitación. En un suspiro estuvo a su lado, le tomó las manos y la examinó. Jena encendió una lámpara y se quedó allí firme. Si bien le constaba que Nathaniel nunca le haría daño a Georgiana, había algo tan malo como los golpes y eran las habladurías.

—¿Tomaste tus medicinas? —le preguntó él tocando con cuidado el moretón que se le había formado cerca de un ojo. Georgiana asintió. —¿Necesitas algo? ¿Puedo hacer otra cosa por ti?

—Ya has hecho mucho por mí, Nathaniel. —Él guardó silencio por un momento, apretó los labios y dejó salir el aire.

Ella estaba en bata, cubierta hasta el pecho por la manta, con el cabello trenzado y el rostro lastimado por los golpes que había recibido, y aun así, le seguía pareciendo hermosa.

Quería abrazarla. Quería dormir a su lado.

Carraspeó y miró a otro lado.

—Quiero que me cuentes qué pasó con Douglas en esa cabaña, Georgiana. La policía te hará preguntas, y no suelen tener piedad. Quiero que estés preparada. Dime si necesitas que te defiendan.

—Probablemente sí... Yo... lo envenené. —Sintió el apretón de la mano de Nathaniel, pero él guardó silencio, lo que la animó a seguir—. Era un veneno que tenía desde hacía mucho tiempo... pensaba usarlo en mí.

—¿En ti? ¿Por qué?

—Porque estaba harta de vivir así. Porque las atrocidades que tenía que enfrentar a diario eran tan horribles que pensé que la muerte era mejor. Pero la noche de la fiesta... la noche en que pensaba beberlo e irme en paz... tú me llevaste a tu casa.

Él entreabrió los labios sorprendido. Jamás habría imaginado que ella tuviera tales planes.

Sin querer, se daba cuenta ahora, había salvado su vida de una muerte segura en muchos niveles.

—Desde entonces lo tuve como un seguro —siguió ella—, pues tenía la certeza de que tarde o temprano volvería a ese infierno. Esta mañana... —Georgiana empezó a detallarle cómo habían traído por error el veneno a la posada y cómo se le había ocurrido a última hora, mientras Douglas apuntaba con un cuchillo a Jena, llevarlo consigo. Le describió lo sucedido en la cabaña y Nathaniel hacía preguntas muy específicas, sin embargo, a pesar de que ella era explícita, él parecía no tranquilizarse del todo.

—No podemos alegar que le diste el veneno en defensa propia, aunque ese haya sido el caso —dijo luego de un rato en silencio, cuando ella finalizó su relato. —A pesar de que él ya había demostrado ser mortífero, y tenías toda la razón para actuar en consecuencia, una mujer usando un veneno contra su marido es algo demasiado frío y no concuerda con el calor del momento, o eso dirán de ti.

—¿Entonces debo... ocultar lo del veneno?

—Sí. Debido a que Douglas tenía parte del rostro quemado, los médicos que lo examinaron no encontraron señales de él, por lo que la posibilidad ni siquiera ha sido mencionada. Sin embargo, lo mejor será ocultar para siempre ese asunto.

Georgiana lo miraba muy seria y en parte consternada. Ahora entendía el miedo que había sentido antes de verter el veneno en la boca de Douglas; aquello era algo que nadie justificaría a pesar de que había sido un asunto de vida o muerte.

—Entiendo —susurró.

—¿Dónde quedó la botella? No se encontró en la cabaña.

—Él la tenía consigo, intentaba hacer que lo bebiera también. Tal vez... se perdió en la nieve.

—Es mejor que se quede allí. Y como ha seguido nevando, sería difícil encontrarla por accidente. Entonces, cuando te hagan preguntas, tendrás que insistir en que sólo le diste un golpe, el que tenía en la cabeza, que lo arañaste y empujaste, pero nada más. ¿Me explico? —Ella asintió bajando la mirada. Era injusto que tuviera que esconderse como si la mala hubiese sido ella, pero entendía lo que él quería decir.

—¿Y si lo averiguan?

—No lo averiguarán. Estamos liberando información acerca de él y su brutalidad, así que nadie querrá defenderlo, ni abogar por él.

—Austin Miller podría querer acusarme.

—¿Tiene los recursos para contratar un abogado y llevar el caso a un magistrado? — Georgiana se encogió de hombros. Realmente, no lo sabía. —No te preocupes, aunque lo haga, ya todos saben que Henderson era un monstruo que se encontró con su propio final mientras trataba de matar a su esposa. Los policías que llevé conmigo son tus testigos, y todos los que te vieron llegar a la posada vieron tu estado. Créeme, después de lo ocurrido en la mansión, tiene pocas personas que quieran averiguar cómo murió exactamente, sólo se alegran de que el responsable de esa desgracia ya le esté rindiendo cuentas al creador. Ocultar lo del veneno... es simple precaución, y, realmente, no quiero que te vean de manera diferente por haberte defendido.

Georgiana asintió, y pareciendo cansada, cerró los ojos. Nathaniel no lo pudo evitar y se sentó a su lado en la cama, rodeándole suavemente los hombros con su brazo y atrayéndola a su pecho.

—De aquí en adelante, todo será diferente para ti—. Él besó suavemente su cabello, y Georgiana se aflojó poco a poco en su abrazo. —Te acompañaré en todo lo que necesites.

—Gracias... Has hecho mucho por mí.

—No, Georgiana. Debí hacer más... cometí errores y... —él se quedó en silencio.

Había mucho que hablar, muchas cosas que poner en claro, pero la presencia de Jena, las circunstancias que los rodeaban y los desafíos que todavía les quedaban por enfrentar los frenaban. No era el momento.

—Debería dejarte descansar, pero, Dios... me hace bien tenerte así.

—Estaré en problemas si alguien descubre que has entrado a mi habitación.

—Lo sé, lo sé —dijo él casi en un gemido.

Reunió fuerzas y se puso en pie, dio varios pasos atrás alejándose y permaneció quieto en su lugar. Georgiana no pudo evitar sonreír por todo el esfuerzo que estaba haciendo para parecer estoico.

—Duerme, lo necesitas. Mañana hablaremos de todo lo que hay por hacer. Tienes mucho en qué pensar.

En el momento, Georgiana asintió sin profundizar demasiado en esas últimas palabras, y Nathaniel hizo un saludo saliendo al fin de la habitación.

Fue cuando estuvo a solas en su cama que todo lo vivido durante el día vino sobre ella con todo su peso, y la cama se le hizo demasiado grande y solitaria.

¿Qué haría ahora? ¿A dónde iría?

Tendría que trabajar, pues dudaba que Douglas hubiese dejado algo de dinero en sus arcas. Tendría que volver con sus padres, o recuperar la casa donde seguramente estaba Austin Miller.

Tendría que tomar todas esas decisiones por sí misma, no quería volver a poner toda su vida en manos de alguien más, pero sin dinero todo eso no era más que un sueño.

Cerró los ojos sintiéndose agotada, y al sentir el leve aroma de Nathaniel en ella después de su abrazo, sonrió quedándose dormida.

Al día siguiente, sucedió como Nathaniel predijo. La policía tuvo consideración al ver su rostro marcado por los golpes, y aceptó todas sus palabras sin dudar. Tal como Nathaniel le recomendó, omitió la parte del veneno y a los demás no les quedó más que aceptar que había sido el disparo lo que terminara con su vida.

Nathaniel se quedó en la ciudad unos días más ayudando a Reginald en todo lo que pudiese, y éste agradecía infinitamente su buena disposición. Sin embargo, llegó el momento en que ya tenía que volver a casa. Se llevaría consigo a Georgiana, por supuesto.

—Ella debería quedarse —le dijo Reginald con seriedad. Nathaniel lo miró esperando que diera sus razones. —La señora Henderson es mencionada en el testamento del señor Holman, por lo que deberá concluir eso antes de tomar decisiones.

—Oh. Entiendo.

Sin pérdida de tiempo, Nathaniel le comunicó a Georgiana la lectura del testamento, y poco después, ésta se hizo en la misma mansión, que ya estaba en proceso de reparación.

Boquiabierta, Georgiana escuchó que era la heredera del señor Holman, y que ahora ésta mansión le pertenecía.

La sala estaba llena de murmullos cuando el notario finalizó la lectura. Nathaniel, a su lado, le apretó suavemente la mano, con la mirada llena de apoyo y orgullo. Georgiana apenas podía creerlo. Había pasado de ser una fugitiva sin hogar a la propietaria de una mansión imponente y rica en historia.

—No sé qué decir —murmuró, mirando a Nathaniel.

—No tienes que decir nada ahora —respondió él con una sonrisa tranquilizadora—. Este es tu hogar ahora. Tómate el tiempo que necesites para asimilarlo.

Georgiana asintió, todavía aturdida. Se sentía como si estuviera soñando. Había sufrido tanto, había perdido tanto, y ahora, de repente, tenía un futuro brillante y seguro. A pesar de todo, no podía evitar sentir un leve remordimiento al pensar en cómo Douglas había intentado obtener esto a través de la traición y la violencia, solo para perderlo al final.

—Es irónico, ¿verdad? —dijo en voz baja, más para sí misma que para Nathaniel—. Todo lo que Douglas hizo para conseguir esta herencia solo le llevó a perderla. Y yo, que nunca esperé nada, lo obtengo todo.

—La vida tiene maneras curiosas de equilibrar las cosas, Georgiana. Y creo que mereces este nuevo comienzo más que nadie.

Ella sonrió, sintiendo una mezcla de alivio y gratitud.

En los días siguientes, Georgiana estuvo ocupada firmando documentos, tomando posesión de sus propiedades, y presentándose ante los diferentes administradores y secretarios. El monto de lo que recibía era exorbitante, mucho más que las treinta mil libras que una vez Douglas apostó.

Cada reunión traía consigo una nueva revelación sobre la vasta herencia que había recibido. Las tierras, los bienes muebles, las inversiones... Todo se sumaba a una fortuna que superaba con creces sus expectativas más salvajes. Los administradores la miraban con respeto y una pizca de asombro, reconociendo en ella no solo a una nueva heredera, sino a una mujer de sorprendente fuerza y carácter.

Georgiana trataba de asimilarlo todo con dignidad y compostura, pero en su interior, las emociones se arremolinaban. Había pasado de la desesperación a una riqueza inesperada en un abrir y cerrar de ojos, y la transición no era fácil. Aun así, se obligaba a mantener la calma, a aprender y a adaptarse a su nueva posición.

—Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites —le dijo Nathaniel una tarde en que fue a verla. Caminaban por los pasillos de la mansión, iluminados por las hermosas vidrieras de colores, pálidos por la luz invernal.

Había venido a visitarla y ella no había parado de hablar de todo lo que le estaba ocurriendo, comentándole de las tierras con cultivos y ganado que ahora eran suyas, y los negocios en el extranjero que rendían considerables ganancias.

—Lo sé. Gracias.

—Y con esto... tu necesidad de un refugio se ha esfumado. Me alegro mucho por ti. —Ella lo miró de reojo, notando algo diferente en él.

—Has venido a verme y yo no he parado de hablar de mis cosas. Lo siento.

—No te preocupes, escucharte feliz es sumamente agradable para mí. Desafortunadamente, tengo muchas cosas pendientes en Bath, y ya he extendido mi estadía aquí por demasiado tiempo. Venía a despedirme. —Georgiana se giró a él para mirarlo sorprendida. Era verdad, él tenía que volver, y ella tenía cosas que hacer aquí todavía. Volverían a separarse.

Frunció el ceño al sentir cómo eso le molestaba sobremanera. Antes, él le había ofrecido seguir apoyándola, pero era evidente que ella ya no necesitaba ese tipo de apoyo. Ahora eran iguales.

Miró alrededor buscando una razón para retenerlo, pero se daba cuenta de que no había ninguna.

—¿Terminarán las cosas así? —dijo para sí, pero la mirada de él le hizo caer en cuenta de que la había escuchado, y de inmediato se sonrojó.

Nathaniel se acercó un poco más a ella.

—No, si tú no quieres. —Ahora, los ojos de ella estaban llenos de esperanza. —Tú y yo... hemos pasado por tanto juntos... Esta no es una despedida definitiva. Antes, luego de hablar con el señor Holman, me aseguró que cuidaría de ti luego de divorciarte, y mi plan era venir regularmente y cortejarte como te mereces... tenía la esperanza de conseguir tu amor si me esforzaba lo suficiente. —Ella abrió mucho los ojos al escuchar aquello. —No han cambiado mucho las cosas, todavía quiero cortejarte... sólo si tú me lo permites.

Él se acercó un poco más, y el corazón de Georgiana empezó a latir descontrolado.

Suavemente, Nathaniel le tomó la mano, y ella no dejaba de mirarlo asombrada.

—¿Me perdonas por lo que sucedió antes? —Ella cerró los ojos. —¿Por favor?

En ese momento, Georgiana intentaba con todas sus fuerzas recordar por qué era que él pedía perdón. Se limpió los labios y volvió a mirarlo.

—Después de pensarlo, entendí que lo hiciste por mi bien, y que tenías razones de peso. Pero... tomaste una decisión que me afectaba de manera unilateral.

—No lo volveré a hacer. Todos mis pensamientos, decisiones y planes los compartiré contigo. Siempre. —Ella frunció el ceño y luchó por mantener la compostura.

—¿De verdad... quieres estar conmigo? ¿De verdad... luego de todo lo que sabes que he tenido que pasar? —Él ladeó la cabeza algo confundido. —Sabes a lo que me refiero. No soy... una mujer pura. Tú podrías conseguir a cualquiera, más hermosa, más respetable, menos rota, y...

—Eso son tonterías.

—¡No lo son! No lo tomes a la ligera. Alguien como tú merece tener a su lado una mujer de reputación impoluta, que no haya tenido que vivir tantos horrores. Alguien que... le agregue dignidad a tu nombre.

—Entonces, ¿prefieres que me busque una mujer así? ¿Estarás bien con eso?

—Dios, no —respondió ella temblorosa, llevándose las manos al rostro. —Me moriría si eliges a otra, no lo soportaría. —Él se acercó más.

—¿Por qué? —ella lo volvió a mirar. Los ojos avellana de Nathaniel brillaban con una sonrisa llena de picardía, una sonrisa que hacía tiempo no veía, y que le llenaba el alma de mil alegrías.

Con el corazón estremecido, juntó las manos en su pecho e hizo otro pequeño movimiento hacia él.

—Porque te amo —susurró. Fue casi inaudible, pero Nathaniel la escuchó bien. Le tomó la barbilla con un dedo y se la levantó.

—¿Es amor por agradecimiento, o...?

—Sabes que no. Te amo como una mujer ama a un hombre. Siempre lo has sabido—. Él sonrió con ojos brillantes, una mezcla de alegría y alivio.

—¿Es así?

—Tú, en cambio... —ella volvió a mirar a otro lado, y entre dientes, dijo: —Nunca me has dicho qué sientes por mí. Y ahora sales con que quieres cortejarme, y eso.

Nathaniel volvió a hacer que lo mirara, esta vez con una intensidad que ella no había visto antes.

—Yo me muero por ti, Georgiana —contestó él con voz firme y cargada de una fuerte emoción. —Vivo y respiro por ti. Eres la única mujer que quiero, la única que necesito.

Las palabras de Nathaniel resonaron en el silencio que los rodeaba, llenando el espacio con una promesa implícita. Georgiana sintió una oleada de emoción, su amor por él creciendo exponencialmente en ese momento.

—Nathaniel... —susurró ella sintiendo que los ojos le picaban, que el cuerpo le clamaba por él, por su contacto.

Poniendo una mano en su cintura, él la acercó suavemente a su cuerpo, y en ese mágico momento, un tímido sol asomó a través de las vidrieras, confiriéndole a la escena un halo místico.

El rostro de Nathaniel se acercó más al de Georgiana, rogando por un beso, pero esperando pacientemente.

—Te amo —dijo él. —Me he enamorado desesperadamente de ti. No me pidas que piense en nadie más, sólo te aceptaré a ti. —Ella cerró los ojos como si necesitara tiempo para asimilar esas palabras, y las rubias pestañas temblaron suavemente sobre sus pómulos como pequeños aleteos de mariposa.

Él le besó los párpados cerrados, delicadamente. Luego, la punta de la nariz, y finalmente, los labios. Sólo un toque, pero que a ambos les pareció sublime.

—Dímelo otra vez —le pidió ella, y él sonrió.

—Te amo.

—Otra vez.

—Te amo, te amo, te amo. Hasta el día de mi muerte te amaré. —Ella se pegó a él tomando las solapas de su chaqueta con fuerza, y con una luz fiera iluminando momentáneamente sus ojos, se arrojó a sus labios en un fuerte y profundo beso.

Él le correspondió con toda la furia que ella estaba demostrando, y la apretó contra su cuerpo empezando a sentir esa hambre largamente controlada. La llevó contra la pared y allí siguió besándola, acariciando la piel de su cuello, deseando tener más manos para recorrerla toda en un segundo.

Cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y gimió quedamente, él volvió a sus sentidos. Si no se detenía, la tomaría aquí, en un pasillo, y eso no podía ser.

—Cuándo... ¿cuándo te irás?

—Mañana a primera hora.

—Entiendo—. Él la miró mordiendo sus labios, muriendo por llevarla a sus brazos a la habitación más cercana. La fuerza de su deseo se estaba haciendo muy evidente en ese momento, por lo que dio media vuelta y miró la luz de las vidrieras.

—Lamentablemente, y a pesar de mis deseos, no puedo casarme contigo aún.

—¿Por qué no?

—Amor mío, acabas de enviudar. Deberás guardar el luto correspondiente a tu esposo. —Georgiana frunció el ceño molesta, incluso enseñó los dientes.

—¿Pretendes que pierda un año más de mi vida guardándole respeto a ese...? —Se interrumpió cuando estuvo a punto de decir una mala palabra y Nathaniel se echó a reír.

—Será más por respeto a ti que a él. No quiero que piensen nada malo de ti, Georgiana. Hasta ahora, tu reputación es impoluta; nadie sabe que estuviste tres meses en mi casa, ni la razón de ello. Si nos precipitamos, si cometemos el más pequeño error, todo el cuidado que tuvimos antes habrá sido en vano, tu imagen se verá manchada y sé que no es lo que quieres—. Ella se cruzó de brazos haciendo una mueca de disgusto, pero él tenía razón. Si a ella no le hubiese importado el qué dirán, se habría quedado indefinidamente en la casa de Nathaniel como su amante.

—Comprendo —dijo a regañadientes.

Un año sin él, pensó. Sólo por las convenciones sociales. Sólo por una tonta norma.

Ah, ya estaba sufriendo por eso.

Él había dicho que no quería a nadie más, pero ahora estaba pensando que un año era demasiado tiempo para que él estuviera solo. Con lo guapo, inteligente, amable y rico que era, las jovencitas estarían pululando alrededor, zumbando como moscas molestas.

Su cabeza se estaba llenando de preocupaciones y él sonrió al notarlo. Volvió a acercarse a ella, esta vez, sin tocarla.

—El tiempo pasará volando. Ya verás.

—Eso espero.

—Para evitar la tentación de vernos, podrías quedarte parte de ese año aquí, en Cambridge. —Ella ladeó la cabeza sopesando la posibilidad, pero luego la sacudió.

—Tengo cosas que hacer en Bath.

—¿Qué cosas?

—No pienso dejar a Austin Miller, y a todos los amantes que una vez estuvieron en la casa de Douglas y en sus fiestas, indemnes.

—Oh.

—Necesitaré tu ayuda.

—Sabes que cuentas con ella.

—Necesitaré el apoyo de tus amigos también. ¿Conoces a alguien que maneje la prensa? —él la miró intrigado.

—Sí. ¿Vas a contarme tus planes? —Ella sonrió elevando sus cejas y él la adoró en ese momento.

Guardando la distancia, aunque lo que querían era estar lo más cerca posible, siguieron andando por el pasillo, esta vez hablando del futuro, que lucía lleno de expectativas.

Austin Miller caminaba por la calle de las tiendas más populares de Bath con una sonrisa en el rostro y el mentón elevado como si fuese el aristócrata más encumbrado de la ciudad.

Compraba vino. De los mejores, de los más caros. Pronto daría una fiesta y él era muy exigente y exquisito como anfitrión.

Sabía exactamente lo que quería. Si había algo que le había aprendido a Douglas era a apreciar los vinos finos, las mejores carnes, y ni que hablar de los quesos, así que sin dudarlo, y con la seguridad que le confería ser un cliente frecuente, entró a “Le vine Élite”, la tienda con la mejor colección de vinos que se conocía en Bath.

Monsieur Lefevre lo recibió con una sonrisa que estiró todo su bigote, y mientras se exhibía en las selecciones más exclusivas, Austin sonreía.

Pero entonces llegó Lynn, uno de los pocos lacayos de la casa Henderson, agitado y con los ojos abiertos como si se le fuesen a salir de las cuencas.

—¡Señor Miller! —exclamó buscándolo. Austin lo miró molesto, sosteniendo la botella de un *Château Margaux* que, según, era el mejor.

—¿Qué quieres? —preguntó displicente. —¿Por qué me interrumpes? —El lacayo miró a un lado y a otro. No podía dar su mensaje en voz alta, así que se acercó y le susurró algo al oído.

Austin se quedó como petrificado en su lugar, y apretando la botella en su mano, afinó los labios en una mueca de molestia y desconcierto.

—¿Estás seguro? —le preguntó a Lynn. El muchacho asintió.

—Hay... un uniformado en la casa, fue el que trajo la noticia. Sucedió... hace varios días ya. —Austin frunció el ceño y su mente empezó a trabajar a toda velocidad.

Douglas muerto. Lynn no había dicho cómo había ocurrido su fallecimiento, pero si eso era cierto, ocurrirían grandes cambios en su vida. Ahora era él quien gobernaría la casa, pues estaba seguro de que Georgiana nunca volvería, y en caso de que lo hiciera, estaba seguro de poder dominar a ese ratoncito.

Miró de nuevo la botella de vino y se guardó lo mejor que pudo una sonrisa.

—Me... llevaré este vino —dijo.

—Ha hecho una excelente selección, Monsieur Miller...

—Y también me llevaré esa otra.

—Como usted indique —contestó el dependiente feliz.

Subió de nuevo al carruaje y le hizo preguntas a Lynn, siempre conservando la compostura, y al llegar a casa recibió al alguacil que le confirmó lo dicho; Douglas había fallecido en Cambridge.

Preguntó qué había ocurrido, y se ocupó de lucir lo suficientemente afectado para que no pareciera extraño. Estaba aquí en calidad de amigo, para los extraños, era un allegado de la pareja, así que tenía que mostrarse triste, pero no tanto; sereno, pero no frío.

—Es lamentable que mi amiga Georgiana haya enviudado tan joven, va a estar muy triste la pobre... —El alguacil guardó silencio. Seguramente había esperado ver a la viuda aquí, pero la excusa fue que estaba de viaje visitando a la familia.

Cuando estuvo a solas, Austin miró la sala donde había recibido al oficial y respiró hondo. Ahora, se dijo, todo esto podía ser suyo. La idea de que esa estúpida, insignificante Georgiana pudiera poseer algo de verdadero valor le provocaba una risa amarga.

Como viuda, Georgiana heredaría todo, como era usual, pero si la presionaba un poco, ella le firmaría lo que él quisiera. Esa insulsa mujer nunca había tenido la fortaleza para enfrentar a alguien como él.

Austin sonrió regodeándose con la imagen de su victoria. Se la imaginaba llorando y suplicando, tan patética como siempre, mientras él tomaba posesión de la casa y todo lo que había dentro. La enviaría de vuelta a casa de sus padres, donde seguramente le conseguirían otro marido, pues aún era joven y bonita, convirtiéndose de nuevo en el peón de alguien más.

Y se olvidaría para siempre de esa estúpida.

De aquí en adelante, podría llevar una vida mucho más placentera que antes, pues Douglas, ese tonto, era demasiado tacaño.

Austin se permitió una sonrisa maliciosa, ya que nadie lo estaba viendo. Con Georgiana fuera del camino, él sería libre para disfrutar de todas las comodidades y lujos que siempre había deseado, sin que nadie se interpusiera.

Todo lo que tenía que hacer era deshacerse de ella de la manera más humillante posible. Y eso, pensó con desdén, no sería difícil.

El cielo plomizo de la tarde invernal arrojaba una luz pálida y fría sobre el carruaje oscuro y elegante que se detuvo frente a una casa de dos pisos. Por delante y por detrás, caballeros en sus monturas lo flanqueaban, y la dignidad en los rostros de aquellos hombres llamaba mucho la atención.

Sin embargo, la puerta del carruaje no se abrió de inmediato. El cochero tenía orden de quedarse allí por un momento, el suficiente para llamar la atención de los transeúntes, de los vecinos.

Cuando varias cabezas empezaron a girar hacia el carruaje y las criadas que se encontraban con otras en la vereda empezaban ya a cuchichear, el cochero bajó al fin del pescante.

—Hemos llegado, señora —dijo, y le abrió la puerta a dos mujeres.

La mano de Georgiana, enguantada con encaje negro, asomó tomando la del cochero, que se ofrecía para ayudarla a bajar. Lo hizo con movimientos suaves, y aunque su espalda estaba erguida, tenía la mirada baja.

Ahora era viuda. La gente debía pensar que estaba muy triste por haber perdido a su joven y guapo marido; necesitaba exudar cierta fragilidad, un halo de desamparo.

Se escucharon más cuchicheos, y Jena le tomó la mano a Georgiana para que se apoyara como si temiera que fuera a desfallecer en cualquier momento.

—Todos nos están mirando —susurró Jena mientras le palmeaba la mano, como si la consolara. Lo dijo tan quedo, que Georgiana apenas la escuchó. Ella elevó un pañuelo negro a sus ojos, como si se secara las lágrimas.

—Perfecto —contestó.

Dentro, Austin Miller, que había sido notificado de la intempestiva llegada de la viuda, corrió a medio vestir hacia el vestíbulo. Ella no había avisado de su viaje, por lo que no se había preparado, pero no importaba, le diría las nuevas normas de la casa y la pondría en su sitio en un instante.

Al verla, no pudo sino rechinar los dientes. Aun vistiendo luto cerrado de pies a cabeza, ella era hermosa.

—Has llegado, Georgiana. Debiste anunciar tu visita. No hay una habitación lista para ti. Señor Cameron, revisa por favor si es que disponemos de una habitación para ella.

—Sí, señor.

—Detente, Cameron —dijo Georgiana con voz firme, lo que asombró a todos los presentes.

Con movimientos delicados, pero seguros, Georgiana se quitó el sombrero negro, que cubría parte de su cara con un velo. Al tener el rostro al descubierto, todos se admiraron un poco; ella

no lucía triste, y mucho menos devastada. Parecía... diferente.

—Quiero que vengan aquí todos los criados de la casa —dijo, mirando muy serio a cada uno. Austin frunció el ceño.

—¿Qué quieres?

—He dicho... que quiero que estén todos los criados aquí. —Confundido, Austin miró al mayordomo. El señor Cameron asintió.

—Los llamaré—. Mientras el mayordomo caminaba hacia las cocinas, Austin terminó de bajar los escalones que conducían al segundo piso y sonrió de manera sardónica. Este arrebató de dignidad iba a durar poco de todos modos, pensó.

—Parece que... el aire del lugar donde has estado todo este tiempo te hizo bien. No luces como una viuda triste, Georgiana. —Ella lo miró sin demostrar ninguna expresión, sin embargo, no le quitó la mirada de encima. —¿Para qué quieres reunir a los criados?

Poco a poco, toda la servidumbre empezó a llegar al vestíbulo y rodearon a Georgiana mirándola extrañados o sorprendidos. Ella parecía más alta, de alguna manera.

Georgiana los examinó en silencio. Se sabía el nombre de cada uno, su cargo y tareas asignadas.

Como era de esperar, la gran mayoría eran hombres, sólo había una mujer de mirada dura y vestimenta poco adecuada para su rango y tareas.

Al mirarlos de nuevo, recordó cada uno de sus agravios.

El mayordomo... Él siempre guardó silencio cuando Douglas la maltrató, observando con frialdad cada golpe y cada insulto. Los cocineros... nunca se condolieron cuando la hacían pasar días y días de hambre, o sirviéndole comidas frías o sobras rancias mientras ellos disfrutaban de verdaderos festines a escondidas en las cocinas. Los lacayos... dejaban de limpiar su habitación y no preparaban adecuadamente su baño porque les importaba poco si se resfriaba por el agua fría, o les daba igual que durmiera en sábanas sucias y malolientes. Ninguno se había puesto de su lado en esos dos años de infierno.

Recordaba noches enteras de llanto silencioso, temiendo que si alguien la oía, las represalias serían aún peores. Las miradas despectivas de los sirvientes, sus murmullos a sus espaldas, como si ella fuera la culpable de su propia miseria. Recordaba las veces que había suplicado por un poco de ayuda, una palabra amable, y había sido recibida con indiferencia o burla. Sólo Celestine, su querida Celestine, había sido diferente ayudándola y poniéndose de su lado. Pero ahora ella estaba muerta.

El resentimiento se acumulaba en su pecho convirtiéndose en un peso que la sofocaba; los ojos le picaron por el odio.

Sabía que esto sucedería si volvía aquí. Era un trago amargo, y debía superarlo.

Ahora, se recordó, era ella quien tenía el poder. Era su turno de ajustar cuentas. Y no mostraría piedad alguna.

Ladeó la cabeza hacia Jena, enviándole un mensaje silencioso, y ésta se giró mirando atrás enviándole ese mismo mensaje a los caballeros que habían llegado con ellas en sus monturas. Los cuatro hombres, todos armados, se pusieron tras Georgiana, con sus posturas rectas y firmes como si estuviesen delante de un duque.

—Qué... —comenzó a decir Austin, confundido.

—Están todos despedidos —dijo Georgiana. Y de inmediato se empezaron a escuchar sonidos de asombro y perplejidad entre la servidumbre. Austin, que había empezado a burlarse, quedó interrumpido, con sus ojos brillando de una ira que empezaba a acumularse dentro de su

estómago.

—¿Quién se creía ella?

—¿Qué? —preguntó ahora—. No puedes.

—Sí puedo. Todos. Fuera de mi casa.

—¿Tu casa? —Austin se adelantó un paso con actitud amenazante, y fue suficiente para que uno de los caballeros llevara la mano a su espada. Austin de inmediato reculó.

—¿Qué es lo que no entiendes, Austin Miller? —preguntó Georgiana con una calma helada—. La casa pertenecía a los padres de mi esposo y éstos se lo heredaron a su hijo, a la muerte de Douglas, yo, su viuda, tomo posesión de ella. Fuera, he dicho. También tú. Toma tus pertenencias y vete.

—¿Quién te ha dicho que de repente puedes venir y...?

—Tienes una hora para salir —lo interrumpió Georgiana elevando un poco el tono de su voz—. Luego de eso, no tendré piedad. Créeme —sonrió ahora enseñando sus dientes. —Estoy un poco ansiosa por devolverte aunque sea una mínima parte de todo el daño que me hiciste, ¿y qué crees? Estos caballeros de aquí están muy bien entrenados.

—¡Estúpida! No puedes hacer lo que te dé la gana en la casa de... —el sonido de la mano de Georgiana impactando contra la mejilla de Austin cortó el aire del vestíbulo como un trueno inesperado. Todos quedaron paralizados ante tal acto. En algún momento, ella se había quitado el guante de encaje negro. Tal vez había considerado que la bofetada no sería tan satisfactoria si seguía usando guantes.

Austin, cuya cabeza se había ladeado por el bofetón, se enderezó llevándose la mano a la mejilla, que tenía pintados de rojo los dedos de Georgiana. La miraba con una mezcla de asombro e ira. Era evidente que jamás había esperado que ella le pusiera la mano encima, y que consideraba esto un acto de rebeldía contra él. Abría y cerraba la boca como si tuviera mucho que decir, pero las palabras parecían no acudir a su boca.

A Georgiana le picaron los dedos por el golpe, pero era una molestia placentera. Volvió a enderezarse en toda su estatura, y con parsimonia, como si tuviera todo el día, volvió a ponerse el guante.

—No me obligues a llamar a las autoridades. Tengo todo el derecho sobre esta casa y lo que hay dentro. Todo. Tú, en cambio... ¿qué tienes?

—¿Quién te hizo creer que eres capaz de ganar contra mí?

—La ley —susurró Georgiana inclinándose un poco, sonriendo satisfecha, mientras parecía que buscaba otra razón para seguir abofeteándolo.

Austin, al ver esa actitud, no pudo sino sorprenderse.

No era Georgiana. No era la misma Georgiana que él y Douglas sometieron tantas veces, la que vio llorar mientras rogaba por piedad. Esta perra y esa estúpida no eran la misma.

Sin embargo, tenía razón. Si hacía llamar a los alguaciles él tenía las de perder. ¿Cómo es que no había podido intimidarla ni siquiera un poco? Ahora, ¿cómo iba ella a firmarle el traspaso de la casa y sus muebles?

—Señora, por favor —intervino el mayordomo mirando la escena con preocupación. —Calmémonos y resolvamos esto de manera tranquila.

—Tráeme los libros de contabilidad de la casa. Necesito saber cuánto hay que pagarle a cada uno de los sirvientes. Jena, ve con él.

—Sí, señora.

Ante eso, el mayordomo no pudo sino quedarse boquiabierto, buscando qué responder.

—¿De verdad... nos va a despedir? ¿A todos?

—¿Y por qué querría conservar a alguno? Abogas por este sucio desgraciado de la manera en que nunca lo hiciste por mí, ¿y esperas que yo, la dueña y señora de esta casa, quiera “resolver de manera tranquila” las cosas?

—Me disculpo profundamente...

—Haz lo que te dije —repitió Georgiana haciendo énfasis en cada palabra. —Les quedan cincuenta minutos. Todo lo que saquen será examinado por mis hombres. Los que duermen aquí, rápido, a recoger sus pertenencias. Los que no, esperen afuera por su pago. Austin, cada minuto que estás delante de mí no hace sino que quiera tirarte a la calle como un vil pordiosero. Deja de mirarme y ve a empacar, a menos que no te importe que queme tus pertenencias cuando se acabe la hora.

—Señora —dijo uno de los caballeros de Hawthorn Hall que Georgiana había traído especialmente para este acto. —Ya que no se mueve, permítame mostrarle su fuerza.

—Mmm, ¿cuál es el castigo por invadir propiedad privada?

—En Hawthorn Hall los azotamos.

—Qué tentador —susurró Georgiana como si se saboreara.

Fue todo lo que Austin pudo resistir. Azotes era lo mínimo que le podían hacer si ella en verdad se atrevía a alegar que él estaba invadiendo su casa, y luego de verla y escucharla, no le cabía duda de que sería perfectamente capaz.

No podía dejar que lo acusaran. Podían multarlo, llevarlo a prisión, y hasta darle la pena de muerte.

Definitivamente, esta no era una mujer con la que podría negociar, mucho menos influenciar o intimidar para que hiciera lo que él quería.

Apretando los dientes, lleno de ira, gruñó. Le estaba costando demasiado darse por vencido. Irse de aquí era aceptar la derrota, y no podía, ¡no podía!

Sus sueños de ser el señor de esta casa parecían empezar a quebrarse, ¡eso costaba demasiado!

La miró de nuevo buscando un resquicio de duda, de vacilación. Nada. Ella era imperativa, y cada una de sus palabras parecía inapelable.

Con los dientes apretados, lleno de una furia contenida, Austin dio la vuelta subiendo a su habitación, reconociendo que no tenía otra opción.

No podía ser que hubiese perdido. Había organizado una fiesta para dentro de pocos días, había comprado los mejores vinos...

Mientras subía, escuchó la voz firme y autoritaria de Georgiana dándole órdenes a sus hombres.

—Ubíquense en las diferentes salidas y revisen manos, bolsas y bolsillos. No sacarán de aquí ni un cerillo. Todo lo que parezca sospechoso será llevado ante los alguaciles, y la persona que siquiera intente hurtar una aguja pagará duro por ello. Queda poco tiempo.

La odiaba, pensó Austin. Cuánto la odiaba. ¿Por qué no se había quedado como el triste ratoncito que siempre fue? ¿Qué había pasado para que de repente consiguiera tal seguridad?

Maldito Douglas. ¿Por qué tuvo que morir justo ahora?

Llegó a su habitación pisando duro y empezó a reunir sus pertenencias con movimientos bruscos, cargado de mucho resentimiento.

Ahora, ¿a dónde iría? Tendría que llegar ante un amigo de Douglas para que le diera posada, y seguramente tendría que pagar con favores.

Otra vez esa vida.

¡Cuánto odiaba ver que su escalada en el mundo social se viera truncada de esta manera!

Con pasos lentos, pero semblantes irritados, los sirvientes fueron dejando la casa uno a uno llevando consigo pequeños bultos con sus pertenencias. Jena comprobó que los alimentos que se estaban preparando en la cocina no fueran saboteados antes de su partida, y los caballeros examinaron bolsas y bolsillos tal como ordenó Georgiana.

En la puerta trasera, se les fue entregando el dinero en pago por su servicio hasta el momento, y terriblemente consternados por el modo en que de un momento a otro habían sido expulsados de su trabajo, salieron a la calle cubierta de nieve.

Los caballeros revisaron todo; desde los cuchillos de la cocina, hasta las sábanas de las habitaciones. Cada cuadro, cada tapiz, cada botella de vino.

Austin fue el último en salir. Con la mandíbula apretada y mil maldiciones brillando en sus ojos, arrastró una maleta hasta la salida principal.

—Por la puerta de atrás —dijo Georgiana mirándolo fijamente. —No eres mi invitado, no mereces el honor de salir por la puerta principal.

—Eres una...

—¿Te apetece otra bofetada? O tal vez el filo de la espada de mis caballeros te sea más agradable. Siempre supe que tenías gustos retorcidos. —Austin abrió grandes los ojos ante esa insinuación.

Sin poder refutar, se giró hacia la puerta trasera, y una vez ahí, como todos los demás, fue revisado por Jena y los caballeros.

—¡Eso es mío! —gritó Austin cuando Jena sacó un colgante de plata de entre sus cosas.

—Si se compró con el dinero de la casa Henderson, es de la casa Henderson.

—¡Pero es mío! ¡Él me lo dio a mí!

—Y yo te lo quito —dijo Jena con una sonrisa satisfecha. Estaba disfrutando mucho de esto, supo Georgiana.

Aunque el odio de Austin era palpable, no pudo hacer nada, y por fin, la casa quedó completamente vacía.

En el vestíbulo, Georgiana miraba alrededor sintiendo un fuerte deseo por prender fuego a todo. Estas paredes eran testigos de su pasada miseria y vergüenza. Las odiaba.

Sin embargo, tendría que resistir otro poco. Todavía le quedaba mucho que hacer; este desalojo era sólo el principio de su venganza.

—Todo está en orden, señora —dijo uno de los caballeros, y Georgiana tragó saliva intentando ignorar el nudo en su garganta.

—Gracias por tu apoyo.

—Sólo hacíamos nuestro trabajo. —Georgiana sonrió. Había sido una excelente idea traerlos.

—Quiero quitarme esta ropa negra —dijo subiendo las escaleras.

Ahora que no tenían sirvientes, tendrían que hacer todo solas, al menos por ahora.

—Pondré el anuncio de solicitud de sirvientes de inmediato.

—Gracias Jena. Ojalá puedas traer a alguien hoy mismo.

—Me siento con suerte.

Esa misma noche Jena regresó del centro de la ciudad acompañada por dos mujeres. Una se ocuparía de la cocina, y la otra de la limpieza. Por lo pronto, aunque no eran sus obligaciones, los caballeros no tuvieron ningún problema en ayudar con el agua del baño de la señora, y fueron premiados sentándose con ella a la mesa.

Poco a poco, se corrió la voz del regreso de la viuda, y muchos se extrañaban y cuchicheaban

por la manera tan drástica en que había despedido a todos sus sirvientes, especulaban por el estado de su salud, imaginando que la pérdida la tenía sumida en la tristeza.

El revuelo hizo que muchos solicitantes llegaran a la puerta de la casa Henderson, todos ansiosos por una oportunidad de trabajo.

Georgiana contrató poca gente, apenas los necesarios. Los libros de finanzas demostraron lo rota que estaba la economía de esta casa; había muchas deudas en tiendas de ropa masculina y casas de vinos, evidencia de la vida dispendiosa y descuidada de Douglas y Austin.

Estuvo días ocupada poniendo en orden las finanzas y la casa en general. Poco después, contrató más personas, y las cosas volvieron a la normalidad.

Pasar por el salón de los arneses todavía le revolvía el estómago, pero si acaso dudaba de su venganza, no necesitaba sino recordar su existencia para reafirmarse.

—¿Qué es... exactamente lo que quieres hacer? —preguntó Jacob Smith mirando a Georgiana un poco asombrado.

Estaban reunidos en la posada en la que vivía Jacob. Georgiana se había disfrazado un poco para ocultar su presencia; lucía colores sobrios y una peluca oscura. Había enviado una nota al que consideraba su amigo, Jacob, pidiéndole ayuda.

Sabía que él le tendería la mano al igual que Nathaniel, pero por ahora, no podía siquiera acercársele. No podía permitir que se suscitara habladurías.

—Destruirlos, por supuesto —contestó cubriéndose los labios con su abanico—. Derribarlos de tal manera que jamás puedan volver a ponerse en pie. Tú debes saber lo que ocurría en esa casa.

—Un... poco.

—Vamos. Lo sabes todo. —Él guardó un terco silencio—. Quiero la pena capital para todos. El problema es... que entre ellos hay un noble. Necesitaré un escándalo lo suficientemente fuerte para atraer la atención incluso de la nobleza. Sólo necesito la piedra que desencadene la avalancha... y por supuesto, tengo que quedar al margen de todo, al igual que Nathaniel.

—Eso me ha dolido. ¿Te preocupa la reputación de Radcliffe, pero no la mía?

—Vamos, tú me comprendes. —Jacob se echó a reír.

—Necesitarás pruebas irrefutables. Tu simple testimonio no bastará.

—Ya lo sé. Si tuviera una posibilidad con ese método, habría logrado divorciarme. Pero no te preocupes, tengo documentos, fechas y lugares de eventos futuros. Sólo sería plantar un testigo, alguien de autoridad. Pero no conozco a las personas ideales para tales tareas...

—Hay alguien que podría ayudarnos —Georgiana lo miró interesada. —Se trata de Sebastien Chevalier. Podría ser una pieza clave.

—Ah. Ese hombre guapo y adúlador que vi una vez.

—También sé de un periodista con un fuerte sentido de justicia... y amor por los escándalos jugosos.

—Eso suena muy interesante. ¿Puedes contactarlo?

—No. Yo no. Nathaniel Radcliffe, en cambio, sí que puede.

La mirada de Georgiana brilló un poco. Parecía la excusa perfecta para comunicarse con él, pero, otra vez, resistió.

—¿Podrías... pedírselo por mí? Ya he hablado con él de la situación, y está enterado de todo. Lamentablemente, tengo que seguir el papel de la viuda en duelo con luto profundo. Ya me he arriesgado demasiado viniendo aquí.

—En otras palabras, me dejas a cargo.

—Te compensaré. Lo juro.

—¿Qué puedes ofrecerme, Georgiana?

—Mi amistad y mi lealtad. —Él la miró sorprendido. Nunca una mujer le ofreció algo así.

No era que pensara que fueran incapaces de ofrecerla y mantenerla, sólo nunca lo había visto.

Era interesante ponerla a prueba.

—De acuerdo. Quiero ver qué harás por mí en el futuro—. Ella ocultó su sonrisa detrás del abanico, y luego de agregar unos pocos detalles al plan, él se puso en pie y se retiró. Jena llegó poco después y simuló ser simples visitantes tomando una bebida, y al rato, desaparecieron también.

El plan, Georgiana estaba segura, se completaría. Costase lo que costase.

Nathaniel escuchó a Jacob hablar de los planes de Georgiana con una sonrisa velada en el rostro, a la vez que movía suavemente su vaso de whiskey.

Estaban en El salón de los ases, pero ninguno de los dos jugaba, sólo conversaban y bebían. Ya sabía lo que ella planeaba hacer, pues se lo había compartido en Hawthorn Hall, pero ver que se había puesto en marcha le hacía sentir orgulloso, a la vez que un poco aprensivo.

—Ella debe quedar al margen de todo —dijo con voz grave, y Jacob sonrió.

—Claro que sí. Eso está más que claro. Está contando con tu ayuda, pero no sé cómo podrás hacerlo sin verte involucrado también. —Nathaniel lo miró elevando una ceja. —Al igual que tú, ella se preocupa por ti, tu reputación y tu buen nombre. Hombre, me tirará de las orejas si acaso esto te llega a salpicar.

—Es interesante lo que tu mujer planea —dijo Sebastien llegando a la mesa de los dos hombres, sentándose de cualquier manera en el asiento y mirando a Nathaniel. Como siempre, había ignorado un poco a Jacob. —Escándalo, chisme, confusión. La caída de los grandes. Amo el alboroto, y ella me va a proporcionar mucho.

—El diablo disfrutando durante la peste —masculló Nathaniel. Sebastien sólo sonrió.

—Entre los futuros afectados hay un par cuyos negocios quedarán sin dirección —añadió Jacob, con la mente siempre en las finanzas—. Thomas Levine, Rudolph Gamble, y otro par más igual de ricos. Dirigen negocios de importación de bienes de lujo como vinos, textiles finos y especias. Si estos magnates caen, nosotros tendremos la oportunidad de tomar el control de sus rutas comerciales y contratos.

—Interesante —dijo Sebastien bostezando.

—Los precios de sus propiedades también caerán —añadió Nathaniel con una sonrisa oscura. —Podríamos adquirir un par de hectáreas de tierra cultivable.

—¿Sólo un par?

—Y sé que uno de ellos posee un club exclusivo. Invirtiendo sólo un poco, tú podrías ofrecer un nuevo ambiente para los miembros ya existentes, y atraer nuevos. Es eso lo que te interesa, ¿no? —Ahora Sebastien no lucía displicente, sino muy interesado.

Se enderezó en su asiento mirando a Nathaniel con avidez.

—Háblame más de esos clubes.

—No sólo clubes —añadió Nathaniel. —Tabernas, posadas... son dueños de muchos de esos lugares. Douglas, ese hijo de perra, tenía amigos muy influyentes. Por eso su caída será estrepitosa.

Sebastien se echó a reír, y a Jacob le pareció que se parecía mucho a una serpiente. Sólo cuando le mencionaron los bienes que podían caer en sus manos mostró en verdad interés, no sólo por el amor al sufrimiento ajeno.

—Ya veo por dónde vas —sonrió Sebastien mirando a Jacob—. Ya que no eres nadie, aprovecharás la caída de estos grandes para obtener mayor poder e influencia. Serías tan poderoso como un noble. Eres perverso.

—Los perversos fueron ellos que se regodearon en el sufrimiento de un inocente —dijo Jacob sin molestarse siquiera un poco por las palabras de Sebastien, como si las admitiera, o no le importara. —Estoy totalmente seguro de que... nuestra amiga, no fue la única que padeció en esas fiestas. Sólo habrá que encontrar más testigos que, en vez de perder, ganen mucho dando su testimonio.

Los tres hombres siguieron hablando, y ahora que Sebastien encontraba más ganancia si se involucraba, empezó a dar ideas y nombres de personas que les ayudarían.

Al salir de El salón de los ases, ya habían avanzado lo suficiente como para dar el primer paso, y hacía sólo una semana que Georgiana había vuelto de Cambridge.

Nathaniel suspiró al pensar en ella. Llevaba muchos días sin verla, y aunque a veces pasaba por la casa Henderson, las cortinas siempre estaban corridas como correspondía a una casa en luto.

Aunque fuera de lejos, quería verla, pero según el protocolo, ella debía estar encerrada y en la penumbra.

—No quiero tener que repetirme que tú deberás mantenerte al margen de todo —dijo Jacob llegando a su lado. Nathaniel sonrió.

—Por un tiempo, no podré involucrarme aunque quiera.

—¿Por qué?

—Viajaré en un par de días. —Cuando Jacob lo miró interrogante, Nathaniel suspiró. —Mientras estuve en Cambridge llegó una nueva carta. Me dan una ubicación y quieren que vaya allí. Quien envía la carta asegura que encontraré a mi hermana en ese lugar.

Jacob frunció el ceño.

—Radcliffe, me apena señalar lo obvio, pero eso puede ser una trampa.

—Ya lo sé —dijo sin emoción. —No iré solo, por supuesto, y tomaré todas las precauciones.

—Tú... no parece tener muchas esperanzas.

—Ah. ¿Sabes cuántas falsas alarmas he recibido en los últimos años? ¿Sabes cuántas jóvenes mujeres he entrevistado creyendo que podrían ser Adeline? —Jacob guardó silencio pensando en que, ciertamente, la esperanza era dura de mantener. —Voy sólo porque es mi deber, aunque, te confieso... esta vez siento que hay algo diferente.

—¿Como qué?

—La ubicación que me dieron está en Francia. Si aquel vicecapitán fue arrastrado por las olas hasta las costas francesas... tal vez mi hermana también.

—Francia... eso cambia las cosas.

—Eso espero —contestó Nathaniel dejando salir el aire—. La información sugiere que Adeline podría estar en un pequeño pueblo costero. Si eso es cierto, tendré que moverme con cautela. No quiero alertar a nadie que pueda estar involucrado en su desaparición.

Jacob asintió aprobando sus palabras. Nathaniel lo invitó a compartir su carruaje hasta la posada en que vivía y Jacob aceptó. No estaría mal disfrutar del calor de un fino carruaje en vez de ir a caballo.

Casi leyendo sus pensamientos, Nathaniel sonrió. Jacob tenía el dinero suficiente como para comprar una mansión tan grande como Avondale Hall, y conseguir todos los sirvientes y carruajes de lujo que quisiera, pero insistía en manejar un bajo perfil viviendo en una simple posada, vistiendo ropas simples y andando en un caballo modesto. No tenía hombres que cuidaran de su seguridad, ni sirvientes que le facilitaran la vida.

Se preguntaba por qué. Sobre todo, cuando era evidente que quería acumular más poder.

Georgiana recibió una simple nota, y su corazón se oprimió un poco. Nathaniel estaría de viaje.

Era lo mejor, se dijo tratando de consolarse. Pronto las cosas aquí se caldearían un poco.

El mes de Febrero avanzaba y toda la red de información que, con la ayuda de Jacob y Sebastien Chevalier habían desplegado, estaban ya en pleno funcionamiento.

Gracias a que Georgiana había despedido a todos los sirvientes y a Austin sin darle la oportunidad de llevarse siquiera una hoja de papel, todas las invitaciones a futuras fiestas habían

quedado en su poder.

Eran invitaciones codificadas, por supuesto. Lugar, fecha, hora, todo hubo que descifrarlo, pero finalmente habían logrado desentrañar los mensajes ocultos.

Por eso sabía con total seguridad quiénes estaban involucrados.

Jamás imaginó que gente tan importante participara de esas fechorías. Conocía a unos pocos, y tenían tal apariencia de rectitud y bondad, que jamás habría imaginado que estaban involucrados en el estilo de vida favorito de Douglas.

Cómo había llegado él a tener contacto con tales personalidades, no lo sabía.

El primer escándalo estalló, y fue de la mano de un clérigo, el reverendo Charles Barlow.

Primero, se habían asegurado de que el reverendo no comulgara con tales costumbres, pues, visto lo visto, ya no podían confiar en nadie. Una vez claro que el reverendo era no sólo recto, sino en extremo estricto, le hicieron llegar la información de una fiesta donde uno de sus feligreses participaría.

El reverendo asistió disfrazado, tal como se le sugirió, y lo que vio en esa fiesta lo llenó de indignación y horror. Hombres de la alta sociedad, a quienes él había considerado personas de respeto, se entregaban a actos depravados y corruptos sin ninguna vergüenza. El reverendo, conocido por su elocuencia y su firmeza moral, no podía permitir que tal degeneración continuara sin castigo.

Sebastien Chevalier disfrutaba de lo lindo. Había ido sólo para ser testigo. Ah, pensaba, la vida era bella.

A él nadie lo juzgaría, ¿no? Después de todo, nunca posó de santo, todo lo contrario.

La mañana siguiente a la fiesta, el reverendo Charles Barlow subió al púlpito con una expresión grave y decidida. Su sermón, normalmente dirigido a guiar y consolar a su congregación, se convirtió en una condena ardiente y apasionada de las atrocidades que había presenciado. Con una voz resonante, aumentando todo lo que podía la gravedad del asunto y tratando de sonar lo más solemne posible, describió con palabras elocuentes los actos depravados sin revelar nombres pero dejando claro que aquellos involucrados eran hombres poderosos y respetados en la comunidad.

La reacción fue inmediata. Los feligreses murmuraban entre sí, horrorizados y escandalizados por las revelaciones. La prensa, siempre alerta a los rumores y escándalos, y entre ellos el periodista que Nathaniel había contactado, recogió el sermón del reverendo y lo amplificó. Los demás periodistas comenzaron a investigar, y pronto las conexiones entre los poderosos hombres de Bath y sus fiestas depravadas comenzaron a emerger.

Las madres condenaban tal corrupción, los hijos aseguraban que si llegaran a tener un amigo entre tales depravados, perderían su amistad para siempre. No hubo división respecto al tema, todos estaban de acuerdo en que era malo, escandaloso, horrible.

La presión pública era tal, que las autoridades tuvieron que involucrarse. La prensa celebró el hecho, y la iglesia, más.

Georgiana sólo estaba ansiosa por que empezaran a aparecer ciertos nombres, pero se armó de paciencia.

Seguía encerrada en su casa, obligada a llevar luto, comiendo y gastando de la manera más frugal posible. Mujeres que antes no la determinaban ahora procuraban su amistad, pues la sabían heredera de Francis Holman. Eran enviadas por sus maridos, a lo mejor, pero afortunadamente, no podía aceptar ninguna invitación.

—¿Cuántos días faltan? —le preguntó a Jena una tarde, tirando de su falda negra.

Jena sonrió.

—Señora, sólo va un mes de luto.

—¿Sólo un mes? —se quejó Georgiana con un suspiro.

Lo peor no era sólo vestir de negro y estar encerrada. Si hubiese sido en la casa de Nathaniel, ese encierro habría sido divino; y si hubiese sido en Hawthorn Hall, soportable. Pero justo aquí, en esta casa abominable...

La idea de convertirse en la instigadora de esa avalancha todavía era tentadora.

—Cuando empiecen a rodar ciertas cabezas... —dijo Jena con voz divertida— el tiempo empezará a pasar más rápido.

—Eso espero.

Nathaniel llegó al pueblo que se le había indicado en aquella nota y luego de hospedarse en una simple posada, empezó su investigación. Había llevado consigo sólo cuatro hombres, entre ellos como era de esperarse, Frank.

Era una posada modesta, como siempre, llena de viajeros y comerciantes. En cuanto Nathaniel dejó su equipaje en la habitación, reunió a sus hombres y les dictó los pasos a seguir.

—Vamos a dividirnos —dijo—. Frank, tú y Henry irán al mercado. Hablen con los comerciantes, vean si han visto a alguien que coincida con la descripción de mi hermana. James y William, revisen las tabernas y los puertos. Yo iré al ayuntamiento a ver qué puedo averiguar sobre la carta.

—No se preocupe, señor —dijo Frank serio—. Si la señorita Adeline está aquí, la encontraremos.

Aquello produjo un pequeño apretón en el estómago de Nathaniel.

Desde hacía dos años y medio que había recibido aquella primera carta, había pasado por esto más veces de las que quería recordar. Siempre había una pista; siempre era falsa.

Pero no podía dejar de acudir. No había alternativa, gastara lo que gastara, pasara el tiempo que pasara, él no dejaría de buscar a su hermana mayor.

—Ahora ella tiene veintinueve años —dijo—. Seguramente está casada, a lo mejor tiene hijos. Y lo más probable es que no me recuerde, porque, si fuera así, ella habría vuelto a casa.

Frank miró fijamente a su señor, sintiendo en su voz el peso de las esperanzas destrozadas. Lo peor sería que ella, aun recordándolo, no hubiese querido volver. Pero era improbable, pensó.

Hicieron tal como Nathaniel ordenó. Ya que no era la primera vez que estaban en esta búsqueda, todo fluía con mayor facilidad.

No era un pueblo demasiado grande, afortunadamente, aunque sí ruidoso y de mercados activos.

Sin embargo, varios días después, seguían sin hallar nada que los condujera a una pista, a la misma Adeline.

En su habitación, Nathaniel examinaba la última carta recibida. Un experto en caligrafía que había consultado cada vez que le llegó una carta, pudo asegurar que ésta y la primera habían sido escritas por la misma persona, pero, aunque se inclinaba a pensar que era una mujer, no podía estar totalmente seguro.

Todas las demás cartas tenían diferente estilo de escritura, y su dicción era distinta.

Cada carta que no había llevado a nada, cada pista falsa, habían desgastado su paciencia, pero no su esperanza. Adeline debía estar en algún lugar, y si esta carta era realmente de ella, debía seguir investigando.

Las otras cartas, con diferentes estilos de escritura, le hacían pensar en una red más grande de

la que él inicialmente había imaginado, porque, ¿quién se tomaría el trabajo de hacerlo ir y venir buscando a su hermana? ¿A quién le interesaba marearlo de tal manera y hacerle perder el tiempo?

¿Qué ganaban con eso?

Alguien llamó a su puerta.

Un sirviente de la posada le entregó una nota, y luego lo miró como si esperara una propina.

—¿Quién te la entregó?

—La persona sólo me dijo que usted pagaría. —Con el ceño fruncido, Nathaniel buscó en su bolsa una moneda, y luego de entregarla y quedar a solas, leyó la nota.

“Busca los pescados al mediodía, en el mercado. No faltes”.

Y nada más.

Ni una firma, ni una fecha, nada.

Sintiendo un calor subirle al pecho, caminó a la estrecha mesa donde tenía la carta y la abrió para comparar las letras.

Eran la misma.

¿Debía ir solo? ¿Debía llevar a sus hombres? ¿Qué estaba pasando?

¿Y si era una trampa?

No podía dejar de ir sólo por eso, dijo mirando el reloj y buscando su arma. Pronto llegarían sus hombres de la búsqueda a la que los había enviado, así que bajó a la sala común para esperarlos.

Frank y Henry fueron los primeros en llegar, mientras les explicaba la novedad, llegaron los otros.

Los pescados en la plaza de mercado, pensó con el estómago encogido.

¿Era su hermana una simple pescadera?

No importaba, era su hermana, la ayudaría.

Si es que era verdad...

Llegaron a los puestos de venta de pescado, y el olor le hizo cubrirse la nariz. Los vendedores gritaban sus ofertas, algunos de ellos bastante limpios, otros no tanto. Había poco espacio y Nathaniel agradecía estar al aire libre, o no habría podido soportar los aromas y la suciedad.

Un niño llamó su atención, pero en vez de pedirle una moneda, le señaló el final de la calle, y allí se dirigió.

Cada mujer que se encontraba era examinada por Nathaniel, cada una de ellas podía ser su hermana, y la anticipación le estaba crispando los nervios. Su mirada se movía ansiosa de rostro en rostro, buscando desesperadamente a Adeline entre la multitud del bullicioso mercado de pescado.

Sin embargo, no podía dejar de preocuparse. ¿Sería capaz de reconocerla? Las personas cambiaban mucho con el tiempo, y según la vida que llevara, ellas adquirirían un aspecto totalmente diferente al de su niñez.

¿Y si no reconocía en ella a la niña de doce años que una vez fue su hermana?

¿Y si todo era una mentira y estaba aquí sólo perdiendo el tiempo?

De repente, una mujer de cabellos castaño claro, luciendo un abrigo azul, se giró a mirarlo. Llevaba una bolsa en una mano, y una sombrilla blanca en la otra. Era alta, sus ojos eran verdes, y en ellos chispeaba una emoción que pronto contagió a Nathaniel.

Un escalofrío le recorrió la espalda al verla haciéndolo detenerse en seco.

Era Adeline.

Sin embargo, la sorpresa y el asombro lo dejaron momentáneamente sin palabras. Su mente

trataba de procesar lo que veía, pero en su corazón ya sabía la verdad.

No sabía por qué, pero estaba seguro.

Su alma y su cuerpo se lo gritaban, era ella.

—Hola, Nathe —dijo ella con una sonrisa contenida.

Y el uso del diminutivo, que sólo su madre y su hermana usaron en el pasado, y en el presente por Georgiana, le confirmó sus sospechas. Era ella.

Pestañeó varias veces y la miró de arriba abajo tratando de reconciliar esta imagen con la niña pequeña que alguna vez fue. Sus ojos, los hoyuelos de sus mejillas, el cabello ondulado y recogido, la manera como llevaba el gorro... Todo en ella resonaba con la familiaridad que sólo un hermano podría reconocer.

—¿Es... posible? —preguntó. Su voz sonó llena de emoción, y en el fondo, una pizca de incredulidad.

Al reconocerlo, la mujer abrió la bolsa y sacó de ella una prenda blanca.

—Esta... es la bata que llevaba puesta el día del naufragio. Es una bata que me compró nuestra madre, y... lo único que conservo de aquella vida. —Ella le extendió la bata, y Nathaniel la tomó sin poder dejar de mirarla. —Sé que no es prueba suficiente de quién soy... Pero... Recuerdo todo. Recuerdo nuestras tardes recibiendo clases de nuestros tutores, las noches de invierno con mamá contándonos historias tétricas mientras tú te escondías sin poder dejar de escuchar. Recuerdo que te entrenabas con la espada, y papá era bastante estricto con eso.

Nathaniel bajó la mirada hacia la prenda que ella le había extendido. Una bata blanca de tela y encajes finos que, lamentablemente, no reconoció. Cerró los ojos sacudiendo su mente, tratando de no caer en la tentación de creer ciegamente a pesar de que era lo que le gritaba el corazón.

Esas historias que ella contaba podían perfectamente haber sido escuchadas por un tercero, fáciles de replicar.

—¿Sigue vivo Snowball? —preguntó Adeline de repente, y la mención del gato persa blanco que su madre adoraba hizo que levantara la mirada de repente.

No, Snowball ya no estaba con ellos. Luego del naufragio, Nathaniel tardó demasiado en volver a casa, y cuando lo hizo, todos le notificaron del fallecimiento del querido gato. Se había sentido muy solo, tal vez.

Nathaniel lo había lamentado mucho.

—¿Ya recuperó su blancura? Espero que sí.

Aquello hizo que la mirara sorprendido.

A su mente vino un viejo recuerdo. Una escena que había olvidado ya.

Una tarde de lluvia, dos niños aburridos decidieron “decorar” al gato con tintes de colores que encontraron en el estudio de su padre. Habían estado muertos de risa mientras le hacían rayas y círculos de colores mientras el gato se dejaba hacer lo que los niños quisieran.

Y luego la regañina y el tirón de orejas por parte de su madre había sido legendario.

Eso no lo había sabido nadie, sólo ellos dos y su madre.

—Dios querido... —susurró Nathaniel acercándose más a ella—. ¡Adeline!

La abrazó, y ella, sorprendida, tardó unos segundos en responder a su abrazo. Tras Nathaniel, varios hombres fornidos admiraban la escena con perplejidad.

Adeline Radcliffe, largamente separada de los suyos, rodeó a su hermano con sus brazos, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Me... me crees?

—Sabía que reconocería a mi verdadera hermana con solo verla —aseguró él todavía abrazado a ella.

—¿Tu verdadera hermana? ¿Intentaron engañarte?

—Muchas veces. Oh, Adeline. De verdad eres tú. —Él examinó su rostro. Tal vez por estar expuesta al sol de un pueblo costero tenía unas pocas pecas, pero seguía siendo preciosa. —Sabía que te parecerías a mamá.

—¿Es así? —él asintió sonriendo.

—¿Sabes por cuánto tiempo te he buscado?

—¿Desde hace poco más de dos años? ¿Desde que te envié la primera carta?

—¡Sí fuiste tú! Pero... ¿si sabías dónde estaba, por qué no viniste directamente a casa? ¿Sabes por cuánto tiempo he estado preocupado por ti, triste por ti, preguntándome dónde y cómo estabas si es que seguías viva?

—Yo... es una historia larga —contestó ella bajando la mirada y apretando los labios—. Tengo mucho que contarte—. Él asintió seguro de eso. Tomó la delicada mano de su hermana y miró alrededor.

—¿Por qué la plaza de pescados?

—No es un sitio bonito, seguro que nadie te seguiría aquí, y no quería que nadie sospechara.

—¿Quién podría sospechar? ¿Estás en peligro?

—Hay una persona que siempre ha sabido dónde estoy, Nathe.

—¿Quién? —Ella apretó sus labios, y comprendiendo que ella no hablaría del tema aquí, la condujo a otra calle donde pudieran pedir un carruaje.

Subieron a uno de alquiler, y Nathaniel notó que ella se cuidaba de mostrar demasiado su rostro y lo ocultaba usando su sombrilla.

Una vez dentro del carruaje, Nathaniel le presentó a Frank y a Henry, los otros los seguirían a la posada por sus propios medios. Ya que ella se mostraba aprensiva, prefirió ir escoltados.

—¿Estás casada? ¿Tienes hijos? —Adeline sonrió.

—Tengo pretendientes... pero sigo soltera.

—¿Por qué? Eres preciosa.

—Gracias. Pero simplemente no... —cuando ella se quedó en silencio, Nathaniel quiso reprenderse a sí mismo por tocar temas tan personales delante de sus hombres.

—Entiendo. Hablaremos de eso luego. Vendrás de inmediato conmigo a Inglaterra, ¿verdad?

—Sí. Tengo todo listo para abandonar este lugar.

—Me alegra escuchar eso —dijo, y su felicidad fue evidente en el tono de su voz.

Sin embargo, Adeline lo miró preocupada. Era verdad que reencontrarse había sido hermoso, y ahora su vida retomaría el camino que perdió a sus doce años, pero del mismo modo en que Nathaniel había recuperado una persona querida, ahora perdería a otra.

Pero ella no podría ahorrarle ese dolor.

Al llegar a la posada, Nathaniel dio la orden a Frank de comprar pasajes de vuelta a Inglaterra tan pronto como fuera posible, y a Henry lo envió a la dirección que Adeline le indicó para reclamar allí sus pertenencias. Los dos hombres se dirigieron de inmediato a cumplir la orden, y mientras tanto, Nathaniel habló con el posadero para alquilar una habitación más para su hermana.

Mientras la preparaban, la condujo a una pequeña sala privada que el posadero les ofreció para que pudiesen hablar.

—Perdona que te traiga aquí, pero creo que es mejor hablar a solas —dijo él mientras movía un taburete para ella, y Adeline, aún con la sobrilla plegada en su mano, tomó asiento. Nathaniel lo hizo en otro y la miró atento.

Antes de que ella pudiera hablar, él volvió a sonreír.

—Esto es increíble —dijo—. Y aterrador. Temo estar soñando.

Adeline tragó saliva y sonrió.

—No pareces una mujer sin los medios suficientes para tomar un barco a Inglaterra, Adeline —dijo él señalando su vestimenta, que si bien no era lujosa, tampoco era el de una plebeya campesina. Adeline dejó caer los hombros.

—Te contaré todo desde el principio —dijo, y empezó.

Le contó lo que recordaba del naufragio, y cada imagen que ella exponía con sus palabras se superponía con los recuerdos de él. Cómo al momento en que aquél hombre la tomaba en sus brazos para subirla al bote salvavidas explotó todo.

A partir de allí, Adeline no recordaba mucho. Había aparecido en una playa aferrada a un trozo de madera y una familia de pescadores la acogió, le curó las heridas y la alimentó.

—Era una familia grande —contó ella con ojos perdidos en sus recuerdos, pero parecía que este no era malo del todo—. Marie, Jean, y sus cuatro hijos varones todos se dedicaban a la pesca. No había otra chica, y tal vez por eso me acogieron con cariño. Marie dice que se alegró mucho de mi llegada, pues ya no estaría sola en casa mientras esperaba a su marido y a sus hijos todo el día. Con ellos aprendí a limpiar y reparar redes... Yo... no recordaba nada. No sabía ni siquiera cuál era mi nombre.

—Perdiste la memoria.

—Tenía... un terrible golpe en la cabeza, dijo Marie. Pero hablaba el idioma. Sabían que debía ser una chica inglesa por el acento, pero no tenían los medios para llevarme a la ciudad y denunciar mi aparición. Seguro que hubo un poco de egoísmo en eso, pero tal vez fue lo mejor.

—¿Por qué dices eso?

—Seis años después —siguió ella ignorando su pregunta—, tuve fiebres. Estuve muy mal, pero fue durante esos días que, una madrugada, desperté con todos mis recuerdos. Sabía quién era, sabía qué había pasado. Por mis ojos parecían pasar esas imágenes del incendio en el Azura... Me miré y descubrí que debía volver a casa.

Nathaniel frunció el ceño sorprendido y contrariado. Si esto era verdad, entonces hacía once años que Adeline recordaba todo, y aun así, no había vuelto a casa.

Contuvo sus preguntas, ella había dicho que le contaría todo.

—Hablé con Marie y Jean... y les dije la verdad. Tenía que volver a casa. Tardé meses, pero logré llegar a la ciudad. Ya no era una simple pescadera, tenía educación, conocimientos, y empecé a buscar empleo para comprar mi pasaje a casa. Fue cuando me contrataron como tutora de unas niñas en un orfanato. Les enseñaba a leer y a comportarse. —Aquello parecía traerle buenos recuerdos otra vez, pensó Nathaniel.

Admirable, se dijo. Ella era fuerte, capaz de encontrar la felicidad en medio de la adversidad.

—Y tiempo después, por fin compré el pasaje a casa. Preguntando aquí y allí, agotando todo mi dinero, llegué por fin a Avondale Hall.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¡Nunca supe de eso!

—Tú no estabas en el momento, y yo... cometí el error de anunciarme con el nombre de Adeline Radcliffe.

—Si allí estaban Wilbur y los demás seguro que te habrían reconocido y te habrían acogido...

—No, no fue Wilbur quien me recibió... Fue Florence, la doncella de la tía Philomena. —Los ojos de Nathaniel se abrieron grandes al oír aquello—. Me echó de la casa, me prohibió la entrada, incluso... —Adeline, al ver la expresión de Nathaniel, prefirió ocultarle que la habían abofeteado tan fuerte que cayó al suelo en esa ocasión.

Florence la había llamado estafadora, mentirosa, y amenazó con llevarla a prisión.

—Decidí buscar una posada en la que quedarme —siguió Adeline omitiendo también que, por su falta de dinero, había tenido que conformarse con dormir en una ratonera. —Y esa misma noche, la vizcondesa de Wilford fue a la posada.

Nathaniel la volvió a mirar con mucha aprensión. Estaba seguro de que lo que iba a escuchar le iba a doler, y lo iba a irritar.

No quería escuchar, pero al tiempo, debía saber la verdad.

—¿Qué... te dijo?

—Básicamente, lo mismo que Florence. Dijo que no necesitaba una estafadora como yo en la familia. Que su querida sobrina había muerto hacía mucho tiempo.

—¿No intentaste entregarle las pruebas que me enseñaste a mí?

—Oh, Nathe, admítelo. Una bata de niña no es prueba de nada.

—¿Por qué no me buscaste a mí?

—Lo hice. A pesar de sus amenazas, intenté buscarte. Pero sólo logré verte de lejos, e ibas con la tía Philomena. Y entonces... unos hombres... me tomaron por la fuerza y me llevaron a un carruaje. No supe nada en días, y cuando volví a ver la luz, estaba en un barco de vuelta a Francia.

Las manos de Nathaniel temblaban. Le era increíble pensar que la tía Philomena hubiese hecho algo tan grave sin primero tomar las precauciones necesarias, sin primero asegurarse de que esta no era la verdadera Adeline. ¡Y que se lo hubiese ocultado! ¿Por qué? Había cuidado de él, lo había acogido durante años, ¿por qué no le dio la oportunidad a esta niña así como se la había dado a las demás jóvenes que se aparecieron en la casa diciendo que eran Adeline?

Las cartas, las Adeline falsas, los viajes siguiendo pistas... todo pudo haberse ahorrado, pues su hermana lo había buscado por su propia cuenta.

Se puso en pie y miró por la estrecha ventana que daba a la bulliciosa calle sintiéndose terriblemente traicionado por su único familiar, la persona que creyó más lo había querido luego de la muerte de sus padres.

Estaba recuperando a su hermana, pensó con tristeza, y al tiempo, perdía a su tía.

En ese momento, los latidos de su corazón y el fluir de su sangre apresurada parecían ensordecirlo. La tentación de buscar a su tía y gritarle todo tipo de reproches, e incluso castigarla, eran demasiado fuertes.

—¿Por qué? —se preguntó. Adeline se puso en pie y fue tras él.

—Al volver a Francia, supe que debía insistir —dijo, continuando su relato—. Supe que debía hacerte saber la verdad. Para mí eras sólo un niño a merced de una arpía, y tenía que hacer algo. Trabajé y ahorré de nuevo, y cuando quise volver a comprar el pasaje, me llegó un mensaje. Me

decían que... si volvía a Bath... Marie, Jean y sus hijos lo pagarían.

Nathaniel volvió a mirarla sorprendido. Aquello era simplemente criminal.

—Nathe... no pude ponerlos en tal riesgo... —se disculpó ella—. Tuve miedo, y preferí llevar una vida tranquila aquí... Lo siento.

La voz de ella se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas. Nathaniel extendió una mano a ella y la atrajo abrazándola. Cerró los ojos sintiendo una ira contenida bloquear sus palabras.

Pero tenía que calmarse. Este arrebato de ira no podía robarle la sensatez, tenía que hacer las cosas bien.

Su enemigo era grande, se dio cuenta, y siempre estuvo a su lado.

Ahora mismo, las palabras de ella diciéndole que no estaría solo, y que tenía a su tía para cuidarlo, le parecían tan falsas, llenas de segundas intenciones...

Su costumbre de aparecerse de la nada en su casa y gastar dinero, el enfrentamiento que había tenido con Georgiana...

Y, recordó, la manera en que se había ido la última vez luego de mencionarle a Adeline. Había pensado que su prematura partida se había debido a la mentira de que su hijo estaba en problemas y la necesitaba, pero se dio cuenta de que esa nota había llegado después de que ella se fuera. La nota que había recibido había sido otra.

¿Qué había sucedido realmente? ¿Quién le había escrito y qué contenía esa nota?

Ah, tenía tanto en qué pensar...

Miró a Adeline, que todavía no tenía la confianza suficiente como para apoyarse en su pecho. Esa mujer había hecho que su hermana pasara mucha necesidad, y ahora ella se disculpaba, como si fuera su culpa.

—No digas nada —susurró—. No soy capaz de culparte de nada. Estabas sola, no tenías recursos... Y era peligroso. Te enfrentabas... a un enemigo que ni yo pude derrotar.

—Lo que hice fue tratar de seguir mi vida. Seguí enseñando y poco a poco gané prestigio como maestra. Me convertí en institutriz de una familia algo adinerada, y así se pasaron los años. Pero un día... Dios, la ira y la determinación tal vez volvieron a mí. Un inglés llegó a nuestras costas derrochando dinero y se presentó como el vizconde de Wilford. Buscaba... fulanas para una fiesta en medio de la plaza de mercado, y supe... que era nuestro primo. Ese descarado insensato derrochaba dinero y pensé en la tía Philomena. Así que... retomé mi proyecto, pero esta vez tuve mucho más cuidado, y te envié aquella primera carta. No te buscaría, dejaría que fueras tú quien me buscara a mí. Sería el método más seguro.

—Me tardé un poco.

—No me importa. Sabía que tu búsqueda no sólo haría que me encontraras, sino que lograrías descifrar los enigmas detrás del incendio del Azura. —Él la miró a los ojos de nuevo.

—He descubierto poco... pero ahora... toda esa información inconexa que he recolectado durante años parece tomar un sentido.

Adeline sonrió, y suspiró dejando caer los hombros como si de repente una gran carga le hubiese sido quitada de encima. Ya había contado toda su historia, ya le había dicho todo a su hermano.

—Debes estar cansada —dijo él preocupándose, y ella volvió a sonreír.

—Más bien, aliviada —dijo ella intentando mantener su postura recta. —Sin embargo, nos espera un largo camino aún, Nathe. —Nathaniel la miró fijamente, como si tratara de leerle la mente.

—¿De verdad te irás a Inglaterra así, dejando tu vida aquí como si nada? —Adeline le sostuvo la mirada muy seria.

—Desde que descubrí quién soy, supe que mi estadía en este lugar era temporal... He vivido desde entonces con el conocimiento de que en cualquier momento volvería.

—¿Es por eso que no te casaste? ¿A pesar de lo hermosa, inteligente y buena que eres? —ella sonrió un poco triste.

—Bueno... tal vez. Aunque... si alguien hubiese logrado ganar mi corazón, la historia sería diferente.

—Dijiste que tienes pretendientes. ¿Ninguno vale la pena? —Las mejillas de Adeline se colorearon un poco.

—No quiero casarme con un francés —fue su respuesta, y Nathaniel elevó las cejas mostrándose de acuerdo. —Pero hálame de ti —le pidió ella volviendo a sonreír—. Sé que no estás casado. Dime por qué.

—Bueno... en un año me casaré.

—¿En un año? ¿Tanto tiempo? Hermano... tienes veintisiete años.

—Ya lo sé. Aun así, debo esperar.

—¿Y quién es la afortunada novia? —Nathaniel sonrió en una mueca deslucida. Aquello era más difícil de contar de lo que había pensado.

—Te la presentaré cuando lleguemos a Bath... La tía Philomena se enterará muy pronto de tu regreso. Estoy ansioso por ver su cara cuanto te vea.

—Fingiré que no me recuerda —aseguró Adeline cruzándose de brazos y entrecerrando los ojos—. Se alegrará como todos los demás, y me deseará lo mejor mientras me abraza y lamenta el tiempo perdido.

—Estás muy segura. Yo... no logro entender por qué hizo eso. ¿Qué ganaba con...? —Su voz se fue apagando poco a poco al recordar que, luego de la muerte de sus padres, fue ella quien asumió el control de los negocios de la familia Radcliffe. Había pretendido esperar a que él cumpliera por lo menos los dieciocho años para devolverle el control de su herencia, pero él no había esperado tanto, y a los quince años recobró su independencia, volviendo a casa y haciéndose cargo de todo.

Desde entonces, su tía no había dejado de vigilarlo, según sus palabras, por su bien. Metía las manos en sus finanzas, llegaba sin previo aviso a su casa y se proclamaba la señora de esta.

Miró a Adeline, que lo examinaba como si adivinara que por su mente estaban cruzando muchas ideas.

—¿Y si... la tía Philomena, la vizcondesa de Wilford... tuvo algo que ver con el naufragio del Azura? —Adeline frunció el ceño.

—¿Por qué lo crees?

—Porque ella fue una de las que más se benefició de eso. Se apoderó de negocios, de rutas comerciales... y por varios años dirigió la fortuna a discreción. No, no —se desdijo de inmediato. Lo que estaba pensando era demasiado horrible.

Era su propia hermana, se repetía. No podía ser que la vizcondesa desapareciera a su hermana y a toda la familia de ésta por dinero.

Pero ella ya en ese entonces mostraba signos de atravesar por la bancarrota. Su dinero disminuía sin control luego de la muerte de su marido, y su hijo era un derrochador, libertino e insensato que no tenía mente para hacer dinero, sólo para gastarlo.

No, no. Volvió a decirse. No podía ser.

—¿Ella tiene... el conocimiento y los contactos para sabotear un navío como el Azura? Se requiere de gente aliada, y...

—Es una vizcondesa. Tal vez no tuviera el dinero, pero sí la influencia y el poder. Dios...

—¿Y si fue alguien más? Tal vez ella sólo se aprovechó de las circunstancias.

—Sí, sí. Tal vez... Pero... lo que te hizo a ti... es muestra de que es inescrupulosa, y que la familia le importa muy poco. Como sea... esto tendré que averiguarlo. Tu llegada a Bath va a causar revuelo, y va a venir mucha gente a verte simulando ser viejos amigos que siempre se preocuparon. Tú... ¿lo soportarás? —Adeline sonrió.

—Eso será pan comido. Cuenta conmigo. ¿También recibiré la visita de tu novia? —la mirada de él se opacó al instante.

—No. —Adeline lo miró intrigada, pero en el momento llamaron a la puerta anunciando que la habitación de la señorita ya estaba lista, y también la cena.

El tiempo se les había ido muy rápido, y ya había oscurecido.

—Deberás cenar en tu habitación, Adeline. No hay que descartar la posibilidad de que hayas estado vigilada todo este tiempo.

—También podrían tenerte vigilado a ti.

—Sí. Nos esperan unas cuantas dificultades más. Pero no te preocupes... ya no nos tomarán desprevenidos. —Adeline asintió, y salió al fin de la pequeña sala privada para tomar la cena en su habitación.

Todavía tenían mucho que hablar, pero había tiempo.

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, se dirigieron al puerto y abordaron un barco que los llevaría a Portsmouth.

La brisa marina y el sonido de las olas rompían el silencio, llenando el aire con una sensación de anticipación y esperanza. Adeline se sentó en la cubierta, observando cómo el puerto francés se desvanecía en la distancia, mientras Nathaniel se aseguraba de que sus pertenencias estuvieran seguras y de que sus hombres estuvieran listos para cualquier eventualidad.

Este país había sido su hogar durante mucho tiempo, y sin embargo, no se sentía Francesa. Ya se había despedido hacía tiempo de Marie, Jean y sus hermanos, y de vez en cuando les enviaba dinero para ayudarlos. La extrañarían, pero supieron desde siempre que ella se iría en algún momento.

La familia en la que había servido como institutriz lo lamentaría un poco, pero las niñas a las que había enseñado ya eran señoritas y les había enseñado todo lo que había podido. Le habían propuesto seguir con ellos como doncella, y no era una mala idea, pero sabía que esto era lo correcto.

Ahora, Jacques sería otra historia.

El pretendiente más asiduo, un joven sobrino de un sacerdote que había llegado al pueblo y dejado los hábitos, según, por ella, enemistándose con toda su familia por ese acto de rebeldía.

¿Volvería a la iglesia?, se preguntó. Imaginaba que sí. No creía que la siguiera hasta Inglaterra por su amor por ella.

Durante el viaje de regreso, Nathaniel le contó a su hermana cómo habían transcurrido los años para él, los amigos que tenía, y los viajes que había hecho. Adeline se dio cuenta de que él llevó una vida pacífica y frugal hasta el día que recibió aquella carta. Desde entonces, se había lanzado a la búsqueda, que se convirtió pronto en una odisea.

Pero no le hablaba de su novia.

Cuando le pedía detalles, él sólo decía que era hermosa, lista y buena. Nada más.

¿Por qué?, se preguntaba.

Esperaba que de verdad fuera una buena mujer. Su hermano se merecía lo mejor.

Georgiana miraba la ventana con el mentón apoyado en su mano y suspiraba. Marzo transcurría con tranquilidad en su casa, no así en las calles.

—¡Señora! —exclamó Jena llegando a la sala casi corriendo y con un periódico en las manos. —¡Ya salió! ¡Ya están saliendo a la luz nombres! ¡Mire! —Georgiana se puso en pie de inmediato y recibió el periódico que Jena le ofrecía.

Al ver un nombre, sus ojos se abrieron grandes.

Patrick Bergman, vizconde de Wilford... el hijo de lady Philomena.

Las manos le sudaron. No podía ser. Esto, de todos modos, había terminado salpicando a Nathaniel.

—Señora —anunció el ama de llaves llegando a la sala con una nota en la mano.

Georgiana reconoció el lacre y lo tomó de inmediato. Era Nathaniel avisándole que había llegado con bien, al lado de su hermana Adeline.

—Ay, Dios.

—¿Pasó algo malo? —preguntó Jena mirándola preocupada.

Georgiana no contestó de inmediato, sólo le pasó la nota cuando el ama de llaves las dejó solas de nuevo.

La verdad, era que no sabía en qué lado poner estas noticias. Nathaniel estaría impactado, y a la vez, era probable que le importara poco. El regreso de su hermana desviaría la atención...

Adeline de regreso, pensó. Él debía estar feliz. Ah, ¡cómo le gustaría poder estar a su lado en ese momento!

Miró a Jena apretando los labios y con ojos de súplica.

—¿Qué? —preguntó Jena empezando a preocuparse de verdad.

—Jena... —la doncella adivinó de inmediato sus intenciones.

—¿Salir? No. De ninguna manera.

—Te lo ruego...

—¿Tengo que recordarle que debe mantener su reputación y decoro para poder ser la mujer que él muestre con orgullo ante la sociedad?

—Pero es un momento crucial. Es de vida o muerte.

—Todo es de vida o muerte cuando se trata de él. Resista.

—¡Por favor! —Jena siguió inflexible por largo rato, pero los ruegos constantes y sus lágrimas lograron ablandarla rato después.

—Pero estaremos disfrazadas. Sólo han pasado dos meses de luto. Tiene que tener mucho cuidado.

—¡Sí! —exclamó Georgiana como si fuera una niña pequeña, y Jena dejó salir el aire totalmente derrotada.

De inmediato empezaron a buscar la ropa y las pelucas que habían usado en la ocasión anterior. También un carruaje de alquiler que las esperara a pocas calles.

Georgiana iba sonriendo. Lo vería. Luego de tanto tiempo, estaría otra vez cerca de él.

El carruaje en el que iban Georgiana y Jena avanzaba con un suave traqueteo, y dentro, su pasajera iba con una sonrisa. Era consciente del riesgo tan grande que estaba tomando, pero le habían ganado las ganas de verlo, así fuera sólo por un momento.

Jena, por el contrario, la miraba acusadora. Si tan solo una pequeña cosa salía mal, lo pagarían caro.

Pero no había riesgo, estaba convencida Georgiana. Su disfraz era impecable, y más parecía alguna institutriz de poca monta que una señora. Pasaría como una solicitante de empleo en Avondale Hall.

Ya se dirigían al camino que llevaban a la mansión cuando Georgiana vio algo que le hizo alterarse un poco, y de inmediato golpeó el techo del carruaje pidiendo que se detuvieran.

—¿Qué pasa? —preguntó Jena sorprendida, y Georgiana cerró las cortinas del carruaje muy pálida.

—Acabo de ver... a Lady Philomena... en su carruaje... Va hacia Avondale Hall también.

Jena, con el ceño fruncido, retiró prudentemente la cortina y miró alrededor. El carruaje avanzaba directo a la mansión, y ese blasón, indiscutiblemente, era de los vizcondes de Wilford.

—Volvamos —ordenó Georgiana entre dientes, contrariada. Jena se sorprendió. Toda la travesura y picardía que había mostrado antes mientras la convencía de salir se había esfumado.

Le dio la orden al cochero y dieron la vuelta.

¿A qué venía?, se preguntaba Georgiana. No sabía acaso que presentarse en la casa de su sobrino haría que se extendiera a él la sombra del escándalo de su hijo? ¿Venía a pedir ayuda?

Esa señora no tenía límites, pensó recostándose en el asiento y dejando salir el aire. Dudaba que viniera por Adeline, pues, si acababa de llegar, era improbable que la noticia hubiese llegado a ella. Lo más probable es que viniera a pedirle a Nathaniel que abogara por su primo, que lo sacara de la miseria en el que él solito había caído.

Le ayudaría Nathaniel?

Eso no lo sabía. Desconocía cómo era la relación entre ellos.

Ah. Cuánto deseaba poder estar a su lado en este momento tan crucial. Lo de su hermana, lo de su primo, Nathaniel tenía mucho entre manos ahora, y, desafortunadamente, ella no podía ser de ayuda. Si también cometía la imprudencia de ir a su casa estando allí la vizcondesa, sólo le causaría más problemas y preocupaciones.

Algún día, se dijo. Respiró hondo y calmó sus nervios. Todavía debía hacer sacrificios para llegar al momento en que pudiera ser su apoyo y su consuelo.

Adeline recorrió los pasillos de Avondale Hall con una sonrisa en los ojos. Seguida por Nathaniel, se reencontraba con aquellos rincones donde alguna vez jugó o se escondió con su hermano, leyó libros o robó algún postre de los cocineros.

Si no fuera porque ya estaba seguro de que esta era en verdad su hermana, este hecho habría terminado de convencerlo. Las otras Adeline, al ver la riqueza de la mansión, sólo se asombraban pareciendo a la vez perdidas, pues, obviamente, no conocían el lugar.

—Recuperarás tu antigua habitación —le dijo Nathaniel, y Wilbur, ocultando su emoción por volver a ver a la señorita, asintió reafirmando esas palabras.

—Ya estamos acondicionando el lugar para su dueña.

—Oh, Señor Blake, no ha cambiado nada.

—He cambiado mucho, señorita... Me he hecho más viejo—. Adeline rio divertida.

—Sólo un poco —le consoló, y Nathaniel dejó a su hermana en manos del mayordomo y las

criadas, que de inmediato se dedicaron a atenderla. Había enviado esa nota a Georgiana tan pronto llegado a Bath, por lo que ya debía haberla recibido.

Pidió un baño para sí y dio órdenes para la cena. El regreso de su hermana había que celebrarlo a lo grande, por lo que también debía organizar un baile.

Mientras se sumergía en el agua caliente y planeaba en su mente todo lo necesario para tal evento, llegó el mayordomo con un periódico en las manos. Su semblante no era nada agradable.

¿Qué tanto había avanzado el plan de Georgiana de provocar un escándalo de niveles descomunales en la ciudad?, se preguntó.

Al verlo, entendió la cara de su mayordomo.

—No parece muy sorprendido, señor —comentó Wilbur mirándolo de reojo. Nathaniel dejó a un lado el periódico y salió de la bañera. El agua aún estaba caliente, pero al parecer, no tendría tiempo de disfrutar muchos placeres en los siguientes días.

—Nos centraremos en el regreso de Adeline —dijo—. Llama a ese periodista y dile que le concederemos una entrevista exclusiva. Eso desviará la atención por un momento.

—Sí, señor.

—Prepararemos un baile y asistiremos a muchas fiestas de té. No tenemos nada que ocultar, y si mostramos la cara en sociedad, verán que Patrick Bergman no tiene nada que ver con nosotros.

Wilbur asintió, comprendiendo la estrategia de Nathaniel. Mostrar una cara valiente y mantener las apariencias sería crucial en los próximos días. Adeline necesitaría todo el apoyo posible para reintegrarse en la sociedad de Bath, y cualquier sombra de duda sobre su familia tendría que ser eliminada con rapidez y eficacia.

—¿La señorita... está preparada para todo eso?

—Sí. Mi hermana es fuerte. Está dispuesta a ayudar en todo lo posible no sólo para recuperar su estatus, sino también, para descubrir lo que en verdad pasó hace diecisiete años. Wilbur... tenemos enemigos, y esto... —dijo, agitando el periódico en su mano— es sólo el inicio de su caída.

—No... comprendo, señor—. Nathaniel suspiró. Todavía tenía que compartirle a su mayordomo los recientes hallazgos.

En el momento, un lacayo entró luego de llamar a la puerta y anunció visitantes.

—¿Quién? —preguntó Nathaniel.

—La vizcondesa de Wilford —respondió el lacayo—. Lady Philomena.

Adeline también recibió el anuncio de la visitante, así que se apresuró para recibirla. Era lamentable que todavía no tuviera vestidos acorde a su posición, tendría que conformarse con los que había traído. Pero no importaba. Esta era ella, y su vestimenta, una muestra de que había sido capaz de salir adelante por sí misma.

Philomena Bergman, vizcondesa de Wilford, daba vueltas en medio de la sala perdiendo todo atisbo de dignidad. Se la veía preocupada, sin esa pátina de frialdad y mesura que todo noble debía tener.

Por supuesto, su primer pensamiento fue acudir a Nathaniel por ayuda. ¡Se alegraba tanto de tenerlo! Era un pilar en el que cualquiera podía apoyarse, y en este momento lo necesitaba más que nunca.

Nathaniel tenía amigos en la prensa, y muchas ideas que siempre funcionaban. Seguro que le extendería la mano y sacaría a su único primo de semejante problema, y hasta le ayudaría a reformarse un poco. Esto lo afectaba a él también, ¿no?

La puerta al fin se abrió, y ya estaba preparando un reproche por la tardanza cuando la vio.

Esa mujer.

Florence, la sempiterna doncella, abrió la boca de sorpresa, y de inmediato se giró a su señora, que se quedó totalmente quieta.

—Saludos, lady Philomena —dijo Adeline haciendo una reverencia.

Philomena tenía los ojos casi desorbitados, no podía dejar de mirar a esta mujer tan parecida a su hermana. Era ella. Maldición. Era Adeline.

En algún momento, el aire dejó de entrar a su cuerpo y empezó a sentirse mareada, por lo que Florence tuvo que acudir a sostenerla.

—¡Rápido! Llama a las criadas. ¡No te quedes ahí parada, niña! —Adeline miró a la criada elevando una ceja comprendiendo. Así era como iban a ser las cosas.

La criada que había venido tras ella mostró signos de agitación, pero antes de que pudiera moverse, Adeline la detuvo.

—No hay razón para llamar un médico. Sólo haz que respire.

—¡Cómo se atreve! —Adeline la miró fijamente ladeando un poco la cabeza. Florence podía creer que tenía más alto estatus por ser la doncella de una vizcondesa, pero eso no iba a funcionar aquí.

—No se desmayó. Sólo está sorprendida —sonrió Adeline totalmente compuesta. Extendió la mano a uno de los muebles invitando a las señoras a sentarse, y Philomena, mirándola de hito en hito, lo hizo.

Estaba mortalmente pálida, y todavía tenía dificultad para respirar, pero fue recobrando la compostura poco a poco.

—Tú... ¿qué haces aquí? ¿Quién eres?

—Soy Adeline Radcliffe, querida tía. La hija de tu hermana menor.

—No. No es posible. Nuestra querida Adeline... está muerta.

—No sé por qué te empeñas en sostener eso. Estoy aquí, muy viva. He vuelto para recobrar mi lugar en el mundo. ¿En qué te afecta eso? ¿No deberías estar feliz por Nathaniel y por mí?

—Nathaniel ha caído en la trampa de una mentirosa. ¿Qué cosas le habrás dicho para convencerlo de que eres tú su hermana perdida?

—Me dijo cosas que sólo ella y yo sabíamos —dijo Nathaniel entrando a la sala, y Philomena lo miró intentando volver a ponerse en pie, pero no pudo.

Había venido para volver a ponerlo de su lado en este asunto de Patrick y obtener su ayuda en todo lo posible. A Patrick no lo enviarían a la cárcel ni lo castigarían con la horca por ser un noble, pero el repudio social podía ser tan malo como la muerte misma.

Sí. Ese había sido su propósito al venir aquí. Pero se encontraba con este pequeño bache en el camino.

¿Y si esa niña le había contado todo a Nathaniel?

No. Debía ser inteligente. Necesitaba el favor de Nathaniel.

—¿Qué cosas?

—Es mi hermana —aseveró Nathaniel—. Es lo que necesitas saber, tía.

—Han venido tantas impostoras...

—Pero esta no lo es. Sólo mírala. ¿No te recuerda a mi madre?

Por supuesto, pensó Philomena. Porque eran muy parecidas. Bendecidas por la belleza y la gracia.

Ahora recordaba con amargura los días en que, siendo jóvenes, Christine, su querida hermana menor, siempre parecía ser la favorita en cada evento social, la más querida por la familia, la que atraía las miradas y los elogios.

En el pasado se había alegrado mucho porque, al convertirse en vizcondesa, nunca más volverían a compararla con Christine. Estaría por encima por siempre. Ella se había casado con un simple aristócrata, Clement Radcliffe, pero resultó que Clement no necesitaba un título nobiliario para ser influyente, y era más rico que muchos vizcondes, que ellos mismos.

Eran una pareja formada en el cielo, y tuvieron dos hermosos hijos. Ella, en cambio, sólo uno.

A pesar de haber logrado un matrimonio ventajoso, siempre había sentido que vivía a la sombra de su hermana menor. Incluso en los momentos más difíciles, Christine parecía navegar la vida con una facilidad y gracia que Philomena nunca pudo alcanzar.

Y entonces enviudó, y se dio cuenta de que las finanzas estaban mucho peor de lo que imaginaba.

Pidió ayuda a su hermana, pero esta sólo le habló de negocios y actividades que podía emprender para estabilizarse. La tonta no entendía que una noble no trabajaba, no se involucraba en el comercio. ¿Intentaba humillarla acaso?

Era por eso que se había involucrado con personas que, con el tiempo, empezaron a absorber su alma. Necesitaba mantener su estatus, su estilo de vida y posición en la sociedad, así que al principio no fue quisquillosa con la procedencia del dinero que empezó a recibir. Estas personas le ofrecieron el dinero y el apoyo que necesitaba a cambio de su lealtad, y por último, de su dignidad.

Pero Clement, astuto y sagaz en los negocios, se enteró de los negocios turbios de esas personas, y empezó a husmear, a ser una piedra en el zapato. Se enteró y lo comentó casualmente, y todo desencadenó en la desaparición de la familia de su hermana.

Todavía sentía escalofríos cuando recordaba el momento en que le anunciaban el naufragio del Azura. Todos cuatro habían desaparecido en un incendio en altamar. Lloró mucho sintiéndose culpable, y cuando le informaron que el pequeño Nathaniel había sobrevivido, se alegró de verdad.

Ese alivio al volver a verlo, flaco y quemado por el sol, fue auténtico. Y como era un niño, manejar sus negocios fue relativamente fácil... Al menos hasta que cumplió quince años.

Y luego, esa niña apareció.

Supo desde el instante en que la vio que era ella, una copia de Christine. No supo por qué lo hizo, pero la tentación de aplastarla como nunca pudo con su hermana menor fue más fuerte que su caridad, y la despidió. La mantuvo vigilada apagando cualquier conato de rebeldía, y logró mantenerla a raya todo este tiempo.

Con un inmenso esfuerzo, había logrado mantener las riendas, había ocultado la verdad y seguido adelante, manteniendo su estatus y asegurándose de que nadie sospechara de sus verdaderos colores. Sin embargo, la llegada de Adeline amenazaba con exponer todo lo que había tratado de ocultar durante tantos años.

Estaba asustada. Estaba realmente asustada.

Ella ya debía haberle contado todo. Estaba perdiendo a Nathaniel, su único apoyo.

La sombra de Christine se cernía nuevamente sobre ella, y esta vez con una intensidad que la asustaba. Adeline, con su presencia, sus preguntas y su legítima reclamación de un lugar en la familia, era un peligro que no podía ignorar. Y Nathaniel, con su creciente desconfianza y su deseo de justicia, podía ser el catalizador de su ruina.

—Yo... de verdad... estoy tan feliz... mi querida Adeline —dijo Philomena entre lágrimas, y extendió las manos a ella como si buscara un abrazo.

Adeline miró subrepticamente a su hermano con un “te lo dije” en los ojos.

El corazón de Nathaniel pareció romperse de nuevo en ese momento, pero ninguno dijo nada.

—Estás de vuelta, mi querida Adeline. Estás de nuevo en casa. Oh, ¡tienes tanto que contarnos! ¡Nathaniel! Mi querido Nathaniel. ¡Hay que anunciarlo! ¡Hay que hacer una fiesta!

Nathaniel asintió lentamente, aunque su mente estaba en otra parte. Se preguntaba cuántos secretos y mentiras seguían escondidos detrás de esa fachada de alegría y bienvenida.

Adeline, sin embargo, se mantuvo serena. Sabía que este era solo el comienzo de una larga batalla por la verdad y un pequeño paso en la búsqueda de justicia por su familia. Por ahora, sonrió y asintió, aceptando el abrazo de Philomena con una mezcla de cautela y determinación.

—Sí, tía. Una fiesta suena espléndido. Tenemos mucho que hablar.

Pasó un largo rato. Adeline contó su historia delante de la vizcondesa, esta vez, omitiendo muchas cosas.

Philomena se sorprendía y hacía sonidos de asombro con cada detalle, y Nathaniel sentía que explotaría en cualquier momento, pero aguantó.

—Pero esos vestidos, querida mía. No son dignos de una Radcliffe. Nathaniel, tienes que llamar a los sastres tan pronto como sea posible. También conozco tiendas que tienen vestidos adelantados y sólo es ajustarlos un poco a la medida. No puedes ser tacaño con tu hermana, Nathaniel, ella merece lo mejor. Y tal vez... Oh, querida, no te ofendas. Tal vez necesites el refuerzo de tus viejas enseñanzas. No has vivido tu vida en un medio donde hayas podido ponerlas en práctica, y no quieres avergonzar a tu hermano, ¿verdad? ¡Los modales son tan importantes!

—Fui profesora e institutriz de dichos modales —contestó Adeline calmada—. No creo que necesite tales refuerzos.

—Oh, mi querida. Pero tienes que reconocer que no es lo mismo la exigencia de un evento social en un pueblo cualquiera en Francia que uno aquí. No te ofendas.

—Tía, viniste a mi casa mucho antes de saber del regreso de Adeline. ¿Tienes algún asunto importante que comunicarme? —dijo Nathaniel sin poder aguantar un rato más la charla vacía de su tía.

Philomena lo miró un poco descolocada por el cambio en el tema, y entonces recordó el motivo principal de su visita.

—Oh, sí, cariño. Es un asunto serio.

—¿Acerca de lo que salió en los periódicos? ¿De Patrick?

—Espero que no hayas creído ni una sola palabra de lo que se dice allí. Todo es falso. Mi Patrick es incapaz de participar... en eso.

—¿Qué pasa con el primo Patrick? —preguntó Adeline inocente.

—Se vio involucrado en un escándalo.

—¡Nathaniel! —exclamó Philomena—. No puedes ventilar tales chismes y... ensuciar así los oídos de tu hermana. ¡Son falsos! Todo lo que dicen es mentira.

—¿Qué escándalo? —preguntó Adeline como si no hubiese escuchado a su tía.

—Participó en fiestas depravadas—. Adeline abrió un poco los ojos al oírlo, y Philomena guardó silencio sintiéndose traicionada—. Seguramente, nuestra tía ha venido aquí buscando mi ayuda. Siempre he tenido que sacar a Patrick de problemas desde que era un adolescente, y eso que soy menor que él varios años.

—Sólo por esta vez, Nathaniel. Te lo ruego.

—No. Ya es hora de que se enfrente a las consecuencias de sus actos.

—¿Qué quieres decir?

—No lo ayudaré. No morirá, de todos modos.

—Pero... —Philomena se puso en pie empuñando las manos—. ¡No puedes! ¡Lo repudiarán socialmente, y a mí... me aislarán! ¡Eso podría acabar conmigo!

—Lo siento, tía. Tú lo educaste así... Tal vez sólo estés recogiendo lo que sembraste.

—¡No puedo creer que me hagas esto! ¡Soy tu tía! ¡Soy quien te acogió cuando te quedaste totalmente solo! Te crie y te levante. ¡Eres como un hermano para Patrick!

—Y fue por eso que lo ayudé tantas veces... Esta vez no haré lo mismo.

—¿Sabes lo que estás haciendo? Estás manchando el honor de tu familia al darme la espalda. Qué diría mi hermana...

—¡No menciones a mi madre! —exclamó Nathaniel no pudiendo aguantar más, y Adeline tuvo que acudir a su lado y tocarle un brazo para recordarle que debía guardar la compostura.

Philomena abrió grandes los ojos.

No podía ser.

¿Sabía algo? ¿Se había enterado de algo?

No, no.

—Ya veo —dijo con tono lastimero, determinada a conservar su papel de víctima hasta el final—. No sabes cuánto me entristecen tus palabras. Rompes mi corazón. Cuando tú mismo estuviste a punto de provocar un escándalo involucrándote con una mujer casada, yo te cuidé.

—¿Qué? ¡No metas a Georgiana en esto!

—¿Georgiana? —preguntó Adeline, y Nathaniel apretó fuerte los dientes.

—¿Es así como vas a manejar esto, tía? —preguntó—. ¿Vas a convertirme en tu enemigo?

—No. Sólo te recordaba... que tampoco eres tan santo. No quería hacerlo así...

—Pero lo has hecho. Bien. Recojo el guante que has lanzado.

Philomena pestañeó varias veces. No. De ningún modo. Sólo lo había provocado un poco. No esperaba que las cosas tomaran este cariz.

—Ya puedes irte de mi casa —dijo Nathaniel—. Pero quiero que tengas en cuenta una cosa. Cualquier cosa pequeña que hagas contra ella... te la devolveré multiplicada por diez. Si ahora estás preocupada porque Patrick sufrirá el repudio social, yo me encargaré de que ese sea el menor de tus males.

Una lágrima rodó por la mejilla de Philomena.

En eso era tan parecido a su padre. Implacable, vengativo.

—Nathaniel. Perdóname. No...

—Vete de mi casa, tía.

Viéndolo así, era evidente que cualquier cosa que dijera solo avivaría su ira. Miró a su doncella y le dio la señal para salir. Su equipaje seguía en el vestíbulo, se dio cuenta. Él nunca había tenido la intención de hospedarla, como siempre.

—¿Qué sucedió ahí, Nathe? —preguntó Adeline completamente consternada.

Nathaniel cerró los ojos por un momento invocando la calma. Tragó intentando deshacer el nudo en su garganta y miró de nuevo a su hermana.

—Ah. No quería que te enteraras así. Se trata de tu futura cuñada.

—¿Ella... en verdad es una mujer casada? —Nathaniel no respondió de inmediato, y en ese momento de vacilación, Adeline aprovechó para volver a hablar. —No te juzgo. Nunca lo haré. No importa qué, estoy de tu lado en todo.

Esas palabras calmaron un poco más el corazón de Nathaniel, y tomando su mano, la condujo a la sala disponiéndose a contarle, a grandes rasgos, la historia entre él y Georgiana.

La noticia del regreso de Adeline estalló en las salas y fiestas de té, y pronto empezaron a correr los chismes de quienes la vieron en la sastrería y las diferentes tiendas haciéndose a un guardarropas completo.

Luego, una fiesta.

Sin embargo, nadie olvidaba del todo el otro escándalo. Todo el mundo se alegraba del regreso de una hermana que daban por muerta, pero era más jugoso lo otro, pues hombres encumbrados, ricos y bien conectados, tenían gustos turbios y vergonzosos.

Y a finales del mes, empezaron a capturarlos uno a uno.

No fue hasta que Georgiana vio el nombre de Rudolph Gamble y Austin Miller que pudo dormir en paz. Siempre le había angustiado que esos desgraciados la conocieran desnuda, que tuvieran esa imagen de ella atada en un rincón mientras ellos se sodomizaban unos a otros, y pudieran hablarlo entre ellos riéndose divertidos, pero estaban cayendo de uno en uno.

Lo que antes les fue motivo de placer y alegría, se les había convertido en vergüenza y desesperación. Les esperaba la horca.

Con estas maravillosas noticias, el encierro y el luto estaban siendo menos duros, y su espera un poco menos tediosa.

Austin fue empujado de cualquier manera al interior de una celda oscura y húmeda; sus zapatos se habían embarrado de alguna sustancia viscosa y maloliente, y al tropezar con las paredes mohosas del fondo también su ropa se ensució.

Los guardias, sin ninguna consideración, le quitaron los grilletes de las muñecas sólo para ponerle uno en el pie. La cadena no llegaba hasta la puerta y estaba sujeta fuertemente a la pared. El techo era bajo aun para él, que siempre fue pequeño, y el espacio tan reducido que apenas si podía extender los brazos completamente. Había un catre y un balde para sus desechos, nada más. El catre, con su capa delgada y mugrienta de paja, apenas servía como superficie para recostarse. El balde de madera apestaba y estaba lleno, emanando un hedor insoportable que impregnaba el aire.

La única fuente de luz era una pequeña ventana enrejada cerca del techo. La luz del sol apenas alcanzaba a iluminar la celda a esa hora del día, y no espantaba para nada la frialdad.

La puerta era gruesa, de madera reforzada con hierro, con un pequeño postigo que servía para que los vigilantes pudieran mirar al interior, y en aquel silencio, el sonido de los candados siendo asegurados para que no escapara eran atronadores.

—¡Están cometiendo una injusticia! —gritó, pero no hubo respuesta. —¡Soy inocente! ¡No he hecho nada malo! ¡Soy un ciudadano ejemplar!

Otra vez, nadie le dio respuesta.

Como siguió chillando, alguien con voz atronadora lo mandó a callar, y encogiéndose de miedo, guardó silencio.

Qué sitio tan horrible, pensó mirando alrededor. La humedad se filtraba por las paredes, y ese olor a orina y heces revueltas le estaban provocando náuseas. Se cubrió la nariz con la manga de su chaqueta sintiendo que en cualquier momento podía vomitar. Los sonidos lejanos de otros prisioneros llorando y gritando, mezclados con el goteo constante de agua desde el techo empeoraban el ambiente, haciéndole sentir aún más desesperado y abandonado.

Y en ese sitio espantoso, los días empezaron a pasar. Cada minuto se alargaba interminablemente en esa penumbra asfixiante. El tiempo parecía haberse detenido, dejando a Austin con sus pensamientos oscuros y su desesperación creciente.

Nadie hablaba con él. Cuando le traían la comida, ésta no hacía sino aumentar su miseria y desconsuelo. Cada día, los guardias le pasaban una ración por el postigo, una bandeja de metal oxidado que apenas contenía algo comestible. Las comidas consistían en una sopa aguada con algunas verduras marchitas flotando y un pedazo de pan duro, a menudo cubierto de moho. A veces, incluso encontraba gusanos e insectos en su plato, y el agua sabía a óxido.

El aislamiento y la miseria estaban consumiendo su espíritu. Nadie venía a visitarlo, no tenía ni idea cómo se estaba llevando a cabo el juicio, si es que había uno.

Una tarde, simplemente, el postigo se abrió y un hombre se asomó a él. Creyendo que era visita, que alguien por fin se había acordado de su existencia, Austin se puso en pie con sus ojos muy abiertos y expectantes.

—¿Es él? —preguntó una voz ronca, y él otro debió asentir, porque los candados se empezaron a abrir.

¿Qué?, se preguntó Austin con el corazón retumbando en su pecho, y los latidos de éste ensordeciéndolo. ¿Un milagro? ¿Iba a salir?

—Tienes veinte minutos —dijo la otra voz alejándose, y entró un hombre fornido y tan alto que tenía que encorvarse un poco dentro de la celda. Bloqueó la puerta, y lo miró con sus ojillos brillando como los de una rata.

Su apariencia era repulsiva, con una barriga prominente que parecía estar a punto de estallar en su sucia camisa de lino, desabotonada hasta el ombligo y manchada de grasa y sudor alrededor de las axilas. Su cara sucia y grasosa parecía más la de un duende que la de un humano.

Austin lo miró de arriba abajo preguntándose qué quería. No parecía alguien con la autoridad para sacarlo de aquí, o traerle buenas noticias.

Y entonces, la bestia gigante sonrió.

Le faltaban dientes, y los pocos que tenía estaban podridos y manchados. Su aliento olía peor que el balde de desechos, y poco a poco se fue acercando a él.

—¿Qué... quieres? —preguntó tembloroso, repudiando desde el fondo de su alma el deleite sádico con que sonreía.

—Eres el chico mujercita —dijo el hombre con un gruñido. Extendió una mano y lo atrapó, palpó su brazo como si buscara algo en sus carnes—. Blandito como una mujer... y de cara bonita también.

—No —el gemido de Austin al comprender sus intenciones sonó tan indefenso, que sólo consiguió que el gigantón sonriera más ampliamente.

—Comprende un poco —pidió el guardia girándolo y atrapando sus manos en una de las suyas. Con la otra, empezó a bajar sus pantalones. —Se me hace... un poco difícil conseguir mujeres.

—No —lloró ahora Austin, el aire estaba entrando con dificultad a su pecho, a pesar de que respiraba agitado.

—Hasta las putas... son difíciles de convencer. Comprende.

—¡No! —gritó Austin con toda su garganta, y sus gritos no pararon en todos los veinte minutos que tardó el guardia allí.

—Felicidades por lo de tu hermana —dijo Jacob entrando a una acogedora sala de Avondale Hall, y Nathaniel lo miró devolviéndole la sonrisa.

—Me felicitas, pero no viniste a la fiesta que celebramos en honor a su regreso.

—¿De verdad esperabas que me presentara ante toda esa caterva de aristócratas que seguramente elevarían más la nariz al verme?

—Podrías ponerlos en su sitio si quisieras con sólo dejar ver lo rico que eres, pero insistes en seguir como estás—. Jacob simplemente meneó la cabeza, y miró alrededor como si buscara algo—. No creo que tarde —contestó Nathaniel ante su silenciosa pregunta—. A menos que alguna fulana le haya puesto la pierna encima, Chevalier vendrá.

—Traes a ese torbellino de pecado a tu casa teniendo una hermana a la cual proteger. Eres arriesgado.

—Aunque ponga sus ojos en ella, no tiene posibilidad. A mi hermana no le gustan los franceses.

—A nadie le gustan los franceses —se burló Jacob, y Nathaniel no reprimió la risa.

—¿De qué es que hablas con tanta confianza? —reclamó Sebastien entrando a la sala, vestido limpio y elegante, con su cabello azabache recogido a un lado con una tira de cuero. —¿Tengo que recitar aquí las dieciséis mil razones por las que somos superiores?

—A nosotros nos basta una para aplastarlos. Se llama... máquina de vapor.

—Oh, ¿de verdad? Creí que te referías al Roast beef con el pudding de Yorkshire, que destaca por ser la cosa más insípida y seca que probaré jamás.

—Basta —los detuvo Nathaniel antes de que aquello se convirtiera en una batalla verbal, y

por respeto a que estaban en su casa, los dos hombres se limitaron a mirarse feo solamente, y minutos después, ya estaban enfrascados en el tema que los había convocado.

Nathaniel les contó sus recientes hallazgos, y cómo todas las sospechas por lo sucedido a su familia en el Azura recaían ahora en su tía Philomena.

Sebastien lo miró atentamente mientras hablaba de ella, comprendiendo lo duro que debía ser para él descubrir tal traición de su familiar; por su parte, Jacob analizaba las circunstancias y sacaba conclusiones con mucha rapidez.

—No conozco a la vizcondesa —dijo en voz baja—, pero, por lo que has contado de ella, no tiene el perfil para ser la instigadora de tal tragedia.

—Eso pienso yo —dijo Nathaniel—, y por eso he guardado silencio. No quiero ponerla sobre aviso, aunque me ha costado mucho. Quiero averiguar quién está detrás, y castigarlos... Esto... va a sacudir a toda Bath, mucho más que el escándalo que atravesamos actualmente.

—Y también hará que más negocios caigan en nuestras manos, ¿no es así? —sonrió Sebastien simulando frialdad, como siempre, y Jacob asintió bajando un poco las comisuras de sus labios—. Pero es una noble... ¿Cómo la harás caer?

—Acudiendo a alguien más poderoso que ella —masculló Nathaniel, y siguió contándoles sus planes, escuchando los aportes que cada uno, desde su punto de vista y habilidades, tenía para hacerle.

Georgiana recibió una larga carta de Nathaniel. En ésta le contaba que pronto haría un viaje a Londres, y lo que iba a hacer allí. Le compartió sus pesares por haber descubierto que su tía estaba involucrada en el fallecimiento de sus padres, le hablaba de Adeline y cómo se estaba adaptando a su nueva vida, y también le decía lo mucho que la echaba de menos, cuánto la quería.

Sonriendo con dolor, ese dolor que causaba la ausencia del objeto de su amor, Georgiana caminó a la ventana de la sala apretando la carta contra su pecho, y entonces lo vio.

Nathaniel estaba detenido al otro lado de la calle y miraba hacia su casa simulando estar tranquilizando a su caballo, pero ella sabía que sólo hacía tiempo para conseguir una señal de ella.

No podía asomarse, no podía agitar su mano para saludarlo, pero sí movió un poco la cortina y, tan inteligente como era, él comprendió que era ella y sonrió.

Eso le dio felicidad y llenó un poco su pecho.

—Ya queda poco, mi amor —susurró ella tratando de calmar su corazón, añorándolo hoy más que nunca.

Nathaniel viajó a Londres junto a su hermana, y las dos doncellas que había contratado para ella; lo primero que hizo al llegar fue pedir una audiencia con cierto conde. Era el tío de su padre, y nunca se habían comunicado.

Su abuelo paterno había sido el hermano menor del conde de Ancram, un hombre rico y poderoso, terriblemente ocupado y que tal vez no lo recibiera jamás. Tal vez considerara que los lazos de sangre que los unían ya se habían diluido y no tenían nada que ver, pero era la única persona a la que podía acudir con suficiente poder para ayudarlo.

Mientras recibían respuesta, Nathaniel acompañó a Adeline a conocer y pasear por la ciudad. Fueron de tiendas, a la ópera y el teatro; participaron de las diferentes fiestas de té y bailes a los que fueron invitados.

Y luego de varias semanas, por fin les llegó la nota. John Radcliffe, el conde, los recibiría.

Acudió solo, y una vez ante las puertas de la mansión, vestido con un traje oscuro de muy buena calidad, pero sencillo, respiró hondo y atravesó el umbral.

Fue guiado por el mayordomo a través de pasillos y salas lujosas hasta el estudio del conde, y allí vio a John Radcliffe. Era un anciano alto y fornido de cabellos plateados y una presencia imponente; estaba sentado detrás de un escritorio de caoba, y con un gesto, le indicó que se acercara. Su expresión era severa y sus ojos, azules y penetrantes, miraron con cierta indiferencia al joven aristócrata que había solicitado una audiencia con él.

Tal vez considerara su visita una molestia, pensó Nathaniel un poco aprensivo, pero no exteriorizó sus pensamientos. Hizo una reverencia y esperó a que él hablara primero.

—Señor Radcliffe —dijo el conde con voz plana, pero que resonó en el estudio—. Entiendo que tiene una petición. Sea breve. Mi tiempo es valioso.

Nathaniel inclinó la cabeza en señal de respeto y habló.

—Tío abuelo John —dijo, usando a propósito el lazo que los unía y no su honorífico—. Vengo a usted en busca de justicia y ayuda. Hace mucho tiempo... mi familia fue víctima de actos terribles y criminales, los culpables... son más fuertes que yo, por eso necesito de su influencia para que se haga justicia.

El conde elevó una ceja, una pequeña muestra de interés, por fin.

—Continúa.

Nathaniel tomó aire y empezó a relatar toda la historia. Le habló con los detalles justos acerca del naufragio en el Azura, las cartas falsas, las mentiras y manipulación de la vizcondesa de Wilford y cómo se había beneficiado durante tanto tiempo de la herencia de Clement Radcliffe. Contó también cómo su hermana había sido rechazada cruelmente cuando intentó regresar, y cómo su tía Philomena estaba involucrada con personas de dudosa moral.

Poner todo aquello en palabras lo estaba afectando un poco, pensó Nathaniel, pues su voz se estaba tiñendo de emoción, de rabia. Y tal vez fue eso lo que hizo que el conde cambiara su expresión.

—Ella ha usado su posición y su título para manipular y perjudicar a mi familia —concluyó Nathaniel—. Y yo, como un simple aristócrata, carezco del poder necesario para enfrentarla. Necesito su ayuda, tío abuelo, para desenmascarar sus crímenes y restaurar el honor de nuestra familia.

John Radcliffe permaneció en silencio durante largo rato, evaluando a Nathaniel mientras lo miraba de arriba abajo. Finalmente, se puso en pie y caminó lentamente hasta una de las ventanas que daba al jardín.

—Una noble cometiendo tal atrocidad —dijo con voz grave—. Se supone que la nobleza debe ir de la mano con la justicia. Lo que me cuentas es intolerable. Esa vizcondesa ha cruzado la línea.

Nathaniel guardó silencio y sólo tragó saliva. Sentía que si volvía a hablar rompería el efecto de sus palabras, así que sólo esperó.

—¿Qué es lo que quieres para ella? ¿Sólo despojarla de su título? ¿Llevarla a prisión? O... ¿la pena capital? —Eso le hizo abrir un poco más los ojos. Si ofrecía esas alternativas, es que tenía el poder para conseguirlo, de otra manera, ni lo mencionaría.

—Sólo que me preste su fuerza e investigue por su cuenta todo lo que le he contado hoy. Cuando mire por sí mismo los hechos, estoy seguro de que decidirá el castigo con honor y justicia.

—Eres admirable. Y astuto.

—Soy un Radcliffe, mi lord—. El conde sonrió acercándose unos pasos.

—Acepto tu petición. Sherman —dijo llamando a alguien, y un hombre joven con lentes entró al estudio—. Apunta este nombre —miró a Nathaniel para que fuera él quien lo dijera. El hombre tomó apuntes y no hizo preguntas, como si fuera muy obvio para él lo que había que hacer.

—Gracias, tío abuelo —dijo Nathaniel volviendo a inclinar la cabeza, pero éste no lo despachó ni dio por terminada la reunión.

—Me alegra ver que este lado de la familia continúa a pesar de las adversidades —dijo, usando un tono muy diferente al del inicio de la reunión—. Ya debes tener muchos hijos...

—Eh... —tomado un poco por sorpresa, pues jamás esperó que el conde se interesara por su vida personal, Nathaniel sonrió torpemente—. Me temo que lo decepcionaré, su señoría. No me he casado aún.

—¿Cómo? ¿Tan inmerso has estado en tu búsqueda que no has elegido una dama con la cual establecerte? Afortunadamente, conozco familias de muy alto estatus que seguramente aceptarán unirse a ti...

—Sin embargo, tengo una prometida —añadió Nathaniel. El anciano se detuvo y lo miró fijamente.

—Ya veo. Espero la invitación a la boda.

—Claro —contestó disimulando su sorpresa.

Pedirle, o más bien, ordenarle ser invitado a su boda era casi como si lo acogiera de vuelta en la familia.

No sabía si sentirse halagado o preocupado.

Al llegar a casa, le compartió a Adeline los pormenores de la reunión, y esta se alegró enormemente; contar con el conde era como ir con la mejor y más dura artillería pesada a la guerra. Ahora tenían más posibilidades.

Ya habían pasado dos meses cuando volvieron a Bath, y el luto profundo de Georgiana llegaba a su fin.

Una criada llegó a la casa Henderson con un poco de alboroto anunciando que ya se había publicado la fecha de la ejecución del grupo de inmorales que participó de fiestas depravadas, manchando la moral de la aristocracia de Bath.

Usarían la horca.

Austin, demacrado, sin fuerza, soportando a duras penas el peso del grillete que ataba sus manos y pies, avanzó por la calle en el desfile donde se les exponía al escarnio público. Tenía un ojo amoratado, el labio partido, y un brazo inmóvil. Desde la lucha de anoche, algo le había sucedido a su hombro y ahora le dolía tan sólo intentar moverlo.

Alrededor, la gente le lanzaba cosas; comida podrida, piedras, escupitajos.

Esta gente no sabía nada. ¿Por qué lo querían ver muerto?, se preguntó ¿Qué les había hecho, acaso?

Nada, él no había hecho nada malo. Esto era injusto.

Sin embargo, aquí estaba, vestido con una bata sucia y maloliente, sin color por todas las manchas que lo cubrían, y dolorido, porque, como despedida, ese gigante asqueroso había pasado toda la noche en su celda.

Tal vez era mejor morir.

Al llegar al patíbulo, alguien gritó su nombre y recitó sus supuestos delitos, y otra vez fue empujado hasta ubicarse debajo del nudo de una cuerda dispuesta para su cuello.

Si moría... ¿a dónde iría? ¿Había un cielo para él?

Su mejor tiempo había sido al lado de Douglas. ¿Lo vería en el más allá?

Su vista se enfocó en la multitud. Mujeres y hombres gritaban maldiciones contra él, otros guardaban silencio divertidos, y, como un punto resaltante en la maraña de plebeyos incultos, una mujer de negro levantó la mirada y la clavó fijamente en él.

¡Georgiana!

—¡Tú! —gritó. Apretó los dientes y sintió cómo una furiosa energía lo envolvía dándole fuerzas en el último momento de su vida—. ¡Maldita perra! ¡Fuiste tú! ¡Vas a morir! ¡Maldita! ¡Vas a morir!

En su ira delirante, le pareció que Georgiana sonreía, una sonrisa burlona y satisfecha.

No podía ser. No era justo que ella estuviera allá y él acá. Ella tan limpia y él tan miserable. Debía ser al revés, siempre había sido al revés.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Te maldigo! ¡Vas a ver cuando te ponga las manos encima, tú perra del infierno!

Georgiana permaneció totalmente quieta entre la multitud, y en su mente, le parecía que esa sonrisa se ensanchaba más y más. Austin sintió tanta rabia, que su furia parecía querer estallar dentro de su cabeza, haciendo presión por detrás de sus ojos.

Gritó y gritó. Lanzó maldiciones, pero a la vez, lágrimas bajaron de sus ojos. Alguien puso la cuerda alrededor de su cuello y él no paró de gritar, la garganta le ardía por la violencia con que maldecía, pero no era suficiente.

Ella seguía sonriendo, y no apartó la mirada de él en ningún momento.

Había perdido ante esa perra. Había sido ella quien instigara su caída, y la de todos aquellos que fueron una vez sus amigos.

Había tenido mucho tiempo para pensarlo. En esas noches en que, luego de ser abusado le costaba quedarse dormido y lloraba, no podía más que revolcarse en su autocompasión y desesperanza. ¿Quién podía odiarlo tanto, sino ella?, ¿quién podía tener información de nombres y lugares?

Había sido ella, y su presencia aquí lo confirmaba.

El piso bajo sus pies desapareció y su cuerpo pendió de la cuerda, pero era tan liviano que su cuello no se rompió por ello. Mientras se retorció quedándose sin aire, escuchó los gritos emocionados de la plebe. Estas eran las muertes divertidas.

Poco a poco, su mundo se oscureció. Ya no podía ver a Georgiana, ni su sonrisa demoníaca.

Era demasiado tétrico aceptar que ella fuera el último pensamiento que tuviera en esta vida.

—Se ha acabado —dijo una voz tras Georgiana, y ésta se giró al reconocerla. Allí estaba Nathaniel, y la miraba con tal amor y anhelo, que su corazón frío volvió a calentarse.

Alrededor, la gente empezaba a disgregarse, volviendo uno a uno a sus rutinarias vidas luego de que el espectáculo hubiese terminado. Se escuchaban sus voces que aún maldecían a los acusados, comentando de manera condenatoria las razones por las que habían sido juzgados.

Ella se había quedado quieta, como una piedra en medio del río de gente, y él se veía tan guapo, que sus ojos se regalaron con su imagen por un largo minuto antes de volver a hablar.

—Señor Radcliffe —saludó haciendo una reverencia, guardando las distancias, disimulando su propio amor y anhelo.

—Señora Henderson. Parece que esta pesadilla... ha llegado a su fin.

—Sí. Eso parece.

—Ahora eres libre. Por fin—. Ella asintió y volvió a mirarlo. Sus ojos sonreían, pero una viuda debía parecer triste, así que bajó la mirada.

—Lo soy —dijo.

Volvieron a guardar silencio, y tocando su sombrero, Nathaniel inició su despedida.

—Si le envío a su hermana una invitación para tomar el té en los próximos días... ¿la aceptará?

—Adeline está ansiosa por conocerte. Sí, aceptará.

—¿Le has... hablado de mí?

—Un poco. Esperaremos la invitación, señora. Con permiso.

Él se alejó, y afortunadamente, allí estuvo Jena para tirar de su brazo y sacarla de su trance.

Miró alrededor, y nadie parecía haberse percatado de su interacción con un hombre, pues seguían inmersos en los recientes acontecimientos.

—Jena... tengo el presentimiento de que... mi vida apenas empieza.

—Yo también lo creo, mi señora —dijo Jena avanzando junto a ella hacia el carruaje que las esperaba—. Yo también lo creo. 32

Austin fue empujado de cualquier manera al interior de una celda oscura y húmeda; sus zapatos se habían embarrado de alguna sustancia viscosa y maloliente, y al tropezar con las paredes mohosas del fondo también su ropa se ensució.

Los guardias, sin ninguna consideración, le quitaron los grilletes de las muñecas sólo para ponerle uno en el pie. La cadena no llegaba hasta la puerta y estaba sujeta fuertemente a la pared. El techo era bajo aun para él, que siempre fue pequeño, y el espacio tan reducido que apenas si podía extender los brazos completamente. Había un catre y un balde para sus desechos, nada más. El catre, con su capa delgada y mugrienta de paja, apenas servía como superficie para recostarse. El balde de madera apestaba y estaba lleno, emanando un hedor insoportable que impregnaba el aire.

La única fuente de luz era una pequeña ventana enrejada cerca del techo. La luz del sol apenas alcanzaba a iluminar la celda a esa hora del día, y no espantaba para nada la frialdad.

La puerta era gruesa, de madera reforzada con hierro, con un pequeño postigo que servía para que los vigilantes pudieran mirar al interior, y en aquel silencio, el sonido de los candados siendo asegurados para que no escapara eran atronadores.

—¡Están cometiendo una injusticia! —gritó, pero no hubo respuesta. —¡Soy inocente! ¡No he hecho nada malo! ¡Soy un ciudadano ejemplar!

Otra vez, nadie le dio respuesta.

Como siguió chillando, alguien con voz atronadora lo mandó a callar, y encogiéndose de miedo, guardó silencio.

Qué sitio tan horrible, pensó mirando alrededor. La humedad se filtraba por las paredes, y ese olor a orina y heces revueltas le estaban provocando náuseas. Se cubrió la nariz con la manga de su chaqueta sintiendo que en cualquier momento podía vomitar. Los sonidos lejanos de otros prisioneros llorando y gritando, mezclados con el goteo constante de agua desde el techo empeoraban el ambiente, haciéndole sentir aún más desesperado y abandonado.

Y en ese sitio espantoso, los días empezaron a pasar. Cada minuto se alargaba interminablemente en esa penumbra asfixiante. El tiempo parecía haberse detenido, dejando a Austin con sus pensamientos oscuros y su desesperación creciente.

Nadie hablaba con él. Cuando le traían la comida, ésta no hacía sino aumentar su miseria y desconsuelo. Cada día, los guardias le pasaban una ración por el postigo, una bandeja de metal oxidado que apenas contenía algo comestible. Las comidas consistían en una sopa aguada con algunas verduras marchitas flotando y un pedazo de pan duro, a menudo cubierto de moho. A veces, incluso encontraba gusanos e insectos en su plato, y el agua sabía a óxido.

El aislamiento y la miseria estaban consumiendo su espíritu. Nadie venía a visitarlo, no tenía ni idea cómo se estaba llevando a cabo el juicio, si es que había uno.

Una tarde, simplemente, el postigo se abrió y un hombre se asomó a él. Creyendo que era visita, que alguien por fin se había acordado de su existencia, Austin se puso en pie con sus ojos muy abiertos y expectantes.

—¿Es él? —preguntó una voz ronca, y él otro debió asentir, porque los candados se empezaron a abrir.

¿Qué?, se preguntó Austin con el corazón retumbando en su pecho, y los latidos de éste ensordeciéndolo. ¿Un milagro? ¿Iba a salir?

—Tienes veinte minutos —dijo la otra voz alejándose, y entró un hombre fornido y tan alto que tenía que encorvarse un poco dentro de la celda. Bloqueó la puerta, y lo miró con sus ojillos brillando como los de una rata.

Su apariencia era repulsiva, con una barriga prominente que parecía estar a punto de estallar en su sucia camisa de lino, desabotonada hasta el ombligo y manchada de grasa y sudor alrededor de las axilas. Su cara sucia y grasosa parecía más la de un duende que la de un humano.

Austin lo miró de arriba abajo preguntándose qué quería. No parecía alguien con la autoridad para sacarlo de aquí, o traerle buenas noticias.

Y entonces, la bestia gigante sonrió.

Le faltaban dientes, y los pocos que tenía estaban podridos y manchados. Su aliento olía peor que el balde de desechos, y poco a poco se fue acercando a él.

—¿Qué... quieres? —preguntó tembloroso, repudiando desde el fondo de su alma el deleite sádico con que sonreía.

—Eres el chico mujercita —dijo el hombre con un gruñido. Extendió una mano y lo atrapó, palpó su brazo como si buscara algo en sus carnes—. Blandito como una mujer... y de cara bonita también.

—No —el gemido de Austin al comprender sus intenciones sonó tan indefenso, que sólo consiguió que el gigantón sonriera más ampliamente.

—Comprende un poco —pidió el guardia girándolo y atrapando sus manos en una de las suyas. Con la otra, empezó a bajar sus pantalones. —Se me hace... un poco difícil conseguir mujeres.

—No —lloró ahora Austin, el aire estaba entrando con dificultad a su pecho, a pesar de que respiraba agitado.

—Hasta las putas... son difíciles de convencer. Comprende.

—¡No! —gritó Austin con toda su garganta, y sus gritos no pararon en todos los veinte minutos que tardó el guardia allí.

—Felicidades por lo de tu hermana —dijo Jacob entrando a una acogedora sala de Avondale Hall, y Nathaniel lo miró devolviéndole la sonrisa.

—Me felicitas, pero no viniste a la fiesta que celebramos en honor a su regreso.

—¿De verdad esperabas que me presentara ante toda esa caterva de aristócratas que seguramente elevarían más la nariz al verme?

—Podrías ponerlos en su sitio si quisieras con sólo dejar ver lo rico que eres, pero insistes en seguir como estás—. Jacob simplemente meneó la cabeza, y miró alrededor como si buscara algo —. No creo que tarde —contestó Nathaniel ante su silenciosa pregunta—. A menos que alguna fulana le haya puesto la pierna encima, Chevalier vendrá.

—Traes a ese torbellino de pecado a tu casa teniendo una hermana a la cual proteger. Eres arriesgado.

—Aunque ponga sus ojos en ella, no tiene posibilidad. A mi hermana no le gustan los franceses.

—A nadie le gustan los franceses —se burló Jacob, y Nathaniel no reprimió la risa.

—¿De qué es que hablas con tanta confianza? —reclamó Sebastien entrando a la sala, vestido limpio y elegante, con su cabello azabache recogido a un lado con una tira de cuero. —¿Tengo que recitar aquí las dieciséis mil razones por las que somos superiores?

—A nosotros nos basta una para aplastarlos. Se llama... máquina de vapor.

—Oh, ¿de verdad? Creí que te referías al Roast beef con el pudding de Yorkshire, que destaca por ser la cosa más insípida y seca que probaré jamás.

—Basta —los detuvo Nathaniel antes de que aquello se convirtiera en una batalla verbal, y por respeto a que estaban en su casa, los dos hombres se limitaron a mirarse feo solamente, y minutos después, ya estaban enfrascados en el tema que los había convocado.

Nathaniel les contó sus recientes hallazgos, y cómo todas las sospechas por lo sucedido a su familia en el Azura recaían ahora en su tía Philomena.

Sebastien lo miró atentamente mientras hablaba de ella, comprendiendo lo duro que debía ser para él descubrir tal traición de su familiar; por su parte, Jacob analizaba las circunstancias y sacaba conclusiones con mucha rapidez.

—No conozco a la vizcondesa —dijo en voz baja—, pero, por lo que has contado de ella, no tiene el perfil para ser la instigadora de tal tragedia.

—Eso pienso yo —dijo Nathaniel—, y por eso he guardado silencio. No quiero ponerla sobre aviso, aunque me ha costado mucho. Quiero averiguar quién está detrás, y castigarlos... Esto... va a sacudir a toda Bath, mucho más que el escándalo que atravesamos actualmente.

—Y también hará que más negocios caigan en nuestras manos, ¿no es así? —sonrió Sebastien simulando frialdad, como siempre, y Jacob asintió bajando un poco las comisuras de sus labios—. Pero es una noble... ¿Cómo la harás caer?

—Acudiendo a alguien más poderoso que ella —masculló Nathaniel, y siguió contándoles sus planes, escuchando los aportes que cada uno, desde su punto de vista y habilidades, tenía para hacerle.

Georgiana recibió una larga carta de Nathaniel. En ésta le contaba que pronto haría un viaje a Londres, y lo que iba a hacer allí. Le compartió sus pesares por haber descubierto que su tía estaba involucrada en el fallecimiento de sus padres, le hablaba de Adeline y cómo se estaba adaptando a su nueva vida, y también le decía lo mucho que la echaba de menos, cuánto la quería.

Sonriendo con dolor, ese dolor que causaba la ausencia del objeto de su amor, Georgiana caminó a la ventana de la sala apretando la carta contra su pecho, y entonces lo vio.

Nathaniel estaba detenido al otro lado de la calle y miraba hacia su casa simulando estar tranquilizando a su caballo, pero ella sabía que sólo hacía tiempo para conseguir una señal de ella.

No podía asomarse, no podía agitar su mano para saludarlo, pero sí movió un poco la cortina y, tan inteligente como era, él comprendió que era ella y sonrió.

Eso le dio felicidad y llenó un poco su pecho.

—Ya queda poco, mi amor —susurró ella tratando de calmar su corazón, añorándolo hoy más que nunca.

Nathaniel viajó a Londres junto a su hermana, y las dos doncellas que había contratado para ella; lo primero que hizo al llegar fue pedir una audiencia con cierto conde. Era el tío de su padre, y nunca se habían comunicado.

Su abuelo paterno había sido el hermano menor del conde de Ancram, un hombre rico y poderoso, terriblemente ocupado y que tal vez no lo recibiera jamás. Tal vez considerara que los lazos de sangre que los unían ya se habían diluido y no tenían nada que ver, pero era la única persona a la que podía acudir con suficiente poder para ayudarlo.

Mientras recibían respuesta, Nathaniel acompañó a Adeline a conocer y pasear por la ciudad. Fueron de tiendas, a la ópera y el teatro; participaron de las diferentes fiestas de té y bailes a los que fueron invitados.

Y luego de varias semanas, por fin les llegó la nota. John Radcliffe, el conde, los recibiría.

Acudió solo, y una vez ante las puertas de la mansión, vestido con un traje oscuro de muy buena calidad, pero sencillo, respiró hondo y atravesó el umbral.

Fue guiado por el mayordomo a través de pasillos y salas lujosas hasta el estudio del conde, y allí vio a John Radcliffe. Era un anciano alto y fornido de cabellos plateados y una presencia imponente; estaba sentado detrás de un escritorio de caoba, y con un gesto, le indicó que se acercara. Su expresión era severa y sus ojos, azules y penetrantes, miraron con cierta indiferencia al joven aristócrata que había solicitado una audiencia con él.

Tal vez considerara su visita una molestia, pensó Nathaniel un poco aprensivo, pero no exteriorizó sus pensamientos. Hizo una reverencia y esperó a que él hablara primero.

—Señor Radcliffe —dijo el conde con voz plana, pero que resonó en el estudio—. Entiendo que tiene una petición. Sea breve. Mi tiempo es valioso.

Nathaniel inclinó la cabeza en señal de respeto y habló.

—Tío abuelo John —dijo, usando a propósito el lazo que los unía y no su honorífico—. Vengo a usted en busca de justicia y ayuda. Hace mucho tiempo... mi familia fue víctima de actos terribles y criminales, los culpables... son más fuertes que yo, por eso necesito de su influencia para que se haga justicia.

El conde elevó una ceja, una pequeña muestra de interés, por fin.

—Continúa.

Nathaniel tomó aire y empezó a relatar toda la historia. Le habló con los detalles justos acerca del naufragio en el Azura, las cartas falsas, las mentiras y manipulación de la vizcondesa de Wilford y cómo se había beneficiado durante tanto tiempo de la herencia de Clement Radcliffe. Contó también cómo su hermana había sido rechazada cruelmente cuando intentó regresar, y cómo su tía Philomena estaba involucrada con personas de dudosa moral.

Poner todo aquello en palabras lo estaba afectando un poco, pensó Nathaniel, pues su voz se estaba tiñendo de emoción, de rabia. Y tal vez fue eso lo que hizo que el conde cambiara su expresión.

—Ella ha usado su posición y su título para manipular y perjudicar a mi familia —concluyó Nathaniel—. Y yo, como un simple aristócrata, carezco del poder necesario para enfrentarla. Necesito su ayuda, tío abuelo, para desenmascarar sus crímenes y restaurar el honor de nuestra familia.

John Radcliffe permaneció en silencio durante largo rato, evaluando a Nathaniel mientras lo miraba de arriba abajo. Finalmente, se puso en pie y caminó lentamente hasta una de las ventanas que daba al jardín.

—Una noble cometiendo tal atrocidad —dijo con voz grave—. Se supone que la nobleza debe

ir de la mano con la justicia. Lo que me cuentas es intolerable. Esa vizcondesa ha cruzado la línea.

Nathaniel guardó silencio y sólo tragó saliva. Sentía que si volvía a hablar rompería el efecto de sus palabras, así que sólo esperó.

—¿Qué es lo que quieres para ella? ¿Sólo despojarla de su título? ¿Llevarla a prisión? O... ¿la pena capital? —Eso le hizo abrir un poco más los ojos. Si ofrecía esas alternativas, es que tenía el poder para conseguirlo, de otra manera, ni lo mencionaría.

—Sólo que me preste su fuerza e investigue por su cuenta todo lo que le he contado hoy. Cuando mire por sí mismo los hechos, estoy seguro de que decidirá el castigo con honor y justicia.

—Eres admirable. Y astuto.

—Soy un Radcliffe, mi lord—. El conde sonrió acercándose unos pasos.

—Acepto tu petición. Sherman —dijo llamando a alguien, y un hombre joven con lentes entró al estudio—. Apunta este nombre —miró a Nathaniel para que fuera él quien lo dijera. El hombre tomó apuntes y no hizo preguntas, como si fuera muy obvio para él lo que había que hacer.

—Gracias, tío abuelo —dijo Nathaniel volviendo a inclinar la cabeza, pero éste no lo despachó ni dio por terminada la reunión.

—Me alegra ver que este lado de la familia continúa a pesar de las adversidades —dijo, usando un tono muy diferente al del inicio de la reunión—. Ya debes tener muchos hijos...

—Eh... —tomado un poco por sorpresa, pues jamás esperó que el conde se interesara por su vida personal, Nathaniel sonrió torpemente—. Me temo que lo decepcionaré, su señoría. No me he casado aún.

—¿Cómo? ¿Tan inmerso has estado en tu búsqueda que no has elegido una dama con la cual establecerte? Afortunadamente, conozco familias de muy alto estatus que seguramente aceptarán unirse a ti...

—Sin embargo, tengo una prometida —añadió Nathaniel. El anciano se detuvo y lo miró fijamente.

—Ya veo. Espero la invitación a la boda.

—Claro —contestó disimulando su sorpresa.

Pedirle, o más bien, ordenarle ser invitado a su boda era casi como si lo acogiera de vuelta en la familia.

No sabía si sentirse halagado o preocupado.

Al llegar a casa, le compartió a Adeline los pormenores de la reunión, y esta se alegró enormemente; contar con el conde era como ir con la mejor y más dura artillería pesada a la guerra. Ahora tenían más posibilidades.

Ya habían pasado dos meses cuando volvieron a Bath, y el luto profundo de Georgiana había llegado a su fin.

Una criada llegó a la casa Henderson con un poco de alboroto anunciando que ya se había publicado la fecha de la ejecución del grupo de inmorales que participó de fiestas depravadas, manchando la moral de la aristocracia de Bath.

Usarían la horca.

Austin, demacrado, sin fuerza, soportando a duras penas el peso del grillete que ataba sus manos y pies, avanzó por la calle en el desfile donde se les exponía al escarnio público. Tenía un ojo amoratado, el labio partido, y un brazo inmóvil. Desde la lucha de anoche, algo le había

sucedido a su hombro y ahora le dolía tan sólo intentar moverlo.

Alrededor, la gente le lanzaba cosas; comida podrida, piedras, escupitajos.

Esta gente no sabía nada. ¿Por qué lo querían ver muerto?, se preguntó ¿Qué les había hecho, acaso?

Nada, él no había hecho nada malo. Esto era injusto.

Sin embargo, aquí estaba, vestido con una bata sucia y maloliente, sin color por todas las manchas que lo cubrían, y dolorido, porque, como despedida, ese gigante asqueroso había pasado toda la noche en su celda.

Tal vez era mejor morir.

Al llegar al patíbulo, alguien gritó su nombre y recitó sus supuestos delitos, y otra vez fue empujado hasta ubicarse debajo del nudo de una cuerda dispuesta para su cuello.

Si moría... ¿a dónde iría? ¿Había un cielo para él?

Su mejor tiempo había sido al lado de Douglas. ¿Lo vería en el más allá?

Su vista se enfocó en la multitud. Mujeres y hombres gritaban maldiciones contra él, otros guardaban silencio divertidos, y, como un punto resaltante en la maraña de plebeyos incultos, una mujer de negro levantó la mirada y la clavó fijamente en él.

¡Georgiana!

—¡Tú! —gritó. Apretó los dientes y sintió cómo una furiosa energía lo envolvía dándole fuerzas en el último momento de su vida—. ¡Maldita perra! ¡Fuiste tú! ¡Vas a morir! ¡Maldita! ¡Vas a morir!

En su ira delirante, le pareció que Georgiana sonreía, una sonrisa burlona y satisfecha.

No podía ser. No era justo que ella estuviera allá y él acá. Ella tan limpia y él tan miserable. Debía ser al revés, siempre había sido al revés.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Te maldigo! ¡Vas a ver cuando te ponga las manos encima, tú perra del infierno!

Georgiana permaneció totalmente quieta entre la multitud, y en su mente, le parecía que esa sonrisa se ensanchaba más y más. Austin sintió tanta rabia, que su furia parecía querer estallar dentro de su cabeza, haciendo presión por detrás de sus ojos.

Gritó y gritó. Lanzó maldiciones, pero a la vez, lágrimas bajaron de sus ojos. Alguien puso la cuerda alrededor de su cuello y él no paró de gritar, la garganta le ardía por la violencia con que maldecía, pero no era suficiente.

Ella seguía sonriendo, y no apartó la mirada de él en ningún momento.

Había perdido ante esa perra. Había sido ella quien instigara su caída, y la de todos aquellos que fueron una vez sus amigos.

Había tenido mucho tiempo para pensarlo. En esas noches en que, luego de ser abusado le costaba quedarse dormido y lloraba, no podía más que revolcarse en su autocompasión y desesperanza. ¿Quién podía odiarlo tanto, sino ella?, ¿quién podía tener información de nombres y lugares?

Había sido ella, y su presencia aquí lo confirmaba.

El piso bajo sus pies desapareció y su cuerpo pendió de la cuerda, pero era tan liviano que su cuello no se rompió por ello. Mientras se retorció quedándose sin aire, escuchó los gritos emocionados de la plebe. Estas eran las muertes divertidas.

Poco a poco, su mundo se oscureció. Ya no podía ver a Georgiana, ni su sonrisa demoníaca.

Era demasiado tétrico aceptar que ella fuera el último pensamiento que tuviera en esta vida.

—Se ha acabado —dijo una voz tras Georgiana, y ésta se giró al reconocerla. Allí estaba

Nathaniel, y la miraba con tal amor y anhelo, que su corazón frío volvió a calentarse.

Alrededor, la gente empezaba a disgregarse, volviendo uno a uno a sus rutinarias vidas luego de que el espectáculo hubiese terminado. Se escuchaban sus voces que aún maldecían a los acusados, comentando de manera condenatoria las razones por las que habían sido juzgados.

Ella se había quedado quieta, como una piedra en medio del río de gente, y él se veía tan guapo, que sus ojos se regalaron con su imagen por un largo minuto antes de volver a hablar.

—Señor Radcliffe —saludó haciendo una reverencia, guardando las distancias, disimulando su propio amor y anhelo.

—Señora Henderson. Parece que esta pesadilla... ha llegado a su fin.

—Sí. Eso parece.

—Ahora eres libre. Por fin—. Ella asintió y volvió a mirarlo. Sus ojos sonreían, pero una viuda debía parecer triste, así que bajó la mirada.

—Lo soy —dijo.

Volvieron a guardar silencio, y tocando su sombrero, Nathaniel inició su despedida.

—Si le envío a su hermana una invitación para tomar el té en los próximos días... ¿la aceptará?

—Adeline está ansiosa por conocerte. Sí, aceptará.

—¿Le has... hablado de mí?

—Un poco. Esperaremos la invitación, señora. Con permiso.

Él se alejó, y afortunadamente, allí estuvo Jena para tirar de su brazo y sacarla de su trance.

Miró alrededor, y nadie parecía haberse percatado de su interacción con un hombre, pues seguían inmersos en los recientes acontecimientos.

—Jena... tengo el presentimiento de que... mi vida apenas empieza.

—Yo también lo creo, mi señora —dijo Jena avanzando junto a ella hacia el carruaje que las esperaba—. Yo también lo creo.

Georgiana estaba nerviosa.

Daba órdenes de limpiar cada rincón, cada decoración, cada lámpara. Desde que Adeline había aceptado su invitación a tomar té, había ordenado a los criados deshacerse de la última mota de polvo, encargado los mejores téis en las tiendas, adquirido un servicio completo de fina porcelana, y ropa adecuada para ella.

Afortunadamente, durante los meses anteriores, de manera discreta y pausada se había deshecho de la sala de los arneses. Como no podía mostrarle el contenido de esa sala en especial a nadie, ella y Jena habían buscado las herramientas y logrado desatornillar la mayoría de los objetos. Habían tenido mucho tiempo libre, de todos modos.

Día a día, poco a poco, fueron avanzando en su cometido, y cuando ya se podía disfrazar el verdadero objetivo de la sala, dejaron por fin entrar a los criados más confiables. En el momento en que el maestro carpintero llegó a hacer su trabajo, gran parte de la sala estaba desmontada, y el tapiz rojo retirado.

También había tirado todas las camas. Georgiana no había sido capaz de dormir en ninguna de ellas, prefería el sofá, pero hasta eso le daba asco.

Adeline llegó en su carruaje acompañada por una doncella, y Georgiana la recibió usando sus dotes de anfitriona. Ella se parecía mucho a Nathaniel, pensó al instante, aunque sus ojos era más verdes.

—Bienvenida a mi humilde morada, señorita Radcliffe —la saludó Georgiana haciendo una pequeña reverencia, y Adeline le correspondió.

—Gracias por su invitación, señora Henderson.

—Oh, por favor, use mi nombre de pila.

Se miraron un instante en silencio, como si algo invisible entre las dos hubiese conectado adecuadamente, y sonrieron.

Georgiana la condujo a su pequeño, pero elegante salón, donde las esperaba un hermoso servicio de té. Ya habían acordado usar un lenguaje informal entre las dos, por lo que se las veía más cómodas la una con la otra.

Era un lugar bonito, pensó Adeline. Las ventanas dejaban entrar la luz del sol de la tarde, que todavía entraba a raudales a pesar de haber iniciado ya el otoño, iluminando el ambiente con una calidez acogedora.

—He escuchado tanto de ti, que ya no sabía qué pensar. Tienes una reputación, Georgiana.

—Oh, ¿de verdad? Me pregunto de quién habrá escuchado hablar de mí.

—Es una persona que la admira con fervor—. Georgiana volvió a reír, y el brillo en sus ojos al hablar de Nathaniel le dio a entender a Adeline que su hermano no era el único enamorado.

Siguieron hablando, y a contar historias de la vida de cada una, compartiendo puntos de vista por los chismes recientes, que eran bastante escandalosos.

También Adeline le comentaba lo que estaba experimentando al regresar a casa, cómo todo se sentía extraño y familiar a la vez, los cambios que había encontrado en lugares y personas, y la gente que había dejado atrás en Francia.

Al hablar de aquello, se notó la nostalgia en su voz, y Georgiana extendió la mano a la de ella y la apretó suavemente.

—Lo siento —dijo Adeline—. Debo parecer terriblemente ingrata cuando por fin pude volver a mi familia y...

—No lo creo —la interrumpió Georgiana—. La mayor parte de tu vida la pasaste allá, con esas personas. Es normal que los recuerdes con nostalgia y cariño. Habla muy bien de ti. No hay

por qué sentirse culpables por algo así. —Adeline la miró fijamente a los ojos, devolviéndole el apretón, y con esa sensación de que había encontrado una amiga, alguien que la comprendía bien.

Justo un día después de la visita de Adeline, Georgiana recibió una carta de sus padres donde le anunciaban que vendrían a visitarla. Su casa estaba no muy lejos, así que esa visita significaba que pensaban pasar la temporada con ella.

No habían venido a verla en todo este tiempo, a pesar de lo cerca que estaban; no le habían escrito siquiera una nota, hasta ahora. Dudaba que apenas se estuvieran enterando de que había enviudado. No entendía la actitud de ellos ahora.

—En el campo las noticias no llegan con la misma celeridad —le dijo Jena, lo que hizo que Georgiana les diera el beneficio de la duda y se preparara para recibirlos.

Llegaron lamentando la pérdida de su hija, lo joven que era para ser una viuda, y cómo era lamentable que no hubiese concebido hijos.

Georgiana los miró completamente inexpresiva. Recibió sus abrazos y lamentos sin decir una palabra, sólo dio órdenes para guardar su equipaje y ayudarlos a instalarse.

—Pero te veo bien, para ser una viuda. Me alegra tanto —dijo Nancy, su madre, sentándose en el sofá mientras abanicaba su rostro.

—Es verdad. Podrás volver a casarte sin dificultades. Ya he empezado a recibir propuestas de pretendientes. Pero si tú no lo quieres, hija, los enviaré de vuelta con cajas destempladas.

Georgiana siguió en silencio, sólo observándolos.

Sus padres no habían sido especialmente amorosos, pero tampoco fueron fríos o distantes. Agobiado por mantener y casar seis hijas, Dorian, su padre, estuvo siempre ocupado en el trabajo, viajando para conseguir dinero, subsistiendo. Su madre había sido quien se encargara de la educación de sus hijas ahorrándole a su padre unas cuantas libras en ello. Era estricta, pero no cruel.

Sin embargo, ambos habían hecho oídos sordos cuando les pidió ayuda por las crueldades de su marido. Simplemente le contestaron que soportara, que eran los designios de Dios.

Ella había estado a punto de morir en muchas ocasiones, pero según ellos, debía soportar.

—He recibido una gran herencia luego de la muerte de mi marido —dijo Georgiana sin quitarles la mirada de encima, atenta a sus reacciones.

Ya lo sabían. Esa noticia no los tomó por sorpresa.

No quería pensar que estaban aquí por dinero. No consideraba a sus padres interesados, pero ahora mismo, no encontraba otra explicación para su comportamiento.

—Bueno, querida... sólo tienes veinte años. Según la ley, eres hija de tu padre aún. Hay un par de candidatos que podrías considerar; son hombres respetables que...

—Si vuelvo a casarme —se adelantó Georgiana elevando un poco el tono de su voz— será cuando y con quien yo decida... Si están en contra de eso, yo preferiré devolver esa herencia a la corona o a la caridad, y así, nadie verá un chelín.

Sus padres la miraron en un silencio aterrado, y Dorian, luego de atusarse el bigote y enderezarse en su silla, la miró con gravedad.

—¿Piensas que estamos aquí por el dinero, hija?

—Cuando los necesité, ustedes me enviaron a seguir soportando. ¿Qué podría pensar, padre?

—No es así. Estoy preocupado por ti. Eres joven, hermosa e ingenua. Alguien debe cuidar de ti, espantar a los interesados. Sólo a eso he venido, hija.

—Y además... ¿qué dificultades podías estar pasando que no fueran peores que las nuestras?

¡Eres la que mejor se casó de entre todas tus hermanas!

—Madre, ¿y tú crees que tener las tres comidas, ropa y techo lo es todo?

—¿Pero qué más podrías pedir? —Los ojos de Georgiana se llenaron de lágrimas en un instante, pero eran de pura indignación.

No iba a contarles todas las humillaciones por las que pasó, pero que lo minimizaran de esa manera, que ni siquiera se hicieran preguntas, era doloroso.

Respiró hondo y secó sus lágrimas mirando a otro lado. Esperó a calmarse, y mientras, ellos siguieron hablando. Aseguraban que sólo querían lo mejor para ella, que no importaba qué tan cuantiosa fuera su herencia, que habría aves rapaces tratando de timarla.

Tenía que reconocer que esa parte era verdad. Al ser una viuda joven e inexperta en los negocios, seguro que tratarían de timarla. Los bienes que le había legado Francis Holman estaban en su mayoría en Cambridge, y tenía contratados a los mismos administradores que él para dirigirlos, pero no era tonta, y contaba con la ayuda tanto de Nathaniel como de Jacob para no ser robada.

Pero bueno, eso ellos no lo sabían.

—No nos mires como tus enemigos, hija —le pidió su padre—. Sé que no querrás volver al seno de tu hogar, esta casa es lo suficientemente bonita, pero... déjanos cuidar de ti.

Ya no necesitaba de sus cuidados, pensó Georgiana con resentimiento, pero asintió a sus palabras. No podía volverse alguien rencoroso y que acumulara odios. No importaba si tenía motivos, ella quería seguir adelante.

Nathaniel, que regresaba de un corto viaje, recibió la nota de Georgiana. Le pedía que fuera a cierto parque a cierta hora.

Allí estuvo, y la vio a lo lejos acompañada de su madre. Ya sabía de su visita por sus cartas.

Georgiana lo vio, y con un disimulado movimiento de su cabeza, lo saludó.

Eso fue todo.

Nathaniel no pudo evitar burlarse de sí mismo por contentarse con sólo verla de lejos. No podía acercársele y hablar con ella por demasiadas razones, pero ella había querido verlo, y él la añoraba a ella.

La siguiente vez, fue acompañada de Jena, y en esta ocasión, Nathaniel pasó por su lado, se detuvo un segundo haciendo un respetuoso saludo, y siguió de largo.

Por cartas, se decían lo guapo que habían estado el uno y el otro, cómo el brillo del sol primaveral iluminaban sus ojos, cómo tal color, aunque sobrio, le sentaba bien.

La tercera vez, el pañuelo de Georgiana cayó al suelo justo en el momento en que Nathaniel pasaba cerca, así que él se detuvo a recogerlo, y al entregárselo, intercambió algo más que un saludo con ella.

—Siempre es un deleite ver al señor Radcliffe —comentó la señora Hepburn a la señora Walker, dos ancianas que frecuentaban el parque antes de que llegara el invierno, y que habían empezado a notar que la señora Henderson ya había empezado a dar paseos a la luz del día, siempre acompañada ya fuera de su madre o su doncella.

—Cómo quisiera que le pusiera el ojo a mi nieta, pero al parecer es demasiado circunspecto —comentó la señora Walker con un suspiro.

—Ni que lo digas. Ahora asiste más a las fiestas, pero es debido a su hermana. Nunca baila. Oh, mira. Es la señora Henderson.

En silencio, las dos ancianas vieron el intercambio entre Nathaniel y Georgiana. No hubo nada absolutamente reprochable a sus afilados ojos, pero tampoco pudieron evitar inventarse

historias en la mente.

—¿Será posible? —preguntó la señora Walker codeando a su amiga.

—Ella es joven y bonita —dijo la señora Hepburn.

—Y rica. No lo olvides.

—Pero ya podría casarse, ¿no? El luto cerrado ya pasó. En otras circunstancias, tendría dificultades para encontrar marido, habiendo tantas jóvenes virginales y puras, pero teniendo una dote como esa, lloverán los pretendientes.

—Radcliffe podría ser uno.

—Lo dudo —dijo la otra suspirando—. Él no necesita esa herencia, y a menos que caiga por su belleza, no la pretenderá.

Pronto, una carta le llegó a Nathaniel de parte de su tío abuelo. Se había iniciado la conformación de un comité compuesto por otros nobles respetados, abogados y oficiales de justicia para supervisar la investigación. Al parecer, ya se contaba con la suficiente evidencia para proceder.

Habían encontrado un caso grave de contrabando de alcohol, especias y artículos de lujo, ya sólo eso era suficiente para encerrar a la vizcondesa en la Torre de Londres, luego de haber sido despojada de su título.

La siguiente carta que recibió, un par de meses después, fue acerca de su arresto.

Para una mujer como ella, que ponía por encima de todo el estatus y la respetabilidad, este debía ser un duro golpe, una humillación. No importaba cuánta consideración tuvieran hacia ella por ser noble, ella se sentiría terriblemente mortificada.

Pocos días después del arresto de la vizcondesa, Florence, la doncella de ésta, se presentó en Avondale Hall.

Wilbur la recibió, pero conocedor de todas las circunstancias, no la dejó pasar del vestíbulo y simplemente llamó a Adeline para que determinara qué iba a pasar con ella, ya que el señor había viajado de nuevo a Londres a ocuparse de varios asuntos.

Al verla, Adeline elevó sus cejas y la miró de arriba abajo. Era evidente que la mujer había salido apresuradamente de la casa Wilford, y tal vez estaba aquí buscando alojamiento.

Esperaba que no.

—Señorita Adeline —dijo Florence, y a Adeline le sorprendió la petulancia que persistía en su voz.

¿Sería posible que todavía se creyera de mejor estatus por ser la doncella de una vizcondesa?

—Florence —dijo sin ningún tratamiento especial. Florence frunció el ceño, pero seguía erguida en toda su estatura—. ¿Qué haces aquí?

—¿No es natural? He venido a hablar contigo y con tu hermano. Es terriblemente injusto el tratamiento que le están haciendo a lady Wilford en un momento tan delicado como este.

—¿Y has venido con tu maleta a dejar un mensaje así?

—Soy la doncella de la vizcondesa, velo por su bienestar. Estoy terriblemente consternada por el abandono hacia su querida tía. Pero claro, ¿qué podría esperar de ti, que seguramente fuiste criada por la plebe?

Se tardó más Florence en terminar la frase que Adeline en asestarle un puñetazo en la cara. No fue una bofetada, como cabía esperar de señoritas bien criadas, no.

Se había criado con cuatro hermanos varones, todos mayores que ella, rebeldes y alborotadores, claro que sabía asestar un derechazo.

Florence cayó despatarrada en medio del vestíbulo y las doncellas y lacayos que presenciaron

el asunto lanzaron exclamaciones de sorpresa que más parecían de satisfacción.

—Esa gente plebe me enseñó a dar puñetazos —dijo Adeline acercándose a Florence, que se sobaba la cara enrojecida mientras intentaba ponerse en pie—. Nunca había dado uno —siguió, sacudiendo su mano que ardía un poco por el impacto—. ¿Quieres ver otras cosas que aprendí de la gente plebe en Francia?

—Tú...

—¡Cállate! —la detuvo Adeline con voz dura—. Ya aguanté demasiado de ustedes. ¿Crees que me callé lo que me hicieron la primera vez que intenté regresar porque les tengo miedo? ¿Crees que evité el alboroto esa vez porque me intimidan? No. Sólo estaba esperando el momento perfecto.

—¡Mientes! Nunca hicimos tal cosa.

—¡Ahora finges demencia! Es una lástima que sufran de tan mala memoria; yo, en cambio, no he olvidado ni un momento ese día. Nunca les perdonaré lo que me hicieron; todos esos años lejos de mi casa y mi hermano, sufriendo angustia y siendo amenazada... Ahora lo van a pagar caro. ¡Señor Blake!

—¿Sí, señorita?

—Arroja a esta perra vieja lejos de la mansión. Asegúrate de que olvide el camino de vuelta.

—Sí, señorita—. El mayordomo se acercó a Florence tendiéndole una mano para ayudarla a ponerse en pie, y aunque la doncella hubiese querido rechazarla y seguir con su porte digno, la verdad era que necesitaba la ayuda.

—¡La casa Radcliffe ha caído en la decadencia! —declaró entre dientes.

—¡Imagínate dónde está la casa Wilford! —contestó Adeline haciéndose la sorprendida. — ¿Tienes dinero para pagar una posada esta noche? —Florence la miró fijamente, como si esperara que le extendiera la mano y le ofreciera unas cuantas libras, pero Adeline sólo se cubrió los labios—. ¡Yo sí tengo! —dijo, y se echó a reír.

Con las mejillas enrojecidas, y un moratón formándose en la mandíbula, Florence apretó los puños y dio un paso atrás.

Se había equivocado al venir aquí, se dio cuenta. Esta mujer no tenía intención de doblegarse, ni siquiera por respeto a un título nobiliario cuando ella no tenía nada. La expulsarían en pleno invierno sin importarle lo que sucediera.

El mayordomo la condujo de nuevo a la salida y dejó la maleta en el suelo a su lado.

—Es mejor que se vaya antes de que anochezca —le aconsejó, y Florence le hizo mala cara, ajustó su abrigo, tomó su maleta y bajó la amplia escalinata.

Miró a lo lejos los terrenos que circundaban la mansión dándose cuenta de que empezaba a nevar.

Ella debió ser acogida en esta casa con la deferencia que se merecía por haber servido a una vizcondesa toda la vida, pero ahora, ¿qué iba a hacer? Ya nadie quería contratarla; el nombre Wilbur estaba manchado, y aunque no fuera así, ya ella estaba demasiado vieja para encontrar una nueva casa que quisiera sus servicios.

¿Qué iba a hacer?, volvió a preguntarse, y siguiendo el consejo del mayordomo, emprendió el camino de vuelta a Bath a pie y en solitario.

Nathaniel se dirigió a la sección especial de la prisión reservada para los nobles en la Torre de Londres. Las celdas en esta área eran bastante cómodas y limpias, pensó al entrar. Había alfombras en el suelo, muebles básicos pero decentes, y ventanas que dejaban entrar la luz del sol. Un guardia lo condujo por un pasillo alfombrado hasta una puerta de madera robusta con un

pequeño ventanuco.

—Es aquí —le dijo el guardia que lo guiaba, y Nathaniel atravesó el umbral de la puerta que acababa de abrir.

Era una habitación un poco estrecha, pero limpia, con una cama de sábanas blancas, una silla y su mesa. En una estantería había unos pocos libros, y tenía tinta, papel y pluma por si le apetecía escribir. Encontró a su tía sentada junto a la ventana, mirando con melancolía a través de ella.

—¡Nathaniel! —exclamó al verlo poniéndose de pie—. ¡Gracias por venir! Sabía que no me dejarías sola, sabía que no me abandonarías. Gracias, gracias...

Nathaniel se dejó tomar las manos por su tía guardando silencio, sólo observando a la persona que había causado tanto daño a su familia.

Al ver su actitud, la seguridad y alivio que antes sintió Philomena empezó a flaquear.

—Mi querido sobrino, por favor, escúchame. Es verdad que cometí errores, es verdad que no he sido la mejor persona... pero jamás me imaginé que llegaría a esto, que se volvería así. Por favor... habla en mi favor, habla por mí. Pide clemencia por mí.

—¿Clemencia? —preguntó Nathaniel sorprendido—. ¿Dónde estaba tu clemencia cuando usaste las rutas de negocio de mi padre para seguir cometiendo fechorías? Usaste mi dinero para engordar tus bolsillos, y por mucho tiempo te pusiste la máscara de la tía buena. ¿Y me pides clemencia ahora?

—Por favor...

—¿Dónde estaba tu clemencia cuando incendiaste el barco en el que iba la familia completa de tu hermana? ¿Dónde, cuando mi hermana intentó regresar y sólo la echaste como a un animal callejero y sucio?

—¡No es verdad! —exclamó entre lágrimas—. Yo de verdad creí que era una falsa.

—¡Pero a las otras falsas sí las trajiste ante mí sabiendo que yo las descubriría! ¡Y con ella no fuiste así! Jugaste un juego muy cruel y eso jamás te lo perdonaré. ¡Tantas cosas pudieron salir mal! ¿Y qué si a mi hermana le hubiera pasado algo en ese viaje que emprendió sola? ¿Y si le hubiesen causado un daño irreparable? ¿Y si, perdida y sola, hubiese tomado caminos equivocados en la vida?

—¡Lo siento! —lloró Philomena aferrándose a él, que todavía no se movía ni intentaba alejarla. —¡Lo siento tanto! Estaba sola y desesperada. No sabía qué hacer. Todo estaba mal, no había dinero, ¡lo siento!

—No esperes que tome eso como una justificación. No tienes excusa, porque ya sabías muy bien lo bueno y lo malo. No, tía. No puedo perdonarte.

—¿No me vas a ayudar? ¿Vas a dejar que me pudra aquí?

—Estás bastante bien para mi concepto.

—¿Qué? ¡No estoy bien! ¡No me dejes aquí, es demasiado duro!

Nathaniel cerró los ojos con un músculo latiendo en su mejilla, y por fin se liberó de su agarre dando un paso atrás.

—Mataste a mis padres, y estuviste a punto de matar también a mi hermana. Que te condenen por contrabando es apenas un paliativo a la ira y el rencor que siento hacia ti.

—Te lo ruego... —siguió llorando Philomena, esta vez cayendo de rodillas en el suelo. —Te lo ruego... —volvió a decir.

Nathaniel tragó saliva y miró a otro lado tratando de calmarse. Era verdad que había venido aquí a gritarle sus verdades, pero no podía perder la oportunidad para sacarle el nombre de sus socios.

—Sólo he venido a informarte que yo mismo declararé en tu audiencia. Las pruebas en tu contra son contundentes.

—No. No. Haré lo que sea. Por favor.

—Si das los nombres de tus socios, quizá reduzcan un poco tu pena.

—¿Qué? ¡Pero yo no sé nada!

—¿Vas a seguir haciéndome daño hasta el final?

—¡Son personas peligrosas! Si los delato, podrían hacer que me maten a mí, o a Patrick. ¡Pídeme otra cosa!

—Lamentablemente, no quiero nada más de ti. Tienes hasta la audiencia para hacerlo, luego de eso, entenderé que has tomado una decisión egoísta nuevamente.

—¡Por favor, Nathaniel!

—Y no me envíes cartas. No las leeré; irán directamente al fuego.

—¡No, por favor! —Nathaniel se dio la vuelta y salió de la celda. Desde afuera, se escuchó su llanto desesperado llamándolo.

Pero ya no podía hacer nada por ella, del mismo modo que no había nada que hacer por sus padres, ni por los años perdidos con su hermana.

La audiencia se llevó a cabo rápido y ordenadamente. Nathaniel se sentó en la galería, observando con atención el desarrollo del juicio. Los murmullos y susurros llenaban la sala mientras el juez leía las acusaciones contra Philomena.

Este asunto estaba resonando mucho más que el “escándalo de los depravados” en Bath, como lo había denominado la prensa. Ahora se trataba de “la noble contrabandista”. Algunos se sorprendían de que el mismo sobrino de la noble fuera quien liderara la acusación, y estuviera aquí para dar su testimonio.

Cuando fue llamado a declarar, hizo el juramento y empezó a hablar.

Philomena, sentada al otro lado de la sala, evitaba su mirada y secaba sus lágrimas una y otra vez. La dureza y frialdad habitual en su rostro habían sido reemplazadas por una sombra de preocupación y desesperanza. Estaba casi encogida en su asiento a pesar de que su ropa seguía siendo adecuada para su rango, y mostraba signos de fatiga en su rostro.

No tomó mucho tiempo, ni demasiadas audiencias. Philomena fue condenada a quince años de prisión en la Torre de Londres con posibilidad de reducción por buen comportamiento y apelaciones futuras, pero también se le confiscaban sus bienes y títulos, los cuales volverían a la corona.

—La corte ha hablado —dijo el juez principal con firmeza—. La justicia ha sido servida. Que Dios tenga misericordia de su alma.

Philomena temblaba en su lugar, y fue escoltada fuera del tribunal.

No tuvo la valentía de girarse a mirar de nuevo a su sobrino, era como si se hubiese resignado a su derrota.

Nathaniel cerró los ojos por un momento. Todavía le costaba asimilar que todos esos años de cuidado fueron falsos, que su preocupación tenía segundas intenciones.

Una mano se posó en su hombro y se giró a mirar. Era el conde de Ancram, y Nathaniel hizo la consabida reverencia.

—Esto ha terminado bastante pronto —dijo sacando un poco de pecho, y Nathaniel intentó una sonrisa.

—Todo gracias a usted, mi lord. Sin su ayuda... no se habría hecho justicia.

—No olvides lo que te dije la otra vez. Estaré a la espera.

—Claro que sí, su señoría—. El conde asintió una vez más y se alejó.  
Nathaniel quedó solo y, como signo de cansancio, dejó caer los hombros.  
Hora de volver a casa, se dijo.

Lo primero que haría al llegar, sería pedir la mano de Georgiana a sus padres. Le urgía tenerla de nuevo a su lado. Estaba muy necesitado de su compañía y consuelo.

Al regresar de Londres, ya todos sabían lo que había ocurrido con Philomena Bergman y la resolución de su juicio. A pesar de su intachable reputación, aquella oleada que se llevó un vizcondado alcanzó a salpicar un poco los negocios y relaciones de Nathaniel, sin embargo, eran más las personas que consideraban que no importaba lo que hubiera hecho la tía.

Para demostrar el apoyo a los hermanos, y divulgar la cercanía con ellos, fueron invitados con más frecuencia a fiestas, bailes, cenas, y según fue mejorando el clima, picnics.

Ya había pasado más del año desde lo ocurrido en Hawthorn Hall. Los encuentros casuales con Georgiana en el parque, la calle, o alguna tienda, ya no satisfacían el ansia por verse de ninguno de los dos, y aunque aún ella debía guardar luto, Nathaniel decidió dar un paso más. En una nota le indicó un evento benéfico realizado por la iglesia, un lugar donde era perfectamente aceptable que una viuda rica asistiera, y Georgiana sonrió.

Todavía tenían que simular ser presentados. Según la sociedad, no había nada en común entre ellos dos. Ninguno sabía de la temporada vivida en la casa Radcliffe, ni mucho menos, los motivos de su estancia allí.

El evento benéfico en cuestión era una recaudación de fondos para los huérfanos de Bath, organizada por la iglesia local. La comunidad había decidido realizar una feria tranquila en los jardines de la rectoría, donde se ofrecerían lecturas de poesía, música suave y una subasta silenciosa de obras de arte donadas por residentes adinerados. Georgiana misma había donado varios cuadros que fueron largamente alabados por el reverendo y su esposa.

Los jardines estaban decorados con sencillez pero buen gusto, con mesas cubiertas de manteles blancos y jarrones de flores de primavera. La brisa traía consigo el aroma de las flores frescas y el murmullo de conversaciones amistosas llenaba el aire.

—Hermoso —dijo una voz tras Georgiana, que admiraba algunas pinturas decidiendo cuál llevarse.

Al escuchar la voz de Nathaniel, fue como si un beso tocara su espalda; un escalofrío recorrió su espina dorsal, y reconociéndolo, tal como un esclavo reconoce a su amo, su piel clamó por él, al igual que su alma.

Pero no podía ser de otro modo, luego de lo de anoche.

Después de que se le dictara sentencia a la ex vizcondesa, Nathaniel, en cuanto llegó a Bath, le envió una nota.

Como todas sus notas, las traía alguien de su confianza y se las entregaba de contrabando a Jena, quien se las hacía llegar a Georgiana en absoluta discreción.

“Espérame esta noche”, decía la nota, y estuvo nerviosa todo el día.

Él había llegado a pie, solo, y se había colado por la puerta de atrás en absoluto silencio. De la mano, Georgiana lo llevó a la que antes era la sala de los arneses, una habitación hecha para que de ella no se escapara ningún tipo de ruido, y que luego de remodelarla, había terminado siendo útil para estos menesteres.

En cuanto estuvieron allí, Nathaniel la tomó en sus brazos besándola con hambre y ansia, y Georgiana simplemente se dejó llevar.

—No resisto más —dijo él con voz ronca en su oído—. Me muero sin ti. Te amo y te deseo.

La tuvo despierta hasta el amanecer, y ella fue absolutamente feliz cada una de esas horas.

Lo increíble fue que también hablaron mucho, se pusieron al día en acontecimientos, y no dejaron de tocarse el uno al otro. Antes de irse, había vuelto a hacerle el amor y a recitarle mil palabras de amor, a manifestarle cuánto la echaba de menos.

Tal vez por eso hoy estaba tan sensible, y una simple palabra con esa voz profunda despertaba

tantos deseos en ella.

Se obligó a calmar todas esas sensaciones, y lentamente se giró a mirarlo.

Él le sostuvo la mirada por un corto segundo, dejándole claro que el elogio iba dirigido a ella. Sus ojos encerraban tantas promesas, tanto anhelo, que Georgiana volvió a tener dificultades para calmarse.

—Oh, señor Radcliffe —dijo la esposa del reverendo, la señora Beatrice Barlow—. Su gusto, como siempre, es impecable. Oh... pero aquí está la señora Henderson. Nos alegra mucho que haya decidido acompañarnos a pesar de sus circunstancias.

—Ayudar a los huérfanos es un deber cristiano, señora Barlow.

—Muy sabia apreciación... Creo que no se conocen, ¿verdad? —Georgiana no se atrevió a mirar a Nathaniel a los ojos por miedo a delatarse.

—Nos hemos cruzado un par de veces —contestó Nathaniel y Georgiana tuvo que apretar los labios—, pero...

—Entonces, permítame introducirlos —Beatrice se puso en medio de los dos y presentó a uno y a otro aprobando la mirada baja de Georgiana y los modales impecables de Nathaniel.

Nathaniel disimulaba muy bien su sonrisa triunfal. Ser presentados por la esposa del reverendo añadía mucha respetabilidad a sus futuros intercambios, estaba dispuesto incluso a cederle el honor de decir que había sido ella quien los acercara, y agradecerle tal bondad en su discurso el día de su boda.

La subasta transcurrió con normalidad, y Beatrice vio por el rabillo del ojo que Nathaniel se despedía de la viuda Henderson cuando ya finalizaba.

No podía evitar pensar que el señor Radcliffe era un perfecto partido para su propia hija menor, pero su esposo no permitiría para ella alguien menos que un vicario. Era una lástima.

Debido a la gran generosidad de la viuda Henderson durante el evento benéfico, Georgiana siguió siendo invitada a otros eventos en los que, invariablemente, coincidía con Nathaniel.

Si era sólo para mujeres, ella y Adeline se sentaban siempre juntas y conversaban mucho, y poco a poco, a las personas se les fue haciendo normal ver a Georgiana cerca de un Radcliffe.

Adeline estaba teniendo dificultades por la cantidad de pretendientes que llamaban a su puerta, el problema era que la mayoría eran hombres muy mayores, viudos, y con muchos hijos. Ninguno le gustaba. En el caso de Georgiana, sus padres eran los que se encargaban de las cartas pidiendo el derecho de cortejar a la viuda, y ellos sólo cumplían con informarle los nombres, y Georgiana no tardaba mucho en descartarlos.

Hasta que llegó la carta de Nathaniel.

Nancy y Darius observaron el pedazo de papel donde tal señor encumbrado y rico pedía una audiencia con ellos. No podía ser. ¿Sería tanta su suerte?

Sin embargo, hasta ahora, esa muchacha había dicho que no a todos.

—Considéralo, Georgiana —le pidió su padre enseñándole la carta, y procedió a enumerar todas las virtudes del señor Radcliffe.

En ningún momento mencionó las miles de libras de su renta anual, los muchos negocios, ni el hecho de que su bisabuelo había sido conde y que estaba muy bien relacionado en Londres. Sólo habló de lo filial que era, pues buscó a su hermana incansablemente hasta encontrarla; de sus donaciones a la iglesia, de lo íntegro que era en el mundo de los negocios, de cuánto lo respetaban sus sirvientes, de la buena reputación que tenía entre damas y caballeros por igual.

Georgiana lo escuchó admirada. Conocía todas esas virtudes, por supuesto, pero no imaginó que su padre también.

—Lo conocí de chico —dijo Darius con una media sonrisa—. Yo proveía a la casa Radcliffe en esos tiempos. Ya de muy joven mostró lo digno que era, y una vez que te llevé a su casa, te extraviaste y él te encontró. Ah... estabas muy pequeña, y nuestros rangos en la sociedad eran tan diferentes como la tierra y el cielo, pero... tuve esa idea.

—¿De verdad, papá?

—Pero mira. ¿No son la vida y el destino algo indescifrable? —Georgiana sonrió emocionada—. Acéptalo, hija —le pidió Darius tomando su mano—. No creo que tengas la suerte de conocer a mejor hombre.

Georgiana, casi por el ruego de sus padres, aceptó.

O eso le dijeron a todos.

Tan pronto como respondieron a la carta del señor Radcliffe de manera afirmativa, éste se presentó en su casa, y delante de Darius y Nancy expresó la seriedad de sus intenciones pidiendo a Georgiana en matrimonio inmediatamente.

Él traía consigo un fino anillo, y mientras se lo ponía, la miró a los ojos trayendo a su mente fogosos recuerdos, y promesas de amor.

Georgiana lo miró con una amplia sonrisa. ¡Agradecía tanto estar viva! A veces incluso tenía miedo de que todo fuera mentira.

—Te haré muy feliz —prometió Nathaniel sosteniendo aún la mano donde recién le había puesto el anillo, delante de Nancy, Darius, y Jena, que los miraban sonrientes.

—Lo sé —le contestó ella emocionada.

A partir de allí, a la casa Henderson empezaron a llegar más flores, cartas, dulces y regalos, ahora, de parte de su pretendiente formal.

Nathaniel intentaba no ir demasiado frecuentemente, pero casi siempre sus pies lo traicionaban y terminaba en su puerta.

Cuando las visitas eran en el pequeño salón, Jena o Nancy estaban allí, cuando eran paseos, los seguían a una distancia prudente.

—Qué guapos se ven los dos —le dijo la señora Hepburn a la señora Walker, disfrutando del sol en un banco en el parque, luego de ver a la pareja caminar a una distancia muy respetable de sus chaperonas—. Yo siempre lo dije, si alguien podía atrapar a Radcliffe, sería la belleza de Georgiana Henderson.

—Fui yo la que te dijo que esa pareja estaba hecha en el cielo —replicó la señora Walker sin quitar los ojos de la pareja—. Los dos ricos, jóvenes y guapos. Es una fortuna que ella no haya concebido hijos en su anterior matrimonio.

—Habría sido una lástima que esa adorable joven pasara más tiempo vistiendo de negro —concordó la señora Hepburn.

—Hasta la esposa del reverendo está feliz por ellos. Ya la he escuchado decir en múltiples ocasiones que fue ella quien los presentó. Las solteras ahora acuden a ella en masa para ser presentadas a ricos caballeros. Dicen que tiene “el toque”.

Ambas ancianas menearon la cabeza, pero no parecían del todo disgustadas por eso, y siguieron compartiendo chismes en voz no tan baja.

—¿No es increíble? —preguntó Georgiana sin mirar a Nathaniel mientras caminaban a lo largo de un sendero en el parque. Habían decidido que esta era una de las mejores maneras de encontrarse, ya que, si se quedaban al interior del salón, tendrían a Nancy interviniendo en la conversación.

En cambio, cuando salían, casi siempre era Jena quien los acompañaba, y ella no era una chaperona muy eficaz; Nathaniel se tomaba licencias muy a menudo como ir muy cerca, tomarle

la mano, y a veces, cuando estaba absolutamente seguro de que nadie los veía, robarle besos.

Él la miró encontrándola hoy más hermosa que la última vez que la vio.

—¿Qué cosa?

—Ahora, todo el mundo aprueba nuestra relación. Tengo que admitir que antes no tuve ninguna esperanza al respecto.

—Yo, en cambio, sabía que este momento llegaría —contestó él. Georgiana lo miró atenta—. Sabía que sería difícil, que tendría que trabajar duro, pero desde que me enamoré de ti... decidí que te tendría sin importar qué.

Ella sonrió, y sus mejillas se colorearon un poco. Ella estaba tan hermosa usando ese vestido color lavanda, que Nathaniel tuvo que controlar sus manos para evitar extenderlas a ella y tocarla.

Estaban en público, se recordó. Luego calmarás tus ansias.

—Eres un hombre muy valiente, Nathaniel —dijo ella en voz baja—. Tu fortaleza me da esperanza, tu integridad me da seguridad—. Él pestañeó varias veces un poco sorprendido por esas palabras—. Estoy ansiosa por empezar la vida junto a ti.

Y ella no se imaginaba qué tan ansioso estaba él, pensó con una sonrisa.

Las invitaciones a la boda se repartieron por todo Bath, una de ellas llegó a Jacob Smith, y otra a Sebastien Chevalier, pero la de éste último tenía un aparte escrito por el mismo puño de Nathaniel que decía: por favor, no vayas.

Él se echó a reír. Nathaniel sabía que retarlo de esa manera sólo conseguiría alentarlos a cometer alguna locura.

Semanas antes de la boda entre Georgiana y Nathaniel, llegó a Bath un caballero que de inmediato llamó la atención de los habitantes. Era francés, y su nombre era Jacques Chevalier. Preguntaba por cierta dama, y fue guiado a Avondale Hall.

Al verlo, Adeline se sorprendió muchísimo. Se quedó muda por largo rato, pero él no tuvo dificultades en hablar.

—Por fin te encuentro, mi querida Marguerite—. Ahora, ella se sonrojó terriblemente. Parecía que deseara empujarlo fuera, y al tiempo, estaba allí con sus pies clavados en el piso sin poder dejar de mirarlo.

—¿Cómo...? —la voz de ella se apagó antes siquiera de poder concluir la pregunta, y Jacques, bajo la vigilante mirada del mayordomo, dio un paso hacia ella.

—¿Podría hablar contigo un momento?

—No —contestó ella al instante. Estaba muy perturbada, pero Jacques no se molestó por su negativa.

—¿Puedo volver mañana? —preguntó él, paciente.

Los labios de Adeline temblaron, pero antes de que pudiera decir nada, Nathaniel llegó al vestíbulo acompañado de Jacob, con quien había estado reunido. Al ver al desconocido, miró a su hermana buscando respuestas, pero Adeline seguía aturrida.

—Mi nombre es Jacques Chevalier —se presentó el caballero con un saludo muy respetuoso. Nathaniel respondió a su saludo presentándose y presentando a Jacob.

—¿Chevalier? —preguntó luego— ¿Eres familiar de Sebastien Chevalier? —El caballero frunció el ceño muy levemente, pero sacudió su cabeza y contestó:

—Señor, me temo que el apellido Chevalier es muy común en Francia, tanto como el Smith en Inglaterra.

—Eso es verdad —dijo Jacob interviniendo en la conversación, cruzado de brazos y una sonrisa torcida en el rostro.

—Pero, se parecen.

—Todos los franceses son iguales —se burló Jacob, y Adeline, que había guardado silencio hasta el momento, tomó aire y habló.

—Conocí a Monsieur Chevalier en Le Havre, en mi época como institutriz.

—Oh.

—Él es... un sacerdote de la iglesia católica.

—Pero he dejado los hábitos hace ya un par de años —añadió Jacques. Nathaniel lo miró entrecerrando sus ojos.

—¿Por qué?

—Porque me enamoré de una mujer.

—Oh. ¿Es esa mujer mi hermana? ¿Has venido aquí por ella? ¿A solicitar su mano?

—Sí. —La respuesta franca y escueta del hombre tomó por sorpresa a todos, y él parecía que simplemente había hablado del clima.

Nathaniel se giró a mirar a Adeline aún sorprendido, pero al ver que sus mejillas estaba rojas, y que pestañeaba rápidamente mirando a ningún lado, algo dolió en su estómago.

Por supuesto que deseaba que ella se casara y formara un hogar, que tuviera hijos y fuera muy feliz. Pero... ¿con un francés? ¿Qué castigo era este?

—Hablemos en privado —dijo, y caminó con pasos largos guiándolo a su estudio.

Jacques le dirigió una rápida mirada a Adeline, pero ella no se la devolvió, y fue tras Nathaniel dispuesto a todo.

En el estudio, Nathaniel empezó a hacer una pregunta tras otra. Que hubiese sido sacerdote católico era una señal muy probable de que proviniera de una buena familia, pero él sabía perfectamente que eso no lo era todo en un hombre. Se centró sobre todo en su relación con Adeline.

—La conocí un día en la iglesia —dijo Jacques—. Y nos hicimos amigos cuando enseñaba a los hijos de la familia Du Bonnet, para quien ella trabajaba.

—¿Qué tan amigos?

—Sosteníamos conversaciones acerca de literatura y poesía, y teníamos largas disertaciones acerca del martirio de Jesús.

—Interesante —masculló Nathaniel—. No veo cómo un hombre y una mujer podrían enamorarse hablando de tal cosa.

—Yo tampoco —contestó Jacques con una sonrisa velada, la primera que le veía Nathaniel—. Pero fue allí cuando empecé a darme cuenta... de que Mademoiselle... Adeline era muy inteligente... sensible y considerada.

Nathaniel seguía mirándolo serio, y aunque seguía sin gustarle la situación, tuvo que admitir que al menos esa parte era cierta, este hombre había visto las virtudes de Adeline y no había podido evitar caer en su encanto.

—Adeline ha pasado por mucho. Quiero asegurarme de que cualquier hombre que entre en su vida la trate con el respeto y el cariño que se merece. ¿Qué me asegura que sus sentimientos por ella son firmes, y no una reacción a su pasado?

Jacques lo miró a los ojos.

—La decisión de dejar los hábitos no fue fácil, eso es verdad, pero la tomé porque me di cuenta de que mis sentimientos por Adeline eran verdaderos y profundos. Iban más allá de la admiración y la amistad. Desde entonces, empecé a preocuparme por buscar una vida fuera de la

iglesia, encontrando mi camino en el mundo secular, todo mientras mantenía la esperanza de encontrarla. No es una decisión impulsiva, sino una convicción que ha crecido con el tiempo.

—¿La amas? —Jacques no esquivó su mirada.

—Con toda mi alma.

—Su familia no ha de estar muy contenta por la decisión de dejar la iglesia.

—No dependo de ellos en ningún sentido para tomar demasiado en serio sus opiniones.

—Entonces, está determinado a cortejar a mi hermana.

—Sólo si ella está de acuerdo.

—Eso, por descontado.

Siguieron hablando, y Nathaniel notó que poco a poco Jacques empezaba a mostrarse un poco más relajado, antes había estado tan tenso como la cuerda de un arco. Jacques le habló de sus bienes, del modo en que se ganaba la vida en la actualidad, de lo bien que estaría Adeline si se casaba con él. Esto confirmaba las sospechas de Nathaniel acerca de que su familia era influyente en Francia.

—Ella regresó hace ya un año —dijo Nathaniel—. ¿Por qué viene hasta ahora?

—Porque desapareció de un momento a otro. Los Du Bonnet no sabían dónde estaba, los Durant, la familia que la crio, no sabían de su paradero exacto y yo... la conocía como Marguerite Durant, no como Adeline Radcliffe. Me tomó todo este tiempo encontrarla.

Bastante pronto, pensó Nathaniel. A él le había tomado mucho más. Sin embargo, quizá estaba desesperado; si la amaba, perderla de vista de repente debió ser un golpe duro.

Volvió a mirarlo y elevó una ceja al pensar de nuevo en que en verdad tenía parecido con Sebastien, y estuvo a punto de volver a preguntarle si se conocían.

Un sacerdote católico y un libertino repleto de pecados no podían tener nada en común, pensó, y pretender relacionarlos podía resultar insultante para ambos, así que guardó silencio.

—Usted parece un hombre sensato e inteligente, a mí no me desagrada. Pero todo dependerá de lo que diga mi hermana. Le prometo que hablaré con ella.

—Eso es suficiente para mí—. Nathaniel sonrió. Ya quería contarle a Georgiana las nuevas.

Salieron del estudio largo rato después, y Jacques volvió a mirar a Adeline con una mezcla de alegría y expectativa.

Adeline, que los esperaba en el salón, se puso en pie al verlos.

—Adeline, el señor Chevalier y yo hemos tenido una conversación muy interesante—. Ella no dijo nada. Siempre tan segura, y con algo que decir, de repente parecía nerviosa y fuera de lugar—. Ven conmigo, hablemos. Señor Chevalier... Le agradezco vuelva mañana a la hora de visitas.

—Aquí estaré —dijo él.

—Nuestro mayordomo le indicará la salida. Hasta entonces.

Jacques asintió y siguió a Wilbur como se lo indicaron. Hasta el último momento, se giró para mirar a Adeline, que seguía sin sostenerle la mirada a nadie.

Una vez a solas, Nathaniel le tomó la mano a su hermana y la apretó suavemente.

—Si lo odias, lo enviaré lejos —le dijo, y Adeline lo miró fijamente.

—No... no lo odio.

—¿Qué pasa entonces? Su visita te ha afectado, pero no logro deducir si para bien, o para mal —. Adeline tomó aire profundamente y se alejó unos pasos.

—Jacques fue... un gran amigo para mí. Fue alguien muy importante durante gran parte de mi vida en Francia. Siempre fue... respetuoso y considerado, siempre atento y amable. Pero era un sacerdote, y pensar en él estaba prohibido. Además, yo tenía un pequeño problema con el

asunto de mi familia, mi pasado, y me sentía nadie y de ninguna parte. Y entonces él... cambió conmigo, se ausentó un tiempo, y cuando regresó... simplemente me dijo que había dejado los hábitos.

—¿Te dijo en ese entonces por qué?

Adeline tardó en contestar, pero al fin movió la cabeza afirmativamente.

—Pero entonces me vine a Bath contigo, y perdí todo contacto con él...

—¿Lo dejaste después de que él hiciera semejante declaración? ¿Semejante cambio en su vida?

—Yo... Sí.

—Te gustaba... pero lo abandonaste.

—Me asusté... y tal vez... creí que era lo mejor para él.

—Adeline... Ese hombre rompió unos votos sagrados por ti... ¿y pensaste que lo mejor era dejarlo?

—¡Es de una familia muy importante en Francia! ¡Todo el mundo los conoce, y yo no era nadie! Y además... Es francés —concluyó ella entre dientes. Nathaniel no pudo evitar echarse a reír.

—¿Eso es todo lo que te molesta?

—Y es muy serio —siguió ella.

—Ah, querida Adeline... el amor de una mujer tiene el poder de ablandar al hombre más serio y hacerle reír a carcajadas; al más sensato, lo orilla a cometer las más estrafalarias locuras. Lo importante es que él sea alguien bueno, de buenos principios, con sus valores en el lugar indicado.

—Todo eso lo tiene.

—Entonces... Creo que merece una oportunidad. —Ella volvió a sonrojarse, y luego de un largo minuto, asintió—. Si te gusta, no lo hagas esperar demasiado. El amor duele, Adeline.

—Lo sé —susurró ella.

Él la dejó en paz, seguro de que tenía mucho en qué pensar. Y al día siguiente, muy puntual, llegó Jacques.

Lo condujeron a una bonita sala y allí lo esperaba Adeline. Sólo la acompañaba su doncella.

Jacques miraba a Adeline esperando. No pronunció ni una palabra hasta que ella tomó asiento y le pidió que la imitara.

—¿Cómo... me has encontrado?

—He removido mar y tierra, he buscado bajo las piedras... he rezado mucho—. Adeline sonrió sintiendo un poco de tristeza. Él sonaba un poco dolido, pero no hacía reproches.

—¿Por qué?

—Porque mi vida sin ti ya no tenía sentido. Porque tú eres todo lo que quiero. Te amo, mi querida Marguerite.

—Ese ya no es mi nombre.

—Te amaré no importa el nombre que tengas—. Ella ahora rio, y sus ojos se humedecieron.

—¿No estás molesto conmigo?

—¿Por qué estaría molesto?

—Desaparecí. Dejaste todo por mí, pero yo me fui—. Él guardó silencio un momento, luego del cual, meneó un poco la cabeza negando.

—Entendí perfectamente tus razones. Incluso aplaudí tu tenacidad. Esa era, después de todo, la mujer de la que me enamoré—. Ella lo miró por fin a los ojos. Los de Jacques eran oscuros, su piel clara, los cabellos renegridos.

Era guapo, y a ella seguía gustándole como antes. Hablar con él era tan fácil...

Tomó aire dándose cuenta de que sus pensamientos empezaban a desviarse, pestañeó varias veces y volvió a hablar.

—No me volveré católica —los ojos de él brillaron. Eso era un sí, ¿verdad?

—No te pediría tal cosa.

—No quiero vivir en Francia.

—Viviremos donde tú digas. De todos modos... no pienso volver a Francia.

—¿Por qué?

—Bueno... mi familia no está muy feliz por lo que hice—. Adeline lo miró fijamente.

Seguramente, él había sufrido el repudio de la familia y la desaprobación de toda la sociedad. Sería casi imposible retomar los derechos sobre sus bienes y debió quedarse solo al perder a todas sus amistades. Debió ser todo un escándalo, la verdad, y él en medio, solo, soportando todo.

Por ella.

—Antes de venir aquí, he recibido propuestas para enseñar en la universidad de Cambridge y Oxford. Por un tiempo... tal vez no pueda darte la vida a la que estás acostumbrada, pero me esforzaré mucho. Tengo ahorros que nadie pudo tocar a pesar de lo sucedido, pronto serás una dama que no tenga nada que envidiarle a las demás—. Adeline sonrió.

—Sabes que eso no me importa.

—Pero a mí sí.

Siguieron hablando, y mucho rato después, él se despidió. Adeline volvió a quedarse sola sintiendo que flotaba. Le parecía increíble que su vida se viera tan diferente luego de que él simplemente apareciera.

Él estaba pensando en convertirse en académico, pero para eso tendría que dejar Bath.

Bueno, ya él había hecho muchos cambios por ella, pensó. También ella podía hacer unos pocos por él.

Pasados unos pocos días, todo Bath se enteró del nuevo pretendiente de Adeline Radcliffe, y el nombre de Jacques Chevalier empezó a pasar de boca en boca.

—Es un francés —se escandalizaban siempre.

—Pobre. ¿Será que no pudo conseguir nada mejor por tener ya treinta?

—No sé qué sería peor, si estar soltera a esa edad o casarse con un francés.

—Roguemos por ella.

Adeline no prestaba mucha atención a esos rumores y comentarios. Si bien ella misma tuvo sus reparos, era el hombre que quería.

En una cena en la casa Radcliffe a la que también asistió Jacob, como era de esperarse terminaron hablando de dinero y negocios. Jacques reveló sus conocimientos matemáticos y de inmediato Jacob y Nathaniel se interesaron.

La seguridad con la que Jacques hablaba de probabilidades y estadísticas, intereses compuestos, y riesgo y rentabilidad, hizo que prácticamente empezaran a pelearse por el privilegio de contar con sus conocimientos.

—Sé que dijiste que tienes propuestas en Cambridge y Oxford, pero por favor, piénsalo. Es verdad que como catedrático gozarás de cierto prestigio, pero...

—El salario es demasiado modesto —señaló Jacob bebiendo de su vino.

—Si trabajas con nosotros —siguió Nathaniel— conseguirás muchos otros contactos ventajosos, las ganancias y beneficios serán significativamente más altas, y podrás en algún momento iniciar tu propio modelo de negocios.

Jacques los miró fijamente por un largo momento.

Y además, pensó, si les tomaba la palabra, Adeline no tendría que dejar a su familia y amigos.

—Me gustaría hablar de esto más profundamente en otra oportunidad —dijo, y Nathaniel sonrió.

Por fin, luego de una eternidad, llegó el día de la boda entre Nathaniel y Georgiana.

La ceremonia tuvo lugar en la iglesia, la cual estuvo adornada con flores frescas y una fragancia de lilas y rosas en el aire. También había guirnaldas y cintas de seda, y unas velas altas iluminaban suavemente el altar.

En los bancos, familiares y amigos esperaban por la novia, cuchicheando acerca de lo hermoso que estaba todo, vestidos con sus mejores galas y llenando el ambiente con expectativa y emoción.

Nathaniel, vestido impecablemente con un traje de tonos oscuros y corte elegante, esperaba en el altar con cierto nerviosismo, pero feliz. Por fin había llegado este día.

Georgiana llegó en un carruaje decorado con más sedas y flores, vestida con un precioso vestido color marfil, de bordados intrincados, y lleno de encajes y transparencias. El velo cubría parcialmente su rostro, dándole un halo de misterio y belleza.

Estaba preciosa.

Al verla, la mirada de Nathaniel se iluminó, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Hoy pondría un sello sobre esta mujer, y él sería para siempre de ella.

El reverendo Charles Barlow llamó la atención de los novios, que se miraban embelesados, y comenzó una larga disertación acerca del amor de Dios, el amor al prójimo, y el amor conyugal.

Los bendijo, les dio consejos, y acto seguido les hizo recitar sus votos. Intercambiaron anillos mientras él los declaraba marido y mujer.

Sellaron la promesa de amarse en el bien y el mal con un beso, y todos los presentes se

alegraron aplaudiendo, vitoreando, secándose una lágrima...

No era la primera boda de Georgiana, pero la primera ella ni siquiera la recordaba. Se le olvidaba que una vez pasó por aquí, todo ahora era maravilloso, y hermoso, y único.

Esta era su verdadera primera boda.

La celebración también fue preciosa, en el salón de baile de Avondale Hall. La comida fue un banquete de delicias, el decorado sencillo y elegante, y los novios abrieron el baile con un vals.

El primero de su vida.

Rápidamente, la pista se llenó con otras parejas. Era una oportunidad imperdible, y ni siquiera Jacques, cuya juventud estuvo completamente dedicada a la iglesia, quiso dejarla pasar. Tomó la mano de Adeline, y esta, riendo emocionada, bailó con él.

Jacob no bailó. Sebastien no asistió. Georgiana tenía pocas amigas, pero sus hermanas asistieron con sus esposos y también bailaron.

—Sabes lo que te espera esta noche, ¿verdad? —susurró Nathaniel entre giros y pases. Georgiana casi tragó aire al oírlo, y tuvo que dominar el acceso de tos. Nathaniel la acercó más a su cuerpo, casi de manera escandalosa, pero ya no importaba, estaban casados. Por fin.

—¿Te pusiste nerviosa?

—Nathaniel... ¡podrían escucharte!

—¿Y qué? —la acercó otro poco— No dormirás noches completas en meses, querida.

—¡Por favor, contente!

—¡Me he contenido todo el año! —ella se echó a reír.

—Qué mentiroso —acusó, y él tuvo que esquivar la mirada.

La tarde pasó entre brindis y discursos deseándoles lo mejor. Al anochecer, se lanzaron linternas de papel al cielo, cada una simbolizando un deseo y una petición hecha al cielo.

Hubo mucho vino, música y baile. Uno que otro borracho dormido en una silla, y señoras cuchicheando con alcohol en sus manos y mejillas sonrojadas.

A la media noche, Georgiana y Nathaniel subieron a un carruaje y todos los despidieron entre bendiciones y buenos deseos.

Pero fue una farsa.

El carruaje llegó a un punto del camino y allí tomaron otro más discreto que los trajo de vuelta. Nathaniel había planeado el viaje de bodas para el día siguiente, y se resistía a pasar su primera noche de casado en una posada. Georgiana estuvo completamente de acuerdo en pasar la primera noche en su habitación, como en los viejos tiempos, pero esta vez, con todo el derecho de quedarse hasta el amanecer, salir sin tener que esconderse, llamarla también su habitación.

Entraron muertos de risa por la puerta trasera, esquivando los pasillos donde podían encontrarse invitados extraviados, usando las escaleras del servicio.

Hacer algo fuera de la tradición le añadía esa emoción a la que inevitablemente se habían acostumbrado a lo largo de la relación, y, una vez en la recámara principal, se miraron el uno al otro agitados, felices, y con esa sensación de plenitud que hacía del momento uno inolvidable.

La contemplación duró poco. Inmediatamente empezaron los besos.

Nathaniel tomó entre sus manos el rostro de su esposa y le devoró la boca, y mientras, ella empezaba a quitarle la ropa.

El saco, el chaleco, el pañuelo, la camisa... cuando por fin tocó piel, gimió. Cuando las manos de él llegaron a sus muslos, tembló. La puso des espaldas en el colchón y se acomodó encima de ella, besando, apretando, mordisqueando...

Al entrar en su cuerpo, ambos gimieron como gime un sediento que al fin bebe un vaso de agua fría.

Es que... este era el hogar, el lugar seguro, el cielo.

—Te amo tanto —susurró ella, casi llorando, cabalgando descontrolada hacia su éxtasis. —Te amo —lloró ahora—. Te amo.

Como siempre, pensó Nathaniel, ella no se lo dejaba fácil. Se movía en círculos apretándolo, exprimiéndole hasta el alma, dejándolo tonto y carente de control.

Esperó con toda su disciplina que ella llegara primero, y luego de eso, se dejó ir.

Cayó a su lado sin respiración, y ella se echó a reír. De inmediato se sentó en la cama dándole la espalda para que él le quitara el corsé. Con movimientos ya no apresurados, sino lentos y calmados, Nathaniel lo hizo. Le retiró los faldones, las medias, y al ver su ropa interior, volvió a salivar.

El ligero de encaje blanco le pedía a su boca que lo retirara lentamente, así que se dedicó a eso muy concienzudamente, memorizando cada imagen, cada textura, cada sensación.

Desnuda completamente en la cama, ella lo miraba llena de deseo y amor.

Qué hermosa era su esposa, pensó lleno de deleite, orgulloso de sí mismo por haber conseguido su amor, por tenerla aquí.

Qué perfecta era.

La recorrió suavemente con sus dedos, con sus labios, con sus ojos, y sin prisa ni pausa besó todos los rincones de su cuerpo, chupándola exactamente en esos lugares que sabía que le encantaban, bebiéndose su deseo, llenándola del suyo.

Ella metía los dedos entre sus cabellos y gemía mientras él, con la cabeza metida entre sus piernas, se ocupaba en hacerla temblar de éxtasis. Lloró y gimió totalmente desvanecida en la cama, llegando por segunda vez en la noche a ese lugar donde se perdía completamente a sí misma.

Una vez de vuelta, lo atrajo entre sus brazos y volvió a exigirle que entrara en ella, pero él se tomó su tiempo, jugando con ella, paseando su miembro por la entrada pero sin entrar, haciéndola chillar de necesidad, completamente empapada y temblorosa, pero dispuesta a jugar el juego para cuando, por fin entrara, volver a quedarse en blanco, apretando los dientes y gruñendo.

Suavemente, él se movió en su interior, entrando, saliendo, al tiempo que la besaba y acariciaba, le decía lo hermosa que era, lo mucho que la amaba.

Ella se corrió largamente otra vez, volviendo a caer desvanecida, y entonces él la puso boca abajo, con las piernas fuera del colchón, juntó los muslos femeninos y volvió a entrar en ella desde atrás. Esta vez no tuvo compasión, y entró en ella con fuerza, hasta el fondo, donde casi le tocaba el alma.

Duro y frenético, totalmente desnudos, sudorosos, entregados a ese deseo carnal que los consumía cada vez que estaban cerca hasta llegar a la pequeña muerte donde ambos perdían momentáneamente el sentido, y volvían sintiéndose bendecidos, tocados por Dios.

Extraordinario.

Rato después, luego de calmar un poco sus corazones, se miraron y volvieron a reír. Ella buscó su pecho para acomodarse allí, y acurrucándose como una niña extraviada se quedó quieta.

—Tenemos poco tiempo para dormir —murmuró él—. Tenemos que salir temprano.

—Sí —murmuró ella encontrando ese punto perfecto donde encajaba su cabeza, el hombro de él. Suspiró y se quedó dormida.

Debía estar totalmente agotada, pensó él, luego de lo ocupada que había estado con los preparativos de la boda. Nancy, su madre, había insinuado que hicieran una boda discreta, pues

hacía poco más de un año había enviudado, pero Georgiana se opuso rotundamente. Ella quería una gran fiesta, y él le dio eso exactamente.

Si eso iba a suscitar rumores, no les importaba. Si alguien se atrevía a hacer algún comentario, analizarían qué tanto merecía una respuesta o no.

La mayoría de veces, no las merecía. En la fiesta sólo estuvo la gente más cercana, y ellos no se atreverían a hacer tales críticas.

Nathaniel tomó la mano de ella que se había quedado quieta en su cintura, entrelazando sus dedos con los de ella, volviendo a desearla y preguntándose si debía despertarla para volver a hacerle el amor.

Sonrió.

Ahora tenían toda la vida para eso.

En la mañana, Jena tuvo que llamarlos para recordarles que debían irse a su viaje de luna de miel. De no ser por ella, se les habría hecho muy tarde.

El viaje en carruaje hasta Lake District tomó pocos días, y la mayor parte del tiempo, gracias al buen clima, pudieron disfrutar del paisaje lleno de montañas y praderas. Nathaniel había reservado una estancia en una casa de campo encantadora junto al lago, la cual estaba llena de jardines de flores y una vista impresionante al lago y las montañas.

Durante sus días allí, pasearon en barco, exploraron los senderos naturales y las colinas circundantes, hicieron picnics en las praderas, disfrutaron de buenos vinos y cenas exquisitas. Por la noche, se relajaban leyendo algún libro juntos, jugando algún juego de cartas, para al final, siempre, terminar desnudos y jadeantes ya fuera en la cama o en la alfombra junto a la chimenea.

Hablaban mucho de lo que habían hecho el tiempo que estuvieron separados, pero más, de sus planes y sueños para el futuro.

Georgiana quería hijos. Nathaniel le prometió que se los daría. Georgiana quería organizar un baile, un baile se haría.

Se iba a malcriar, pensó ella, abrazada a él, feliz como nunca imaginó ser.

Regresaron a casa felices y llenos de hermosos recuerdos. Integrarse en Avondale Hall fue tan natural para Georgiana como respirar, fue más bien como volver a casa, a su lugar, al que había extrañado mucho. Toda la servidumbre se puso bajo sus órdenes con sonrisas y frases de bienvenida. Sí, ella siempre había sido la señora de esta casa.

Pronto se dedicó a ayudar a su amiga y cuñada a preparar su boda.

La vida era perfectamente hermosa, valiosa, llena de planes, proyectos y sueños que ahora sí se realizarían. Ya no había miedo de sombras en la noche, los invitados eran casi siempre deseados, las fiestas eran todas de su agrado, y si gemía y lloraba, era de placer. Las amenazas eran todas rápidamente controladas, el que osaba mirarla con reproche o dureza era pronto advertido; ella estaba protegida.

Las mañanas comenzaban con desayunos en el jardín, rodeados de flores en plena floración. Los paseos por los terrenos de la finca se convirtieron en un ritual diario, donde cada rincón de Avondale Hall revelaba nuevas maravillas y recuerdos compartidos.

Las noches eran un refugio de pasión y ternura. Nathaniel sabía perfectamente cómo hacerla sentir amada y deseada, y cada caricia, cada susurro al oído, la hacía estremecer de deseo y felicidad. La habitación de ambos era un santuario de fuego sensual, el lugar más cómodo para charlar, hacerse bromas y reír.

¿Cómo no florecer bajo tantos cuidados?

El futuro se veía brillante y prometedor. Avondale Hall no solo era su hogar, sino un símbolo de todo lo que habían superado y de todo lo que lograrían juntos. En cada rincón de la casa, en cada risa compartida, en cada proyecto futuro, se sentía el eco de su amor y de la vida que estaban construyendo, un día a la vez.

Fin.

\*\*\*

La noche de la boda de Nathaniel y Georgiana, Jacques, luego de haber tomado un par de copas de vino, volvió a su casa un poco contento y sonriente. Había bailado mucho con Adeline, más de las veces permitidas; ¡tres veces! Qué loco se había vuelto. Había tomado su mano por largo rato, y en un momento en que la llevó furtivamente a un rincón de la enorme casa, le robó un beso.

Ah, había sido maravilloso. Ella no se enfadó, ni le reprochó, por el contrario, lo acercó un poco más dejando sus labios pegados a los suyos por un poco más de tiempo.

Y entonces, él profundizó el beso.

Había oído una vez, durante un viaje, cómo a las mujeres había que meterles la lengua hasta la misma garganta y hacer que sus rodillas desfallecieran. En el momento se había escandalizado por esa forma vulgar de tratar a una mujer, pero cuando la tuvo entre sus brazos, sinceramente, todos esos remilgos se fueron al traste, y entrelazó su lengua con la de ella, recorriéndola profundamente, dejándola sin aire, haciendo sus rodillas desfallecer.

Y por eso regresaba tonto y contento. Estaba ebrio, ebrio de felicidad.

Ah. Ya quería casarse, ahora mismo estaba ardiendo con sólo recordar ese beso.

—De todo en la vida esperé, menos verte en Bath —dijo una voz saliendo de las sombras de su pequeña sala.

Jacques se giró buscando el origen de esa voz. Tal vez eran ladrones, pero, ¿qué podrían robar aquí? Su casa era modesta, no había nada que un ladrón pudiera codiciar.

Buscó frenéticamente y al fin consiguió encender una vela, y allí, de pie, vistiendo una capa negra, una camisa abierta hasta el pecho, y el cabello largo, estaba Sebastien, su hermano menor.

Su piel estaba más pálida de lo que recordaba. Los Chevalier siempre se habían jactado de tener la piel como la de una porcelana, pero ahora él parecía sobrenaturalmente blanco.

Dejó la vela en una mesita respirando profundamente, y lo miró directo a los ojos.

—Entonces eras tú —murmuró él—. Me preguntaron un par de veces si conocía a un tal Sebastien Chevalier... pero me resistí a pensar que mi pequeño hermano estuviera casualmente en la misma ciudad que yo.

Sebastien lo miró endureciendo su semblante.

—Vine aquí para hacerte una advertencia —dijo entre dientes, acercándose con pasos que resonaron en el piso de madera—. Nunca, nunca, declares la relación que nos une. Nunca. Si hay una razón por la que no me he cambiado el apellido, es porque estoy plenamente dedicado a embarrarlo con el lodo más podrido y maloliente que se me pueda ocurrir. Si no quieres verte arrastrado, ya que al parecer tratas de llevar una vida digna al lado de gente respetable, no te atrevas a decir que nacimos de la misma semilla porque te pesará.

Jacques lo miró en silencio, luego del cual, asintió.

Cuando escuchó el nombre de Sebastien Chevalier de boca de Nathaniel, descartó la posibilidad de que fuera él, después de todo, ¿cuál era la probabilidad de que después de tantos años coincidieran en la misma ciudad? Sin embargo, no había podido evitar sentir curiosidad por él.

Lo que había oído era tremendamente escandaloso. Dirigía casas de juegos y prostíbulos, participaba de fiestas escandalosas y protagonizaba orgías. Las putas lo amaban, y los borrachos le temían, los jugadores lo seguían y, contradictoriamente, gente trabajadora y honrada como Jacob Smith y Nathaniel Radcliffe lo tenían en cuenta para sus negocios.

—No interferiré en tu plan —dijo con voz serena.

—Ah, me alegra oír eso.

—Siempre estuve de tu lado —siguió, lo que hizo que Sebastien detuviera sus pasos, pues ya daba la vuelta para irse—. Aunque bueno —dijo—, decir esto a estas alturas es... digno de ponerse en duda.

Sebastien lo miró en silencio, pero en sus ojos se hacía evidente una rabia turbulenta.

—No necesito escuchar eso ahora —dijo con desprecio—. En ese tiempo, tal vez sí. Ya no.

—En ese tiempo —insistió Jacques— yo también era un niño aterrado. Sólo que, a diferencia de ti, hice lo que se me exigía, lo que se esperaba de mí. Es evidente que siempre fuiste el más valiente.

Sebastien siguió con su expresión de odio.

—No vine aquí para tener una charla de hermanos. Ya dije lo que tenía que decir, así que adiós.

—Nathaniel ya sospecha —volvió a hablar Jacques. Sebastien no detuvo sus pasos esta vez.

—No te preocupes —dijo—. Para ellos, todos los franceses somos iguales. La misma escoria.

Abrió la puerta y salió de la casa dejando a su paso el halo de su perfume. Jacques se quedó en medio de la sala largo rato.

Hacía más de diez años que no veía a su hermano más joven, y la última imagen que había tenido de él era la de un niño flaco, magullado por los golpes de su madre, famélico por el exceso de ayuno, lleno de lágrimas en sus ojos por la desesperación.

Él había pasado por la misma situación, sólo que se rindió a tiempo y fue compensando con tratamiento para sus heridas y comida.

En la casa de los Chevalier, los condes de Lavoisier, sólo había dos destinos: la iglesia o la muerte. Todo aquel que no fuera el heredero debía dedicarse en cuerpo y alma al sacerdocio: las mujeres serían monjas, los varones debían aspirar a cardenales como poco.

Jacques era el tercer hermano y Sebastien el cuarto, y desde muy pequeño, el menor de todos se rebeló con todas sus fuerzas al sistema en que había nacido.

Su pecho se agitó con sólo recordarlo. No quería imaginar cómo era para Sebastien.

—De todos modos —susurró—, me alegro de que estés bien.

\*\*\*

Esa misma noche, Jacob Smith bajó de un carruaje y se disponía a entrar a la posada cuando alguien lo llamó haciendo ruidos como si llamara un chuchó. Se giró a mirar y vio entre las sombras a una mujer. Llevaba una capa con capucha que le cubría completamente la cabeza y parte del rostro, y le hacía señas para que lo siguiera.

Metió la mano al interior de su chaqueta donde, desde aquel atentado, llevaba siempre un arma cargada y lista para disparar, y la siguió.

En el callejón, había otra persona. Otra mujer.

—¿Quién es? —preguntó él duramente. —¿Qué quiere?

—Señor Smith —dijo la otra—. Permítame unas palabras.

—Hable. ¿Qué quiere?

—Por favor... No aquí.

—Usted eligió el lugar, ¿y ahora se queja? ¿Quién es? —las mujeres compartieron mensajes sólo con la mirada, y, tal vez resignada, la más alta dio un paso hacia él y retiró la capucha de su cabeza. La oscuridad no le permitió distinguir sus rasgos, ni el color de su cabello.

—Soy Olive Robertson. ¿Me recuerda?

Jacob la miró fijamente. Por supuesto que recordaba el apellido Robertson; era el mismo que Harriet había tenido de soltera.

Era su hermana.

—Sí, la recuerdo.

—Me alegra. Por fin puedo encontrarme con usted, aunque sea en estas circunstancias.

—Diga pronto lo que necesita, señorita.

—Ah, yo... —Ella volvió a mirar a la otra mujer, y luego de tomar aire, volvió a hablar. — Vengo a proponerle... que se case conmigo.

Aquello tomó a Jacob totalmente desprevenido, que ni siquiera supo qué decir o qué hacer. Sólo la miró pasmado por largo rato sin articular palabras.

—Le prometo que será un matrimonio totalmente satisfactorio para usted.

—¿Qué? —logró decir él al fin.

—Si se casa conmigo... yo le ayudaré a destruir la familia Robertson.

Eso volvió a sumirlo en la sorpresa, y no pudo más que mirarla con sus ojos muy abiertos.

—¿Qué? Volvió a decir.

Olive se acercó a él un paso.

—Desde que usted volvió... ellos no han hecho más que intentar sabotear sus negocios. Ahora mismo, quieren tirar abajo su reunión con los caballeros que tanto le costó contactar. No se extrañe si mañana le llega una nota donde cancelan su encuentro. Sepa que ha sido obra de mi padre y mi hermana.

—¿Por qué...? —él pestañeó varias veces, como si eso le ayudara a aclarar sus ideas—. ¿Por qué querías destruirlos? ¿Son tu familia!

—Tengo mis razones. Sólo puedo asegurarle que no me temblará la mano, ni mi alma vacilará en el momento de la verdad. Y mientras cobro mi venganza... le ayudaré con la suya, señor Smith, y evitaré su caída. Le prometo que no se arrepentirá.

Jacob miró hacia la oscuridad en silencio, pensando. Meneó la cabeza y sonrió.

—Con la información que me acaba de dar, yo podría simplemente dedicarme a destruirlos sin su ayuda.

—Es verdad, pero nadie conoce mejor sus secretos que yo. Si lo hace solo, le tomará años, con mi ayuda, será cuestión de meses.

—Pero estás hablando de matrimonio. ¿Te tomas el asunto tan a la ligera? —ella pareció insegura por primera vez durante el encuentro, pero se controló rápidamente.

—Usted creerá que no, pero necesita una esposa. Hay un límite en lo que un plebeyo puede lograr con su esfuerzo y trabajo duro, las otras victorias vienen por razones tan extrañas como la buena imagen. Yo seré su fuerza y su escudo, un puente entre usted y personas con las que jamás esperó relacionarse.

—¿Y lo demás? Las tareas conyugales de una esposa, ¿eso también? —la voz de Jacob era más bien burlona, como si con tales frases intentara disuadirla.

—Sí —fue la respuesta de ella.

Nada más.

Jacob se echó a reír.

—Piénselo, por favor —siguió ella—. Estaré esperando su respuesta.

Las dos mujeres se tomaron entonces de la mano, atravesaron la calle y volvieron a perderse en la oscuridad.

—Pero... ¿qué diablos acaba de pasar? —se preguntó.

Estuvo largo rato allí, en la oscuridad, intentando salir de su sorpresa, dándole vueltas a tan loca propuesta.

Volvió a reír y entró a la posada.

Olive Robertson era la hija menor de una familia bastante famosa, rica y respetada. Harriet, la hermana mayor, era una perra sin corazón. La había conocido muy bien cuando fue un mozo de cuadra en su mansión, cuando sólo tenía quince años. Olive, por el contrario, fue discreta, amable, tímida.

Ella le había prestado libros para leer.

Entró a su habitación, y desde su ventana, miró hacia la calle por la cual ella había desaparecido.

—Esto debe ser una broma —dijo, empezando a quitarse la ropa—. Una de muy mal gusto.

Sin embargo, no le parecía que la personalidad de esa Olive agradable y buena se prestara para hacer bromas de ese tipo.

### *Otros libros de Virginia Camacho*

Ámame tú (Hermanos Richman No. 1)  
Ámame siempre (Hermanos Richman No. 2)  
Yo no te olvidaré  
Rosas para Emilia  
Un verdadero caballero (Dinastía Albermale No. 1)  
Una falsa dama (Dinastía Albermale No. 2)  
Tu silencio (Saga Tu silencio No. 1)  
Tus secretos (Saga Tu silencio No. 2)  
Mi placer (Saga Tu silencio No. 3)  
Tu deseo (Saga Tu silencio No. 4)  
Tu ilusión (Saga Tu silencio No. 5)  
Dulce renuncia (Saga Dulce No. 1)  
Dulce destino (Saga Dulce No. 2)  
Dulce verdad (Saga Dulce No. 3)  
Un príncipe en construcción (Saga Príncipes No. 1)  
Un ogro en rehabilitación (Saga Príncipes No. 2)  
Un rey sin redención. (Saga Príncipes No. 3)  
Locura de amor (Saga Locura No. 1)  
Secreto de amor (Saga Locura No. 2)  
Anhelo de amor (Saga Locura No. 3)  
El fuego en tus ojos (Saga Mujeres de hierro No. 1)  
El cielo en tus manos (Saga Mujeres de hierro No. 2)  
El mundo en tus besos (Saga Mujeres de hierro No. 3)

## *Biografía de la autora*

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982.

Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional.

Estudió Literatura en la Universidad del Valle, y actualmente vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer y viajar por el país en busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública todas las historias que tiene en su haber.